Una ola de crímenes azota San Sebastián.
¿Podrá la ertzaina Aia Oiasso detener la espiral de violencia?

LA ÚLTIMA LUCIÉRNAGA

NOELIA LORENZO PINO



PLAZA JANÉS


Una ola de crímenes azota San Sebastián.
¿Podrá la ertzaina Aia Oiasso detener la espiral de violencia?
LA ÚLTIMA LUCIÉRNAGA
NOELIA LORENZO PINO
PLAZA JANÉS

NOELIA LORENZO PINO

LA ÚLTIMA LUCIÉRNAGA

PLAZA JANÉS

Para mi amiga Laura Balagué Gea.
Gran compañera de letras y cómplice

Como brilla tu cuerpo
Lo quiero encerrar
Quiero ver si tu sangre me puede curar

Mensajes Muertos, NUDOZURDO

PRIMERA PARTE

Villajoyosa
Noviembre de 2023

A falta de nuevas pistas, el Mirador de la Costa Blanca llevaba años siendo su único objetivo. Brianna conocía a todos los ancianos de la residencia de tanto merodear por los alrededores y confiaba en varios auxiliares con los que había entablado cierta relación, que siempre la avisaban si surgía alguna novedad.

Todo habían sido menudencias, hasta hoy. La muerte, una muerte, había roto por fin su aburrida rutina. Se propuso vigilar el entierro desde cierta distancia y estar atenta ante la más mínima anormalidad.

En el cementerio, no tardó en localizar a una persona oculta tras unas gafas y una mascarilla, aunque ya habían pasado varios años desde la pandemia. Su actitud hizo que saltaran todas las alarmas. La mujer, a la que no le quitaba los ojos de encima, observaba el sepelio medio escondida, desde la zona de los panteones. Llevaba una gorra con visera, un pantalón negro y una chaqueta del mismo color.

Al acabar la ceremonia la siguió por el borde del camposanto hasta la salida. Era media mañana y hacía dieciséis grados que no llegaban a calentar del todo. El aire olía a flores cortadas y el cielo estaba despejado, pero el azul parecía cubierto por una capa fina, como si alguien lo hubiera empolvado. A consecuencia, en el horizonte solo se intuía la línea del mar. Fuera del recinto, los pinos dibujaban un perfil irregular y los ecos de la ciudad sonaban lejos.

Fotografió a la mujer mientras entraba en un Ford Puma gris antracita. Brianna pasó rápido junto al vehículo, con todo el disimulo que pudo, y la miró de soslayo a través de la ventanilla. Se había quitado las gafas de sol. A juzgar por los ojos enrojecidos, había llorado. Aceleró el paso hasta su furgoneta y se incorporó a la carretera para no perderla de vista. Condujo por Villajoyosa unos diez minutos. Una ruta descendente que las iba acercando a la costa.

El Ford se detuvo y entró en el aparcamiento de unos apartamentos turísticos de la ciudad, donde lo vio perderse. El complejo estaba ubicado en una zona residencial tranquila con mucho hueco. Estacionó enfrente. Anotó la matrícula y frases sueltas en una libreta: «A la mujer desconocida le ha afectado el entierro», «Se ha mantenido apartada y oculta todo el tiempo», «No vive en la zona», «Mediana edad».

Amplió las fotografías que le había hecho con el móvil. ¿Y si era ella? Perseguir durante tantos años a un fantasma desgastaba, así como pasar tiempo cerca de María. Brianna necesitaba cerrar ese capítulo. Descansar. Se merecía alejarse de aquella búsqueda incansable y enloquecedora, pero sobre todo de María. Largarse de vacaciones con Nacho. Eso sería maravilloso, pero ninguno de los dos tenía donde caerse muerto.

Ojalá saliera todo como esperaba y cobrara un buen pellizco. Solo así podría María quedarse tranquila y dejar a Brianna en paz.

Mientras aguardaba, por si había nuevos movimientos, abrió la aplicación de WhatsApp y a punto estuvo de enviar un mensaje a María, pero lo descartó. No quería adelantar acontecimientos. Lo

único que hacían las falsas esperanzas era hundir a la gente en la miseria, además de mermar la reputación de quien las alimentaba.

Se cercioraría antes de decir nada. Se pegaría a la sospechosa como una sombra para averiguar si de verdad se trataba de ella. Y después actuaría.

*

Villajoyosa
Mediados de los setenta

Podía sentarme delante de la Singer y pespuntear una línea recta sin necesidad de abrir los ojos. En 1975, con catorce años, empecé a trabajar en el taller de costura de mi madre, Prudencia. A ella le habían enseñado a coser las monjas en el convento, donde acudía puntual todas las tardes, y desde muy pequeña ya demostró tener talento en el oficio. Yo también aprendí muy rápido a coser botones, estrechar vestidos, cortar bajos y cambiar cremalleras. En definitiva, a arreglar con gran habilidad cualquier prenda que llegara a mis manos.

Mis padres me pusieron de nombre María del Carmen y en mi honor, el de su querida hija única, llamaron al negocio familiar Taller de Costura Carmencita. Una decisión que implicaba un compromiso que a mí me abrumaba. Yo no quería tener ningún taller ni pasarme el resto de mi vida entre telas y delante de una máquina de coser. Mis dedos habían heredado el talento de mi madre, pero no la pasión. La mía también era artística, aunque me avergonzaba exteriorizarla.

El taller estaba junto a una zapatería y una tienda de ultramarinos, en una de las calles estrechas del casco antiguo. Allí, los transeúntes dejaban atrás las fachadas coloridas y empezaban a fijarse en los escaparates pequeños y discretos. El nuestro siempre lucía rollos de telas de calidad y maniquíes ataviados con conjuntos elegantes. Las conversaciones de los vecinos y los compradores se colaban por la puerta en nuestro día a día, y el aire al otro lado de los cristales olía a fruta y a café recién molido.

En el negocio trabajábamos, además de mi madre y yo, un par de vecinas. Eran dos mujeres alegres y, pese a que el ambiente era bueno, yo nunca acabé de encajar. Quizá por la diferencia de inquietudes… o de edad. Yo era una cría y ellas ya habían alcanzado la treintena. Ahora recuerdo con nostalgia que, entre puntada y puntada, a mi madre le encantaba contar la anécdota que le cambió la vida. Cuando ocurrió, ella tan solo era una niña.

Un hombre adinerado llevó al convento varias cajas llenas de ropa. Pertenecía a su mujer, que acababa de fallecer, y quería que la repartieran entre los más necesitados. En su mayoría eran faldas, chaquetas, abrigos y vestidos. A las religiosas las prendas les parecieron tan ostentosas que optaron por dejarlas en el sótano hasta decidir qué hacer con ellas. ¿Adónde iba a ir una muerta de hambre con semejante vestimenta? Imaginarlas con aquellas prendas se les antojaba obsceno, o eso decían.

Mi madre supuso que uno de los motivos era aquel, pero presentía que no era el único. A lo largo de los meses había observado que la madre superiora se encerraba en el sótano y se pasaba horas allí. Al salir, pretextaba haber estado haciendo el recuento de una caja de enseres recién donados, pero el rubor de

sus mejillas y el intercambio de miradas del resto de las monjas hacían pensar a mi madre que la abadesa mentía.

A Prudencia le obsesionaba no saber qué hacía la madre superiora en el sótano y, por ese motivo, un día fingió que le dolía la barriga para ir al cuarto de baño las veces que quisiera. En una de esas ausencias salió del convento y lo rodeó para dar con el ventanuco del sótano. Prudencia se arrodilló y se quedó quieta frente al cristal varios minutos. Estaba petrificada y tenía los ojos como platos. Ver a la monja desprovista del hábito religioso y descubrir el cabello corto y cano que ocultaba bajo la toca la impresionó. También el hecho de que se estuviera probando vestidos y presumiendo delante de un espejo, pero lo que de verdad la obnubiló fueron las prendas. Eran hermosas y únicas. Mi madre jamás había visto piezas así. Los cortes, las telas… Todo era perfecto en ellas. Eran verdaderas obras de arte. Moda. Alta costura. Fue la primera vez que sintió amor a primera vista.

Aquella noche no durmió. Pasó las horas ideando un plan para acceder a las prendas. Necesitaba tocarlas, descubrir el misterio que las envolvía.

Y lo consiguió.

Mi madre era una buena alumna y delante de las monjas apenas hablaba. Ver, oír y callar, como le había aconsejado mi abuela que hiciera. Cosía y no decía ni mu. Por eso ninguna de las religiosas sospechó que, cada vez que acababa la jornada de labor, no se iba del convento con las manos vacías.

Prudencia, la niña tímida, la discípula aventajada que había aprendido a coser entre mujeres silenciosas y entregadas, todas las tardes, al acabar la jornada, se llevaba a casa una prenda que en su

dormitorio analizaba al milímetro. Acariciaba los tejidos con mimo, como quien toca la piel de un recién nacido: satén, encaje, muselina, terciopelo, tul. Ella ni siquiera sabía que se llamaban así. Descosía las prendas y las volvía a unir antes de devolverlas al día siguiente al sótano del convento. Abrigos ajustadísimos a la altura de la cintura, vestidos *cheongsam*, de sirena, de escote corazón. Faldas acampanadas, también abiertas y largas hasta la pantorrilla. Chaquetas entalladas, estolas, pantalones anchos… Un curso intensivo en el que apenas había tiempo para descansar. Mi madre interiorizó cada corte y se convirtió en una de las mejores modistas de la provincia de Alicante. Al Taller de Costura Carmencita, en Villajoyosa, acabaron viniendo muchas mujeres, españolas y extranjeras, de toda Valencia y alrededores. Y si eso pasó fue gracias a esos ingeniosos y temporales hurtos por parte de mi madre.

«A hacer y deshacer llaman aprender». El dicho se ajustaba a la perfección a mi madre y con esa frase remataba la vieja historia cada vez que la contaba.

Por aquel entonces me aburría que la repitiera un día sí y otro también, y me repateaba que las otras dos empleadas rieran de buena gana. Pero hoy la añoro tanto que daría lo que fuera por oírsela contar. Los recuerdos son tan vívidos que es como si la tuviera aquí al lado, con su voz cantarina, el dedal encajado en el dedo corazón y la cinta métrica colgándole del cuello.

Quién me iba a decir a mí, inocente, soñadora y rodeada por un entorno tan naif, que un futuro turbio y oscuro me esperaba a la vuelta de la esquina.

*

Donostia-San Sebastián
Viernes, 1 de diciembre de 2023
16:00

Entró en el pub de estilo irlandés a las cuatro en punto, pidió una infusión de frutos rojos y se sentó en la mesa que estaba más lejos de la única ventana del local. Aia Oiasso había elegido ese establecimiento para hablar con él porque era grande y tenía una iluminación tenue. Dos cualidades que reunían la intimidad que necesitaba en aquel momento.

Rodeó la taza con las manos para templarse y, cuando entró en calor, se quitó la gabardina y la bufanda. El mes de diciembre acababa de comenzar y con él había llegado un frío persistente y húmedo al que le estaba costando acostumbrarse.

No tardó en verlo traspasar el umbral de la puerta. Adrián era moreno, alto, fuerte y guapo; eso último no podía negarlo. Se lo parecía a ella y a varias compañeras de trabajo, a las que traía locas. Él sonrió al localizarla y la saludó levantando la mano. Se detuvo en la barra antes de reunirse con ella.

Iba en chándal y llevaba la mochila al hombro. Vendría directo de hacer ejercicio. Teniendo en cuenta que el sexo era su primera afición, el gimnasio sería la segunda. Después, comer y beber, dormir, bromear…

—¿Qué tal, Aia? —Dejó un café que le acababan de servir encima de la mesa y le plantó dos besos—. La verdad es que me apetecía mucho verte. Me ha gustado que me escribieras. —Con un movimiento rápido se deshizo de la mochila y de la chaqueta, que

dejó sobre una silla vacía. A continuación, ocupó otra con su corpachón.

—Todo bien. ¿Tú qué tal?

—Pues de lujo, y ahora más —dijo, coqueteando con descaro—. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

Adrián era así. Directo, seductor y seguro de sí mismo.

—Ya hace unas semanas —contestó ella.

Aia sabía que eran seis, ni más ni menos. Mes y medio desde que coincidieron en la fiesta por jubilación de un compañero y acabaron en su casa, en su cama. ¿No recordaba cuánto tiempo había pasado? ¡Vaya con la memoria del semental! ¿Con cuántas mujeres habría estado desde entonces?

La noche en cuestión le dio igual que lo precediera esa fama de donjuán que, si con cuarenta y cinco años no se había quitado, lo perseguiría de por vida.

Los dos estaban solteros y, charlando durante la cena, surgió la química. Así de sencillo. Atracción y sexo. Nada más.

—Tendría que haberte llamado antes, joder —se disculpó mientras le acariciaba el brazo.

Aia no quería que malinterpretara el encuentro y tampoco alargarlo, porque a las cinco había quedado con sus padres. Decidió ir al grano.

—Verás, Adrián. Tengo que contarte algo importante.

Él se tensó y bebió un sorbo de café.

—Sí, claro, soy todo oídos.

—Estoy embarazada.

—Vaya, enhorabuena —atinó a decir.

Lo miró a los ojos y atisbó cierta confusión. Debía ser más clara.

—De ti.

—No, mujer, eso es imposible. —Él se revolvió en la silla.

—No sé si voy a seguir adelante —explicó, ignorando su ridícula reacción—, pero he creído que debías saberlo.

—Aia, usamos preservativo —susurró, apoyando los codos en la mesa y acercándose a ella—, ¿o es que no lo recuerdas?

—Sí, claro que sí. Y no creas que yo no estoy sorprendida. Es que es de traca… ¿Comprobaste si estaba roto o algo?

Él se quedó noqueado. Levantó la taza como para beber otro trago, pero cambió de idea y la dejó donde estaba.

—¿Acaso es una broma?

—No —contestó, seria.

—Es que es imposible que sea mío.

—¿Me crees capaz de quedar aquí contigo y soltarte esto sin estar segura?

—Un polvo con condón, joder, piénsalo.

—No tengo que pensar nada. Nos acostamos y ahora estoy embarazada. Fin de la historia. —Ni siquiera había probado la infusión. La agarró. Todavía despedía calor—. Y no te estoy pidiendo nada; solo quería que lo supieras.

—¿Con cuántos tíos te has acostado?

—Oye, mira, vete a la mierda —lo cortó, levantándose.

—No te enfades, pero es que no es mío. ¿Entiendes eso?

—El que no lo entiende eres tú. Estoy embarazada de ti y me estás haciendo sentir muy mal.

Él tragó saliva.

—Perdona, ¿vale? Es que… ponte en mi lugar… —Se frotó la nuca con ímpetu.

—Te repito que no te estoy pidiendo nada.

—Dices que no sabes si seguir adelante. ¿Qué significa eso?

—Que ya veré lo que hago —explicó, poniéndose la gabardina color caqui.

—Si es mío, tengo derecho a decidir también, digo yo…

—Puedes decidir involucrarte en la crianza o no.

—Esto es de locos —murmuró, enfadado.

Aia pensó en lo poco que le favorecía esa emoción. Había perdido de golpe todo su atractivo.

—Mira, Adrián, he de irme.

—Espera. —La retuvo atrapándola de la muñeca—. ¿Y si prefiero que no sigas adelante?

—¿Me estás pidiendo que aborte? ¿En serio?

—Sí, me gustaría que abortaras.

—Eso no está en tu mano, Adrián —aclaró al tiempo que se soltaba de un tirón.

—¿Y eso por qué? No me parece nada justo.

Aia no tenía ninguna gana de embarcarse en una discusión. Cogió la bufanda.

—Olvida lo que te he dicho. Para ti es tan sencillo como eso.

—¿Y por qué no lo haces sencillo para los dos?

Aia lo fulminó con sus ojos verdes.

—Que te vaya bien.

Quiso rematar la frase con la palabra «gilipollas», pero prefirió alejarse de allí cuanto antes.

*

Villajoyosa
Verano de 1978

Añoraba las playas y calas que se sucedían como pequeños rincones de arena y cantos rodados, y la sombra de la muralla antigua, donde a veces nos refugiábamos del sol. También las fachadas de colores, que contemplaba sin prisa: amarillas, naranjas, azules, verdes. Eran hermosas y vibrantes, tal y como las mostraban las postales que vendían en las tienditas del paseo marítimo. Mientras mi novio y la mayoría de mis amigos se pasaban el verano con una capa de sal de mar en la piel, yo dedicaba gran parte del día a coser. El Taller de Costura Carmencita no dejaba de crecer y eso implicaba trabajar de la mañana al anochecer. Detestaba la profesión que mis padres habían elegido para mí y aún más que siguieran llamándome con ese diminutivo tan cursi. Yo me llamaba Carmen, sin ese «-cita» que me perseguía y se pegaba a mí con el único objetivo de no dejarme crecer. Una niña modélica que seguiría los pasos de su madre. Que jamás se alejaría de ella ni del negocio. Eso querían que fuera.

En el pasado, cuando ella aprendió a ser una de las mejores modistas de la provincia, perdió muchas horas de sueño descosiendo y volviendo a unir aquellas prendas de alta costura que el hombre viudo había dejado en el convento para los más necesitados. Yo también dormía poco, pero por otros motivos. En mi caso, la vida. Me acostaba tarde para aprovechar al máximo el tiempo con mi pandilla. Para recuperar de alguna manera las horas que había perdido. Echaba de menos quemarme bajo el sol, arrugarme en el agua del mar. Cuánto habían cambiado mis queridos veranos.

La piel de mis amigos se iba bronceando con descaro. Algunos incluso se habían empezado a pelar. La mía, sin embargo, se mantenía impoluta, marchita, y empalidecía de tal modo que parecía una de esas guiris del norte de Europa que veraneaban en Villajoyosa.

—¿Qué te pasa hoy?

Víctor me retiró la melena castaña hacia un lado, me bajó el tirante de la camiseta y me besó el hombro desnudo. Estábamos sentados en la arena, frente al mar. Ya había anochecido y el ruido de las olas era lo único que se oía en la playa.

—Nada.

—A mí no me engañas, Carmencita. Llevas todo el día muy rara.

—Es cansancio —dije mientras devolvía el tirante a su sitio. Miré el firmamento—. En el taller estamos desbordadas de trabajo y mi madre no me da tregua. ¿Cuántas horas he estado cosiendo hoy? ¿Diez? ¿Once? En verano se duplica la clientela a causa de las turistas. —Me froté los ojos—. Y es agotador.

—¿Lo has hablado con ella?

—Sí, pero qué más da.

Me quedé callada. Mi madre me decía que tenía que trabajar y que con quién iba a estar mejor que con ella, y mi padre no podía ni oír hablar del tema porque se encendía como una mecha. Elevaba la voz y me llamaba egoísta. Desagradecida. Ninguno de los dos lo entendía. Eran muy pesados. Yo no quería desperdiciar mi vida cosiendo; quería ser actriz. O, al menos, intentarlo. Pero esto último ni siquiera me atrevía a mencionarlo. Solo lo sabía mi amiga Estrella.

Víctor no me preguntó más. Volvió a bajarme el tirante y me recorrió el cuello con los labios.

—¿Nos vamos a casa? —dije, cortando su batería de besos.

—¿Ya?

Me habría gustado decirle que también estaba cansada de él, que era un pelma, como mis padres. El trabajo apenas me dejaba tiempo libre y, en cuanto salía del taller, me quería solo para él. Víctor empezaba a asfixiarme. Él disponía de todo el día para estar con sus amigos y por la noche se pegaba a mí como una lapa, como el «-cita» a mi nombre.

Yo echaba de menos a Estrella y al resto de la pandilla.

Víctor y el taller eran una especie de paralelismo. Ambos me acaparaban. Durante los últimos tres años me había entregado a los dos en cuerpo y alma. Llevaba desde los catorce haciéndolo. Suspiré y pensé en el tiempo que había pasado con él, en lo enamorada que había estado el primer año, en todo lo vivido. El primer beso, perder juntos la virginidad… Pese a que habíamos compartido un océano de intimidad, sentía que ahora me conocía tan poco que dolía.

Pero eso no podía reprochárselo porque, si él era una lapa, yo era una ostra que se negaba a abrirse.

No aguantaría otro año a su lado. Eso yo lo sabía. Pero ignoraba que, tras la ruptura, no volvería a verlo jamás.

Ni a él ni al resto de mis amigos.

*

17:00

Aia Oiasso deambuló con pasos de autómata un buen rato, aún impresionada por la reacción de Adrián. Había contado con que no

quisiera saber nada, pero jamás con que la fuera a poner en duda. ¿De qué iba? ¿Y esa obsesión con que abortara?

El cabreo le hizo perder la noción del tiempo y del espacio, y cuando quiso darse cuenta ya eran las cinco de la tarde; había estado andando sin rumbo fijo. Consultó el teléfono. No había ni rastro de Adrián, pero sí un mensaje de su padre en el que le decía que él ya estaba allí, que dónde se había metido. Había quedado con él y con su madre en casa de esta última, que estaba en la Parte Vieja.

El matrimonio llevaba más de treinta años separado. Había optado por contarles lo del embarazo a los dos a la vez para evitar que hubiera resquemores. Eso de tener que elegir a quién decírselo primero podía levantar ampollas.

«Llegando. Ya estoy en lo Viejo», contestó.

Supuso que para su padre no tenía que ser nada fácil entrar en la casa de su ex. Pobre hombre. Quién le mandaría ser tan puntual. No escarmentaba por mucho tiempo que pasara. Aia se adentró en una de las callejuelas: fachadas de piedra gastada, balcones de hierro, tienditas de suvenires y bares atestados de pintxos. La gente caminaba sin prisa en todas las direcciones.

El corazón histórico de la ciudad, encajado entre el río Urumea, el mar y el monte Urgull, estaba compuesto de numerosas calles como aquella, estrechas, peatonalizadas y casi idénticas entre sí. Un verdadero laberinto si eras forastero. No era su caso. En apenas tres minutos distinguió cinco idiomas: euskera, castellano, francés, alemán e inglés. Un inglés que, a juzgar por la apertura de la pronunciación, dedujo que era estadounidense.

Aceleró la marcha y en dos minutos llegó al portal. Llamó al interfono y uno de los dos le abrió sin preguntar. Aia tenía llaves de las casas de sus progenitores, pero se negaba a usarlas. Su padre era más reservado y desde la separación no le había conocido ningún ligue, pero su madre había iniciado varias relaciones y ya llevaba cinco años con Jacinto, aunque no convivía con él.

Se limpió las suelas de las deportivas en el felpudo. La puerta estaba entornada.

—Perdonadme —dijo, cerrando tras de sí.

Su madre salió cojeando de la cocina y le dio dos besos.

—Tienes la cara helada, hija. —La estrechó con cariño.

—Hum, pero qué bien hueles, ama.

—Me he echado una muestra de perfume. ¿Te gusta?

—Me encanta. Por cierto, ¿qué tal el tobillo?

Se había hecho un esguince y por eso había pedido que la reunión fuera en su casa.

—Mucho mejor, gracias. ¿Y tú qué tal? ¿Va todo bien?

—Sí, tranquila. No tengo nada malo que deciros. No te preocupes. ¿Y el aita? ¿No se habrá largado? —Últimamente tenía menos paciencia y lo veía capaz de cualquier cosa.

—¡Estoy aquí! —voceó desde la sala.

—Vamos con él, anda. —Su madre la adelantó para que la siguiera—. Nos tienes en ascuas.

Él estaba sentado en el sofá. Ni siquiera se había quitado la parka. Cuando el exmatrimonio coincidía en el mismo espacio, se tensaba, y eso que se llevaban bien.

—Aita…, que solo han sido cinco minutos —se anticipó ella.

—Ya —murmuró.

—¡Yo también me alegro de verte! —bromeó Aia—. ¿Qué te cuentas?

Él se levantó y se dieron un abrazo.

—¿Qué me cuento yo? Eres tú la que quiere decirnos algo.

—Voy a subir la calefacción. —Su madre volvió a salir del salón y regresó con una bandeja repleta de dulces navideños que dejó sobre la mesa. Después se arrebujó en la chaqueta de punto y se sentó en el sofá, pero lo más alejada que pudo de su ex.

—No quiero entreteneros demasiado. —Aia tenía el cabello largo y suelto. Se lo recogió en una coleta—. Seré rápida.

—Ay, hija, qué misterio.

—Bueno, pues nada. —Se quitó la bufanda y se sentó en la mesa baja, junto a los dulces navideños.

—¿No te irás a vivir fuera o algo? —protestó su madre.

—No, no. Estoy muy bien aquí.

—Habla ya, Aia —dijo él, impaciente.

—Vale. Pues nada, que eso. Que… estoy embarazada.

Los dos le lanzaron una mirada concienzuda de arriba abajo y de abajo arriba. Ris ras, ris ras. Aia tenía cuarenta y tres años y llevaba cinco soltera. Entendía la sorpresa de sus padres.

—Pero… ¿sola? —quiso saber ella.

—Sola no, mujer —rezongó su padre—. Alguien habrá intervenido.

—¿Un equipo médico? ¿Es eso? No sabía que querías ser ama.

—Déjala que hable.

—No entraba en mis planes, pero un lío de una noche me ha dejado en esta situación. Llevo días pensando en si seguir adelante o no.

Los tres se quedaron callados.

—¿Y qué dice él? —preguntó su padre.

—No se lo ha tomado nada bien. Para él lo perfecto sería que abortara. Si sigo adelante, no creo que se involucre en la crianza. —Prefirió no decir que era un compañero de trabajo.

—Pero ¡¿qué fundamento es ese?! —protestó su madre con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. ¿No estará casado o algo?

—No, ama, tranquila. Pero la noticia le ha caído como un jarro de agua fría. Que haga lo que quiera.

—¿De cuánto estás? —preguntó él, preocupado.

—De poco. Mes y medio. Pero cuanto antes tome una decisión, mejor. El lunes tengo cita con la matrona.

—¿Qué es lo que más te apetece? Piensa en ti. Solo en ti —le aconsejó su madre.

Aia se llevó las manos al vientre. Se le humedecieron los ojos.

—¿De qué tienes miedo? —La mujer se levantó y se le acercó cojeando. Le acarició la mejilla. Su hija era de esas personas alegres y positivas que siempre se encargaban de levantar el ánimo al resto. Acostumbraba a ser el alma de la fiesta, el hombro en el que los demás se apoyaban.

—De todo —reconoció—. La maternidad ya acojona de por sí; si a eso le sumas la edad y que, *a priori*, estoy sola en esto…

—De sola nada. Estamos tu madre y yo. ¿Verdad, Inesita?

—Sobra decirlo. Nos tienes para lo que necesites, cariño.

—Jubilados. —Él les guiñó un ojo—. ¡Y sin nietos!

Su madre lo miró y rio como cuando lo amaba, y Aia se echó a llorar. No sabía si le emocionaba más contar con el apoyo de ambos o verlos otra vez en el mismo barco.

Los dos la abrazaron. Qué bonito sentirlos juntos otra vez. Qué bonito percibir tanto calor a su alrededor. Sollozó con ganas, como aquellas noches de borrachera que de adolescente sacaban su vena más sensible. Vaya torrente de lágrimas. Qué descontrol.

Pero de eso hacía décadas; ahora detestaba llorar en público. Era la tía *happy*. Aia, más feliz que una perdiz.

—Ten, anda. —Su madre le ofreció un pañuelo.

Tras enjugarse los ojos vio que ellos también estaban tocados. Vaya mierda. Eso sí que no.

—Venga, a comer algo —dijo para cambiar la energía.

Los tres picotearon polvorones, mazapanes y bombones de la bandeja hasta dejarla medio vacía. Los saborearon sin prisa mientras charlaban y rememoraban anécdotas de cuando era niña.

Una hora después, Inés los acompañó hasta el rellano y estrechó a su hija.

—¿Vas a decírselo a Martín? —le preguntó.

—Ya veré, ama. Sobre la marcha.

—Como quieras. Por cierto, el lunes voy contigo a la matrona.

—Dependerá de cómo tengas el tobillo.

—De aquí a entonces estará bien, no te preocupes. —Se acercó a su ex y le dio dos besos sin apenas rozarle las mejillas.

Padre e hija la dejaron en casa y bajaron a la calle. Avanzaron con los brazos entrelazados. Hacía siglos que no caminaban así.

—¿Estás bien? —quiso asegurarse.

—Ahora mucho mejor.

Él le besó la cabeza.

—He quedado con tus tíos en Amara para tomar un vino, pero si lo necesitas me quedo contigo.

—No, aita, vete tranquilo. Aprovecha ahora que puedes. Si sigo adelante, ya te joderé los planes cuando nazca el bebé.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Irme a casa. Mañana madrugo y quiero descansar un poco.

—Si decides no interrumpir el embarazo, tal vez deberías ir pensando en coger la baja.

—Madre del amor hermoso… Si solo estoy de mes y medio. ¿No lo oíste en casa de la ama? No exageremos.

—Seis semanas —la corrigió—. Ve acostumbrándote a la jerga gestacional. —Se soltó de ella para entrecomillar con los dedos en el aire.

—Seis semanas…

Se despidieron en el Boulevard y ella lo observó mientras se perdía por la calle Elkano. Iba erguido y caminaba con agilidad. Lo veía empujando un carrito de bebé sin problema. Tenía sesenta y cuatro años y energía para parar un tren. En eso ella se parecía a él. Eran como dos cabras montesas. Lo único que le preocupaba era la falta de paciencia que mostraba últimamente. Desde que ya no ocupaba su puesto en Correos, estaba más refunfuñón que nunca. Ella lo achacaba al cambio de rutinas. Seguro que en unos meses se acostumbraría a los nuevos ritmos y volvería a ser el hombre que era.

De camino a casa, Aia se topó con una multitud alrededor del río. Formaban un rectángulo perfecto. Desde el puente de la Zurriola hasta el de Santa Catalina. Contempló el cielo. Casi había caído la noche por completo. De repente, lo recordó: a las seis y media iban a encender las luces de Navidad. Este año el encendido oficial iría acompañado por fuegos artificiales, un concierto del Orfeón

Donostiarra y un espectáculo acuático de *flyboards*: tablas aerodeslizantes sobre el río que llenarían el evento de acrobacias a manos del campeón del mundo de esa modalidad, entre otros profesionales internacionales. Miró el reloj. Faltaban minutos. Apresuró la marcha para no perdérselo y eligió verlo desde el paseo de Ramón María Lili.

A ella siempre le habían gustado estas fiestas y cada día más. Al contrario que a la mayoría de su entorno más cercano. Ella los llamaba «detestanavidades». Uf, se acercaban los eternos rifirrafes de «Navidad sí, Navidad no», que empezaban a asemejarse a verdaderos debates políticos. A Aia no le importaba alzar la bandera del espumillón y defenderla como una jabata. Solo de pensarlo, sintió las campanillas de los trineos en el estómago. ¿Qué tenía de malo engalanar la ciudad y las casas, esforzarse un poco más de lo habitual en cuidar de los tuyos, darse algún buen atracón de dulces y dedicarse a disfrutar?

Al menos compartía esa ilusión casi infantil e imperecedera con alguien, con su amiga Tessa. Qué pena que viviera en Londres. Ese año le había prometido que intentaría por todos los medios pasar las fiestas en Donostia, con ella, pero aún no se lo había confirmado. Aia cruzaba los dedos para tener un motivo más para celebrar esas Navidades por todo lo alto.

Corría un aire frío del norte. Al mezclarse con la gente sintió el abrazo cálido de la multitud. Intentó avanzar para ver el río entre la muchedumbre. Los niños estaban subidos a los hombros de sus padres. Se masajeó las cervicales. Ella no las tenía para mucha jarana. Suspiró. La edad seguía pesando en su dilema, que no había previsto pero que, llegado el caso, tampoco podía zanjar sin

sopesarlo bien. Que el padre de la criatura prefiriera que abortara la había desconcertado. O quizá no el hecho en sí, sino cómo se lo había propuesto. Tan directo, tan frío.

Si no interrumpía el embarazo, ¿cómo reaccionarían los que la conocían? Había perdido la cuenta del número de veces que le habían preguntado si iba a ser ama. O aquella odiosa frase repetida hasta la saciedad de que se le iba a pasar el arroz… Ahora tenía que estar preparada para «¿Con tus años?», «¿Y quién es el padre?», «¿Te has hecho una inseminación?», «¿Y vas a poder sola?».

Para alejar todas esas tonterías de su mente, se concentró en las cajas repletas de adornos que guardaba en el armario del salón. Visualizó su soldado cascanueces de medio metro. Era su figura favorita. Madera lacada en rojo, blanco, verde y negro. Siempre lo ponía en el recibidor para que la saludase nada más entrar en casa.

En cuanto acabase la exhibición decoraría el piso, vaya que si lo haría. Solía dejarlo para el puente de diciembre, pero este año merecía una excepción.

Varios gritos histéricos provocaron que mirara hacia el río, pero no había ni rastro de las *flyboards*. Lo siguiente que sintió fue una avalancha humana que la hizo tropezar y perder el equilibrio. Aia pensó en el embarazo y, para evitar caer de culo, se contorsionó como un gato y amortiguó el golpe con las manos. Antes de que pudiera reaccionar, los pies de una niña se enredaron entre los suyos. La chiquilla cayó sobre ella. Notó el peso ligero de su cuerpo, el olor a ropa limpia, el cabello rubio y fino zigzagueando en sus brazos. La madre la aupó de inmediato.

—¿Estás bien? —le preguntó la mujer.

La estridencia de varias voces alarmó a las tres. Aia se levantó de un salto y se giró en todas las direcciones. La gente seguía saliendo en estampida y, por suerte, no se estaban produciendo muchas caídas. La madre optó por alejarse con su hija en brazos.

—¡Ayuda! ¡Socorro! —dijo alguien.

Localizó de dónde venían los chillidos. Estaban cerca. Avanzó hacia allí y vio a una mujer madura, de unos cincuenta y tantos años, tirada en el suelo. Tenía una melena cobriza y ondulada, los ojos cerrados y el abrigo gris manchado a la altura del abdomen de un granate que no le gustó un pelo. Le tomó el pulso. Estaba viva.

—Tranquila, tranquila. Te vas a poner bien —susurró.

La mujer no reaccionó a ningún estímulo.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber.

De pronto el flujo carmesí empezó a teñir la acera y los gritos histéricos aumentaron. Le desabrochó el abrigo y le subió el jersey para buscar la zona afectada. Encontró dos heridas; una parecía más superficial, pero la otra sangraba profusamente. Se quitó la bufanda y presionó con ella el tajo para tratar de controlar la hemorragia. Marcó el número de emergencias y sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro. Rogó que descolgaran al primer tono. Aquella mujer necesitaba sin demora ir al hospital. Por suerte, este tipo de eventos siempre estaban cubiertos por presencia sanitaria. Supuso que habría una ambulancia cerca intentando llegar allí entre la marabunta. Mientras hablaba con emergencias, echó un vistazo a su alrededor para captar todos los detalles posibles del entorno. En el suelo no había ningún cuchillo ni objeto afilado. Tampoco bolso, mochila ni bolsa.

—¿Alguien la conoce?

Los curiosos que seguían cerca negaron con rotundidad. Varias personas le explicaron que se había caído, que creían que se había desmayado, pero que la mancha del abrigo enseguida los había puesto en alerta.

Las sirenas no tardaron en sonar. No sabía en qué parte se hallaba la ambulancia, pero sí que estaba muy cerca. Ojalá contar con esa ventaja contribuyera a salvarle la vida.

Una pareja de sanitarias ataviadas con chaleco amarillo corrió hacia ellas. La gente que no había salido despavorida se apartó para abrirles paso.

—Las heridas son de arma blanca —explicó Aia sin dejar de presionar con las manos—. Tiene una buena hemorragia.

—¿Quién es usted? —quiso saber una.

—Soy ertzaina. El suceso me ha pillado a pocos metros.

La otra se arrodilló a su lado.

—Permítame.

Aia Oiasso aflojó para que pudiera ver las lesiones.

—Necesita sangre y un quirófano con urgencia —dijo la sanitaria.

La agente se levantó para dejarles hacer su trabajo y aprovechó para hablar con los que seguían curioseando. Nadie parecía conocer a la víctima.

Llamó a la comisaría para informar ella misma de la gravedad de la situación y solo entonces descubrió que tenía en la mano un buen corte y una herida abrasiva. Probablemente se habría raspado al caer al asfalto.

*

Villajoyosa
Marzo de 1979

En el taller de costura no faltaban las revistas de moda, pero tampoco las del corazón. Mi madre invertía cada mes un dinero en ellas para no perderse las tendencias del momento. Yo llevaba años guardando en mi habitación aquellas en las que salían mis divas favoritas: Brigitte Bardot, Raquel Welch, pero, sobre todo, mi querida Pepa Flores. Incluso había comprado a escondidas la polémica *Interviú* en la que aparecía desnuda en portada. Admiraba la carrera de Marisol. Me había influido tanto que, desde niña, había querido ser actriz. Cuando dejó atrás el pseudónimo infantil me sentí más en sintonía con ella que nunca. De Marisol a Pepa Flores. Una mujer fuerte y transgresora. Quería ser como ella y deshacerme del «-cita».

Me imaginaba posando en la portada de una revista. Con los ojos maquillados en tonos oscuros y enmarcados por unas pestañas postizas. Con un peinado más sofisticado. La melena castaña muy voluminosa y un flequillo largo, sensual.

«Ha nacido una nueva estrella. Se llama Carmen la Vila».

Ese sería mi nombre artístico, en homenaje a mi pueblo, ya que muchos naturales de Villajoyosa lo llamábamos la Vila.

Estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad y había trabajado mucho durante los últimos cuatro años. Mi madre me tenía asignado un sueldo, el mismo que a mis compañeras del taller, aunque, a diferencia de ellas, yo no lo percibía en mano. Mi madre me daba lo justo para sobrevivir, que era muy poco porque la falta de tiempo me impedía salir, y el resto me lo ingresaba en la caja de ahorros. Decía

que era la única manera de no malgastarlo y que en un futuro me podría hacer falta.

Había echado cuentas y disponía de un buen puñado de billetes que me ayudarían a ponerme en el camino de mi sueño. Quería instalarme en Madrid y apuntarme a una escuela de interpretación.

Llevábamos en plena transición a la democracia desde 1975, cuando murió Franco. El tiempo había corrido lento y confuso, pero hacía medio año se había firmado la esperada Constitución española y por fin tocábamos la libertad con la punta de los dedos.

El futuro del que mi madre me habló había llegado.

Una jornada de esas interminables, en las que ambas nos quedábamos hasta las tantas para acabar los encargos, de esas en las que veía apagarse el día y caer la noche a través del escaparate, tomé aire y le confesé mis intenciones. No sé si movida por el cansancio extremo que dominaban mi mente y mi cuerpo o por encontrar a mi madre más alegre de lo habitual. Aun así, no había terminado de pronunciar la última palabra cuando supe que había sido una mala idea. Sus ojos la delataban.

—¿De qué me estás hablando? ¿A qué viene eso de querer ser actriz?

Mi madre me miraba por encima de las gafas, que tenía apoyadas en la punta de la nariz. Se le había arrugado el entrecejo como una pieza de lino después de manipularla durante horas.

—Llevo años soñándolo. —Tragué saliva—. ¿Por qué no intentarlo?

—Porque tu sitio está aquí —sentenció, apuntándome con la aguja que sostenía entre los dedos índice y pulgar.

—He trabajado muy duro, mamá. Tengo ahorros suficientes para…

—De ninguna manera, Carmen, ese dinero no es para derrocharlo así como así, y menos en un sueño tan bobo. —Chasqueó la lengua —. ¿Actriz? ¿Qué demonios tienes en la cabeza? ¿Pájaros?

Era la primera vez que mi madre me llamaba Carmen a secas, pero el resto de la frase era tan fea que no sentí ningún tipo de ilusión. Bajé el rostro. Entre las manos tenía un pichi de estampado geométrico. Lo estrujé sin darme cuenta.

—Y como se entere tu padre…, te come —prosiguió ella—. ¡Actriz! ¡Y a Madrid nada menos! Estás loca.

Su rabieta, su incomprensión, su falta de empatía o lo que fuera iba cargada de un desprecio que me hacía daño más allá del orgullo. En lo más profundo.

—Ese dinero es mío —musité con lágrimas en los ojos. Quise decirle que me pertenecía al igual que mis sueños. Que no tenía pájaros en la cabeza, que no estaba loca.

—No, claro que no es tuyo. Parte de él se va en tu manutención. El techo bajo el que duermes y lo que comes no se pagan solos. ¡Vaya con la señorita!

Nunca había visto tan encendida a mi madre. Me costaba mirarla. No la reconocía.

—Solo te pido parte de esos ahorros para empezar —me atreví a decir con voz temblorosa—. Después ya me buscaré la vida.

—¡He dicho que no y sanseacabó! Y ya puedes quitarte esas ideas de la cabeza. —Se levantó y me arrebató el pichi de las manos—. ¡Lo estás dejando como un guiñapo!

Me puse de pie y me tambaleé. Estaba como atontada y tenía las axilas empapadas en sudor. Elevé el rostro y me enfrenté a los ojos de mi madre. Estaban crispados. ¿Por qué?

—Qué suerte que nadie se interpusiera en tu camino, mamá. Si no, no serías una prestigiosa modista y nada de esto se habría hecho realidad. —Señalé las máquinas de coser, los burros atestados de prendas, los rollos de tela…

Por el movimiento de las mandíbulas intuí que mi madre apretaba los dientes.

—¿Esto? —escupió con rabia—. Esto es tuyo. Hasta le puse tu nombre.

Me sentí más prisionera que nunca. Una jaula de oro a medida. A la medida de ella.

—Jamás te pedí que lo hicieras. Sabes que a mí nunca me ha apasionado la costura.

—¡Qué tontería! Tienes un don, como yo. Acéptalo.

—¡Me da igual lo que tenga o no! —grité con impotencia—. ¡A mí no me gusta!

—¡Cuántas matarían por tenerlo! ¡Eres una desagradecida!

—No, no lo soy. —Lo dije sin elevar el tono. Detestaba que las dos estuviéramos voceando. Además, quería que se tranquilizara y se pusiera en mi lugar, que me entendiera.

—Vete a casa —ordenó, seria.

Negué en silencio.

—¡He dicho que te vayas a casa ahora mismo!

—No, voy a planchar el pichi. Después me iré. —Quise quitárselo, pero no pude, porque lo agarraba con fuerza. No me rendí y forcejeamos como dos leonas intentando llevarse la misma presa.

¡Ras!

Al oír el sonido detuvimos la pelea. Nuestros colmillos afilados habían desgarrado el pichi.

—¡Mira lo que has hecho! —Soltó la prenda y me dio un sonoro bofetón.

El pichi se quedó colgando de mis dedos, pendiendo de dos hilos, como si yo también me hubiese roto. A continuación, me lo arrebató y lo lanzó sobre una de las máquinas de coser.

—¡Y ahora te vas!

Le di la espalda y me llevé las dos manos a la mejilla. Era la primera vez que mi madre me pegaba.

—Y dile a tu padre que no me espere para cenar. Que por tu culpa tengo tarea.

Me dirigí hacia la puerta como una sonámbula. Antes de cerrar, oí que mi madre se echaba a llorar.

Aquella noche, además de romperse el pichi, se resquebrajó el equilibrio de mi hogar. Mi madre regresó del taller muy tarde. Yo la oí llegar, porque no era capaz de conciliar el sueño. El bofetón me seguía escociendo en el corazón, y su rechazo hacia mis sueños, en el alma. La escuché susurrarle a mi padre palabras que no entendí, cuando por fin dejó de llorar. Era obvio que se lo estaba contando todo. Me pregunté qué versión sería. Fuera cual fuese, él siempre se pondría de su lado. Si ella no aceptaba que quisiera ser actriz, mucho menos él. Tenía cuarenta y ocho años, nueve más que ella. Aunque parecía aún mayor porque era una persona anticuada.

Por la mañana me levanté temprano, desayuné sola y fui la primera en entrar en el taller. El pichi lucía nuevo colgado de una percha. Olí el tejido geométrico, como queriendo averiguar el número de lágrimas que mi madre había vertido sobre él. Lo dejé en su sitio antes de que me vieran ella o cualquiera de mis compañeras. Me puse en la mesa de cortado, de espaldas a la puerta, y comencé

a dibujar el patrón de una gabardina que una clienta nos había encargado.

Mi madre llegó enseguida, me dio los buenos días y yo le correspondí. No intercambiamos ninguna palabra más durante la jornada. Mis compañeras entraron minutos después y por suerte sustituyeron el silencio malsano por anécdotas y risas. Mi madre se unió a la cháchara. Supuse que fingía normalidad. Yo no me esforcé. Me quedé en mi mundo. Muda y sorda. Triste.

A la hora de la comida coincidimos mi padre, mi madre y yo, y nos hablamos lo justo y necesario. «Pásame el pan», «¿Queda más paella?», «Hay natillas en el frigorífico». Mi padre estaba enfadado. Lo conocía de sobra para saberlo, pero no me dijo nada. Presentí que mi madre, después de contarle lo de mi ridícula fantasía de ser actriz, le habría pedido que no me regañara. Que ya se me iría pasando. Correr un tupido velo y dejar tras él los sueños, el rifirrafe y el bofetón. Ya volvería todo a su sitio.

Pero eso nunca ocurrió.

A última hora de la tarde, al salir del taller, me escaqueé de Víctor poniendo como excusa un dolor de cabeza y fui a buscar a Estrella. Le dije que necesitaba estar con ella, pero que mi novio no me podía ver por el pueblo.

Entrelazamos los brazos y fuimos dando un paseo hasta la torre de la Malladeta, ubicada en la entrada sur del pueblo. La primavera estaba a punto de comenzar y hacía buena temperatura. Yo agradecía cada minuto que pasaba en la calle, fuera del taller. La torre se erguía sobre una colina. Era una edificación preciosa y señorial que parecía una atalaya de vigía costera, pero nada más

lejos. La Malladeta la mandó construir un afamado psiquiatra y político a finales del siglo XIX para utilizarla como estudio privado.

Como estaba abandonada, subimos las escaleras para entrar por la puerta. Nos sentamos en el suelo, una muy pegada a la otra; apoyé la cabeza en su hombro y comencé a llorar. A través de los ventanucos se oía mi querido Mediterráneo. Cuando me tranquilicé le conté a Estrella lo sucedido.

—No me lo van a poner fácil. Soy su única hija y me quieren aquí, con ellos.

La luz del ocaso empezó a intensificarse como un incendio descontrolado y se reflejó en nuestros ojos brillantes. Las dos éramos altas y delgadas. Ambas teníamos la melena larga, la raya al medio y los ojos marrones. Aunque su cabello era pelirrojo y el mío castaño, yo siempre decía que era mi hermana. La hermana que nunca tuve.

—Dales tiempo; a lo mejor solo necesitan eso. —Me metió un mechón detrás de la oreja.

—Sí, qué remedio, pero no puedo más, Estrella. Me niego a vivir el sueño de mi madre en vez del mío.

Pese a que las llamas del atardecer se habían empezado a apagar, vislumbré una lágrima recorriendo la mejilla pecosa de mi amiga.

—¿Por qué lloras?

—Porque a mí también me asusta que te vayas. Que te olvides de mí. —Se secó la cara con los dedos—. Esto está pasando de verdad. Tarde o temprano te irás.

La abracé.

—Yo jamás me olvidaré de ti.

Estrella se soltó de mí.

—Voy a ayudarte en todo lo que pueda para que seas feliz, Carmen. —Me tomó de las manos—. Juntas buscaremos una solución.

Y así lo hizo. Mi amiga removió Roma con Santiago hasta dar con ella. Me abrió una puerta para poder salir de Villajoyosa y empezar de cero. Gracias a la conocida de una conocida me encontró un trabajo de camarera en una discoteca de Alicante y un piso compartido con varias chicas.

De haber sabido lo mucho que se iban a torcer las cosas allí, la propia Estrella me habría dejado encerrada en la torre de la Malladeta para siempre.

*

20:00

Los planes de decorar la casa se habían ido al traste, y de qué manera. A Aia no le importaba; solo rogaba que la mujer agredida se salvara, si es que aún seguía viva. Entró en comisaría con restos de sangre propia y de la víctima en las manos y en la gabardina. Sus compañeros ya se hallaban en la escena del crimen y la habían acercado hasta allí en un coche patrulla para que los de investigación hablaran con ella. El trayecto había sido corto; del paseo de Ramón María Lili hasta el barrio del Antiguo apenas había quince minutos.

En el pasillo, varios ertzainas se arremolinaron a su alrededor alarmados por las manchas de sangre de su ropa y ella les contó con detalle lo sucedido, aunque lo que más deseaba era aislarse durante

unos instantes. La tensión por lo acontecido le había caído de golpe y estaba agotada.

En cuanto consiguió deshacerse de ellos, esperó a que algún compañero que fuera a llevar el caso apareciera. Se le hizo extraño haber acudido en calidad de testigo. Llevaba desde los treinta trabajando en protección ciudadana de la Ertzaintza. Al principio como patrullera, aunque desde hacía un lustro ocupaba el puesto de irrati, atendiendo las llamadas que llegaban del exterior.

—*Kaixo*, Aia.

Al girarse, vio a Martín. No podía ser cierto. Si mal no recordaba, estaba destinado en la comisaría de Zarautz. ¿Desde cuándo formaba parte del grupo de investigación de Donostia?

Él se sentó enfrente.

—Vaya marrón. ¿Qué tal estás? —preguntó, fingiendo normalidad.

Aia lo conocía de sobra para saber que estaba incluso más incómodo que ella.

—No te esperaba por aquí —reconoció la irrati.

—Me han pedido que lidere el grupo hasta resolver el caso. Ha sido una decisión de última hora. ¿Qué tal la herida? Los compañeros me han informado de que tenías un buen rasponazo. —Le estudió las manos desde el otro lado de la mesa.

—No es nada, gracias —dijo ella, retirándolas. Las apoyó en los muslos—. ¿La mujer sigue viva?

—Está en el quirófano y el pronóstico es grave. Cuéntame qué has visto.

Aia se miró la sangre reseca. Alrededor de las uñas tenía más cantidad concentrada. Suspiró y le relató lo sucedido.

—Yo descartaría el intento de suicidio —opinó ella al finalizar.

—¿Y eso por qué?

—No localicé ningún tipo de arma en el suelo.

—Pudo tirarla al río. Estaba cerca de la barandilla.

—No, no me cuadra. ¿A quién se le ocurriría hacer algo así en el encendido de luces de Navidad?

—Estas fechas ponen a la gente muy triste.

Ella meneó la cabeza con obstinación y a él se le escapó una sonrisa de medio lado que escondió muy bien. Conocía su ferviente lucha pro espíritu navideño.

—¿Habéis dado con algún familiar?

—Nada, tampoco con su documentación. Estamos haciendo todo lo que podemos para identificarla.

—Qué pena. Ojalá aparezca alguien pronto y vele por la pobre mujer.

El oficial apoyó los codos, se deslizó hacia ella y la miró a los ojos. Aia tragó saliva, tensa. Las circunstancias de la vida los habían distanciado y desde hacía años evitaban coincidir. Habían acabado desarrollando un talento especial a la hora de fingir que no existían el uno para el otro. Pero otra vez estaba ahí, cerquísima. Como si nada hubiera pasado.

—La mujer llevaba una pistola táser en el bolsillo del abrigo. —La información cortó de golpe sus cavilaciones.

—Joder. —Se quedó pensativa—. Entonces, temía el ataque. ¿Habéis revisado las denuncias por violencia machista? ¿Y las órdenes de alejamiento?

—Estamos en ello. Por cierto, tenemos que tomarte el ADN y las huellas del descarte. Tus restos biológicos estarán en su ropa. Hemos escoltado a la ambulancia hasta el hospital y, en cuanto la

víctima ha entrado en el quirófano, he pedido todas sus prendas para evitar más contaminaciones. Ahora mismo están en posesión de la científica. —Se masajeó el cuello—. Y es lo único que tenemos, dado que, de las heridas, pocas muestras vamos a poder sacar tras el procedimiento médico. Desinfectar, suturar…

—No fui cuidadosa, lo siento.

—No te disculpes. La prioridad era salvarle la vida. Has hecho un buen trabajo. —Se levantó—. Acompáñame. Los de la científica no tardarán nada. Después podrás irte. Supongo que estarás deseando descansar y desconectar.

—Iba a decorar la casa, pero me temo que tendré que dejarlo para otro día.

A él se le volvió a escapar otra sonrisa que ella cazó por el rabillo del ojo. Cómo le favorecía relajarse un poco. ¿Lo sabría él?

Se detuvieron delante de un despacho.

—Traigo a Aia Oiasso —anunció el oficial, abriendo la puerta—. No la entretengáis mucho, que menuda tarde lleva. —Apoyó la mano en su hombro—. Tengo que dejarte. La subcomisaria me espera para que la ponga al día. Cuídate y, si recuerdas algo, llámame, ¿vale?

Claro, le habría respondido, pero no lo hizo. El gesto afectuoso de su hermano la hizo enmudecer.

*

Villajoyosa
Lunes, 25 de junio de 1979

Dieciocho años. Sí, había alcanzado la mayoría de edad y estaba feliz. Tenía por delante muchos obstáculos que sortear, pero me sentía tan fuerte que pensar en ellos no me hacía venirme abajo.

La primera decisión que tomé fue dejar a Víctor. Sabía que me iba a doler, porque le tenía un cariño inmenso. Cuatro años juntos. Toda la adolescencia. Separarme no iba a ser fácil y tal vez por eso había tardado tanto en hacerlo.

La ruptura fue inesperada para él, por lo que no reaccionó nada bien. Durante los primeros minutos se puso borde conmigo y me trató de loca. «Pero ¿qué estás diciendo? No entiendo nada. Tú no estás bien». Después me llamó de todo. «¿Estás con otro tío? ¿Es eso? ¡Estás con otro tío! Eres una guarra».

¿Por qué me hablaba así? Víctor no me conocía en absoluto, pero yo a él tampoco. Recuerdo que me sentí aliviada por dejarlo. Y me arrepentí de no haber dado el paso mucho antes. Al ver que sus estrategias de ataque no funcionaban, recurrió a la pena. Se abrazó a mí y lloró como un niño desconsolado. Después utilizó el chantaje. «Si me dejas, te juro que me mato. ¡Me mato!». Y, por último, algo más ruin y rastrero: las amenazas. «Le diré a todo el pueblo que eres una zorra. Que un día me la chupaste».

Todo lo que me dijo me hirió en lo más profundo, pero no surtió en mí el efecto que él deseaba. Yo no iba a recular. La decisión estaba más que tomada. Le di la espalda y me largué a casa con lágrimas en los ojos.

Nada más entrar en la cocina me crucé con la mirada de mis padres. Les conté que había dejado a Víctor y se lo tomaron fatal. Y no fue porque tuvieran un afecto especial por él, sino porque entendían que yo estaba empezando a soltar amarras. Que los

siguientes serían ellos. «Últimamente estás muy tonta, Carmencita. Y te vas a arrepentir», me soltó mi padre. Mi madre remató la conversación diciéndome que estaba resultando ser una completa decepción y ordenándome que me marchara a mi dormitorio.

Obedecí sin rechistar.

Víctor me había acusado de chalada y egoísta, y mis padres, de boba e insensata. Reaccionaban así por el pánico a perderme. En aquel momento no lo entendí, pero sí con el tiempo. También que sus ansias de retenerme consiguieron el efecto contrario.

Me encerré en la habitación y comencé a hacer el equipaje.

*

20:30

—Siéntate, Martín —le ordenó Eloísa Garo—. Lo primero, gracias por aceptar mi propuesta. Estamos un poco justos de personal en el equipo de investigación. Un agente de vacaciones y el oficial de baja.

La subcomisaria y Martín habían trabajado juntos durante años en la comisaría de Zarautz y entre los dos había confianza.

—No te preocupes —dijo, tomando asiento. Aún estaba turbado por el encuentro con su hermana. Se obligó a centrarse—. Me va a venir bien cambiar de aires.

—Me alegra. Cuéntame qué tenemos.

Oiasso abrió una carpeta y extrajo varios folios y fotos que extendió por el escritorio. Después le resumió lo acontecido hasta el momento.

—He puesto escoltas en el hospital, por si las moscas.

—¿Barajáis la autolesión? —preguntó, poniéndose las gafas.

—Acabo de hablar con la testigo y ni se lo plantea.

—¿Y tú?

—Tampoco, aunque prefiero hablar con el forense antes de hacer ningún juicio. Hemos visto ya demasiadas cosas. Y algunas de lo más inverosímiles.

Eloísa asintió. Tenía cincuenta y cinco años y llevaba una melena gris capeada. Se metió un mechón de pelo detrás de la oreja antes de decir:

—Lo de la táser es raro, por no decir sospechoso. ¿Qué tipo de persona tiene una? En España ni siquiera son legales. Si no me falla la memoria, tres mil euros de multa por llevar una encima. —Ella ojeó un informe preliminar que el oficial había dejado sobre el escritorio—. Además, una mujer de entre cincuenta y cinco y sesenta años.

—Quizá sea miembro de las Fuerzas Armadas o de algún cuerpo de seguridad —sugirió Martín—. O a lo mejor tiene una acreditación de una necesidad de autodefensa.

—No podemos descartar nada.

—Si no es el caso, pudo conseguirla en el mercado negro o, más fácil aún, en la armería de Baiona. En Francia su venta no está prohibida y en ese establecimiento las tienen de varios tamaños.

—Habrá que investigar a fondo esa táser: marca, modelo, distribución… —Eloísa Garo se quitó las gafas—. Por lo pronto, revisad las desapariciones en la base de datos europea, a ver si conseguís averiguar su identidad. Si el forense descarta el intento de

suicidio, sobreviva o no la víctima, trataríamos de inmediato el caso como homicidio en grado de tentativa.

—Que haya tenido lugar en el encendido de luces de Navidad le ha dado cierta notoriedad y repercusión que no nos favorece nada —señaló el oficial Oiasso—. Mucha gente lo vio y en la prensa el caso está despertando cierto morbo. ¿Qué indicaciones nos das sobre el trato con los medios? Por decirle al equipo cómo debe proceder.

—Por el momento, con los medios, cuanto menos, mejor. Y respecto a la localización, habrá que sacarle partido a ese infortunio tan multitudinario. Seguro que había decenas de personas con el móvil preparado para grabar el espectáculo acuático.

—Sí, tengo al equipo trabajando en ello y hemos solicitado a los municipales que nos pasen las imágenes de la cámara de tráfico del cruce de la plaza Euskadi.

—Bien —dijo, apretándose la parte alta de la nariz con los dedos índice y pulgar—. Mantenme informada de cada avance.

Martín se levantó.

—Ah, y pídele a la agente Oiasso que forme parte del grupo.

—¿A Aia? ¿La irrati?

—Su colaboración será útil, sobre todo en las visualizaciones de las grabaciones. Ella estaba en medio del meollo cuando ocurrió. Puede que al verlas recuerde algo que pasó por alto.

—Pero… —Martín se pasó la mano por la nuca—. Igual mejor… no.

—¿No? —Ella frunció el ceño. Lo estudió—. ¿Tienes algún problema con tu hermana?

—¡No! ¿Yo? —respondió, veloz. Rogó que la subcomisaria no hubiese notado cuánto le disgustaba e irritaba la propuesta—. En absoluto.

—Entonces, no hay nada más que hablar. Llámala y que se incorpore mañana —concluyó mientras devolvía los folios y las fotos a la carpeta.

*

Villajoyosa
Martes, 26 de junio de 1979

Por la mañana, muy temprano, me fui de casa aprovechando que mis padres aún no se habían levantado. Había ahorrado el poco dinero que mi madre me había dado durante el último año y gracias a eso tenía lo suficiente para comprar un billete de autobús y también para adelantar el pago de una habitación en Alicante.

Llamé a Estrella desde una cabina antes de subirme al autobús. Me habría gustado despedirme de ella en persona, pero mi marcha se había precipitado. Le pedí que telefoneara a las chicas del piso para pedirles, por favor, que me acogieran antes de lo previsto. Me adelantó que no habría problema. Que estuviera tranquila. «Prométeme que te cuidarás, Carmen. Y que no te olvidarás de mí», rogó con la voz tomada.

Lloramos a moco tendido al decirnos adiós.

Colgué y esperé unos minutos para recomponerme. Después marqué otro número, el de casa. Mi madre cogió el teléfono. Fui breve e intenté ser cariñosa. Le dije que los quería, que no se

preocuparan por mí, que iba a estar bien. «¿Cómo puedes hacernos esto? ¿Cómo? Y no me digas que nos quieres, porque eso no es querer. Si así fuera, estarías aquí, con nosotros. No tienes corazón. No lo tienes». Los reproches de mi madre iban cargados de rabia. Entre lágrimas le dije que lo sentía mucho.

Nunca imaginé que doliera tanto apartarse, elegir un camino propio, y mucho menos que me lo fueran a poner tan difícil. El secuestro emocional que sentí me paralizó. Solo quería formarme como actriz y probar suerte. Nada más. ¿Era tan difícil no condenarme por ello aunque no me apoyaran? ¿Cómo podía una decisión tan íntima sacudir los cimientos de quienes más amaba? ¿Por qué me obligaban a elegir?

Miré el autobús. Estaba a punto de salir. ¿Y si lo dejaba marchar? ¿Y si regresaba a casa? Volver y esperar a que mis padres respaldaran mi sueño algún día. O rendirme, asentarme en el Taller de Costura Carmencita y valorar de una santa vez la suerte que tenía, como decía mi madre, aceptando lo que ellos querían para mí. «Os llamaré, ¿vale? Un beso, mamá».

Cogí el autobús y dejé que mi mirada se perdiera a través de la ventanilla. Me sentía vacía, sola. Mala persona. Necesitaba más que nunca un abrazo. De mis padres, de Estrella. E incluso de Víctor. Pero ninguno estaba allí.

*

21:00

María no dejaba de asomarse a la ventana y llamarlo por teléfono, pero seguía sin noticias ni respuestas. ¿Qué había pasado? No entendía dónde se había metido, qué había podido salir mal.

—¿Nada? —le preguntó Brianna.

—Ni rastro —dijo, preocupada—. Esto no es propio de él. Voy a acercarme al local.

—Ni se te ocurra, María. Es peligroso. ¿Y si es el responsable del apuñalamiento?

—¡Pues ve tú! No sé qué hacemos aquí las dos metidas como leonas enjauladas.

—Claro que iré, pero cuando las calles estén menos abarrotadas. —Brianna tenía la melena muy corta. Se pasó la mano por la nuca.

—Claro, claro. Cuando tú lo creas oportuno —dijo con retintín.

Brianna se sentó en una silla. La ansiedad le brotaba del pecho. María la llevaba al límite, por lo que procuraba no salir de su dormitorio para evitar encontrarse con ella. Prefería arrinconarse y aislarse hasta que la reclamara. Ser una sirviente solícita, pero aparecer solo lo justo. Sacó el teléfono y buscó en internet.

—Acaban de publicar la noticia en un diario digital.

AGRESIÓN EN DONOSTIA

Una mujer en estado grave tras, presuntamente, ser herida a las 18:29 de este viernes frente al río Urumea

El suceso ha tenido lugar un minuto antes del tradicional encendido navideño de la capital guipuzcoana, en el paseo de Ramón María Lili.

La zona estaba abarrotada de miles de personas que esperaban con ilusión la inauguración de las luces de Navidad.

Por el momento se desconoce la identidad del agresor. La Ertzaintza ha abierto una investigación para esclarecer estos hechos que han sembrado confusión, miedo y caos

en la ciudad.

A consecuencia de los mismos, se han suspendido las actividades programadas para hoy: el espectáculo acuático de *flyboards* sobre el río, el concierto del Orfeón Donostiarra y los fuegos artificiales.

—¡Qué les jodan! ¡A ellos y a sus fiestas! —gritó, y con un empujón volcó una silla de mala gana—. ¿A quién le importan unas putas luces?

—¿Por qué te pones así? —lamentó Brianna.

—Porque parece que le dan más importancia a eso que a la agresión en sí. ¿De quién se trata? ¿Herida de qué? ¿Adónde la han trasladado?

Brianna sabía muy bien que se referían a la mujer a la que días atrás había seguido después del entierro, desde el cementerio hasta los apartamentos: la del Ford Puma gris antracita. María también lo sabía.

—Ten paciencia —le dijo para tranquilizarla—. Mañana a primera hora habrá más datos al respecto.

—¿Y dónde se ha metido tu tío? —murmuró, asomándose de nuevo por la ventana—. Estoy rodeada de inútiles, ni él ni tú servís para nada. ¿Me oyes?

Brianna empezó a temblar, furiosa y avergonzada, pero debía contenerse. La idea de que él odiara a María tanto como ella se instaló de improviso en su cabeza.

—¿Y si consiguió la pasta y se ha largado con los bolsillos llenos? —se arriesgó a decir.

María se volvió, la miró con los ojos desorbitados y la señaló con el dedo. Tenía el cabello largo, teñido de rubio.

—Qué desagradecida. ¿Eso es lo que habrías hecho tú en su lugar? ¿Después de todo lo que hemos hecho nosotros por ti? Eres repugnante, por dentro y por fuera, ¿me oyes?

—¡Para! Por favor. —Brianna levantó las manos, rindiéndose—. No he querido decir eso… No sé por qué lo he…

—Eres repugnante —insistió María—. ¡No me mires, que me das asco! ¡Búscalo y tráelo de vuelta!

—¡Joder! —explotó Brianna, llorando en dirección a la puerta. Los puños prietos, el corazón encogido—. ¡Esto es una mierda! Estoy harta de todo… —dijo lloriqueando.

María bufó y soltó una risa viperina.

—Me avergüenza lo vulgar e inmadura que eres. No sabes cuánto. —Entornó los párpados y la miró con inquina.

Brianna se arrepintió de haber estallado. Debía tener más aguante. ¿Qué más podía hacer para que las cosas funcionaran entre ellas? Lo había probado todo. Todo.

Cogió el abrigo y salió del piso antes de que la situación se torciera más.

*

Alicante
Verano de 1979

Trabajar en una discoteca de Alicante me reveló que no solo tenía talento para la costura, sino también como camarera. Don de gentes, lo llamaban. Aprendí rápido a manejarme en la barra. Me satisfacía sentirme independiente y libre. Trabajaba cada noche con

una sonrisa en los labios. Estar de cara al público hacía que las horas volaran. Apenas habían transcurrido unas semanas de mi nueva vida, pero qué lejos quedaban las jornadas en el taller de costura. Me sentía viva, libre y agradecida de estar rodeada de gente de mi edad.

Compartía piso con cinco chicas que se ganaban la vida como yo. Después de los turnos interminables, ellas se quedaban de fiesta. A menudo me invitaban a que las acompañara, pero, aunque no les sentaba muy allá que las rechazara, yo prefería regresar al apartamento. No me podía permitir gastar más de lo necesario. Si estaba allí era para ahorrar. Mis sueños seguían intactos y deseaba que florecieran.

La cantidad de estímulos que recibía cada noche era abrumadora. Música, luces, piropos, carcajadas… Volvía a casa por la mañana temprano, reventada, pero al meterme en la cama me pitaban tanto los oídos y tenía tal aceleración en el cuerpo que era incapaz de conciliar el sueño. Por eso comencé a coger la rutina de dar una vuelta por la playa de San Juan antes de regresar a casa. De esa manera el nivel de adrenalina bajaba.

Fue en uno de esos paseos cuando conocí a Juantxo. Nos habíamos cruzado dos mañanas y a la tercera nos sonreímos. Él se acercó y me preguntó si me molestaba que me acompañara en el paseo. Era un chico guapo, guapísimo. Con bigote, un lunar pequeño en el pómulo y los ojos azules. A mí los ojos claros siempre me habían dado confianza. Tenía la teoría de que ninguna persona con esos iris podía ser mala —eran cosas mías, por supuesto, y la experiencia me mostró lo equivocada que estaba, pero eso fue más adelante—. El caso es que agradecí que Juantxo me acompañara

durante aquellas horas de desvelo. Me contó que tenía veinte años y que vivía en San Sebastián. Yo conocía la ciudad vasca de oídas, porque era donde se celebraba, desde 1954, un glamuroso festival de cine por el que suspiraba.

Juantxo era celador en un hospital. Me dijo que acababa de independizarse y que sus padres habían organizado el viaje a Alicante para celebrarlo. Me confesó que no le apasionaba estar con ellos de vacaciones, pero que había aceptado porque era eso o nada, ya que se había quedado pelado de dinero al dar la entrada del piso. «En el norte lleva todo el mes lloviendo. El dichoso sirimiri. Necesitaba el sol más que nunca», susurró con una sonrisa tímida, irresistible.

La química entre los dos creo que surgió la primera vez que nos cruzamos. Y pasear juntos no hizo más que aumentarla. Aquella misma mañana nos dimos nuestro primer beso. Un beso en la orilla de la playa. Un beso sin prisas, de esos a los que Víctor no me tenía acostumbrada. Nos despedimos cerca del apartamento y acordamos vernos al día siguiente.

Estar juntos a diario se convirtió en una maravillosa rutina. Nuestros labios no eran capaces de despegarse ni nuestras manos de dejar de contornear el cuerpo del otro. Nos veíamos cada rato que yo tenía libre. Él iba a estar tres semanas más en Alicante y no pensábamos desaprovecharlas.

Juantxo era dulce y tranquilo. Yo bebía los vientos por él y él por mí. Como a ninguno de los dos nos sobraba el dinero, no íbamos a comer por ahí, ni al cine, ni a tomar nada de nada. Y no nos importaba. Nos bastábamos el uno al otro y solo gastábamos —y

abiertamente, además, porque desde 1978 su venta ya no estaba prohibida— en preservativos.

Y como mis compañeras de apartamento se pasaban casi todo el día trabajando o de fiesta, disponía de la intimidad que Juantxo y yo necesitábamos.

No le podía pedir más a Alicante. Era feliz como jamás lo había sido.

Y como jamás lo volvería a ser.

*

21:30

No dejaba de ver el tajo en el abdomen, ni siquiera con los ojos cerrados. Una especie de labios finos, rectos, sin sonrisa, por donde se escapaba la sangre caliente como si fuera una interminable lengua líquida.

Aia se había desinfectado el rasponazo en el botiquín de la comisaría y lavado las manos a conciencia en casa, pero algún rastro seco resistía entre las uñas. ¿Qué habría sido de la mujer? Le había pedido a Martín que, por favor, le escribiera si la víctima moría; también si salía de peligro.

Pegó un bote al ver que le acababa de entrar un mensaje suyo.

La subcomisaria quiere que te unas al equipo de investigación
Que hayas sido testigo nos será de gran ayuda
Qué me dices?

Aia leyó varias veces el wasap. ¿Iba en serio?

Vale, sí. Claro. Contad conmigo

Perfecto. Te esperamos a las 9, en la primera reunión de la mañana
Que descanses

Igualmente
Bihar arte

Profesional y escueto. Ella tampoco se atrevía a actuar de otra manera. ¿Él también la querría en el caso o solo la subcomisaria?

Se llevó las manos al vientre. Si iban a trabajar juntos, tal vez debería contarle que estaba embarazada.

El teléfono volvió a vibrar. Esta vez era su amiga Tessa.

Te pillo bien para hacer una videollamada?
Qué locura de día!

Síií
Tengo un montón de cosas que contarte

El tono de la llamada no se hizo esperar. Aia colocó el teléfono en un soporte de madera para dispositivos, se sentó a la mesa de la cocina y descolgó.

—¡Guapísima, qué ganas tenía de verte! —exclamó desde la pantalla. Su amiga lucía una trenza de espiga que acostumbraba a hacerse ella misma. Aia no entendía cómo lo conseguía. Le había intentado enseñar, pero era una negada con los peinados.

Las dos llevaban las puntas del cabello más claras que las raíces. Un sutil degradado de castaño a rubio.

—Yo también, Tessa. ¿Qué tal te va?

—Todo bien. Oye, pero ¡qué bella estás!

Aia se tocó la coleta. La tenía revuelta, para variar. Su amiga siempre tan generosa.

—Y tú preciosa ¡e impecable! Me das una envidia…

Se conocían desde preescolar y, pese a que Teresa llevaba una década en Londres trabajando como responsable de *marketing* y publicidad en Inmaculate Black, una marca de ropa internacional con sede en la capital inglesa, seguían manteniendo una relación estrecha, familiar. Su amiga perdió a sus padres en un trágico accidente de autobús cuando acababa de cumplir los treinta y Aia fue su gran apoyo.

—Bueno, desembucha —la apremió Tessa—. Quiero saber todo lo que tenías que contarme y con detalles, nena.

—Vale, pero primero dime que nos veremos en Navidades.

—*Yes!* —exclamó, aplaudiendo—. El día 22 tú y yo nos vamos a pillar la gran borrachera y a acostarnos tardísimo. ¿Te parece?

—¡Qué alegría! Aunque acuérdate de la última vez que te comprometiste a algo así.

—Calla, calla. Me quedé dormida en tu sofá mientras te preparabas. A partir de las diez no valgo un pimiento. Pero esta vez te prometo que aguanto, aunque tenga que beberme cinco cafés y ponerme palillos en los párpados.

—Te tomo la palabra. El 22 trasnochamos, pero… —se mordió el labio y echó el aire por la nariz—… no sé qué habrá sido de mi vida para entonces.

Teresa se quedó callada y analizó a su amiga a través de la pantalla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué dices eso?

Aia respiró hondo. No tenía sentido ocultarle algo así a su mejor amiga; seguro que su punto de vista la ayudaría a aclarar sus propias ideas.

—¿Recuerdas el roneo que tuve con aquel ertzaina hace algo más de un mes? —le preguntó a Tessa.

—Claro, sí, el bombón lezotarra.

—El mismo. Pues no me preguntes cómo demonios se escapó un espermatozoide, porque usamos preservativo, pero la ha liado gorda en mi útero.

—¡Ay, ama!

—Ay, ama…, sí. Y aún no tengo muy claro qué hacer.

Aia le contó lo mucho que le había horrorizado la noticia a Adrián.

—Ostras, no me lo puedo creer.

—Si sigo adelante, dudo que se implique, pero no te preocupes. Ya estoy mentalizada. Si te soy sincera, tampoco me veo criando a un niño con él.

—Cómo lo lamento. ¿De qué va?

—Ya lo tengo superado. Hay cosas peores, en serio.

—Y por lo demás, ¿qué tal estás?

Aia le explicó que algunos días notaba síntomas similares a los premenstruales. Pero nada más. A continuación, le resumió la reacción de sus padres, el apuñalamiento, el encuentro con Martín y su incorporación a la investigación.

—Y me quejaba yo de mi día. ¡Nada en comparación con el tuyo! Tela marinera, maja… —exteriorizó Teresa. Luego se quedó pensativa, como si dudara si decir algo en voz alta—. Te confieso que me acuerdo mucho de Tintxo.

Aia suspiró con nostalgia. Así era como llamaban a su hermano cuando eran niñas. Qué mal habían acabado las cosas entre ellos.

—Se me va a hacer raro trabajar con él.

—No solo eso: ahora es tu jefe. Cómo ha ascendido, ¿no?

—Ya sabes que la innombrable siempre está apretando, Tessa. Nada es suficiente para ella. No paró hasta que consiguió convertirlo en un extraño para nosotros, en alguien a quien parece que solo le importan su novia y su puñetera carrera. ¿Tanto le cuesta tratar conmigo y con mis padres más allá de las fiestas y celebraciones obligadas? Te juro que la detesto.

—Es una psicópata —sentenció su amiga, asintiendo.

Aunque ella ya estaba en el extranjero cuando Martín y Nuria se conocieron, Tessa había seguido aquel viacrucis gracias a Aia. Por eso le apenaba que todo se hubiera enquistado. Entre Teresa y Martín, además, siempre había existido una fuerte química: se peleaban de críos, se buscaban con la mirada de adolescentes…, pero ninguno dio el paso hasta la víspera de la mudanza definitiva de Tessa a Londres. Esa noche, la nostalgia y la certeza de los kilómetros que los separarían los impulsó y acabaron acostándose.

Aia a menudo pensaba en cómo habría sido la vida de los tres si su hermano y su amiga se hubieran atrevido antes a confesar cuánto se atraían, pero el destino decidió que aquel acercamiento llegara demasiado tarde.

—¿Sabes qué es lo que más me jode de todo esto? —dijo Teresa —. ¡No estar ahí para darte un abrazo grande!

—El 22 me lo das. ¡Uno grande y largo! Voy a ir preparando tu habitación. —Le guiñó el ojo.

—Ay, ese cuartito con vistas al Urumea —repuso con morriña.

—Por cierto, hoy llevaba la gabardina que me regalaste, la misma que tienes tú… Bueno, el *trench coat.* —Se corrigió antes de que lo hiciera su amiga con su impecable pronunciación del inglés—. Me da que la sangre no va a salir del todo del tejido. Qué rabia.

—No te preocupes. Ya te llevaré otro. Ya sabes que a mí me hacen una rebaja. ¡Faltaría más! Después de las horas que paso en la empresa…

—Pero te lo pago, ¿eh?

—No, no, no, de regalo de Navidades.

—Eres un solete. Gracias.

—De nada, relinda. Nos vemos muy pronto. Ve contándome novedades, ¿eh? No me ahorres ninguna. Y si me necesitas, llámame a cualquier hora.

Tras colgar, Aia cenó algo ligero y se acostó, pensando en lo mucho que la echaba de menos. En situaciones así, la distancia entre ellas parecía multiplicarse. Le había dicho a Tessa que no sabía qué iba a ser de su vida. Y así lo sentía. ¿Seguía adelante con el embarazo o lo interrumpía? Qué decisión tan difícil. Le iba a hacer falta una balanza. Una bien grande.

Enumeró los contras: la libertad que iba a perder, la tremenda responsabilidad que recaería sobre sus hombros, ese miedo desconocido del que muchas madres hablaban —que se te agarraba a las entrañas en cuanto el bebé nacía y no te soltaba jamás—, la soledad en las decisiones, el cansancio y la falta de sueño.

Después los pros: un amor incondicional de esos que crecen sin pedir permiso, la compañía, alguien por quien luchar con uñas y dientes, una pequeña familia nueva ¡y lo mucho que iban a disfrutar juntos de las navidades!

Dedicó varios minutos a teorizar sobre qué carácter tendría el bebé. ¿Sería alegre, como su madre y ella? ¿O tímido y prudente, al más puro estilo de su padre y su hermano?

«Cualquier cosa, excepto que se parezca a Adrián», se dijo, igual de confusa que al principio.

Se obligó a cerrar los ojos para descansar, pero los labios finos y sanguinolentos del abdomen de la víctima volvieron a asaltarla sin compasión y la torturaron durante toda la santa noche.

*

Alicante
Verano de 1979

Juantxo me dijo que, en cuanto tuviera vacaciones y dinero ahorrado, volvería a Alicante o viajaría allí donde yo estuviera. Me escribió su dirección y yo la memoricé al instante. «Prométeme que tú también intentarás venir a verme. Mi casa es tu casa, Carmen». Me apreté la nota contra el pecho. «Claro que sí y, en cuanto me instale en Madrid, te escribiré. Tal vez podríamos quedar a mitad de camino».

Nos fundimos en un abrazo eterno. Los dos sabíamos que había posibilidades de que fuera el último. Nos separaban muchos kilómetros y la incertidumbre de la juventud, además de nuestros trabajos y mis sueños.

Decir adiós a Víctor, a Estrella y a mis padres reunió multitud de emociones dolorosas, pero despedirme de Juantxo me sumió en la tristeza. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo hubiera llegado

a quererlo de esa manera? Pasar de todo a nada me dejó hundida. ¿Quién iba a besarme y a acariciarme con la dulzura que solo él manejaba? ¿Qué ojos azules me contemplarían ahora? Bajo su mirada me había sentido flotar entre el cielo y el mar.

Llamé a Estrella para desahogarme, pero ni siquiera me permitieron hablar con ella. Fue su madre quien cogió el teléfono y me dijo que su hija estaba castigada. Que ninguna de las dos habíamos obrado bien. Que no era una buena influencia para ella.

Aquella noche fingí todas mis sonrisas desde la barra. Y, en vez de pasear por la playa, vagué como un animal abandonado hasta llegar al apartamento.

Cuantísimos sacrificios me estaban exigiendo mis sueños.

*

Donostia-San Sebastián
Sábado, 2 de diciembre de 2023
01:00

A la una de la madrugada, y tras buscarlo durante horas por la ciudad, Brianna volvió al apartamento de la calle Prim con más miedo que cansancio. Temía la reacción de María. Nunca estaba a la altura. Jamás. Deseó que se hubiese ido a dormir, que la dejara descansar sin reproches.

Abrió la puerta y se la encontró postrada frente a la ventana. Parecía una mujer esculpida en piedra a tamaño real, como si formara parte de la decoración de aquel piso turístico. Paredes

blancas, fotos ampliadas de la costa de la ciudad, textiles en tonos azules, verdes y ocres, y esa aterradora figura de ojos crispados.

—Lo siento mucho… No hay rastro de él —anunció Brianna antes de que la asaltara a preguntas.

—¡Joder! Y sigue con el teléfono apagado o fuera de cobertura. ¿Adónde has ido?

Le relató la ruta que había seguido. Había recorrido la calle del local en varias ocasiones, con la esperanza de verlo salir o entrar.

—Tienes que mirar dentro, Brianna. El último mensaje lo envió desde esa zona. Él me aseguró que estaba allí.

—No es tan fácil forzar una cerradura.

—Pues compras lo que necesites para echar esa puerta abajo. Y miras algún vídeo en internet para averiguar cómo hacerlo. Lo que sea. ¿O tengo que decirte también cómo hacer tu puta parte del trabajo?

Brianna suspiró, agachó la vista y negó en silencio. Era veintiocho años más joven que María. Tenía cuarenta y uno, y fuerza y corpulencia suficientes para enfrentarse a ella y salir victoriosa, pero eso carecía de importancia. ¿Por qué no le plantaba cara? Se pasó la mano por la nuca y resopló.

—¡Siempre cansadísima! —voceó María—. ¡Siempre estresadísima! Ale, ábrete una bolsita de patatas fritas; parece que comer mierdas es lo único que sabes hacer. ¡Eso y engordar como una cerda!

—Ya vale, por favor. —Apretó los puños y enrojeció. La paciencia y el autocontrol de Brianna no tenían límites—. He hecho todo lo que me has pedido. Mañana seguiré con el plan. A primera hora llamaré a los hospitales para enterarme de si ha ingresado un hombre. Y a la morgue…

—¡Eso ni lo menciones!

—¿Llevaba la documentación encima?

—Supongo que sí.

—Daremos con él. —Brianna hizo ademán de ponerle la mano sobre el hombro, un gesto de aprecio o complicidad, pero la mujer esculpida en piedra se zafó con brusquedad.

—Acuéstate, anda —le ordenó.

—¿Y tú? —susurró, herida—. Deberías descansar.

—No —espetó sin mirarla, dirigiéndose de nuevo a la ventana—. Yo me quedaré un rato más, por si aparece.

Brianna estuvo a punto de echarse a llorar —sus desplantes nunca dejarían de dolerle—, pero se contuvo y optó por marcharse al dormitorio en el más absoluto silencio.

*

Alicante
Verano de 1979

Después de despedirme de Juantxo y trabajar durante la noche en la discoteca, me pasé todo el día encerrada en mi habitación. Sabía que ni los colores ni el ambiente de la ciudad me levantarían el ánimo. Sin él, todo era monótono, un escenario. Un lienzo donde el mar, la gente y el sol eran meros garabatos.

Me costó un triunfo levantarme de la cama y prepararme para enfrentar una nueva jornada laboral. Arrastré los pies por Alicante y entré en la discoteca dispuesta a fingir mil y una sonrisas. Me recibió

la canción *Chiquitita*, de ABBA, pero el mensaje de la banda sueca de que volvería a bailar, a ser feliz, no me sirvió de consuelo.

Uno de los habituales de la discoteca, de esos que solían frecuentarla a primera hora de la noche, cuando solo había cuatro gatos, debió de notar mi tristeza. Se acodó en la barra y pidió una cerveza mientras me observaba.

—¿Va todo bien? —me preguntó en cuanto le di el cambio.

Yo apreté los labios y lo miré. Sus ojos eran tan azules como los de Juantxo. Quise morir. Afirmé en silencio.

—Ayer me dio la sensación de que te pasaba algo —prosiguió—. Si puedo ayudarte en lo que sea…, aquí me tienes.

No sé si fue porque me sentía sola, porque es más fácil sincerarse con un desconocido o por lo mucho que confiaba en las personas de ojos claros, pero el caso es que, sin mencionar a mis padres ni a Juantxo, le hablé de mis sueños y le confesé lo enfadada que estaba con ellos.

Él me escuchó atento y después me lanzó una sonrisa cómplice, comprensiva.

—Creo que el cine sería afortunado si contara con una actriz como tú. —Agradecí que la semioscuridad de la discoteca ocultara el rubor de mis mejillas—. Tienes una voz bonita y eres espontánea. Te comerías el escenario, o la pantalla.

Yo, haciendo alarde de esa espontaneidad, me carcajeé de buena gana. No supe si de nervios, vergüenza o ambas.

—¡¿Ves?! Ahí lo tienes. —Me señaló—. ¡Me encantas! Yo pagaría por ver una película protagonizada por ti.

—Pues muchas gracias —dije mientras secaba unas copas y las colocaba en su sitio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, bebiendo un trago de cerveza.

—Carmen.

—Yo Quin. —Me tendió la mano y le correspondí—. Es que además eres preciosa. Tienes una belleza…, no sé…, mediterránea. —Fruncí el ceño—. Sí, sí. Ahora lo veo. ¡De diva italiana!

Sophia Loren, Ornella Muti, Claudia Cardinale… Ay, yo suspiraba por todas ellas y Quin supo muy bien cómo ganarme.

—¡Si hasta tienes la misma separación en las paletas que una de ellas!

Aquel cabrón sabía muy bien cómo meterse a la gente en el bolsillo.

*

08:00

Lo primero que hizo al levantarse fue consultar el teléfono, por si tenía notificaciones sobre el estado de la víctima. Martín le había enviado numerosos enlaces de prensa.

UNA MUJER EN ESTADO GRAVE TRAS SER APUÑALADA EN EL ABDOMEN EN DONOSTIA

El suceso tuvo lugar en el paseo de Ramón María Lili justo antes del encendido de las luces de Navidad

Una agente de la Ertzaintza, que se hallaba en el lugar de los hechos, le taponó las heridas y la auxilió hasta que llegó una ambulancia que se encontraba a pocos metros de allí. Después de que las sanitarias la estabilizaran debidamente, la víctima fue trasladada al Hospital Donostia, donde ingresó y fue operada de urgencia.

La Ertzaintza investiga los hechos, cuyas circunstancias y autoría, por el momento, se desconocen.

Esta tarde está previsto que se lleven a cabo las actividades que ayer tuvieron que suspenderse: el espectáculo acuático de *flyboards* sobre el río Urumea, el concierto del Orfeón Donostiarra y los fuegos artificiales.

Desayunó, se dio una ducha, se echó un antiséptico a base de yodo en la herida de la mano y puso rumbo al trabajo para no llegar tarde a la primera reunión. La comisaría se hallaba en el barrio del Antiguo, en la calle Infanta Cristina. Era un edificio grande y gris, a tan solo quinientos metros de la playa de Ondarreta. Más de una vez, al terminar de trabajar, Aia había aprovechado esa cercanía para comerse un bocadillo sentada en la arena, frente al mar y la isla de Santa Clara, o para caminar sin prisa hasta el Peine del Viento, escultura de Eduardo Chillida anclada en las rocas, al final de la playa.

Aparcó el coche, entró en la comisaría y avanzó rápido por el pasillo. Estaba nerviosa, no podía negarlo. Ella era la irrati, la que atendía las llamadas. Controlaba su trabajo porque llevaba cinco años haciéndolo. El nuevo puesto la hacía sentir insegura y tener como superior a su hermano no lo ponía más fácil.

El equipo liderado por el oficial Oiasso lo completaban una suboficial y un agente, apodados los «Verano», con los que había coincidido mil veces en comisaría. Sabía que llevaban años trabajando juntos en el grupo, pero desconocía quién bautizó a Julio Etxeburu y Maitane Agosto con aquel alias al que no les había quedado más remedio que acostumbrarse.

En cuanto se acomodaron en el despacho compartido, compuesto por cuatro escritorios y una larga mesa, llegó la subcomisaria Garo y

se quedó de pie en una esquina con los brazos cruzados.

—Seguimos sin saber la identidad de la víctima y sin encontrar el arma —comenzó Martín, que estaba junto a la pizarra. Desde hacía años llevaba la barba rasurada y el cabello corto—. Dos cuchilladas en el abdomen y un golpe en la cabeza. Esto último creemos que producido por la caída. El equipo que la asistió ha hecho un buen parte de lesiones. La posición y la trayectoria de las heridas descartan que se las provocara ella misma. Y la profundidad indica que la atacaron con un arma de unos quince centímetros de hoja. Ayer en el quirófano le suturaron las puñaladas y también le repararon la perforación del intestino causada por una de ellas. Según el equipo médico, su vida corre peligro porque tiene un traumatismo craneoencefálico que le ha provocado un edema cerebral. —Perdió la mirada en el informe que había dejado sobre la mesa—. Está ingresada en la UCI y le han inducido el coma, entre otras cosas, para ayudar a reducir la actividad cerebral.

—Aia —intervino la subcomisaria—, ¿la víctima te dijo algo mientras la atendías?

—Estuvo inconsciente en todo momento.

—De acuerdo. ¿Qué tenemos hasta ahora? —preguntó, dirigiéndose al oficial Oiasso.

—Las grabaciones de varios testigos que se encontraban allí, al igual que Aia —dijo, anotándolo en la pizarra—, la ropa de la víctima y la táser. Es importante analizar los vídeos e ir puerta por puerta, por si algún vecino de Ramón María Lili vio algo desde casa. También hay que revisar todas las desapariciones en la base de datos europea y las denuncias por violencia machista. Estamos pendientes de tomarle las huellas dactilares a la mujer para

cotejarlas con la base de datos de la Policía Nacional. ¿Hace falta pedir permiso a la jueza? Lo digo por la Ley de Protección de Datos.

—No es necesario. En este caso no es de aplicación porque es en beneficio de la víctima —aclaró Eloísa.

—Bien. Aprovecharemos para tomárselas cuando vaya el forense. He hablado con él y me ha dicho que la jueza le ha pedido que se persone en el hospital para hacer un estudio de la paciente y un informe acerca de la vitalidad de las lesiones.

—Sí, que vaya con él un compañero de la científica. Cuanto menos mareemos a la señora, mejor —repuso la subcomisaria.

—Sé que la entrada a la UCI es muy restringida —dijo Martín—, pero no estaría de más que un par de agentes vigilasen la sala de espera al menos durante las horas de visita.

—Yo me encargo. —Eloísa Garo consultó el reloj—. Habrá que ponerse en marcha. Tengo una reunión en cinco minutos, pero estaré operativa, por si me necesitáis.

—De acuerdo. Otra cosa —dijo el oficial antes de que saliera del despacho—. Quizá deberíamos poner vigilancia en el encendido de hoy. No tenemos ni idea de si el agresor es un perturbado. ¿Y si esta tarde le da por repetir el numerito de ayer?

Aia pensó que detrás de la agresión no podía estar un detestanavidades. ¿O sí? No, no podía ser. Aquella mujer no había sido elegida al azar. Tenía una puta táser en el bolsillo del abrigo.

—Aviso al jefe de operaciones para que cubra la zona con su equipo y para que pida colaboración a la Guardia Municipal —dijo Eloísa, con un suspiro.

Tras la salida de la subcomisaria, Martín revisó unos papeles antes de organizar las primeras horas de la jornada.

—Yo me quedo con Aia visualizando los vídeos y tomando declaración a varios testigos que se han comprometido a pasar por aquí. Vosotros dos hablad con los vecinos de Ramón María Lili y buscad cámaras de particulares cerca del lugar de los hechos. —Los Verano asintieron—. Os quiero de vuelta a las cinco de la tarde. Intercambiaremos los avances antes de ir al encendido de luces.

El sonido de las patas de las sillas rozando el suelo fue música para los oídos del oficial. Aquellos chirridos anunciaban que la investigación ya estaba en marcha.

*

Alicante
Verano de 1979

Al día siguiente, Quin se presentó en la discoteca y vino directo a la barra, a mí. Tragué saliva al verlo. Temía que hubiera malinterpretado la conversación de la víspera y deseara cortejarme. Yo no quería iniciar una relación con ningún otro chico. Estaba enamorada de Juantxo y, además, encontraba a aquel hombre algo mayor para mí, casi un viejo, pese a que solo tenía cinco años más que yo.

—¿Qué tal, Carmen? Ponme lo de siempre, por favor. —Tamborileó sobre la barra mientras le servía una cerveza. Por el rabillo del ojo vi cómo me observaba.

—Aquí tienes. —Deposité la bebida frente a él. Distinguí una alianza en su dedo anular y eso me tranquilizó.

—Oye, una cosa. —Echó un trago—. No dejo de darle vueltas a lo que me contaste ayer y me haría muy feliz ayudarte.

Ladeé la cabeza.

—¿Tú sabes la satisfacción que sería poder decir en un futuro que yo contribuí a que triunfaras? —prosiguió Quin. Le brillaban los ojos azules con la alegría de un niño.

—No entiendo nada. ¿A qué te refieres?

—A ver, Carmen, está claro que vas a llegar muy lejos.

—Me conformo con instalarme en Madrid. Eso ya sería la repera —bromeé mientras cogía un limón y comenzaba a cortarlo en rodajas finas.

—Yo creo que no eres consciente de tu potencial. Tienes unos sueños hechos a medida. Es que no te veo haciendo otra cosa.

—Bueno, eso ya se verá. Por lo pronto, estoy luchando por ellos.

—Claro, y es lo que debes hacer, pero has de tener en cuenta que el tiempo pasa volando. Es muy importante que aproveches la edad que tienes. Que cuanto antes triunfes y te consolides, mejor. ¿Has visto a Marisol? Está donde está porque lleva desde niña en la profesión.

—Sí, claro que soy consciente. Por eso no pierdo el tiempo. —El olor a cítrico lo invadía todo—. En cuanto ahorre lo suficiente, me iré.

—Y ahí es donde entro yo. Si conociera a un director de cine, te lo presentaría ahora mismo, pero, como no es así, la única forma que se me ocurre de ayudarte sería acelerando tu marcha a Madrid.

—¿Y cómo? —Dejé las rodajas de limón en un recipiente y me sequé las manos con un trapo.

—Mi mujer y yo estamos a punto de montar un negocio y si trabajaras con nosotros ganarías mucho dinero.

—Pero… ¿de qué se trata?

—De un millón de pesetas en menos de un año.

Abrí los ojos de par en par. Con esa cantidad casi podría comprarme un piso en Madrid y pagarme los estudios en la academia de interpretación.

—Eso es mucho. Muchísimo. ¿Qué tendría que hacer?

—Este no es buen lugar para hablar del tema. —Dejó una tarjeta sobre la barra—. Aquí tienes mi número. Llámame cuando quieras y te cuento todos los detalles.

Lo miré y titubeé. Mi madre siempre me decía que nadie daba duros a cuatro pesetas. ¿Un millón en menos de un año? Aquello no me cuadraba y me hacía desconfiar.

—Te agradezco que hayas pensado en mí, pero no… me interesa.

Él me estudió.

—¿Rechazas la oferta sin saber de qué se trata? ¿No creerás que te estoy ofreciendo algo indecente o ilegal? Me fastidiaría que pensases eso de mí. Yo solo quiero ayudarte, Carmen.

—Ya, ya, y te lo agradezco.

Los dos nos mantuvimos en silencio durante unos segundos.

—Bueno, tú quédate con la tarjeta, por si cambias de opinión. —La arrastró sobre la barra hasta mis manos—. Mi mujer y yo aún no hemos arrancado, pero en breve formaremos el equipo. Como ya te he dicho, pagaremos un dineral y sé que las plazas van a volar.

Guardé la tarjeta. Estaba humedecida de zumo de limón. Limpié la barra con el trapo.

—Ten. —Estiró el brazo y me entregó un billete—. De aquí cobras la cerveza y te quedas con las vueltas. —Me guiñó un ojo—. De propina.

—Vaya, gracias.

—Yo solo quiero que alcances esos sueños tan bonitos, Carmen. Que triunfes. Te mereces lo mejor.

*

11:00

El oficial y la irrati visualizaron numerosos vídeos confusos en los que solo se oían gritos y se veían cabezas, brazos y suelo borroso. Tenían que agradecer que la avalancha humana no hubiera herido de gravedad a nadie. Lo único que se apreciaba con nitidez era el caos, el peligro que habían corrido los que se encontraban allí y a Aia socorriendo a la víctima.

A media mañana decidieron parar cinco minutos para mover las piernas antes de retomar la actividad. La irrati salió al pasillo y sacó un botellín de agua de la máquina. El día había amanecido brumoso y se colaba una luz grisácea y tristona a través de las ventanas. Al regresar al despacho, se topó con una mujer que le resultó familiar. Dedujo que sería una de las testigos, pero lo descartó porque había otro dato que danzaba en su cabeza: un uniforme. Sí, aquella persona no vestía de calle la primera vez que la vio. ¿De qué la conocía, entonces? Quizá era una compañera con la que se había cruzado en otra ocasión, una patrullera. Pero también lo desechó y el motivo fue un color. El amarillo fluorescente.

Cayó en la cuenta.

—Eres una de las sanitarias que ayer estabilizaron a la mujer acuchillada en Ramón María Lili, ¿verdad?

—Sí. Yo también me acuerdo de ti. Hiciste un buen trabajo.

—Gracias. Por cierto, soy la agente Aia Oiasso. —Le tendió la mano—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Tus compañeros me han pedido que espere aquí, que enseguida me atiende el oficial del caso. Necesito hablar con él sobre la víctima. Igual es una tontería, pero no me quedo tranquila si no se lo menciono.

—Se encuentra en este despacho. Acompáñame, por favor.

Aia abrió la puerta e hizo pasar a la mujer. Martín le pidió que se acomodara.

—Me he enterado en el hospital de que no sabéis la identidad de la víctima y tal vez os pueda ayudar algo que dijo ayer.

—Nadie nos ha informado de que hubiera recobrado la consciencia —dijo el oficial, extrañado.

—Fueron unos segundos, en la ambulancia, de camino al hospital. Lo susurró y después volvió a desvanecerse.

—¿Y qué fue? —repuso Aia con impaciencia.

—«La última luciérnaga».

—¿«La última luciérnaga»? —repitió Martín mientras lo anotaba en una libreta.

—Así, tal cual. Lo dijo dos veces mirándome a los ojos…, no sé, como si… Pero yo lo achaqué al estado en el que se hallaba. Pobre mujer.

—¿A qué te refieres? ¿Te miró a los ojos de qué manera?

—Pues como si me estuviera dando una información de gran importancia.

*

Alicante
Finales del verano de 1979

Durante las siguientes semanas pensé mucho en la misteriosa propuesta de Quin, pero ni siquiera me planteé llamarlo. No lo volví a ver por la discoteca y me figuré que estaría muy liado montando su negocio, fuera lo que fuese. Era tanto dinero el que me había ofrecido que daba miedo incluso saber de qué se trataba. Él había asegurado que no era nada indecente ni ilegal y esa información me había hecho descartar las drogas y el sexo. ¿Entonces? ¿Un millón de pesetas? ¿Qué diablo pagaría tal cantidad? Tal vez algún excéntrico. O un demente. ¿Y a cambio de qué? ¿De mi alma? Un contrato en el que te comprometías a venderla. No, no podía ser.

Me tumbé en la cama. Era mi día libre y había estado toda la tarde descansando en la playa. Los turnos en la discoteca cada vez pesaban más. Al llegar al apartamento había cenado una macedonia de frutas y mi intención era dormir toda la noche de un tirón.

Cuando estaba empezando a conciliar el sueño, oí que abrían la puerta de la calle. Me extrañó que alguien entrara a esas horas. Todas las chicas trabajábamos en la discoteca y nunca librábamos la misma noche. Me incorporé. Quizá alguna se había puesto enferma. Salí de la habitación, por si necesitaba ayuda.

—¿Hola? ¿Ha pasado algo? —dije mientras avanzaba por el pasillo.

Mis compañeras y yo apenas teníamos relación. Hablábamos lo justo tanto en el apartamento como en la discoteca. Creo que me consideraban aburrida. Una pavisosa. Me hubiese gustado contarles por qué no salía de fiesta, por qué esa obsesión con ahorrar, pero ni siquiera me habían dado la oportunidad. Hacían piña y pasaban de mí. A mí no es que me preocupara en exceso. Yo no estaba en Alicante para hacer amigos.

—¿Hay alguien? —insistí.

Un chico se asomó de una de las habitaciones. Era el novio de una de ellas. Los había visto enrollándose en alguna ocasión.

—Creía que no había nadie —aseguró, apurado—. ¿Te he despertado?

—No, tranquilo. ¿Todo bien?

La frente del chico se perló en sudor.

—He venido a por unos zapatos para Sandra. Se le ha roto el tacón en la discoteca. —Explicó sin mirarme—. Enseguida me marcho.

—¿Quieres que te eche una mano? —pregunté, entrando en el dormitorio.

—No, no —dijo elevando el tono.

Yo me quedé quieta; después retrocedí hasta el quicio de la puerta.

—Ya sabes cómo es Sandra con sus cosas —se excusó casi entre susurros.

—Claro, entiendo. —No conocía mucho a su novia, pero había observado que era caprichosa e impertinente, además de tener un

carácter dominante. Desde el primer día que pisé el apartamento me quedó claro que era la líder de las chicas—. Me voy a descansar, entonces.

Me metí en la cama. De fondo lo oía trastear. El chico tardó casi media hora en marcharse. Cuando lo hizo, caí en un sueño profundo hasta la mañana siguiente.

*

13:00

Los hermanos visionaron más grabaciones de móviles, pero no hallaron nada relevante. También hicieron diferentes búsquedas en internet sobre «la última luciérnaga», e incluso sobre la luciérnaga, así, a secas, y no encontraron ninguna información que se saliera de lo previsto.

—Preguntaré a varios compañeros ya jubilados, por si les suena de algo —dijo él. Estaban trabajando en el despacho. Codo con codo.

Hicieron cábalas sobre la frase y lanzaron una lluvia de ideas. ¿Fue un delirio de aquella mujer desconocida o era un dato relevante? Quizá pertenecía a una secta. ¿Y si era un tipo de código? Pero ¿de qué? ¿Algo relacionado con el tráfico de drogas? ¿De personas? ¿Estaban ante un ajuste de cuentas?

—Yo me habría decantado por robo con violencia, pero lo de la táser desvía el caso. Es poco probable que una víctima cualquiera llevara un aparato de defensa personal ilegal en el bolso como si nada. Es una pista y al mismo tiempo un enigma que nos puede

despistar, no sé si me explico… —murmuró Aia, que se esforzó en llenar el aire de palabras con tal de romper el hielo y la tensión de la oficina.

Trabajar con Martín despertaba en ella sentimientos contradictorios. Lo admiraba y lo quería, pero le costaba perdonarle lo mal que se había portado con ella. Entendía que Nuria fuera el amor de su vida, pero lo que más le preocupaba no era su relación con ella, sino que, además de haberla visto enrollándose con otro tío, lo trataba como una mierda. Por eso no dudó ni un momento en contarle a su hermano lo que había visto y lo que pensaba: que merecía algo mejor.

Martín reaccionó tan mal ante su sinceridad que Aia comprendió de inmediato que la innombrable también era la intocable.

—Estoy de acuerdo —dijo él—. La edad es un factor también determinante. ¿Qué hace una mujer de sesenta años con una táser en el bolso?

Habían revisado las desapariciones en la base de datos europea, por si alguien la había echado de menos y podían contactar con algún familiar o conocido, pero ninguna se ajustaba a las características de la víctima que se debatía, ingresada, entre la vida y la muerte. También tenían un listado de mujeres en ese rango de edad que habían interpuesto una denuncia por violencia de género. En cuanto hablaran con un testigo al que estaban esperando, se tomarían un descanso para comer y a primera hora de la tarde llamarían a cada una de esas mujeres, dando prioridad a las que les habían concedido una orden de alejamiento.

El oficial Oiasso recibió el mensaje de que el hombre ya estaba allí. Lo hizo pasar y, tras las presentaciones formales, comenzaron a

tomarle declaración.

—Se hallaba usted cerca de la víctima, ¿verdad?

El testigo era un señor de unos setenta años. Se había sentado sin quitarse el abrigo informal azul marino.

—Al lado. Mi nieto y yo estábamos esperando a que comenzara el espectáculo. Me fijé en ella porque llegó más tarde y se metió entre la gente, como si buscara a alguien. Le hice un hueco y no volví a prestarle atención hasta que oí el chillido y noté varios empujones.

—¿El grito era de hombre o de mujer?

—Yo diría que femenino. Quizá de ella, pero no puedo asegurarlo. —Se quitó el abrigo y lo dejó colgado de la silla—. La muchedumbre se movió como la mar cuando se revuelve y yo cogí a mi nieto en brazos y salí de ahí lo más rápido que pude.

Aia se imaginó a su padre ejerciendo de abuelo con su hijo, protegiéndolo contra viento y marea, y la estampa la emocionó.

—¿Vio a alguien sospechoso?

—Fue muy confuso. Todos escapábamos de lo que fuera que estaba sucediendo allí.

En las grabaciones revisadas es lo que habían visto. Jaleo, caídas y sálvese quien pueda. En esa estampida la víctima se desplomó sobre el suelo.

—Algunos nos quedamos a pocos metros, pero otros pusieron pies en polvorosa.

Ese último grupo era el que más les interesaba a Martín y Aia.

—¿Recuerda a alguno de los individuos?

—Mucha gente mayor y padres con hijos. Yo también me retiré unos metros más en cuanto vi la sangre. —Se subió las mangas del jersey—. Mi nieto no dejaba de llorar ni de preguntarme qué pasaba,

por qué seguía esa señora tirada en el suelo. La verdad es que no dejo de culparme por no haberla socorrido. Sé que enseguida acudieron a auxiliarla, pero no sé…, a veces se reacciona como se puede y no como se quiere. —Los miró—. Sigue grave, ¿verdad?

Aia pensó que era sensible, como su padre.

—Así es —contestó Martín—. Dice que le dio la impresión de que la mujer buscaba a alguien, ¿verdad? ¿Por qué llegó a esa conclusión?

—Porque apareció sola y miraba en todas las direcciones. Tenía el gesto serio.

—¿Se le ocurre algún detalle más? Cualquier cosa puede servirnos de mucha ayuda.

—Me dio la sensación de que, además de seria, estaba preocupada.

*

Alicante
Finales del verano de 1979

Al día siguiente mis compañeras empezaron a echar de menos joyas y dinero que guardaban en el apartamento. La primera en hacerlo fue Sandra. Preguntó a voces si alguna había visto su anillo de oro, el que solía llevar en el meñique. Yo estaba dándome un baño y las oí de fondo gritar y buscar aquí y allá.

—¿No lo habrás cogido tú? —Sandra irrumpió en el aseo.

Yo flexioné las rodillas y las rodeé con los brazos para cubrirme los pechos.

—No, para nada. —¿Por qué preguntaba tal cosa? Las maneras de entrar y de dirigirse a mí me parecieron invasivas, acusadoras.

Me midió con la mirada y después revolvió en los muebles del cuarto de baño. Salió sin decir nada más.

La búsqueda a diez manos sacó a la luz que no solo había desaparecido el anillo de Sandra, sino que también lo habían hecho un montón de objetos de valor. Y de la noche a la mañana. «¡La medallita que me regalaron mis padrinos el día de mi comunión!», se lamentó una. «¡Yo tampoco encuentro mis pendientes de perlas!», bufó otra.

Salí con el pelo empapado, envuelta únicamente con una toalla.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Mira a ver si a ti también te faltan cosas —dijo Sandra—. Nos han robado. No ha podido perderse todo a la vez.

Entré en mi dormitorio. Yo no tenía joyas y guardaba mis únicas pertenencias de valor en una caja de hojalata de ColaCao. La abrí. Ahí estaba el dinero. Lo conté. No faltaba ni una peseta. Al girarme vi a Sandra observándome desde el quicio de la puerta.

—A mí no me falta nada —dije, violentada.

—Raro, ¿no? —La hembra alfa se coló en la habitación y se cruzó de brazos—. Nos han robado a todas menos a ti. ¿Tienes alguna explicación?

El resto entró también. La humedad del pelo se escurría hasta las puntas y me mojaba brazos y hombros.

—¿Yo? —Me vino a la cabeza la visita inesperada de su novio por la noche. No tenía ni idea de cómo se llamaba. Les relaté la historia tal cual la viví.

—¿De qué me estás hablando? Yo no tengo novio. ¿A quién te refieres?

Les hice una descripción física del chico y ellas empezaron a teorizar sobre si podía ser este o aquel. Por lo visto, Sandra tenía muchos amigos que revoloteaban a su alrededor.

—Descubriremos de quién se trata. Estate atenta esta noche en la disco, por si lo ves por allí.

E, inocente de mí, es lo que hice.

Mientras atendía la barra, vigilé sin descanso con una sonrisa tensa en los labios. Busqué con la mirada entre la multitud durante horas, pero no hallé ni rastro del chico.

La discoteca cerró a la hora de siempre y, como era habitual, todos los empleados nos quedamos recogiendo y reponiendo las cámaras.

Yo estaba agotada y aquella jornada que parecía no querer acabarse nunca se torció a más no poder.

Las voces me sorprendieron mientras barría el suelo. Provenían de la barra. El encargado blasfemaba como un demente porque la caja no le cuadraba. Faltaba dinero. Mucho. Solo los trabajadores teníamos acceso a esa caja y por ello entendió que el ladrón era uno de nosotros. Nos cacheó y registró nuestras pertenencias. No encontró nada.

Vi a Sandra decirle algo al oído; después se encerró con él en el almacén. El resto, que aguardábamos al otro lado de la puerta, los oímos hablar entre susurros. A los pocos minutos pidió a mis otras cuatro compañeras de piso que entraran. Ingenua de mí, creí que le estarían contando lo del robo en casa, lo del chico que abrió con llave y entró.

Cuando el encargado pidió hablar conmigo a solas, yo ya tenía preparada la historia para relatársela, pero ni siquiera me dejó empezar porque con ayuda de Sandra y de las demás había llegado a la conclusión de que yo era la responsable. Había robado a mis compañeras y también en la discoteca. Me exigió que devolviera el dinero, que le confesara dónde lo había metido. Amenazó con denunciarme, pero la falta de pruebas le impidió hacerlo. Me dijo que no volviera por allí y que se iba a encargar de correr la voz por los locales de la zona para que no encontrara trabajo.

Lloré como una Magdalena de camino a casa. No sabía cómo actuar con Sandra y las demás. ¿Cómo habían podido acusarme de algo semejante? ¿Por qué me trataban así? Las odiaba. Yo jamás había robado a nadie.

Cuando llegué al apartamento encontré mis pertenencias amontonadas en el rellano. La caja de hojalata estaba abierta. En su interior solo hallé una nota: «Cuando nos devuelvas todo lo que nos has birlado, recuperarás tu dinero. Hasta entonces, lárgate. No queremos ni verte».

Aporreé la puerta y les dije que yo no era una ladrona. Les imploré que me dejaran entrar. Que adónde iba a ir con cuatro duros en la cartera. Pero no obtuve respuesta y no me quedó más remedio que meter todo en mi bolsa de viaje y marcharme de allí.

Me refugié en la playa y frente al mar lloré de rabia y de impotencia. Barajé las opciones que tenía. Podía volver a casa o pedir ayuda a Estrella, si es que me dejaban hablar con ella. Pero lo descarté. Ojalá no lo hubiera hecho.

Me acerqué a una cabina y llamé a Quin.

*

14:00

Como ninguno de los dos propuso comer juntos, hacia la una y media se despidieron en la puerta de la comisaría con un breve y urgente «Nos vemos a las tres», antes de tomar rumbos opuestos.

Aia entró en casa con las manos, la nariz y los pies helados. Antes de quitarse el abrigo abrió el frigorífico y se sirvió una buena ración de lentejas con patatas que luego metió en el microondas. No tenía la menor idea de cuándo se empezaba con los antojos, pero ella llevaba tiempo con apetencia por los platos de cuchara y, a poder ser, bien calentitos.

La cocina estaba integrada en el salón y era el corazón de la casa. Se puso cómoda, se sentó a la mesa y saboreó las legumbres humeantes. Mientras las degustaba, pensó en su hermano. Cuando se enfrascaban en el trabajo conseguían mirarse a los ojos y actuar con normalidad; el resto del tiempo la incomodidad asomaba y los bloqueaba de una manera absurda que no sabían —o no querían— gestionar.

Para no darle más vueltas al tema, encendió la televisión y puso un capítulo de *Friends*. Era la cuarta vez que veía la serie desde el principio y no se cansaba. Qué buenos ratos pasaba con aquella cuadrilla. La hacían reír y desconectar. Sobre todo Ross, detalle que ni Tessa ni sus compañeros de trabajo entendían. «¿Cómo puede ser Ross tu favorito?». «¡Es un tío muy tóxico!», le decían.

Apuró las lentejas y se carcajeó de buena gana al verlo embadurnarse en crema hidratante para que le subieran unos

pantalones de cuero ridículos. Era un incomprendido, el pobre, y qué mala suerte tenía.

Aquellas risas fueron un bálsamo para ella. Qué falta le hacía desconectar de todo. Tenía la cabeza hecha un lío y aún no tenía claro si seguir adelante con el embarazo. Qué tortura. Nunca se había enfrentado a una decisión tan difícil. Si aquel espermatozoide no se hubiera colado, jamás habría sido madre. A sus cuarenta y tres años, sin pareja a la vista y sin intención alguna de someterse a tratamientos de fertilidad, la maternidad había quedado fuera de sus planes hacía mucho. Temió durante un tiempo que los años le trajeran arrepentimiento, pero enseguida se le pasó. ¿Acaso era una casilla indispensable entre las infinitas cosas que se podían hacer en la vida? ¿Algo obligatorio que experimentar sí o sí, aunque las circunstancias nunca te condujeran hasta su puerta? Aia no era así: ella era feliz vinieran las olas que vinieran; no es que fuera conformista, es que sabía adaptarse.

Había salido con varios hombres, pero solo había tenido dos relaciones serias: una cuando aún era casi una cría y otra entre los veintiocho y los treinta y ocho. Durante esa década, su pareja y ella sí barajaron tener hijos alguna vez, aunque sin prisa. Ninguno imaginó que la vida se interpondría con tanta fuerza: la muerte del padre de él, los continuos cambios de trabajo que lo mantenían siempre en tránsito, los viajes soñados que preferían hacer sin familia… El tiempo pasó y, con él, se fue apagando el amor que se tenían. La ruptura dolió, pero fue de mutuo acuerdo.

Echar la vista atrás, sin embargo, no servía de nada. La situación era la que era y ahora Aia tenía que mirar al frente y tomar una decisión. Había hablado con sus padres, con su mejor amiga. Aún le

quedaban algunas balas más en la recámara. Confiaba en que la visita a la matrona la ayudara a poner sus ideas en orden.

Recogió la mesa, se lavó los dientes y puso rumbo a la comisaría con una pereza de espanto. Tenía más ganas de pasar la tarde en la cafetería Central Perk, alejada de sus devaneos, que en ninguna otra parte.

*

El Bacarot
Finales del verano de 1979

Quin y Angie me acogieron sin titubear. El matrimonio vivía en un chalet de tres plantas situado a las afueras del pueblo de El Bacarot, en la provincia de Alicante. El propio Quin se encargó de recogerme en la playa con su coche, un Chrysler 180 rojo con el techo de vinilo negro. Me prepararon algo de comida y dejaron que me instalara en una de las habitaciones. Era austera y sombría. Una cama de noventa, una mesilla, un armario y una ventana protegida por una reja de rombos. Me sentía tremendamente agradecida; también avergonzada. Ninguno puso en duda mi historia.

—Todo ha sido una estratagema, querida —dijo Angie, acariciándome la espalda. Los tres estábamos sentados a la mesa amplia y maciza del salón comedor—. Sí, estoy convencida. De la tal Sandra.

Angie tenía veinticinco años, dos más que Quin. Tras escucharme con atención, expuso su teoría con un razonamiento lúcido e inteligente. Sherlockiano.

—No encajabas, no eras una igual y por eso no le fue difícil jugártela. No sintió el más mínimo remordimiento. El daño estaba más que justificado, porque quería o necesitaba el dinero. —Tenía el cabello azabache, largo y abundante. Se lo enrolló a la altura de la coronilla y lo atravesó con un lápiz para sujetarlo—. Según has contado, el chico arrancó a sudar en cuanto lo sorprendiste. Me temo que no entraba en sus planes que estuvieras en casa.

—Pero se supone que Sandra le dio la llave. Ella sí sabía que yo estaba en el apartamento. ¿Por qué se arriesgó?

—Sandra te consideraba una sosa y presiento que confió en que no saldrías de tu dormitorio aunque oyeras ruidos. —Abrió una caja metálica y extrajo un cigarrillo—. De todas formas, a ella le daba igual si descubrías al chico o no. Solo le importa su pellejo y lo único que quería era que esa noche, la que tú librabas, desaparecieran las joyas del resto de las chicas. Que las culpas recayeran sobre ti. Por eso fue la primera en echar en falta su anillo. ¿Casualidad? No, claro que no. Todo tenía que saltar por los aires esa misma mañana y encadenar el robo al de la discoteca.

El azul de los ojos de Angie era muy parecido al de su marido. No es que fuera una mujer bellísima, pero llamaba la atención. Era alta, delgada y la envolvía un halo de elegancia que apabullaba. Con el tiempo entendí que gran parte de ese magnetismo se debía a lo mucho que se quería. Angie se tenía en muy alta estima. Su adoración rebosaba por cada poro de su piel. Entraba y salía de ella, se reciclaba, crecía. Un circuito cerrado que engordaba su ego. La miré embobada mientras encendía el pitillo. Llevaba las uñas y los labios pintados de rojo. Expulsó el humo hacia el techo y la estancia se llenó de un aroma mentolado.

—El chico no es su cómplice. Es su peón. Un acólito. Y me jugaría el cuello a que no fue a él a quien entregó el dinero que robó en la discoteca. —Quin la contemplaba con una admiración que yo jamás había conocido—. Estoy segura de que utilizó a otro tonto que le besaba los pies para que sacara la pasta del local lo antes posible.

Cuánto sabía Angie de la cara más perversa de la naturaleza humana. ¿Sería consciente de que me estaba mostrando una radiografía de sí misma?

*

15:00

Eran las tres de la tarde y a esas horas la tienda de bricolaje estaba medio vacía. Brianna se había tragado numerosos vídeos de cómo forzar una puerta y ya era una experta, al menos, en la teoría. Se perdió en los pasillos y buscó sin prisa todo lo que necesitaba.

La primera opción era intentar abrir el local con una tarjeta de plástico de las muchas que tenía en la cartera; la segunda, emplear el llamado «método *bumping*», que consistía en meter una llave y aplicarle presión con un martillo. Si ninguna de las técnicas funcionaba, entonces recurriría al taladro. Perforaría el bombín por la zona de los pitones hasta romperlos y metería después un destornillador plano para abrirla.

Había descartado por completo lo de utilizar ganzúas, y eso que era una de las formas más viejas, pero su curso intensivo en internet no le había otorgado el nivel necesario para manejarla.

Procedería de noche y se cuidaría muy mucho de que nadie la viera. Confiaba en que así fuese. Donostia no era una ciudad grande y, aunque era sábado, ¿quién iba a andar por esa zona una madrugada de principios de diciembre? Si tras merodear no le daba confianza, lo dejaría para el domingo.

Cargó la cesta y pagó en efectivo. Se montó en la furgoneta y dejó la bolsa en el asiento del copiloto. Un buen surtido de las cerraduras más comunes para tener llaves de todo tipo, un taladro inalámbrico, brocas para perforar metal, un martillo y varios destornilladores planos.

Se retrepó en el asiento del vehículo y consultó el teléfono móvil. Se metió una chocolatina en la boca y la saboreó mientras perdía el tiempo en Instagram. Cualquier cosa con tal de no volver al apartamento turístico. Revisó los contactos y llamó a Nacho. En él podía confiar.

—¿Te pillo bien, amor?

—Claro, Bri. Ya te echaba de menos.

Ella le contó lo feas que se habían puesto las cosas y en qué situación se encontraba. Sabía que Nacho no se llevaría las manos a la cabeza. Su chico llevaba meses desempleado, pero, si le salía un trabajillo, ya fuera limpio o sucio, lo aceptaba. Ambos pasaron la infancia en el mismo centro de acogida y fue allí donde se conocieron. Eran dos supervivientes a los que las redes sociales habían vuelto a unir tras años sin verse.

—¿Crees que podrás entrar?

—Eso espero.

—Pero… ¿por qué iba a estar en el local?

—Lo hemos buscado aquí y allá. He llamado a hospitales, incluso a la morgue, pero no hay ni rastro. Su coche está en la plaza del aparcamiento privado del apartamento.

—¿Y crees que está detrás del apuñalamiento?

—Puede ser. Al menos es lo que sospechamos.

—Para mí que tu tío se ha pirao con la pasta, qué quieres que te diga.

—Yo también lo he pensado. Se lo mencioné a María y se lo tomó fatal. Está insoportable.

—¿Sigue metiéndose con lo que comes?

Ella no contestó ni se atrevió a decirle lo mal que la trataba.

—Eso es gordofobia, Bri, lo he leído por ahí. Si vuelve a hacerlo, mándala a tomar por culo.

—¿Qué tal está tu madre? —preguntó para cambiar de tema.

—Como siempre. Todo el puto día metida en casa. Ya sabes, sofá, tele y poco más.

La mujer fue alcohólica durante muchos años y, en cuanto se rehabilitó, sacó a su hijo del centro. Su vida y sus rutinas no eran las más saludables, pero al menos no había vuelto a recaer.

—Déjala que haga lo que quiera. Por lo menos no se mete contigo. Ella vive y deja vivir. Ojalá todos hiciéramos lo mismo. —Se chupó los restos de chocolate de la punta de los dedos.

—Si yo no le digo nada, pero me pone de una mala hostia… Parece una seta.

A Brianna la madre de Nacho le caía bien. Siempre había sido amable y cariñosa con ella. Además, tenía tres gatas a las que adoraba y eso era un punto a su favor porque Bri sentía devoción por los felinos.

—Tengo que dejarte, amor. No quiero ganarme otra bronca.

—Bri, tú estás muy limpita, no lo pongas en juego por María.

—No te preocupes. Sabes tan bien como yo lo mucho que necesito la pasta, pero no me arriesgaré hasta ese punto.

—Así me gusta. Vales oro, nena.

Brianna sonrió. Solo él la conocía. Solo él la hacía sonreír de aquella manera tan vibrante y bonita. Tan real.

—Te quiero, amor —dijo antes de colgar.

*

El Bacarot
Finales del verano de 1979

El mismo día que Quin me rescató de la calle, por la tarde, Angie se ofreció a sacarme del chalet para animarme. Yo estaba agotada porque apenas había dormido, pero accedí. Me dio una vuelta en el Chrysler por la costa y me llevó de compras a Alicante. El cielo estaba luminoso y claro y las esbeltas palmeras contemplaban un mar repleto de embarcaciones que el agua mecía con calma. Recorrimos las calles, abarrotadas de gente —la ciudad siempre acompañada por ese vibrante ambiente vacacional—, y nos detuvimos delante del enorme escaparate de Galerías Preciados, pero no entramos. Angie conocía las tiendas más chics y se empeñó en que me probara varios vestidos que después compró.

El matrimonio tenía dinero, eso era indudable. Me contó que su padre era un importante empresario y que Quin y ella habían regentado varios negocios de hostelería, pero que los habían

traspasado porque tenían la mirada puesta en nuevos horizontes. No quise preguntarle aún de qué iba el nuevo negocio que tenían entre manos. Seguía resistiéndome a saberlo. La frasecita de mi madre regresaba una y otra vez: «Nadie da duros a cuatro pesetas».

—Te veo mejor y me alegra —dijo Angie, encendiéndose uno de sus cigarros. Las dos estábamos sentadas en una terraza—. Te ha sentado bien salir.

—Os agradezco lo mucho que estáis haciendo por mí.

—Quin me ha contado que quieres ser actriz —mencionó mientras bebía un trago de su copa.

Le hablé de ello y nos embarcamos en una conversación sobre cine.

—Vaya, vaya. Compartimos la misma admiración por Pepa Flores —dijo.

Me emocionó saber que teníamos eso en común.

—El nombre de Marisol la infantilizaba, la lastraba, como a mí el de Carmencita. —Me llevé la pajita a los labios y sorbí mi refresco como una niña. Dieciocho años tenía. Y una ilusión y una inocencia que no me cabían en el cuerpo.

—Querida, ¿y cuáles son tus planes?

—Mañana mismo buscaré trabajo y empezaré de cero otra vez.

Angie, pensativa, sostenía el pitillo entre los dedos índice y corazón. Mientras, chasqueaba las uñas del pulgar y del meñique.

—No lo vas a tener fácil. Conozco la ciudad, y las malas referencias, más que correr, vuelan.

Me humedecí los labios. Sabían dulces, a bebida de cola.

—Aquí todos se conocen —añadió ella—, y más en el mundo de los negocios.

—Algo encontraré. Probaré suerte en bares y restaurantes.

—¿Y cómo ves lo de volver a casa? —Angie me tanteaba, quería saber cómo de frágiles eran mis apoyos. Medía mi vulnerabilidad. Aunque yo ni lo sospeché. Creía que solo se preocupaba por mí, nada más.

—Mis padres no me apoyan en esta decisión. Están muy enfadados conmigo. Las pocas veces que los he llamado por teléfono, me han colgado. Podría volver con ellos, pero no me gustaría rendirme tan rápido. —Bajé el rostro para que no viera que estaba a punto de llorar. No quería decepcionarla. Deseaba tanto, tantísimo, parecerme a ella…

Angie me tomó de la barbilla y me elevó la cara.

—Eres muy valiente, Carmen. Conozco a pocas chicas de tu edad que tengan tus agallas. Tu bondad. —Su aliento olía a una mezcla de tabaco mentolado, carmín, ginebra y limón. Me pareció tan distinguido que quise besarla para saborearlo—. Quin lleva tiempo diciéndome que quiere ayudarte. Ahora entiendo por qué. Eres especial y te mereces lo mejor.

Sus palabras me erizaron la piel. Me tenía a su merced y ella lo sabía de sobra.

*

16:00

A primera hora de la tarde, los hermanos Oiasso se repartieron la lista de los números de teléfono de las mujeres de entre cincuenta y cinco y sesenta años que habían interpuesto denuncias por violencia

machista, por si entre ellas se hallaba la víctima. Ya llevaban un buen rato con el móvil pegado a la oreja.

—El forense acaba de enviarme el informe preliminar —dijo él. Se levantó y encendió la impresora.

Ella oyó los sonidos mecánicos y perezosos del aparato.

—Solo me queda llamar a la última mujer de la lista —anunció ella —. Enseguida estoy contigo.

Aia marcó el número y observó a Martín, que estaba de pie. Él tomó el folio que escupió la impresora y se apoyó en el escritorio para leerlo. Llevaba un pantalón vaquero negro y un jersey gris. Solía vestir así. Colores sobrios, estilo desenfadado y deportivas que desvelaban que en el pasado había sido, como buen donostiarra, aficionado al surf. A la innombrable esa faceta nunca le gustó, por lo que no tardó en alejarlo de su *hobby* y, por lo visto, también de su estilo. Un compañero de la comisaría de Zarautz le había contado a Aia que su hermano llegaba de casa vestido con zapatos y prendas más elegantes que, en cuanto cruzaba la puerta de los vestuarios, se quitaba y encerraba en la taquilla durante toda la jornada laboral. ¿Estaría Nuria al tanto de que se cambiaba de ropa nada más llegar al trabajo, ocultando la que ella lo obligaba a ponerse?

Imaginar la relación tan retorcida que Martín tenía con su novia ponía a Aia no solo de mala leche, sino también enferma.

—No la molesto más. Muchísimas gracias por atenderme —se despidió.

—¿Todo en orden? —quiso saber Martín.

—Por suerte, también está en perfecto estado —anunció—. ¿Algo relevante en el email? —le preguntó ella, poniéndose de pie.

La bruma había comenzado a levantarse y por fin se asomaba el tímido sol de diciembre. Lástima que fuera a anochecer en menos de dos horas.

—Poco. Cuando una víctima está grave, la prioridad es salvarle la vida y punto. La presencia del forense es secundaria y lo que más les importa a los jueces es que en el informe ahonde en la gravedad de las lesiones para calificar los hechos. —Él se perdió en el mar de palabras y tecnicismos antes de continuar—. Describe las heridas a partir de lo recogido en los informes médicos y los tratamientos que se le han realizado. Y no ha podido aportar mucho más. Encontrarse con las lesiones suturadas y desinfectadas imposibilita estudiar su morfología y también tomar muestras válidas de la zona. Viene a confirmar lo que leímos esta mañana en el parte. Que la hoja del cuchillo era de unos quince centímetros y que la trayectoria es descendente.

—El agresor estaba por encima. —Ella se arrimó a él y elevó un bolígrafo que bajó hasta dejarlo a un centímetro de su jersey gris, de su abdomen. Percibió el discreto perfume de su hermano. Recordó que aquel aroma también lo había elegido Nuria para él. Le dolía cada vez que se daba de bruces con la triste realidad de que Tintxo era un muñeco en manos de la innombrable. A Aia le hubiese gustado seguir con la recreación; siempre había sido bromista y juguetona, pero intuía que a él, que en aquel momento se hallaba inmóvil, no le estaría haciendo ni puta gracia. Dio un paso hacia un lado y prosiguió—. El agresor es una de esas personas que aparece en las grabaciones. ¿Cuál de todas?

—Lo averiguaremos. —Martín le pasó la copia y, al hacerlo, se rozaron los dedos.

—Mujer de unos sesenta años, en buena forma y sin ninguna característica física destacable —dijo ella, alejándose un poco más—. El forense le ha hecho un raspado bajo las uñas, por si se defendió.

—No creo que le diera tiempo de nada en medio de aquel tumulto. Estaba toda la gente apretujada y distraída.

—¿Por qué arriesgarse? A mí no se me ocurriría agredir a nadie con tantos testigos alrededor.

—A mí tampoco, pero no le ha salido mal la jugada —opinó él, tomando asiento—. Una de dos: o lo tenía muy meditado y solo le vio las ventajas, o le urgía quitarla de en medio. Según uno de los testigos, la mujer parecía preocupada.

—Un aquí te pillo, aquí te mato.

Martín echó la cabeza hacia atrás y reflexionó con los ojos clavados en el techo.

—¿Urgencia u odio? —preguntó sin cambiar de posición.

—¿Se conocían? —lanzó Aia—. Quizá el homicida estaba obsesionado con ella.

—Sin saber quién es la víctima, no podemos investigar mucho más. —Resopló—. Qué raro que no me hayan llamado los de la científica. En teoría, iban a ir al hospital con el forense para tomarle las huellas y una muestra de ADN. —Cogió el teléfono móvil, que estaba sobre el escritorio, y buscó en la agenda—. Voy a meterles prisa para que las cotejen cuanto antes con la base de datos de la Policía Nacional. Y a pedirles que nos dejen ver la ropa que se llevaron embolsada.

*

El Bacarot
Finales del verano de 1979

Dormí toda la noche de un tirón y me levanté con ganas de empezar de nuevo. Me puse uno de los vestidos que me había regalado Angie, uno negro con cuello *halter*. Me quedaba como un guante y me sentí como una diva. «Carmen la Vila». Frente al espejo me llevé un bolígrafo a los labios y fingí que fumaba un cigarro mentolado. Me hice un moño a la altura de la coronilla y lo sujeté con el falso pitillo. Posé con las manos en las caderas, el rostro hacia un lado, hacia el otro. Pensé en mi madre. De haberme visto, me habría reñido. No le gustaba que vistiera tan ajustada. Por mis manos habían pasado decenas de prendas como esa, pero ninguna había contorneado mi cuerpo así.

Bajé a la planta principal y desayuné solo un plátano. Tenía hambre, pero me daba mucho apuro abusar de la despensa de la pareja. Bebí un vaso de agua y salí por la puerta.

—¿Te vas? —Angie estaba en el jardín, tomando el sol en una tumbona. Llevaba un bikini negro con estampado de margaritas. Se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz para mirarme—. ¡Dios mío, estás preciosa! —Se levantó y se cubrió con una camisa blanca holgada.

—Gracias. Voy a buscar trabajo.

—Déjame que te vea, querida. —Me tendió la mano para que se la diera y de inmediato me hizo dar una vuelta sobre mí misma, como si estuviéramos bailando—. Te faltan dos detalles para estar perfecta. Dame un minuto.

Entró en el chalet y salió con un esmalte color fucsia y unas gafas de sol grandes y cuadradas. Mientras me las probaba empezó a pintarme las uñas de las manos y de los pies.

—¡Estás de cine! —gritó Quin desde una de las ventanas. Me guiñó un ojo—. ¡Espectacular!

—Anda, baja y acerca a Carmen a Alicante.

—No quiero ocasionaros más molestias. Había pensado salir a la carretera y hacer autoestop.

—Eso es una locura. La más cercana está a casi media hora andando y apenas tiene tráfico. A mi marido no le cuesta nada. Así aprovecha para hacer algunos recados.

—En marcha —dijo Quin, saliendo por la puerta. Me guio hasta el coche—. Voy a ver qué quiere Angie de Alicante.

Lo observé retroceder hasta el jardín. La pareja intercambió unas palabras y se besó en los labios al despedirse. Ese gesto me hizo pensar en Juantxo. En lo mucho que añoraba su cariño. Me pregunté si su ordenada vida seguiría tal cual la dejó. La mía se había puesto del revés.

Me pateé Alicante durante toda la mañana bajo la atenta mirada de Quin, que me vigilaba de cerca, acechante.

No tuve mucho éxito en la búsqueda de trabajo. La temporada estival estaba llegando a su fin y a los empresarios les sobraban empleados más que necesitarlos. Solo en un restaurante se interesaron por mí y me pidieron que volviera a las cinco de la tarde para hablar con el encargado.

Me reuní con Quin al mediodía, como habíamos acordado. Comimos en un bar del centro y le conté que solo había conseguido una entrevista. Con una gran sonrisa me dijo lo mucho que se

alegraba, pero yo en sus ojos vi otra cosa. ¿Qué era? ¿Miedo? ¿Enfado? ¿Asco? Le quité importancia. Seguro que había malinterpretado su gesto.

Quin pretextó que tenía que seguir haciendo recados y no aguardó conmigo hasta la hora de la entrevista. Quedamos tras ella en el aparcamiento.

El encargado fue muy breve conmigo: «Me he enterado de que eres amiga de lo ajeno. Aquí no queremos ladronas. Lárgate y haz el favor de no volver a hacerme perder el tiempo». ¿La voz había corrido entre los empresarios como había augurado Angie?

De camino a casa, dentro del Chrysler, Quin fingió lo mucho que lo sentía. Su mujer, con esa inteligencia sherlockiana que la caracterizaba, habría resumido en pocas palabras la realidad: que esa misma tarde su maridito se había adelantado a mi cita para hablarle mal de mí al encargado del restaurante y fin de la historia.

Pero, claro, eso no ocurrió, porque ambos estaban en el mismo barco.

En el chalet, ella sí que actuó como una profesional. «No te preocupes, querida, algo te saldrá». Su gesto reflejaba una preocupación que parecía sincera. Los ojos de Quin, sin embargo, chisporroteaban como la traca final de los fuegos artificiales. En su interior se celebraba una auténtica fiesta. Yo no quise verlo. No podía permitírmelo.

La pareja tenía planes para mí. Y me ponía la zancadilla para que acabara aceptándolos.

El boicot en el restaurante solo fue la punta del iceberg.

*

17:00

La subcomisaria Eloísa Garo también hizo acto de presencia en la reunión de las cinco. Los Verano, que habían pasado buena parte de la mañana y de la tarde hablando con los vecinos del paseo de Ramón María Lili, resumieron cómo les había ido la jornada. Al parecer, tras el suceso, un matrimonio había visto a una persona huir a buena velocidad por Aguirre Miramón, una de las calles perpendiculares. El caos que se vivió durante el apuñalamiento y la posterior avalancha fue tal que aquel era el único testimonio destacable.

—La pareja lo ha descrito como un joven delgado y ágil que vestía un plumífero negro con capucha —recalcó la suboficial Maitane Agosto. Era una mujer alta. La melena rizada le caía sobre los hombros.

—Encargaos de que el matrimonio venga mañana a comisaría y eche un ojo a las imágenes que tenemos —dijo el oficial Oiasso—. Tal vez reconozcan al chico entre la gente. Y sería interesante seguir los pasos de esa huida a través de las cámaras que encontréis por Aguirre Miramón.

—¿Qué tenéis vosotros? —preguntó la subcomisaria, dirigiéndose tanto a él como a su hermana.

—Hemos revisado las desapariciones en la base de datos europea y ninguna mujer coincide con nuestra víctima —explicó el oficial—. Tampoco con las que han interpuesto una denuncia por violencia machista. Estamos a la espera de que los de la científica cotejen sus huellas con la base de datos de la Policía Nacional.

—¿Habéis sacado algo en claro del relato de los testigos?

—Gracias a unos y a otros hemos recreado el suceso tras la puñalada —respondió la irrati—. Por lo visto, la víctima se llevó la palma de la mano al abdomen y gritó al verla empapada en sangre. Los que la rodeaban se apartaron de golpe, iniciando la avalancha, y ella se desmayó de la impresión.

—Sobre el apuñalamiento no tenemos nada —continuó el oficial —. La gente estaba distraída mirando al río. Un testigo recuerda haberla visto cuando llegó. Según él, iba seria, casi preocupada, y buscaba a alguien entre la multitud.

—Las únicas grabaciones que tenemos del momento exacto de la agresión son las de tráfico que nos ha pasado la Guardia Municipal —intervino Aia—, las de la cámara de la plaza Euskadi. Pero la imagen es demasiado abierta y no alcanza el punto exacto. Además, había tanta gente que no se distingue nada. Cabezas, abrigos, gorros, bufandas… Parece una congregación de hormigas. La avalancha humana volvió todo muy confuso.

—La mujer sigue en coma inducido —informó Eloísa.

—Aia y yo tenemos previsto subir al hospital mañana por la mañana. En la ambulancia recuperó la consciencia y dijo: «La última luciérnaga»; lo sabemos por el testimonio de la sanitaria de emergencias que la acompañaba. Creemos que se trata de un delirio, pero queremos hablar con el equipo médico que la atendió durante la intervención y estabilización en el quirófano, por si dijo algo más. También tenemos pendiente rastrear el origen de la táser que llevaba encima.

—Bien. —La subcomisaria consultó el reloj y dijo—: El operativo lleva ya media hora en marcha. Acudid al encendido y después marchaos a casa. Por hoy ya habéis hecho bastante.

*

Alicante
Finales del verano de 1979

Quin y yo repetimos la misma operación durante días, aunque esta vez acompañados por Angie. La pareja me llevaba a Alicante y me espiaba mientras yo buscaba trabajo. Y, si en algún negocio se interesaban por mí, se encargaban de boicotear un posible contrato. Aprovecharon el tiempo en Alicante para llevarme a comer a los mejores restaurantes e invitarme a helados frente al mar, e incluso acabábamos la jornada en el cine, viendo alguna película al atardecer… Me agasajaban para compensar mi mala suerte. En teoría, se compadecían de mí. Me cuidaban. Y eso era algo que yo añoraba por encima de todo: me faltaba el cariño de Estrella y de Juantxo, y la red de seguridad que mis padres habían sido siempre para mí. Yo me notaba fuerte, aún segura de mis decisiones, pero el abatimiento me asaltaba de vez en cuando al recordar la estratagema de Sandra, todo el dinero que había perdido y lo absurda que me sentía al nombrar aquel sueño lejano de convertirme en actriz. En momentos así, las atenciones de Quin y Angie se convertían en un bálsamo y me cegaban.

Las reprimendas de los pocos empresarios que accedieron a entrevistarme no tardaron en hacer mella en mí. Yo no era una ladrona, como insinuaban todos. No podía ser cierto que ese bulo hubiese corrido por toda la ciudad. Estaba desesperada. Una noche me costó horas conciliar el sueño y la negatividad acabó tomando los mandos de mis pensamientos. Jamás encontraría trabajo en

Alicante. Y tampoco en otra ciudad, porque no tenía dinero para empezar de cero. Era un círculo vicioso. Estaba atrapada.

Por la mañana me levanté agotada y ojerosa. Quin y Angie me acomodaron a la mesa del comedor. La estancia nada tenía que ver con la sencillez del dormitorio que yo ocupaba. Aquí los muebles y la decoración eran exquisitos y estaban combinados en tonos marrones, teja y verde musgo. Tenían el estilo de las casas que los famosos exhibían en las revistas del corazón y que tanto le gustaban a mi madre.

La pareja, como venía siendo habitual, había preparado para mí un surtido y sabroso desayuno que no pude rechazar. Pan, bollos, frutas, zumos, mermeladas… Los disgustos no me quitaban el hambre, sino todo lo contrario. Comía con ansiedad por dos o por tres.

El teléfono sonó mientras masticaba con los carrillos llenos. El agujero de mi estómago era colosal. Me avergonzaba, pero no podía parar. Los malditos nervios tenían la culpa.

—Dígame. —Fue Angie quien descolgó.

—(…).

—Claro, querida.

—(…).

—¡No sabes la alegría que acabas de darme! —Miró a Quin. Este se acercó a ella y la agarró de la cintura.

—(…).

—Los vas a hacer muy felices. No sabes cuánto.

—(…).

—Es que no puedes ni llegar a imaginarlo, querida.

—(…).

—Nosotros nos encargamos de prepararlo todo, tú tranquila. ¡Y de darles la buena noticia!

—(…).

—Sí, querida, claro que sí. El mes que viene está bien.

—(…).

—De acuerdo. En octubre te mudas aquí con nosotros para que no te falte de nada.

—(…).

Sentí una punzada de celos. En el chalet iba a instalarse alguien que respondía al «querida», como yo. Tenía la boca tan llena de pan con mermelada que me costó tragar.

—Gracias a ti. Qué ganas tenemos de acogerte.

—(…).

—Claro, querida. Cuídate mucho. Nos vemos muy pronto.

Tras colgar se abrazaron con gran ilusión y Angie lloró sobre el hombro de Quin.

Yo no sabía qué hacer. Adónde mirar. No me sentía cómoda siendo testigo de algo tan íntimo. Bebí un trago de zumo.

Angie debió de intuir mi inseguridad, porque se soltó de Quin y se acercó a mí. Posó las manos en mis hombros y me besó la cabeza.

—No sabes lo feliz que estoy —reconoció ella.

—¡Hay que celebrarlo! —exclamó él.

—Claro, mi amor. Pide mesa para tres en nuestro restaurante. Carmen se viene.

—Yo… no.

—Tú sí, querida.

Angie me sonrió con tal afecto que las ganas de llorar se me agolparon en los ojos y en el pecho. Mis emociones caminaban sobre

una cuerda floja.

Qué sola estaba.

Sola y con el agua hasta el cuello.

Quin puso el tocadiscos y *Háblame del mar, marinero*, de Marisol, comenzó a navegar por la planta principal del chalet. Angie me tendió la mano, animándome a bailar con ella. Me agarró con cariño y me meció contra su cuerpo durante los minutos que duró la canción. Sentí tanto amor… Los brazos de aquella mujer eran mi casa. Mi refugio.

La miré a los ojos y creí estar viendo el azul del cielo de Villajoyosa.

—La conversación telefónica de antes… —balbuceé—. Es… Se trata…

—¿Qué te pasa, querida?

—No, nada, es… que… nunca os he preguntado por lo del negocio.

—¿Y te gustaría saber de qué se trata? —Me acarició la mejilla con el dorso de la mano. Asentí en silencio y ella esbozó media sonrisa—. Pues ven, sentémonos.

Angie me contó entonces en qué consistía el proyecto que Quin y ella llamaban Luciérnagas, y yo me quedé de piedra. ¿Hablaba en serio? No podía creerlo.

Ese hermoso vaivén que la canción y sus brazos me habían causado se transformó en una zozobra que me turbó como no nada lo había hecho en toda mi vida.

*

18:30

En los alrededores del río, donde la víspera se había perpetrado el ataque, la expectación era máxima. Algunos no apartaban la vista de la superficie del agua, a la espera de las actividades programadas; otros, los menos, vigilaban atentos por si se producía un nuevo altercado. El encendido de las luces navideñas se había pospuesto al día siguiente, por razones obvias.

Aunque flotaba el recelo en el ambiente, la mayoría había acudido obedeciendo a las autoridades, que pedían calma y confianza en la investigación. Acababa de anochecer, pero el cielo conservaba aún matices grises y blanquecinos a causa de la bruma, y la negrura del agua solo se veía interrumpida por los reflejos dorados de las farolas.

Aia estaba junto a Martín, entre la muchedumbre. Se imaginó que el bebé ya había nacido, que él ejercía de tío, que los tres estaban disfrutando de la tarde. No haber vuelto a saber nada de Adrián la hacía sentirse vulnerable. Necesitar más a los suyos.

«Vuelve a casa, Tintxo —pensó con nostalgia—. ¿Por qué sigues con esa gilipollas?».

Pero ahí no detuvo las recriminaciones. También las tenía para sí misma. ¿Por qué narices se había acostado con el tonto de Adrián? ¿Y por qué se había quedado embarazada? Era delirante. ¿Qué probabilidades había de que sucediera algo así? Cuarenta y tres años, un polvo, un condón y gol. Increíble.

Dio un paso para alejarse de Martín y se llevó la palma de la mano al vientre. ¿Le ilusionaba seguir adelante? ¿Ser madre? Una nueva etapa.

Los gritos los pusieron en guardia. Ellos estaban en el paseo de Ramón María Lili, cerca del puente de la Zurriola. Estudiaron todo el perímetro. El jaleo venía del otro lado del río, del espacio que había entre la barandilla y el Teatro Victoria Eugenia, a unos doscientos metros de allí. Sin pensárselo, echaron a correr y atravesaron el puente. En su carrera de apenas un minuto dejaron atrás las seis imponentes farolas blancas y verdes coronadas por una preciosa bola de vidrio. A Aia, desde niña, le parecían réplicas de faros de cuento. Cada una de ellas estaba rodeada por una red de luces navideñas aún apagadas.

El caos había vuelto a desatarse. ¿Un nuevo apuñalamiento? Esta vez la avalancha había sido más violenta y una docena de personas intentaban levantarse del suelo. Varios compañeros que también se habían trasladado al lugar estaban tratando de poner orden.

Aia vio a un hombre tropezar con una mujer que estaba tendida en la acera, bocabajo. Lo ayudó a levantarse y se arrodilló para socorrerla.

—¿Está usted bien? —Le puso la mano en la espalda. Llevaba un abrigo color cámel. No localizó manchas de sangre en el tejido. La mujer sollozó. Temblaba—. Voy a girarla poco a poco, ¿de acuerdo?

—Ay, ay —se lamentó mientras Aia la movía.

La señora la agarró de los antebrazos hincándole los dedos. La pobre tenía el labio partido y en sus ojos había mares de miedo e impotencia. La agente Oiasso le abrió el abrigo, temiendo toparse con alguna cuchillada. Estaba limpia.

—Me ha dado un tirón en el bolso y creí que iba a apuñalarme también.

—¿Quién le ha dado un tirón en el bolso? —Aia echó un vistazo al suelo. No había rastro de él.

—Un chico. Lo he visto de refilón. He gritado y ahí he empezado a sentir los empujones de la gente. Creí que iba a morir ahogada.

—¿Le duele algo además de la cara? —Tenía un buen golpe en la boca, pero conservaba los dientes.

—No —reconoció, echándose a llorar.

Aia le dio un abrazo para calmarla. Sintió que atraía hacia sí a su propia madre. Se la imaginó sola en aquella situación.

—Tranquila. Enseguida la atenderán los sanitarios. —La meció con cariño—. Llore lo que tenga que llorar. Menudo susto.

—Sí, y más después de lo de ayer —susurró entre hipidos—. Qué horror.

Aia localizó a su hermano y le hizo un gesto con la cabeza.

—Le han robado el bolso —murmuró en cuanto se acercó—. ¿Qué tal los demás?

—Lesiones sin importancia. Varias personas han visto a un chico correr hacia el paseo Nuevo. Los Verano y un grupo de agentes han ido tras él.

Dos sanitarias se arrodillaron junto a ellas. Una era la misma que atendió el apuñalamiento de la víspera, la que se había personado en comisaría.

—Nos volvemos a encontrar, agente Oiasso —dijo la del chaleco fluorescente, meneando la cabeza.

Aia afirmó en silencio y soltó despacio a la mujer. El labio superior cada vez estaba más hinchado.

—La dejo en buenas manos.

—Gracias por aguardar a mi lado —dijo la mujer, apretándole las muñecas.

—No tiene que dármelas.

Su hermano le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Ella se la tomó y, pese a que las luces de aquella Navidad se hacían de rogar, los cascabeles de los trineos se agitaron en su interior.

—La descripción del chaval que dio la pareja del balcón a los Verano —dijo él, soltándole de la mano como si le quemara— es similar a la que han facilitado los testigos de hoy. Voy a hacer unas llamadas, por si ya lo tienen.

La irrati miró hacia el paseo Nuevo. El ladrón podría haberse metido por una de las calles de la Parte Vieja o haber seguido adelante para esconderse en uno de los pulmones de la ciudad. El paseo era un tramo costero que bordeaba el monte Urgull y salía al puerto a la altura del Aquarium.

—No han dado con él. Hay agentes vigilando todos los accesos. Vamos a acercarnos.

¿Y si era el autor de las puñaladas? Aia contempló cómo desalojaban la zona. Por segundo día consecutivo, las actividades habían quedado suspendidas.

—Un detestanavidades anda suelto en Donostia. —El tono de voz de su hermano era de todo menos burlón.

*

El Bacarot
Finales del verano de 1979

Angie mencionó la sigla FIV, de la que yo no había oído hablar en la vida. Explicó también cómo se podía hacer muy felices a personas que se habían tenido que enfrentar a un terrible obstáculo. Me pagarían bien, lo acordado, por prestar mi útero, por gestar la criatura de unos desconocidos. Fecundación *in vitro*. Bebés probeta. Padres con problemas de fertilidad. Lo describió como un acto de amor. De generosidad.

Hacía justo un año, había nacido mediante cesárea Louis Brown, el primer bebé traído al mundo por fecundación *in vitro*, en el Hospital General de Oldham, en Mánchester, el Reino Unido. Desde entonces se estaban llevando a cabo tratamientos FIV en diferentes clínicas europeas y ya había varias mujeres embarazadas que daban esperanza a muchas otras parejas con problemas de fertilidad. El milagro se había producido. La llegada del progreso era una realidad y las técnicas de reproducción asistida pondrían fin a muchos quebraderos de cabeza.

Yo, instintivamente, me llevé las manos al vientre. Noté el calor mientras Angie me hablaba con dulzura. Con una dulzura hipnótica. Era una embaucadora. Una líder.

—Queremos ayudar a varias parejas. A cuatro, para ser exacta. —Sonrió con bondad. No sé si fingía o si en realidad se consideraba una especie de santa—. Es gente de dinero que está dispuesta a pagar mucho para lograr el sueño de su vida.

—Todo sería a través de una clínica privada que hay en Alicante —intervino Quin—. Estarías en muy buenas manos. Allí cuentan con los mejores ginecólogos y embriólogos. Ese bebé no sería tuyo. Te introducirían los óvulos de la madre. ¿Comprendes eso?

Angie me arrancó las manos del regazo para estrechármelas y me dejó el vientre desprotegido. Me sentí profanada.

—Prestas tu cuerpo a un bebé para que pueda formarse, ya que el útero de su madre es un entorno hostil. Lo acoges. Es algo así como lo que hemos hecho contigo. El mundo a veces es cruel. A veces asfixia. ¿Qué me dices?

En ese momento a mí me faltaba el aire.

—Es mucha información —atiné a contestar.

—Claro, querida. Hacer el bien abruma. Es como si no cupiera en el pecho y quisiera salirse por la garganta, ¿verdad?

—Sí. —Había oído hablar de la inseminación artificial, pero no de la fecundación *in vitro*.

—Te preguntarás por qué trabajamos en esto.

No, porque ni siquiera lo había procesado. «Nadie da duros a cuatro pesetas». Un millón. Un millón. ¿Era poco o mucho para tamaño sacrificio?

No existía la palabra que definiera cómo me sentía, cómo se sentía mi pobre cuerpo.

Un recipiente.

De oro.

Para unos desconocidos.

Ni siquiera sabía si quería ser madre. ¿O eso no era ser madre? La deriva de la conversación empezó a confundirme. ¿Era una locura lo que me estaban proponiendo o era solo cosa mía?

—Yo no puedo concebir. —Angie interrumpió mis pensamientos—. Tengo una importante obstrucción en las trompas de Falopio y en esa búsqueda, en ese ir y venir de clínica en clínica, lo vi claro. De pronto lo superé. Me sentí bendecida. Mi necesidad se transformó en

otra cosa. No quiero que nadie pase por lo que yo pasé. Me llena mucho evitarles ese… calvario. Que sean madres si así lo desean. Que vivan, que entreguen el amor como su alma grita. Esta es mi forma de hacerlo.

Angie no podía ser madre. Angie ya no quería ser madre. Angie quería que otras fueran madres. Las frases se me arremolinaban en la cabeza, me turbaban.

—Un embarazo dura nueve meses —explicó Quin, volviendo a la carga—, que puede parecer mucho…, pero ¿qué son comparados con toda una vida? Te supervisarían los ginecólogos de la clínica y te cuidaríamos como a una reina. No tendrías que preocuparte de nada. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que el año que viene por estas fechas estarías en Madrid.

Angie no me soltaba de las manos. Tragué saliva.

—Con la satisfacción de haber hecho muy felices a unos padres —prosiguió ella— y un millón de pesetas, querida.

—¡La de puertas que puede abrirte ese dinero! —exclamó Quin—. Con él, tendrás lo que quieras, Carmen. Ayudas a otros a realizar sus sueños y a la vez consigues los tuyos. Ojalá todo en esta puñetera vida fuera tan sencillo y bonito.

Estaba a punto de desvanecerme. O yo no entendía nada o eran ellos los que no se enteraban.

—Me lo pensaré —susurré.

Pero tenía muy claro que no me prestaría a algo así. Mi sueño tendría que esperar. Lo haría a mi modo aunque me requiriera el doble de esfuerzo y el triple de tiempo.

Mi útero era mío. Y, tal vez en un futuro, de mis hijos. De nadie más.

*

19:00

De camino al paseo Nuevo los hermanos Oiasso repasaron en voz alta cada recoveco de la zona. Urgull tenía algo más de ciento veinte metros de altura y contaba con varios accesos desde la Parte Vieja. El individuo podría haber subido por cualquiera de ellos. Intentarían averiguar si aún seguía ahí. Los escondites eran numerosos: la maleza y los setos, las fortificaciones y murallas que una vez protegieron la vieja ciudad… Otra buena opción era el Cementerio de los Ingleses, en una de las laderas que daba al mar. Un hermoso camposanto que albergaba, en su mayoría, las tumbas de soldados de la Legión Auxiliar Británica que murieron defendiendo la ciudad en la primera guerra carlista, enterrados allí porque no podían descansar en cementerios católicos. Con el paso de los años, las lápidas se habían ido fundiendo con la vegetación y el lugar conservaba un aire solemne y apartado, perfecto para alguien que pretendiera ocultarse.

Aia y Martín eligieron ascender por el camino de la plaza Zuloaga. Algunos compañeros vigilaban la zona y otros la rastreaban. Oficial y agente se identificaron para poder acceder.

—Si el tipo estuviera aquí, ya habrían dado con él —murmuró Martín con ese optimismo que desde hacía años tanto lo caracterizaba.

Llegaron hasta el Baluarte del Mirador, que ofrecía una amplia panorámica de la ciudad, y se apoyaron en la barandilla metálica.

Aia perdió la mirada en el paseo Nuevo. El mar estaba revuelto y la espuma de las olas más grandes saltaba por encima de la escollera.

Sobre ellos, la ikurriña ondeaba con fuerza a causa del viento.

—¿Y si se hubiese ocultado en las rocas del paseo? —dijo, señalando.

—Es peligroso. Han activado la alerta naranja por oleaje y se espera un temporal marítimo durante la madrugada.

—Por eso mismo. ¿Quién iba a sospechar que las ha elegido como escondite?

—Vamos a bajar, anda —dijo, serio.

¿Por qué estaba tan amargado? Tenía cuarenta años y refunfuñaba más que su padre, que ya era decir. Había logrado sacarse el EGA, título nada sencillo de conseguir que certificaba el dominio total del euskera, y ascendido como la espuma en el cuerpo. Vivía en una de las casas escalonadas de Bera Bera —con gimnasio y un precioso jardín repleto de hortensias—, el amor de su vida lo correspondía y no escatimaba en viajar por buena parte del mundo. ¿Qué era, entonces?

«Mándala a tomar por saco, Tintxo», quiso decirle.

Nuria era como esas avispas llamadas esmeralda que pinchan una buena dosis de veneno en la cabeza de sus víctimas, que viven como zombis mientras hospedan las larvas en su cuerpo.

Le había arrebatado a su hermano con su toxicidad de mierda.

Una vez que estuvieron abajo, cruzaron la carretera y avanzaron muy pegados al pretil con las linternas enfocando las rocas que había al otro lado. Las olas, advirtiendo lo que se avecinaba, seguían golpeando contra ellas y salpicando el paseo como si se tratara de

lluvia fina. La marea estaba subiendo y en menos de una hora la fuerza aumentaría, por lo que ese tramo sería inseguro.

El teléfono del oficial comenzó a sonar. Se detuvo para contestar y una ráfaga de viento lo zarandeó. El salitre le irritó los ojos.

Aia sostuvo con fuerza la linterna para continuar enfocando varios metros por delante de sus pies y distinguió una sombra redondeada que se diferenciaba de las que proyectaban las piedras angulosas.

—En Urgull no hay ni rastro de él —le comunicó su hermano, acercándose—. Van a suspender la búsqueda y a cerrar el paseo. El temporal ha entrado antes de lo previsto.

Aia primero se llevó el dedo índice a los labios y después señaló la sombra.

—Vete a saber dónde está —dijo ella, disimulando.

Los dos estudiaron la figura que dibujaba la luz y percibieron un movimiento leve. El oficial mandó un mensaje a los Verano. Después, se llevaron la mano al arma de manera instintiva para asegurarse de que estaba en su sitio. Ella dio unos pasos para enfocarlo desde el otro lado y descubrieron unos ojos brillantes que los miraban.

—¡Sal de ahí ahora mismo! —exclamó él.

La figura se movió rápido, tiró un bolso hacia el mar y se escabulló entre las rocas. Era un chico joven y llevaba un plumífero con capucha. Podía ser el objetivo.

—¡Mierda! —bramó Aia.

Lo siguieron en paralelo por el paseo.

—Joder, viene una ola —advirtió el oficial, oteando el horizonte. Las ondulaciones se acercaban como la chepa de una serpiente marina gigante—. ¡Sal de ahí, chaval, es peligroso!

Él hizo caso omiso y siguió saltando de roca en roca. Martín puso las manos sobre el pretil y, cuando estaba a punto de impulsarse para cruzar, Aia lo agarró del anorak y lo detuvo.

—Ni se te ocurra. No voy a consentir que te mates delante de mis narices —dijo con la voz quebrada.

Tras pronunciar aquellas palabras, el rugido ensordecedor del mar la obligó a girarse hacia las rocas. El impacto de la primera ola los lanzó contra el suelo y rodaron por el paseo. Martín gateó hasta su hermana y tiró de ella para ponerla a salvo. Se agazaparon a los pies del pretil. La segunda ola se arqueó en el aire y esquivó a los hermanos, pero derramó tanta agua en la acera que rebotó contra ellos y flotaron durante milésimas de segundos.

—¡Quietos ahí! —gritó Julio Etxeburu, que había llegado a la carrera y se hallaba al otro lado—. ¡Viene otra!

Martín atrajo hacia sí a Aia y apretó con fuerza. Ella hincó la nariz en su hombro.

—Estoy embarazada —confesó antes de que la tercera ola golpeara con saña. Cayó contra ellos con tal fuerza que los separó y los revolcó en direcciones opuestas.

—¡Despejado! —gritó el ertzaina. Su voz consiguió oírse a pesar del estruendo del oleaje—. ¡Salid de ahí antes de que venga otra!

Los dos se pusieron de pie de un salto y, empapados hasta los huesos, corrieron hacia la falda de Urgull, donde los Verano y un grupo de compañeros los esperaban.

—¡Hostia puta! —gritó Martín—. ¿Estás bien? —Palpó a su hermana con nerviosismo.

—Sí, ¡sí! ¿Y el chaval? —preguntó preocupada a los Verano—. ¿Dónde está el chaval? ¿Alguien lo ha visto? —Ningún ertzaina

contestó. A ella le colgaban gotas de las pestañas y no supieron si eran lágrimas o agua marina—. Eh, ¿me habéis oído?

—Yo he visto su silueta antes de que la barriera la primera ola —dijo Maitane Agosto.

—Estamos intentando localizarlo —contestó otro—. Los de salvamento marítimo vienen de camino.

Varios agentes estaban asomados desde las zonas donde el mar se mostraba más amable. Se unieron a ellos. Al otro lado de la barandilla y de la escollera la masa de agua se movía con violencia y la espuma blanca nacía y moría sin descanso.

Ertzainas y guardias municipales oteaban el horizonte con los hombros tensos, con la esperanza de encontrar al chico.

—Largaos si no queréis coger una pulmonía —sugirió Maitane—. Aquí poco vais a poder hacer ya.

Aguardaron unos minutos más con un nudo en la garganta.

—Vamos a casa de la ama —sugirió Aia. El salitre se le había metido en la herida que se había hecho la víspera en la mano y le escocía—. Está a dos pasos de aquí.

Al oficial Martín Oiasso le costó sacar el teléfono del pantalón vaquero, que se le adhería a las piernas como una ventosa. Pulsó el botón, pero estaba bloqueado. Lo reinició y miró a los Verano.

—Avisad a la subcomisaria Garo, por favor. Luego la llamo. ¡Qué puto desastre! —se lamentó, abandonando el paseo Nuevo.

*

El Bacarot
Finales del verano de 1979

Todo cambió tras la conversación con Angie y Quin. Ninguno volvió a mencionar el tema durante todo el día y el ambiente se llenó de un silencio tenso. Yo no sabía de qué hablar, y ellos tampoco. ¿Mi reacción los había decepcionado? Vi a la pareja intercambiar varias miradas. Esperaban mi respuesta. Les urgía.

Por la noche di vueltas sobre la cama. Y, cada segundo que pasaba, lo hacía con más frecuencia y angustia. El colchón, la almohada, aquella habitación medio vacía. De pronto todo me era ajeno. Desconocido. Me repugnaba y asustaba el espacio. No sabía si era una egoísta o si acceder a lo que me pedían me convertiría en una puta santa.

No, no lo sabía.

Mi cuerpo rechazaba la propuesta con todas las ganas. Él hablaba por mí. La decisión la tomó enseguida. No quería ser una luciérnaga. A él le daba igual decepcionar a la gente que le había dado cobijo. Y eso mismo haría conmigo el bebé que gestase. Me ignoraría, porque nunca sabría de mi existencia. El bebé viviría con otros padres, con los propietarios de sus genes. Sus dueños. ¿Por qué no adoptaban? Tantos niños sin hogar y ellos pagando por uno. A medida. Una versión mini de ellos a cambio de un millón de pesetas. Sería gente excepcional, si quería evitar a toda costa que se extinguiera su estirpe.

Bajé de madrugada para beber agua. Tenía la boca seca. Angie estaba sentada en el sofá fumando un cigarro. Le dio una calada. La punta, de un naranja intenso, brilló bajo el manto de la semioscuridad.

—¿Todo bien, querida?

Quise decirle que no, que nada iba bien. Que las piezas ya no encajaban, que flotaban por la falta de gravedad, que se me escurrían de las manos y escapaban en direcciones opuestas. Que los odiaba por lo que me habían propuesto.

—No voy a prestar mi útero —solté. Creo que fue la falta de sueño. La sinceridad del insomne es como la de un borracho y tiene la fuerza de un huracán.

—Claro, querida. Es muy respetable.

Nos quedamos calladas un rato. Y quietas, muy quietas. Yo con el vaso en la mano y ella con el pitillo.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —susurré.

—Cuando estoy triste me cuesta conciliar el sueño. Ya pasará. —La oí suspirar—. Quin y yo confiábamos en ti. Estábamos convencidos de que eras buena y valiente. Me pregunto si nos has estado engañando todo este tiempo.

Sus palabras me sacudieron por dentro.

—¿Por qué dices eso?

—¿Robaste a las chicas? ¿Robaste en la discoteca?

—¡No! Yo no fui —respondí, horrorizada—. Tú misma lo dijiste. Me tendieron una trampa.

—¿El mundo contra Carmen o Carmen contra el mundo?

—Tú sabes que no haría daño a una mosca, Angie.

—Yo no sé nada, querida. ¿Por quién me tomas? —Se levantó y apagó la colilla en un cenicero de cristal que había sobre la mesa—. Ha quedado demostrado que no te conozco. Tampoco es de extrañar; al fin y al cabo, hace muy poco que has entrado en nuestra vida.

Yo la miraba, perpleja. ¿A qué jugaba?

—¿Qué quieres de nosotros, eh?

—Nada. No quiero nada.

—Vaya, yo no diría eso. Todos queremos algo y te recuerdo que aquí estás muy lejos de tus sueños. ¿No será que nos estás utilizando?

Los ojos se me humedecieron.

—Siento que pienses eso de mí. Mañana mismo me voy. No quiero ocasionaros más molestias.

—Claro. Mañana será otro día. —Se acercó y me rozó la frente con los labios. En ese momento, a punto de perderla, supe que la amaba de una manera irracional—. Intenta descansar, querida.

Me quedé un buen rato ahí, de pie, paralizada. Como si el beso me hubiera hechizado.

Cuando arranqué a andar me noté rígida. Los músculos se habían transformado en piedras.

Tragué saliva. Mi boca seguía seca.

*

20:00

Inés le había dejado a su hija unas mallas y una sudadera que utilizaba para hacer pilates y unas deportivas del treinta y siete. A Aia, que tenía dos números más, los dedos se le estrellaban, encogidos contra la punta.

—No importa, ama. Es solo para ir hasta casa.

Estaba sentada en el sofá de la sala tomando un cacao caliente. Inés enchufó un radiador y lo arrastró hasta ella.

Martín salió del servicio y se arrellanó a su lado. Llevaba puesto un chándal gris y amplio que el novio de su madre usaba para ponerse cómodo cuando pasaba allí alguna noche. La sudadera le quedaba corta de mangas y Aia reparó en que su hermano tenía las muñecas moradas.

¿Era de los golpes en el paseo Nuevo?

Él la descubrió mirándoselas y tiró de los puños para ocultarlas.

—Mira que Jacinto tiene mal gusto —bromeó Aia. Aunque su rostro reflejaba más tristeza que otra cosa.

—¿No quieres que te prepare algo calentito, hijo?

—No, gracias. —Consultó el teléfono. Ya se había desbloqueado. Marcó el número de Eloísa Garo.

—(…).

—Bien, bien. Los dos estamos bien. ¿Se sabe algo del chaval?

—(…).

Martín miró a Aia y tapó el altavoz con los dedos.

—Dice que no hay rastro de él. Han movilizado un helicóptero, pero con semejante temporal no pueden rastrear la zona con buzos y embarcaciones.

Su hermana asintió en silencio. La taza humeaba entre sus manos.

—(…).

—Crecieron de repente. Apenas nos dio tiempo a reaccionar.

—(…).

—Sí, lo sé.

—(…).

—Ah, ¿sí? Ahora mismo voy para allá.

—(…).

—En la Parte Vieja.

—(…).

—Yo preferiría…

—(…).

—De acuerdo. *Eskerrik asko. Bai, bai. Bihar arte.* —Guardó el teléfono—. En diez minutos nos recoge un coche en la parada de taxis del Boulevard para llevarnos a casa —explicó, levantándose—. Gracias por el modelito, ama. Dile a Jacinto que se lo devolveré.

La mujer los acompañó a la puerta. Se estaba recuperando bien del esguince y apenas cojeaba. Aia la notó nerviosa. Imaginó que se le hacía raro verlos juntos. Llevaba años soñando con que arreglaran sus desavenencias.

Se despidieron de ella con un abrazo y, a la altura de la parada de taxis, Martín comenzó a relatarle la conversación que había tenido con la subcomisaria.

—Dice que por fin han cotejado las huellas de la mujer. Se llama Cecilia Martínez de Gomar. Un equipo ya se está encargando de localizar a sus familiares. Ha insistido en que no nos quiere por allí hasta mañana, que nos limitemos a descansar.

—Bueno, por fin sabemos de quién se trata —dijo Aia, frotándose los brazos para darse calor—. Algo es algo. —Bajó el rostro y contempló las deportivas de su madre. Sus dedos agarrotados no dejaban de protestar—. ¿Crees que el chico de hoy es quien la apuñaló?

—No lo sé. —Se rascó la barbilla—. Parecía muy joven.

—Sí, qué horror. No me lo quito de la cabeza. Ojalá aparezca con vida.

Los hermanos se quedaron callados durante unos segundos, hasta que él carraspeó.

—Antes, cuando… estábamos ahí, bajo las olas… —La miró—. Me pareció entenderte que…

—Entendiste bien. —Aia se llevó la mano al vientre y se encogió de hombros.

Martín no se atrevió a preguntar nada más. No se sentía con el derecho de hacerlo. Él mantenía su relación sentimental con hermetismo y, además, hacía mucho tiempo que había puesto tierra de por medio entre su hermana y él.

¿Aia tenía pareja? ¿Llevaba tiempo queriendo ser madre?

Le dolió no tener la más mínima idea.

*

El Bacarot
Finales del verano de 1979

Metí mis cosas en la bolsa de viaje y bajé a la planta principal dispuesta a despedirme de Quin y de Angie. La mesa volvía a estar repleta de un suculento desayuno. Mi estómago, vacío. No cogí nada. Me costó horrores no hacerlo.

—¿Hola? —dije, rodeando el festín.

—Estamos aquí, querida —contestó ella.

Eché a andar y su voz me condujo hasta un despacho en el que nunca había estado antes. Un escritorio de grandes dimensiones y dos sillones presidían la estancia. Hasta ese día la puerta de esa habitación siempre había permanecido cerrada, pero hoy no. Angie y

Quin estaban sentados, uno frente a otro. Sobre la superficie había una montaña de fajos de billetes perfectamente ordenada.

—Solo quería agradeceros lo que habéis hecho por mí antes de marcharme.

La alfombra de la estancia estaba arrugada. Yo estaba nerviosa y no me di cuenta, así que me tropecé.

—Te vamos a echar de menos, querida. —Angie se levantó y me estrechó contra su pecho—. Te he cogido mucho cariño.

Quin me dio dos besos y me deseó suerte. Me entregó un sobre.

—¿Y esto?

—Por los gastos.

¿Había dinero ahí dentro? ¿A qué gastos se refería? Lo abrí. No había billetes, pero sí un folio que saqué y desdoblé.

Bloqueé sin querer la entrada de aire al ver de qué se trataba. Era una factura. Las noches en el chalet, la gasolina, los desayunos, los helados, el cine y las comidas en los restaurantes no habían sido gratis. Tampoco los carísimos vestidos que Angie se empeñó en comprarme.

—Eh… Sabéis que yo… no tengo este dinero.

—Te las arreglarás para conseguirlo —dijo Quin con un tono alegre, desenfadado.

La pareja me había acogido y había corrido con los gastos de mi manutención. Fui muy confiada, o una inconsciente, al creer que el acto había sido desinteresado. Ya no sabía qué pensar. ¿Por qué no pregunté? ¿Por qué no me advirtieron? Quise decirle a Angie que lo de la ropa fue cosa suya. Me la regaló. Pero no me atreví.

Aún conservaba alguna moneda en la cartera. Podía llamar desde una cabina a Villajoyosa. Estrella no tenía ni una peseta, la pobre,

pero mis padres sí. Custodiaban mi dinero. Ese que había ganado durante años con el sudor de mi frente.

—Dadme un par de días. Os pagaré todo.

—No hay prisa. —Angie me sonrió con afecto.

Agradecí que confiaran en mí, en mi palabra. Por fin el estigma de ladrona me daba una tregua.

Aquel mismo día yo podría haber huido, pero sabían que no lo haría. Mi situación era lamentable. No tenía nada ni a nadie. Me eligieron por eso y por mi forma de ser. No daban puntada sin hilo. Era perfecta para sus planes. Una presa fácil. Inocente y honesta. Sumisa, aunque con algún pico de rebeldía.

Esto último acabaría saliéndoles caro.

Me colgué la bolsa al hombro, di media vuelta y me alejé del despacho. El desayuno del comedor me llamó a voces desde la mesa. Me acerqué con sigilo y cogí un bollo de pan y una manzana. Las manos me temblaron al hacerlo.

El chalet estaba ubicado en medio de la nada, a nueve kilómetros de Alicante. Seguí las rodadas que había dejado el Chrysler para llegar hasta la carretera. Media hora andando bajo un sol abrasador, que parecía ignorar que el verano estaba a punto de terminar. Los matorrales resecos del camino me arañaron las piernas y los pies sin ninguna compasión. La primera parte del trayecto la realicé llorando y comiendo a la vez. Casi ahogándome. Al llegar a la carretera me puse las gafas de Angie para ocultar los ojos hinchados. Reparé en que no las había incluido en la factura. ¿Se habían olvidado o estas sí habían sido un regalo?

Caminé por el asfalto en dirección a Alicante con la esperanza de cruzarme con algún vehículo. El primero tardó en aparecer. En

cuanto oí el motor me detuve y levanté el dedo pulgar, pero este pasó de largo. El segundo fue más piadoso. Frenó de golpe a mi lado. Dos mujeres me miraron a través de la ventanilla y me acercaron hasta Alicante. La suerte por fin me sonreía.

Localicé una cabina y llamé a casa. Fue mi padre quien contestó.

—Soy Carmen. No me cuelgues, por favor.

—¿Qué quieres? —Su voz sonó hosca.

—Saber qué tal estáis.

—¿Tú qué crees?

—¿Está mamá contigo?

—¿Cuándo piensas volver? —La pregunta la lanzó ella. Los dos estaban al aparato. Me los imaginé con la cabeza pegada, como los había visto en otras ocasiones.

—No lo sé. Ahora mismo no tengo ni para el billete de autobús.

—Ah, entiendo —murmuró él—. Llamas por dinero. ¿O me equivoco?

—Papá…, yo… yo…

—No vamos a soltar ni una peseta. ¿Es que solo sabes pedir? Nos avergüenzas. Esa no es la educación que recibiste —repuso él.

—Mamá —dije entre sollozos, clamando su ayuda.

Oí su llanto alejándose del teléfono.

—Si decides volver, aquí no va a faltarte de nada. Hasta entonces, arréglatelas tú solita —concluyó mi padre antes de colgar.

Vagué por Alicante como alma en pena con la sensación de que jamás había sido libre. Mis padres me querían para ellos, para el futuro que llevaban años forjándome, y Quin y Angie para su negocio. Me horrorizó descubrir que la libertad de las personas era una cuestión de dinero.

No me atrevía a seguir buscando un empleo porque no estaba preparada para enfrentarme de nuevo a la etiqueta de ladrona que me habían colgado, pero qué otra cosa podía hacer. Entré en hoteles, en tiendas e incluso en talleres de costura, pero todos me decían lo mismo, que estaban completos. Una de las modistas me aconsejó que regresara de cara a las Navidades, que el trabajo siempre subía. Pero, hasta entonces…, ¿cómo narices me las arreglaría?

En un arrebato de valentía me pasé por el apartamento para reclamar mi dinero. Para mi sorpresa, Sandra y las chicas ya no vivían ahí.

Miré escaparates, subí al castillo de Santa Bárbara, lloré frente al mar, acaricié a todos los perros que encontré a mi paso, comí medio bocadillo con el que me tropecé y dormí toda la noche agazapada en una esquina de la playa.

Pasé de la Carmencita niña que quería ser mujer a una Carmen adulta y sin techo. A una muerta de hambre.

No podía continuar así.

Barajé las opciones que tenía. Eran tres:

Volver a casa, con mis padres, y seguir el camino que marcaban los pespuntes de la Singer.

Regresar al chalet, gestar un bebé y marcharme a Madrid con un puñado de billetes.

O presentarme en el piso de Juantxo.

Estudié la última opción. En el País Vasco podía empezar de cero. Buscar trabajo. Allí no me tildarían de ladrona. Pero ¿entendería él que me quisiera mudar a Madrid en cuanto ahorrase algo de dinero?

¿Se sentiría utilizado? No quería decepcionarlo; tampoco descubrir que, como el resto, solo me quería para él.

Libertad. No deber nada a nadie. Madrid. Escuela de interpretación.

Un millón de pesetas y todo eso sería mío.

Volví a hacer dedo, a arañarme las piernas contra los matorrales, a pisar el jardín del chalet. Toqué la carrocería roja del Chrysler. La chapa estaba caliente a causa del sol matutino. Angie reposaba bocarriba en la tumbona. Me dio un vuelco el corazón al verla. Sentía hacia ella un cariño indescriptible. Era algo así como conocer a una diva en la vida real y que esta te quisiera. Deseaba que me diera todo su amor. Que me contagiara parte de su elegancia y temple.

Me asomé como si fuera un zorrillo que vuelve al lugar donde en otras ocasiones le han dado alimento.

Angie se levantó al verme y me condujo de los hombros hasta uno de los cuartos de baño del chalet. Ninguna dijimos nada. Llenó la bañera y me desnudó. No sentí vergüenza. Me agarró de la mano para que me sumergiera. El agua tenía una espuma blanca y brillante que olía a Heno de Pravia. ¿Qué aspecto tendría yo? Intuyo que lamentable. Ella, sin embargo, resplandecía. El sosiego que transmitía me renovó. Era la madre de las madres. Una diosa. Los músculos de su cara eran angulosos, como esculpidos por un artista. Y sus ojos, dos zafiros extraídos de un yacimiento lejano.

—Quiero ser libre —atiné a decir—. Que me ayudéis a serlo.

Angie se enjabonó las manos y me recorrió con ellas. Dedicó más tiempo a limpiar mi vientre y mis pechos. Me rozó los pezones con la punta de los dedos. Oí su respiración agitada. Descendió

lentamente, esquivó el ombligo y se detuvo justo donde empezaba el nacimiento del vello púbico. Acarició la línea con el dedo pulgar antes de retirarlo. Yo lo interpreté como algo natural, dado que pronto sería madre. Me purificaba con su tacto.

—Estoy preparada para ser una luciérnaga, Angie. —Me sorprendí mirándola con la misma admiración que Quin.

Me abrazó mientras me secaba con una toalla. Bailó conmigo una canción muda.

—Qué feliz vas a ser —me susurró al oído—. Tú, nosotros y esos padres que aún ni sospechan la suerte que los aguarda.

En aquel momento, tan plena y extasiada, habría entregado mi útero a cambio de nada.

SEGUNDA PARTE

Donostia-San Sebastián
Domingo, 3 de diciembre de 2023
05:10

Salió sin ganas y muerta de sueño del apartamento turístico, pero disimuló muy bien para que María no se lo notara. Brianna no había podido desobedecer sus órdenes. Al fin y al cabo, y gracias a ella, dormía bajo un techo y no le faltaba de nada. Si todo hubiera salido como habían planeado, el viaje a Donostia habría culminado con una buena recompensa que la habría ayudado a comenzar una nueva vida.

Suspiró. Aunque el dinero se alejaba de ella cada minuto que pasaba, no tenía intenciones de perder la esperanza.

Caminó hacia el local con las manos en los bolsillos. Llevaba colgada del hombro una mochila con todas las herramientas adquiridas en la tienda de bricolaje. La madrugada, húmeda, había caído y soplaba un aire gélido que le helaba la cara y la nariz. María siempre le decía que era imposible que notara frío con la enorme capa de grasa que la recubría. Meneó la cabeza. Qué sabría ella de lo que sentía. No tenía ni puta idea de nada.

La calle no estaba desierta del todo y eso la preocupaba. No podía forzar una puerta, y menos con su inexperiencia, con gente pasando. Daría unas vueltas y esperaría a ver cómo iba evolucionando el goteo de personas.

Consultó la hora: las cinco y diez. Solo lo intentaría si lograba no cruzarse con nadie durante quince minutos seguidos. Ese sería el

plan y no se lo saltaría. Como bien le había aconsejado Nacho, ella estaba muy limpita y no debía arriesgarse.

Pasó por delante del local y miró la cerradura. Era del año de la pera. Por fin se topaba con algo positivo. Apostaba a que no sería muy complicado forzarla.

A las 5:57 apretó el paso y de nuevo puso rumbo al local. Había llegado el momento. Se situó enfrente de la puerta y rebuscó en la mochila hasta dar con una tarjeta. La sacó con dedos temblorosos. No supo si de frío o de nervios. La incrustó en la ranura con la mano enguantada y la movió de arriba abajo mientras con la otra agarraba el tirador. Como había imaginado, el método no resultó nada sencillo.

Unos murmullos y varias carcajadas la obligaron a alejarse a buen ritmo de allí. Tenía la ansiedad por las nubes. ¿Por qué se sentía una pringada, obedeciendo órdenes que la ponían en peligro? Llenó el estómago y los pulmones de aire y lo expulsó hacia el cielo, empañando las estrellas con el vaho. Ojalá una simple exhalación velara el lodazal en el que estaba metida.

Regresó a los cinco minutos y sacó el manojo de llaves que había unido en una anilla. Probó con la primera y el resto, al chocar entre sí, sonaron como si llevara una puta pandereta en la mano. Se preguntó si había sido buena idea juntarlas todas. Para su desgracia, no entró; tampoco las dos siguientes que introdujo. Cuando iba a intentarlo con la cuarta, oyó más voces y volvió a alejarse.

Otra vez a andar, a disimular, a pasar frío y nervios. Era delirante.

Se tiró más de media hora caminando. Esperando un buen momento para retomar la tarea. Por lo visto, a esas horas, muchos de los trasnochadores regresaban a casa; quizá volvían de alguna

discoteca. Brianna no conocía los hábitos de aquella capital vasca. Después de dar vueltas como un tiovivo, decidió abortar el plan. Se habían encendido las luces de varias casas y cafeterías, y los repartidores de pan y de prensa estarían al caer.

Regresaría al día siguiente. Si es que María no la mataba antes.

*

El Bacarot
Finales de septiembre de 1979

Recuperar los mimos de la pareja me hizo olvidar todas las dudas. Disponía de la mejor comida y de un techo bajo el que dormía a pierna suelta. Fueron un par de semanas de ensueño. Le pedí a Carmen la Vila que me esperara solo unos meses. Que ahora tenía que concentrar toda mi energía en el asunto de la concepción. Y que eso me permitiría sacarla de la celda donde estaba encerrada.

Angie, Quin y yo fuimos en el Chrysler al Hospital General de Dios. El otoño acababa de comenzar, pero un sol obstinado, casi veraniego, brillaba sobre la Costa Blanca y la llenaba de calor. Nos recibió el director del centro, el doctor Sandemetrio, que estaba especializado en ginecología. Era alto y desgarbado; tenía unos cuarenta años y las manos velludas. Iba acompañado por una embrióloga francesa apellidada Lefèvre. La mujer, de edad similar a él, era menuda y tenía el cabello fino y ralo. Los suelos, las paredes y los muebles de la clínica privada eran blancos, como las batas de ellos. Nos hicieron pasar a un despacho amplio y cómodo.

Los dos me explicaron que me quedaría embarazada mediante técnicas de fecundación *in vitro*, proceso que a mí seguía sonándome a ciencia ficción. Desde que el año anterior, el 25 de julio de 1978, hubiera nacido el primer bebé probeta en el Reino Unido, habían logrado varios embarazos en mujeres con problemas de fertilidad en diferentes clínicas de Europa. El doctor Sandemetrio había decidido dar un paso más allá y apostar por una tercera persona para que se encargara de la gestación. Pensaba que ello podía aumentar las posibilidades de lograr un nacimiento sano. Muchas de las mujeres demandantes llevaban años intentándolo de manera natural y los años seguían pasando. La edad que tenían no era la óptima y por eso las probabilidades de éxito disminuían.

—Practicaremos a la madre una laparoscopia —explicó Sandemetrio—. Es una operación que consiste en localizar y puncionar los folículos maduros para obtener los óvulos. Horas después, se ponen en contacto ovocitos y espermatozoides, estos últimos donados por el padre. Una vez comprobada la fertilización y tras asegurarnos de que el embrión evoluciona correctamente, entraría usted en escena.

—¿También me harán una operación? —pregunté, preocupada.

—No. En su caso es más sencillo y ni siquiera sentirá dolor —intervino Lefèvre con una sonrisa amable. Tenía un marcado acento francés—. Nos limitaremos a introducirle el embrión fecundado en el útero. A continuación, unos minutos de reposo en la camilla y a hacer vida normal, aunque cuidándose, claro está.

—Nosotros nos encargaremos de que no le falte de nada. —Angie me rodeó de la cintura con afecto. Me pegó el pecho a la espalda.

Sandemetrio me mostró un diagrama titulado «Transferencia embrionaria» en el que se explicaba todo el proceso. Cada órgano femenino estaba pintado de un color. Todos en tonos cálidos.

—¿Y ya?

Lefèvre volvió a sonreír.

—La primera parte sí. Después tendrá que encargarse de gestarlo durante nueve meses y, por último, dar a luz.

Y ahí dejaría de ser una luciérnaga, en cuanto entregara a la criatura. ¿Me apagaría al hacerlo? Me aterraba que la oscuridad me envolviera y me dejara completamente vacía por dentro. La decisión estaba más que tomada, pero yo seguía llena de dudas.

Me hicieron firmar un contrato de confidencialidad. Los padres intencionales querían máxima discreción.

Carmen la invisible.

El recipiente de oro.

—Queremos que le quede claro que entre el bebé y usted no habrá ningún tipo de vínculo genético —recalcó Sandemetrio.

Pero no mencionó el otro vínculo. Ese que no entiende de ADN y que cualquier diccionario lo define como lazo, conexión, unión.

Me explicaron que el embrión solo podía implantarse si mi útero estaba preparado y esperábamos al momento exacto de mi ciclo. A comienzos de la semana siguiente, dos días después de realizar la laparoscopia a la madre, regresamos a la clínica. Al llegar, los médicos nos dijeron que el embrión había evolucionado bien y que todo estaba listo. Después, me tumbaron en la camilla y procedieron a la transferencia.

Quin y Angie no cabían en sí de júbilo. Ya estaba hecho. Me llevaron de vuelta al chalet, que rebautizaron como Casa Luciérnaga

mientras brindaban con unas copas de champán y yo con refresco de cola. Estaban convencidos de que el nombre daría suerte. Un lugar a medida, un nido en el que gestar en absoluta paz.

Angie me contó entonces que la obstrucción en sus trompas de Falopio la sumió en una noche eterna, hasta que un destello de claridad la sacó del abismo. Fue al recordar las luciérnagas de su infancia iluminando el campo entre los árboles, señalando el camino a casa y envolviéndola en seguridad. Por eso llamó así al proyecto. Las mujeres que no podían ser madres se sentían desamparadas, solas, perdidas, y ella quería que otras mujeres perdidas, como yo, fueran faros en su viaje.

Estas serían las que dieran luz —a luz—, las que guiaran a las demás.

—Siempre serás especial para mí, querida. Por muchas que vengan, eres la primera luciérnaga. Y eso es un privilegio para todos —susurró, dándome un beso de buenas noches.

Antes siquiera de que hubiera conciliado el sueño, los oí gemir en su dormitorio como a dos animales salvajes.

*

09:00

—¿Has logrado descansar? —le preguntó Martín a Aia en cuanto la vio entrar en el despacho.

Las ojeras de ambos, de un violeta intenso, delataban la falta de sueño.

—No mucho. No he sido capaz de quitarme al chaval de la cabeza en toda la noche.

—Yo no he dejado de pensar en lo que me dijiste —confesó. Estaba junto al ventanal, sentado frente al ordenador. La mañana volvía a estar acompañada por una neblina pertinaz—. ¿Te encuentras bien?

—¿Yo? ¿Por? —Ella lo miró y arrugó la frente.

—Me preocupa el meneo que te metió ayer el oleaje. —Le señaló la tripa.

—Tranquilo, estoy bien. No he notado nada raro.

—Estás de poco, ¿no?

—De mes y medio. Mañana tengo cita con la matrona. —Se quitó el abrigo y no mencionó la cantidad de dudas que tenía sobre si seguir adelante con el embarazo o no—. ¿Qué se sabe de Cecilia?

—Apenas nada. Nació en Zaragoza en 1961 y está empadronada en Santander. No tenemos mucho más. Un par de agentes han intentado contactar con sus familiares, pero todos son callejones sin salida. Espero que durante el día tengamos algún avance.

—Y el chaval sigue sin aparecer.

—Ayer poco se pudo hacer a causa del oleaje. A última hora de la tarde el helicóptero se retiró sin resultados. —Martín tenía el informe sobre la mesa—. Ahora que ha cesado el temporal, hay un par de embarcaciones y un equipo de buzos rastreando la zona. Tengo la esperanza de que lo encuentren. —Apagó el ordenador—. Ponte el abrigo.

—¿Adónde vamos? Ayer el día fue tan largo que ni recuerdo en qué quedamos.

—Al hospital, a hablar con el jefe de la UCI. Me he citado con él a las nueve y media.

—¿Y los Verano? —preguntó, cogiendo su bolso.

—Investigando la procedencia de la táser.

De la comisaría al Hospital Donostia apenas tardaron quince minutos en llegar. El médico los atendió en la propia sala de espera. Era cuadrada y espaciosa, con numerosas sillas alineadas contra las paredes. Aún no había comenzado el turno de las visitas y se hallaba vacía.

—Sentimos molestarte un domingo. Temíamos que no estuvieras aquí.

—Nosotros nunca paramos. —El hombre estaba delgado y tenía unas marcadas ojeras violáceas que le daban aspecto de cansado—. Esta unidad es muy exigente.

—Agradecemos tu tiempo —intervino Aia.

—Contadme qué queréis.

—Bueno, lo primero es decirte que la paciente se llama Cecilia y que tiene sesenta y dos años.

—Me alegra saberlo. Gracias por la información.

—Sigue inconsciente, ¿verdad?

—Sí. Le indujimos el coma para ayudar a reducir la actividad cerebral, disminuir el metabolismo cerebral y ayudar a controlar la presión intracraneal.

—Entiendo. —Martín sabía que, cuando un paciente ingresaba grave, lo mantenían en ese estado para que su cuerpo se centrase únicamente en sanar. Supuso que eso resumía lo que acababa de decir el médico.

—Se ha estabilizado —prosiguió el especialista—, pero en estos casos nunca se sabe. Debemos ser cautelosos y pacientes.

Martín Oiasso pensó que, más que delgado, estaba consumido.

—Una de las sanitarias que la atendió en la calle acudió a comisaría porque la víctima dijo unas palabras dentro de la ambulancia. ¿Es posible algo así? —preguntó Aia.

—Si el edema todavía no se ha desarrollado del todo, este tipo de pacientes puede llegar a hablar tras recuperarse del síncope.

—¿Podrías preguntar a tu equipo si dijo algo más antes de ser intervenida? —pidió Martín.

—Lamento no poder ayudaros en eso. Estuve presente en todo momento y aquí no dijo nada. Cecilia ingresó inconsciente.

Martín suspiró.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Nos permites pasar a verla? —preguntó ella, mirando a su hermano.

—Claro, acompañadme.

El acceso a la UCI estaba restringido y, excepto durante el horario de visitas, solo podían entrar los profesionales sanitarios.

El médico les hizo desinfectarse las manos y ponerse calzas desechables y mascarilla. Después, pasó una tarjeta y la puerta se abrió. En el interior solo interrumpían el silencio los pitidos de las máquinas que monitorizaban a los pacientes. Trajes rosas, azules y blancos. Boxes alineados y numerosas pantallas donde los ángeles de la guarda vigilaban las constantes vitales de los enfermos. Aia pensó que era allí donde de verdad se obraban los milagros.

Conocía a una auxiliar que trabajó en la UCI durante la pandemia y, por lo que le había contado, fue durísimo, desbordante y agotador

lidiar día sí y día también con la enfermedad y la muerte.

—Es aquí.

Los hermanos observaron a través de la puerta acristalada. Cecilia estaba bocarriba y conectada a mil máquinas.

—¿Puedo pasar? —preguntó Aia.

El médico consultó el reloj.

—Adelante. Tenéis media hora.

Aia se acercó. Recordaba sus rasgos, su melena cobriza, los tajos en el abdomen, la densidad y el olor de su sangre.

—Hola, Cecilia —susurró. Le acarició el hombro por encima de la sábana.

Su hermano la estudiaba a cierta distancia. Su dulzura le golpeó el corazón. Era buena persona, también alegre y vivaz. Se habían distanciado a causa de la grieta abierta entre los dos, que se ensanchaba con el paso de los años. Aia se encontraba al otro lado y estaba bien. Él se conformaba con eso. Envidiaba su forma de ser, su manera de disfrutar de las pequeñas cosas de la vida: sin metas exigentes, sin miedo. El día a día. El puto día a día.

Pese a que era tres años mayor que él, su inocencia casi infantil lo hizo sentirse un anciano. Y su compasión, un pedregal estéril. Un inválido emocional.

Ella, ajena a sus tormentos, lo miró con ternura, invitándolo a acercarse.

Él analizó la maquinaria que la rodeaba y se sintió asfixiado. Se aproximó al oído de su hermana.

—Tengo que hacer unas llamadas. Te espero fuera.

Aia Oiasso se quedó a solas con la mujer. Pensó en lo frágiles que somos. En la soledad. Cecilia llevaba treinta y ocho horas ahí metida,

luchando. Rodeada de desconocidos y de incógnitas. Dos puñaladas y una táser en el bolsillo del abrigo. ¿De quién se protegía? ¿De ese chico engullido por la marea?

Elevó el rostro y vio a través de la puerta acristalada a su hermano regresando. Él le hizo un gesto urgente con la cabeza.

—He de irme. —Aia le pasó el dorso de la mano por la mejilla a la mujer—. Cuídate.

Se deshicieron de las mascarillas y las calzas y se encaminaron hacia la salida a toda prisa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella.

—Los buzos han hallado el cadáver de un chico en la desembocadura del Urumea —explicó—. Y hace apenas media hora unos padres han estado en comisaría para interponer una denuncia por la desaparición de su hijo.

Tragó saliva. Ella era feliz en el puesto de irrati y no estaba acostumbrada a las trincheras. El suelo del hospital tembló bajo sus pies.

*

El Bacarot
Primera semana de octubre de 1979

En el chalet volvieron a tratarme como si estuviera recubierta del mismo cascarón que un polluelo. Quin y Angie no escatimaron en cuidados y atención. Se volcaron en mí. En el embarazo de más de un millón de pesetas. Si yo iba a percibir aquella cantidad, ¿qué recibirían ellos? ¿Y el equipo médico?

«Entre el bebé y yo no habrá ningún tipo de vínculo genético»; era el mantra que me repetía una y otra vez.

Solo había pasado una semana y aún faltaban muchas más para que se me empezara a abultar el vientre, pero yo ya iba trabajando el desapego para que aquel trance doliera lo menos posible. La criatura era una extraña que habitaría en mí, nada más. Una bacteria, un parásito, algo ajeno. No se me informaría de si era niño o niña. Y lo prefería así.

—En unos días llegarán otras dos luciérnagas —me confesó Angie mientras me embadurnaba de crema. Quería a toda costa evitar que me salieran estrías, que el embarazo me dejara huellas en el cuerpo.

Yo estaba desnuda. A diario me pedía que me lo quitara todo; «braguitas incluidas», solía decirme al detectar mi pudor. Obedecía y ella me observaba mientras lo hacía. Después me recorría con las manos. Con el jabón, en la bañera. Y con la hidratante, sobre la cama. Lejos de acostumbrarme, cada día me incomodaba más. Quin iba y venía. Lo veía ir de aquí para allá, porque Angie siempre dejaba las puertas abiertas. A veces miraba de reojo, pero nunca entraba.

—Dos nuevas luciérnagas, cuánto me alegro —dije. Y no mentía. Días atrás habría sentido una punzada de celos o de miedo por dejar de ser la única, pero necesitaba con urgencia otras personas que rompieran esa burbuja de tres.

—Sí, querida, aunque no llegarás a conocerlas.

—¿Por qué? —pregunté, decepcionada.

—Por el contrato de confidencialidad.

Lo entendí, claro. Éramos insectos. Bichos de luz. Sin nombre ni apellidos. No interactuaría con ellas, pero, al menos, mantendrían

entretenida a Angie. Anhelaba algo de intimidad.

—¿Y cómo haremos para no coincidir por el chalet?

Me hizo tumbarme bocabajo.

—Estableceremos unos horarios. Tú no te preocupes por eso —murmuró al tiempo que me masajeaba las nalgas.

El aroma floral me revolvió el estómago. Pensé que a causa del embarazo. Pero qué va. Hoy en día ese olor sigue descomponiéndome.

Siempre lo asociaré a la perversidad. No me cabe la menor duda.

*

11:00

Todo volvía a confluir en el mismo punto. El cuerpo sin vida del chico había aparecido entre los puentes de la Zurriola y el de Santa Catalina, justo donde durante dos días consecutivos se había programado el encendido de luces navideño.

Aquello no podía ser cierto.

Un apuñalamiento, avalanchas humanas y un cadáver. El Teatro Victoria Eugenia y el Hotel María Cristina, dos de los edificios más emblemáticos del área romántica de Donostia, testigos del horror. El contraste resultaba obsceno. Celebración y muerte en el mismo escenario.

La zona estaba acordonada y habían cubierto un pequeño espacio para evitar miradas indiscretas. Los hermanos Oiasso mostraron sus credenciales para que les permitieran acceder. El chico se encontraba sobre la acera, inflado por haber estado horas en el agua

y con la cara llena de contusiones. El plumífero negro parecía marrón a causa del fango. La víspera lo habían tenido tan cerca… Tan vivo… Fue el mar quien se lo llevó, y lo habría arrastrado se hubiesen hallado presentes o no, pero los aguijonazos de culpabilidad pincharon con saña a los dos hermanos.

—Qué tres días llevamos —exclamó Eloísa a modo de saludo. Se detuvo junto a Aia, frente al cadáver.

—Las olas no nos permitieron trincarlo y ponerlo a salvo —dijo Martín con voz ronca. Se miró las manos—. Debería haberlo agarrado del plumífero bien fuerte y arrastrarlo hacia el paseo. Qué mala suerte. Fue cuestión de segundos.

—Hicisteis lo que pudisteis. —Eloísa se ajustó la bufanda alrededor del cuello—. Doy gracias por estar delante de un cuerpo y no de tres. De haberos encontrado en las rocas, ahora mismo estaríais muertos.

Se quedaron callados. La bruma húmeda y pegajosa le daba a la escena un aire lóbrego.

—¿Se conoce su identidad? —preguntó Aia.

—Sí, llevaba la documentación encima. Se llama Marco Aizpurua. Sus padres denunciaron su desaparición hace unas horas. —Los hermanos se miraron—. Id yendo a comisaría. En un rato hablaremos con ellos.

*

El Bacarot
Segunda semana de octubre de 1979

Se establecieron los dichosos horarios. Y fueron una decepción, porque yo perdí libertad y a cambio no gané ni un ápice de intimidad. Desayunaba, comía, cenaba y daba una vuelta por el terreno cuando el matrimonio me lo dictaba. El resto de la jornada lo pasaba encerrada en mi dormitorio. Bajo llave.

Ya tenía ganas de parir, y eso que el embarazo aún no había hecho más que empezar.

Me arrimaba a la puerta y pegaba el oído a la madera para escuchar a las otras luciérnagas. Sus voces sonaban alegres, cantarinas. Yo me preguntaba si Angie las bañaría e hidrataría a diario como a mí. Si se excitaría con ellas como conmigo. La que en el pasado consideré una diosa no disimulaba. Se agitaba en cuanto sus manos entraban en contacto con mi cuerpo. Una delgada línea separaba el enjabonado del toqueteo. Yo lo distinguía cuando la cruzaba, pero nunca me atreví a frenarla.

Una madrugada me despertó un intenso dolor pélvico que se extendía hacia la zona lumbar. El embrión llevaba dos semanas en mi útero y era la primera vez que sentía algo así. Me encogí sobre mí misma, buscando una postura que mitigara las molestias, pero no funcionó. El corazón me latía deprisa. Lo notaba palpitar en el estómago, en las sienes… No sabía qué me pasaba. De repente, noté humedad en las braguitas, como las llamaba Angie. Encendí la luz y pasé los dedos por el tejido. El rojo brillaba en las yemas. Me dirigí a duras penas hasta la puerta cerrada con llave. Me costaba andar a causa de los pinchazos. ¿Me estaba bajando la regla? ¿Mi cuerpo había rechazado la fecundación?

—Angie, Angie. —Me arrodillé y me agarré el vientre. Me costaba proyectar la voz—. Quin.

Al otro lado de la puerta, el silencio era absoluto. Recordé que el matrimonio me había dejado una campanilla en la mesa de noche por si necesitaba que alguno de los dos acudiera. La localicé. La poca distancia que me separaba de ella se me antojó kilométrica. Avancé a cuatro patas, me erguí como pude para cogerla y allí, recostada contra una pata de la cama, la agité durante cinco largos minutos.

Angie abrió la puerta. Tenía la melena oscura alborotada y llevaba una bata negra de estampado oriental. No sé si yo deliraba por el dolor o por la necesidad de que me atendieran, pero el caso es que la vi más hermosa que nunca.

—¡Querida! ¡Querida! —Clavó las rodillas en el suelo, junto a mí.

Dejé de agarrarme el vientre con una mano para señalar la entrepierna. Los zafiros de Angie se movieron en esa dirección.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —preguntó Quin, cruzando el umbral—. ¿Por qué está sangrando?

A causa de la campanilla, me pitaban los oídos.

—Hay que llevarla a la clínica. Llama a Sandemetrio y dile que nos espere allí.

De camino me quedé dormida en el coche. Los dolores habían cesado y mi cuerpo se desplomó hasta alcanzar la paz. Quin y Angie me sacaron del vehículo. Sandemetrio y Lefèvre aguardaban en la puerta con una silla de ruedas. Yo estaba tan atontada a causa del agotamiento que me enteré a medias. Análisis de sangre, examen pélvico, ecografía, susurros…

—Ha sido un aborto espontáneo muy temprano —explicó el ginecólogo.

—¿Y qué hacemos con ella? —quiso saber Quin.

—La expulsión ha sido completa, no será necesario el raspado. Llévenla a casa.

Intercambiaron alguna frase más que no logré oír. Solo el final de la conversación.

—No es tan sencillo. Por un lado, la paciente necesita entre uno y dos meses para recuperarse. Y por otro, la madre intencional tiene que querer someterse a otra laparoscopia. La decisión no está solo en nuestras manos.

—Pero… —murmuró Quin.

—Buscaremos una solución —zanjó Angie—. Mañana hablamos, Sandemetrio.

*

14:00

Los padres de Marco Aizpurua reconocieron el cuerpo y entraron en estado de shock. Durante la noche le dieron la importancia justa a que su hijo no volviera a casa, porque salía todos los sábados con sus amigos y llegaba bien entrada la madrugada. Tenía dieciocho años y estudiaba mecánica en Don Bosco. Era un chico normal. Con los hermetismos típicos de la edad.

Los hermanos Oiasso condujeron al matrimonio a una oficina pequeña y cálida. El despacho compartido del equipo de investigación carecía de la intimidad que requería aquel encuentro tan delicado.

—Y por eso no denunciamos su desaparición hasta… esta mañana —explicó el padre, deteniéndose en cada palabra, con la mirada

perdida—. Creíamos… que tarde o temprano… regresaría.

Una mesa, cuatro sillas y luz tenue.

—No puedo creer que sea verdad —murmuró la madre con la voz tomada. Tenía los ojos cerrados y la cabeza gacha—. Que el mar nos lo haya quitado para siempre.

Aia se llevó la mano al vientre. ¿Habría un dolor mayor que el que estaba sintiendo aquella pareja? Un repentino malestar le recorrió todo el cuerpo.

—¿Con quién estaba en… el paseo Nuevo? —vaciló el padre—. Nos extraña que ninguno de sus… amigos nos avisara. ¿O es que estaba… solo?

—De eso queríamos hablar con vosotros —dijo el oficial Oiasso—. El trágico suceso tuvo lugar ayer por la tarde, hacia las siete. Creemos que vuestro hijo robó el bolso a una señora justo antes de que comenzaran los actos previstos por el encendido de las luces de Navidad y huyó con él.

—¿Mi hijo? —La mujer elevó el rostro—. Eso no puede ser.

—Al parecer, corrió hacia las rocas para ocultarse. Cuando se vio descubierto —Martín tomó aire—, lanzó el bolso al mar y tuvo la mala suerte de que una serie de…

—¡No! Él no ha sido —lo interrumpió ella—. Tiene que ser un error. —Le agarró el brazo a su marido y le dio un tirón—. Diles que no es verdad.

Pero el hombre no reaccionó. Seguía con la mirada perdida y más aturdido, si cabía.

—Lamentamos lo que ha sucedido —intervino Aia. Durante el rato que llevaban en el despacho era la tercera vez que les daba el

pésame—. Es mucha información la que estáis recibiendo y entendemos que tiene que ser muy difícil gestionar algo así.

—Está muerto. Mi hijo está muerto. ¿A qué viene esto de si es un ladrón o no? ¡Joder! ¿Es que no tenéis corazón? ¡Está muerto!

Martín carraspeó.

—Supongo que estaréis al tanto de lo que sucedió anteayer en el encendido de luces. —Se quedó callado para darles tiempo.

—El… apuñalamiento —susurró el padre.

—Veréis, no encontramos el bolso de la víctima y unos testigos afirman que vieron a un chico con un plumífero negro de capucha huir del lugar.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó la madre, enfadada.

—Nada. Absolutamente nada. Y disculpadme si mis palabras os están ofendiendo. No es mi intención, ni mucho menos. Solo seguimos el protocolo de la investigación.

—El viernes mi hijo pasó la tarde con nosotros. —El padre de pronto habló con lucidez—. Estuvimos en Garbera comprando los regalos de Navidad.

—Sí —corroboró la madre—. Él y sus dos hermanas. Fuimos los cinco.

El oficial Oiasso calibró muy bien las palabras antes de hacer la pregunta. Necesitaban confirmar la información que los padres acababan de dar, pero no quería seguir hurgando en la herida.

—Fuimos antes de las seis —explicó el padre, evitando así que Martín se adelantara.

—Sí —continuó ella—. En cuanto salí de trabajar, pasé a buscarlos a casa y fuimos en mi coche. Cenamos todos en el centro comercial y no llegamos hasta las nueve de la noche.

Martín y Aia decidieron parar ahí. Averiguarían si lo que decía el matrimonio era cierto. Volvieron a expresar sus condolencias y los acompañaron hasta la puerta, no sin antes pedirles los contactos de los amigos de su hijo.

La madre, antes de irse y con las mejillas anegadas, les preguntó si habían visto a su hijo golpearse contra las piedras. Si lo habían visto sufrir.

*

El Bacarot
Tercera semana de octubre de 1979

Nadie me bañaba ni me hidrataba. Tras el aborto era una muñeca defectuosa. Para ellos solo era un útero. Sin cabeza ni extremidades. Una decepción.

Quin me traía la comida a la habitación. Me obligaba a estar allí encerrada. «Tienes que descansar», insistía. Pero yo sabía que la pareja me mantenía en esas condiciones por puro desinterés. Ya no les servía, o, al menos, hasta que mi aparato reproductor se regenerara.

Los embarazos de las otras dos luciérnagas seguían adelante. Y era en ellas en las que invertían la energía. La música y las carcajadas sonaban al otro lado de mi prisión. Echaba de menos la complicidad que tenía con Angie. Cuando la añoraba, me culpaba por ello. Sus caricias hacía tiempo que me incomodaban, ¿y entonces? ¿Qué me pasaba? ¿Qué diablos pretendía?

Yo no era consciente de la tela de araña en la que había caído. Las hormonas y el secuestro me habían agotado tanto psicológica y emocionalmente que mi cabeza no daba para más. No discernía entre el bien y el mal ni comprendía cuán maquiavélico era el trato que recibía ni lo que me pedían.

Siete días después del aborto, Angie entró en la habitación con el desayuno. Lo dejó sobre la cama. Yo me levanté de un salto y la abracé. No lo pensé. Simplemente lo hice.

Noté cómo se le tensaban los músculos.

—¿Qué haces? —preguntó, incómoda. Se zafó de mí como el que se deshace de una apestada.

Aquello me cayó como un jarro de agua fría.

—Me siento muy sola. —Bajé el rostro—. Me gustaría que pasáramos más tiempo juntas, como antes.

Mendigaba un poco de amor. Buscaba en ella un simple gesto que me demostrara que entre nosotras había un vínculo real y bonito. Que no me estaban explotando.

—No me agobies, Carmen —dijo, molesta—. Tengo mucha tarea con las otras chicas.

—Necesito salir de aquí. Tomar el aire.

Angie puso los brazos en jarras.

—¿No oíste a Sandemetrio decir que debías descansar? Pues eso es lo que estás haciendo. Aguanta aquí y no seas niña.

—Tengo muchas dudas y Quin apenas me habla. ¿Cuándo estaré preparada para recibir un nuevo embrión? ¿Será de los mismos padres?

—Ay, cuánta pregunta. Yo no soy médico. Ya nos irán informando desde la clínica. Tú no tengas tanta prisa. —Resopló—. Y, sobre los

padres, no lo sé. Si no es de unos, ya será de otros. ¿A ti qué más te da?

—Estoy muy cansada —reconocí, echándome a llorar—. Y triste.

—Anda, vete a la cama y duerme un poco —soltó, agobiada—. Ya verás cómo se te pasa.

Ya no veía nada en mí. Ni siquiera me veía.

—No dejo de darle vueltas a que igual no valgo para esto. Quizá lo mejor sea que me marche.

A Angie se le contrajo el rostro de tal manera que se me cortó la llantina de cuajo.

—¡¿Estás loca o qué te pasa?!

—Os devolveré todo lo que os debo —dije para tranquilizarla.

—¡Ni en cien años podrías saldar tu deuda! ¿Eres consciente del gasto que nos has generado? ¡Las clínicas privadas cuestan un dineral! ¡No me jodas, Carmen! ¡No me jodas! —El tintineo frenético de una campanilla interrumpió sus gritos. Miró hacia la puerta—. Ya hablaremos en otro momento. —Antes de cerrar de un portazo, dijo —: Solo un nuevo embarazo podrá cubrir tu deuda. Ya no es posible abandonar el barco. Que se te meta en esa cabecita.

Yo me cubrí la cara con las manos, pero el repentino trajín en el chalet no me permitió lamerme las heridas. Algo gordo pasaba ahí fuera. Me arrimé a la puerta y oí a una de las luciérnagas gimotear. Angie le ordenó a Quin que pusiera el motor en marcha. Que había que ir a la clínica.

Un portazo y, después, silencio.

Tardaron horas en regresar, cuando ya estaba anocheciendo. Oí a la luciérnaga. No dejaba de disculparse.

—Vete a tu dormitorio y descansa —ordenó Angie—. Ya has oído a Sandemetrio.

Reconocí su frialdad. Su tono desprovisto de empatía y de cariño era el que, desde hacía una semana, utilizaba para dirigirse a mí.

No cabía duda: esa luciérnaga también había perdido su luz.

*

18:00

Los hermanos se habían quedado tocados tras hablar con los padres de Marco. Aquel crío había muerto de la manera más tonta y todo por un puto bolso. Sin el operativo policial, el robo habría pasado inadvertido, o al menos los agentes no habrían arrinconado al chaval, forzándolo a arriesgarse a huir entre las rocas. De no haber sido por el apuñalamiento del viernes, el chico habría huido, el encendido navideño habría continuado al segundo intento y seguramente alguien habría denunciado el robo, pero no se habría perdido ninguna vida. Las preguntas ahora eran si el chico fallecido era responsable también del primer robo y si fue él quien acuchilló a Cecilia.

Los Verano habían conseguido grabaciones del viernes y, aunque no se lo veía con una nitidez perfecta, parecía el mismo individuo.

Eran las seis de la tarde. Aia miró a su hermano. Estaba de pie junto a la pizarra. El resto del grupo y la subcomisaria Garo también lo observaban. Qué cansado parecía. Qué ojeroso estaba. No llevaba la vida del jefe de la UCI, pero cualquiera lo diría. Pensó que, si no

fuera por las horas que metía en el gimnasio de su casa, su cuerpo se mostraría igual de lánguido que el del médico.

—Cecilia Martínez de Gomar, nacida en Zaragoza y empadronada en Santander —leyó Julio mientras él lo anotaba en la pizarra—. La búsqueda de los familiares de Cecilia sigue sin dar resultados. Que el fin de semana se haya metido de por medio no ayuda en absoluto.

—Si mañana seguimos en las mismas —dijo Eloísa, mirando al oficial Oiasso—, te desplazas hasta Santander para hablar con sus vecinos.

—¿Creéis que los padres de Marco Aizpurua han dado coartada a su hijo para limpiar su nombre? —quiso saber la agente Maitane Agosto.

—Podría ser —opinó Aia—. Ya habéis visto que el chico parece el mismo de las grabaciones.

—Tal vez saben más de lo que cuentan. O incluso tienen que ver con el ataque.

—Yo no descarto nada —reconoció Martín—. ¿Qué habéis averiguado sobre la táser?

—Hemos estado en Baiona y, gracias a un colega gendarme, el dueño de la armería nos ha atendido hoy domingo pese a que tenía el establecimiento cerrado —explicó ella—. El hombre nos ha dicho que es un modelo antiguo. Se fabricaba hace tres décadas y se vendía única y exclusivamente en Andorra. Es una pistola eléctrica de esas que se utilizan a corta distancia. Las típicas que tienen los electrodos en la boca del cañón y dan las descargas de manera directa.

—Vamos, una táser más vieja que la pana —repuso Julio. El ertzaina no era muy alto, estaba calvo y era ancho como un toro.

Ejercicios de fuerza durante más de una década y obsesión por los gimnasios y la alimentación.

—Puede que la víctima la comprara de segunda mano —apuntó Eloísa Garo—. O que la adquiriera en Andorra en los noventa y la tenga desde entonces.

—Es mucho tiempo —repuso Aia—. ¿Treinta años con un arma? ¿Por qué seguiría llevándola encima?

—Si conseguimos saber más sobre su pasado, es muy probable que averigüemos quién es su agresor o, al menos, el inductor del apuñalamiento.

—Si tiramos por la sospecha de los treinta años, encajaría que fuera un encargo. —Julio se crujió los nudillos—. El crío que se ahogó ayer solo tenía dieciocho. Y el que huyó el viernes, si es que no es el mismo, es de edad similar.

*

El Bacarot
Cuarta semana de octubre de 1979

Dejé de oír a esa luciérnaga por el chalet. Había corrido la misma suerte que yo e intuí que estaría encerrada en su dormitorio. La pobre permanecería allí hasta nueva orden.

La tercera, sin embargo, seguía gozando de todos los privilegios. Era la única que disfrutaba de la mejor versión de Quin y de Angie.

Yo no podía quejarme porque, desde el segundo aborto del chalet, me dejaban salir por las noches. Cenaba sola en el comedor y luego paseaba por el jardín para tomar un poco de aire fresco.

Angie observaba mis movimientos. Creo que comprobaba si podía fiarse de mí. Yo sabía que me vigilaba, porque oía cómo chasqueaba las uñas de los dedos pulgar y meñique mientras fumaba.

Había conocido a la Angie cariñosa, a la insensible y, ahora, a la controladora. Su nueva actitud me daba miedo porque no sabía por dónde podía salir.

Mi instinto hizo bien en desconfiar, pero no me sirvió de nada.

—Al dormitorio —ordenó cuando lo creyó conveniente.

Apenas me hablaba. Quin tampoco. Estaban enfadados porque mi útero había fracasado, o porque sabían que me quería largar de allí.

—Hasta mañana —me despedí sin atreverme a mirarla.

Retiré las mantas y me metí debajo. Tenía frío. Tiritaba. Octubre ya estaba a punto de acabar y a esas horas las temperaturas bajaban hasta los doce grados. Me subí la sábana a la altura de la barbilla y cerré los ojos. Tenía sueño, y eso que apenas gastaba energía. Yo no lo sabía, pero dormitaba durante buena parte del día porque estaba atravesando una depresión. Estaba confusa, asustada y muy alejada del camino que me había propuesto tomar. Me sentía muy vulnerable, a merced de Quin y de Angie, y no podía hablarlo con nadie. ¿Qué quedaba de mí y de mis sueños? ¿Qué podía hacer para recuperar mi vida?

Unas voces me despertaron de golpe. La pareja discutía en el pasillo, cerca de mi dormitorio. No sé qué le estaba pidiendo Angie a Quin, pero él se negaba.

—De ninguna manera. ¿Por qué quieres eso? No lo entiendo.

—Vamos, Quin, conoces el motivo. No te hagas el tonto.

—Pues buscamos a otro.

—¿A quién? ¿Eh? ¿Dime?

Me levanté y pegué la oreja a la puerta para seguir la conversación.

—Dame unos días, Angie.

—No podemos esperar más. Ya han pasado dos semanas. Lo he hablado con Sandemetrio y tiene que ser lo antes posible.

—¿Os reunís a mis espaldas o qué?

—¡No! ¡Jamás! Lo he llamado esta tarde. Si queremos que parezca real, no podemos demorarlo.

—¡Estás loca!

—¿Loca? El loco eres tú. ¿Acaso quieres que nos arruinemos? Esas parejas han adelantado un dineral. Todavía no saben que la cosa no ha salido como esperábamos. O actuamos o lo perdemos.

—No me lo puedes pedir a mí.

—¿Por qué no, cariño? Esas golfas te conocen. Será mucho más sencillo contigo.

Yo me estremecí. ¿Hablaba de nosotras?

—No entiendes nada, Angie. Nada en absoluto.

—¿A qué te refieres?

—Somos tú y yo. Nadie más. Sabes que no he estado con otra mujer en toda mi vida. No quiero que nada cambie entre nosotros.

—Ay, amor, ven aquí. ¡Eres un romántico!

—Somos un solo cuerpo. ¿Recuerdas?

—Y siempre será así. Esto es un mero trámite para no echar a perder el negocio. Es un sacrificio por tu parte, y lo reconozco, pero te prometo que te compensaré con creces.

El sonido de las voces fue sustituido por besos y gemidos.

—Te deseo. Te deseo muchísimo, Angie. —Quin jadeaba.

—Y yo a ti, cariño. Y te lo demostraré en un rato. Pero antes pasa por su dormitorio. Ya estás preparado. Hum, vaya que si lo estás. Apenas tardarás unos minutos.

—No, por favor.

—No es negociable. Ven, anda, que te acompaño.

Yo me retiré de la puerta. Miré cada rincón del dormitorio. Tenía que esconderme en algún sitio, pero no sabía dónde.

—Querida —dijo, abriendo—, tenemos una sorpresa para ti.

La pareja se coló y cerró. La mirada de Angie, tan azul y directa, intimidaba. Hasta hacía muy poco había confiado en los ojos claros. Los entornó, dándoles un aire siniestro.

Quin estaba detrás, con la cabeza hundida entre los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis de mí? —Me alejé de ellos lo más que pude, hasta que me topé con la pared.

—Ya no tendrás que pasar por la clínica. Él se encargará de todo. —Mientras me hablaba, condujo la mano hasta Quin y le acarició la entrepierna—. Vamos, desnúdate, querida. Braguitas incluidas.

—No, no. ¡No!

—No nos lo pongas más difícil. Será rápido.

—No-no-no-no-no. No quiero. —Me arrinconé contra la mesilla y la cama.

—¡Nos debes un puto bebé! —Angie se acercó hasta mí. Me señaló con el dedo—. ¡Lo pares y te largas! Esos padres han pagado mucho dinero. ¿Te ha quedado claro?

—No tiene sentido —susurré. Estaba atemorizada—. Tarde o temprano se darán cuenta de que… de que el niño no es de ellos.

—Tú no te preocupes de eso. ¡Desnúdate!

—No podéis obligarme. ¡Estáis enfermos!

Me agarró de la ropa para arrancármela y yo le lancé manotazos para quitármela de encima. En el forcejeo, Angie me arañó la cara. Supe que haría todo lo necesario para salirse con la suya, que su violencia no conocía límites.

Quin intervino. Entre los dos les fue más fácil inmovilizarme y tumbarme sobre el colchón. Él se puso sobre mí. Me tapó la boca con una mano para que no gritara e intentó embestirme con torpeza. Cuando consiguió penetrarme, lo hizo con tanta fuerza que yo sentí como si me atravesara con un puñal.

Mientras me violaba, Angie estaba a unos pasos de la cama. La muy cabrona no apartó la mirada ni un solo momento. Distinguí un brillo lascivo en sus ojos y una sonrisa torcida atravesándole el rostro. Hacía tiempo que sabía que disfrutaba acariciando mi cuerpo desnudo. Al parecer, también viéndome sufrir.

Quin, el príncipe que me rescató de las calles de Alicante, se corrió rápido. La pareja no demoró más la estancia en mi dormitorio y me dejó allí tirada como un despojo.

No tardé en oírlos gemir como bestias. La serenata iba acompañada por los chirridos del somier y el ruido del cabecero de la cama chocando con la pared.

*

20:00

Aia vivía en uno de los pisos de protección oficial del paseo Federico García Lorca y, de camino al portal, vio que habían encendido por fin las luces y abierto el mercado de Navidad, instalado en el paseo de

Francia. Se acercó y recorrió los puestos. Necesitaba un respiro, alejarse del comecome y de la búsqueda de pistas para la investigación. El olor a aceites esenciales, a churros y al anís de las rosquillas azucaradas alcanzó sus fosas nasales, pero no movió ni un ápice de su espíritu adormilado.

El apuñalamiento, los robos y la muerte del chico habían empañado la inauguración de las fiestas: las calles estaban iluminadas y llenas de color, pero el ambiente era discreto y silencioso, sin música ni parafernalia. Aia se sorprendió a sí misma pensando que, pese al bullicio y a la alegría de los demás, apenas sentía ganas de celebrar. Las caras sonrientes, los niños alborotados y las primeras bolsas con regalos no lograban distraerla del peso de los crueles acontecimientos del fin de semana.

Entró en casa y se asomó al balcón que daba al río. El cauce era ancho y la marea estaba alta. La luz ambarina de las farolas se proyectaba como una lengua de fuego alargada. Al otro lado, las fachadas de piedra de arenisca, preciosas y señoriales, y la aguja de la catedral del Buen Pastor surgiendo entre los tejados de pizarra. A mano derecha, el puente de María Cristina. Contempló la iluminación navideña que se concentraba en esa zona con la esperanza de que los trineos arrancaran en su estómago y recorrieran todo su organismo, pero no sucedió. Consultó la pantalla del teléfono y se acodó en la barandilla. Wasaps de su padre, de su madre, de Tessa y de Adrián. Desde el encontronazo en el pub, no había vuelto a saber de él.

Al final qué vas a hacer?

Leyó el mensaje del ertzaina varias veces antes de contestar.

Tenía ganas de acudir a la consulta, de observar la reacción de su cuerpo al ver todas las opciones sobre la mesa. Ser testigo de cómo se habían hecho añicos los padres de Marco Aizpurua ante semejante pérdida había desencadenado un miedo atroz que había engrosado la lista de los contras. Se consideraba una mujer alegre y positiva, pero el pánico a que le ocurriera algo así a su criatura le había calado hondo.

Adrián estaba en línea y el doble tic azul le indicó que había leído el mensaje. Aia esperó durante un rato una respuesta que no llegó.

Echó un vistazo al resto de wasaps. Su padre se había enterado del suceso de las olas en el paseo Nuevo y se preocupaba por ella, y también le preguntaba cómo llevaba lo de trabajar con su hermano. Su madre quería saber a qué hora tenía la matrona para acompañarla y Tessa le preguntaba qué tal iba todo. Aia no tenía gran cosa que decir ni ganas de inventar excusas o mantener conversaciones vacuas, pero eran las personas que más la querían y se merecían una respuesta. Envió tres escuetos audios para responder a sus preguntas, procurando sonar lo más convincente posible.

Después, cenó un par de sándwiches y se recostó en el sofá para que sus amigos del Central Perk le hicieran olvidar lo que las luces navideñas no habían conseguido.

Vio cinco capítulos seguidos y se metió en la cama a las doce. De haber sabido la madrugada que le esperaba, lo habría hecho mucho antes.

*

El Bacarot
Sábado, 3 de noviembre de 1979

Por las mañanas me traían el desayuno, al mediodía la comida y, por las noches, tras una nueva violación, la cena. Y así durante seis eternos días. Pensaba mucho en Sandemetrio y en Lefèvre, en si estarían al tanto de lo depravada que era la pareja. Yo quería creer que no, pero todo indicaba que eran cómplices. Dos miserables cómplices. Ninguno estaba dispuesto a perder ni una peseta. Faltaría más.

Mi situación era crítica. Quin me violaría hasta dejarme embarazada y después, tras el nacimiento de mi hijo, lo entregarían. ¿Qué harían conmigo entonces? ¿Me eliminarían o me mantendrían como esclava procreativa? Lo único que tenía claro era que nunca me dejarían libre.

Si no quería pudrirme en aquella habitación, tendría que ingeniármelas yo solita para escapar. Porque, por mucho que me doliera, nadie iba a venir a rescatarme.

Media hora a pie hasta la carretera; esa parte me la conocía. La cuestión era salir del chalet. La ventana de mi dormitorio estaba protegida por una reja de rombos: imposible. Tenía que ser por la puerta.

El séptimo día, a media mañana, oí a la pareja hablar en el jardín. Después, el motor del Chrysler se alejó de la parcela. Me mantuve muy quieta para averiguar si alguno de los dos seguía en la casa. Como no oí nada, decidí arriesgarme.

Me vestí a toda prisa con un vaquero acampanado y un jersey fino de cuello semicisne. Me até el cabello en una coleta alta. Cogí carrerilla y me lancé de costado contra la puerta. El golpe me ardió en el hombro y la madera no cedió ni un ápice. Recorrí la estancia con la mirada. De un manotazo tiré todo lo que había sobre la mesilla. La agarré y corrí con ella hacia la puerta. La base rebotó y me impactó sobre el pecho, pero conseguí que una de las patas se incrustara. Si semejante ruido no había atraído a nadie, significaba que la casa estaba vacía. No sabía por cuánto tiempo. Repetí la operación una y otra vez. Me dolía todo el cuerpo, pero no más que cuando Quin me violaba.

Yo gritaba con cada embestida. Me imaginaba que arremetía contra la pareja. Quería derribarlos, hacerlos picadillo.

El agujero que conseguí abrir en la puerta me miró. Era como un ojo de cíclope. Apoyé la mesilla en el suelo y me subí. Intenté entrar por la abertura, pero los hombros aún no me cabían. Seguí hincando las patas en la superficie, astillando la madera, hasta que el boquete se ensanchó.

Cogí una chaqueta, un par de mudas y mi cartera. Tenía cuatro monedas y poco más. El carnet de identidad se lo habían quedado mis captores. Metí todo en la bolsa de viaje que eché por el orificio y detrás fui yo. Me lancé de cabeza. Las aristas me arañaron. Caí a plomo contra el suelo con la sensación de que acababa de ser testigo de mi propio nacimiento.

Bajé por las escaleras como un gamo y vi de soslayo que el despacho estaba abierto. El corazón escalaba por mi cuerpo; el muy traidor quería huir de mí antes de que me descubrieran. Entré y abrí cajones y armarios. Revolví el interior. Había mucha documentación.

Entre el papeleo di con varios carnets. Eran de otras chicas. No me detuve en ellos. Para salvarlas, primero tendría que salvarme yo. Encontré el mío y lo guardé en la bolsa a toda prisa.

La única vez que había entrado en ese despacho, el escritorio estaba lleno de fajos de billetes. ¿Dónde los esconderían? No había caja fuerte ni ningún recipiente de buen tamaño en el que meter tal cantidad de dinero. Podía regresar a la primera planta e intentar entrar en el dormitorio de la pareja, pero era arriesgado.

Dubitativa, arrastré los pies hasta la puerta. La moqueta me acarició la suela de las deportivas. El recuerdo fue un fogonazo: yo tropezando en esa alfombra. Retiré los sillones hacia un lado. Lo intenté con el escritorio, pero el peso del mueble y el tapiz del suelo impedían que pudiera arrastrarlo. Me apoyé en uno de los cantos para elevar alguna de las patas. El muy condenado era macizo, inamovible. Me concentré en las agresiones, en Quin y en Angie, en la rabia que pululaba por mis venas y se ensanchaba a punto de reventarlas. Empujé.

Con otro nuevo alarido conseguí volcarlo de medio lado y eso me permitió apartar la alfombra. Las esquinas de una tabla del parqué estaban desgastadas. Me arrodillé y hurgué en ella. Tenía mucha holgura y no me costó alzarla. Abrí tanto los ojos al ver lo que había ahí debajo que las pestañas me rozaron los párpados superiores.

Los billetes. Eran los billetes.

Levanté las tablas de alrededor. El suelo estaba minado de fajos. Guardé todos en la bolsa. Catorce en total. Avancé hasta la puerta de la entrada y salí del chalet con la sensación de que no lo lograría. De que en cualquier momento la pareja me interceptaría y mi miserable vida empeoraría aún más.

Corrí por el jardín mientras los rayos del sol me señalaban. Tenía que alejarme del terreno y también del camino que las rodadas del Chrysler mantenían allanado. Pensé en lo ingenua que era, en las pocas posibilidades que tenía. Si no me descubrían ahí, lo harían en la carretera. Apreté los dientes y galopé sin dejar de mirar en todas las direcciones.

Llegué empapada en sudor al asfalto. Me oculté en un árbol solitario enraizado en la cuneta. Apoyé las manos sobre las rodillas y jadeé. Estaba agotada y tenía la boca tan seca que me costó despegar la lengua del paladar. No llevaba agua ni comida en la bolsa, aunque sí cientos de miles de pesetas que pesaban como un ancla.

Oí un motor a lo lejos. Al asomarme vi que era un camión. Salí de mi escondite y elevé el dedo pulgar. Un hombre me miró a través de la ventanilla de la cabina y pasó de largo. Lo maldije en voz alta de regreso a mi guarida. Oí un nuevo vehículo y me puse en guardia. Lo observé; era rojo. Me pegué al tronco. ¿Y si eran ellos? ¿Y si me habían descubierto? Improvisé a toda prisa un plan de huida. Si paraban a mi lado, correría campo a través, nunca en paralelo a la carretera, para que no pudieran seguirme con el coche.

«Por favor, que no tenga el techo negro. Que no sean ellos».

No me atreví a moverme ni un milímetro para no ponerme en riesgo. Lo hice mientras el vehículo se alejaba de mí. Lo contemplé. No tenía el techo negro y ni siquiera era un Chrysler. Respiré aliviada, aunque algo decepcionada. Había perdido una oportunidad de escapar. El sonido de una moto me devolvió la esperanza. Me lancé a la carretera y esta vez moví los brazos para que no me

ignorara. Un hombre a lomos de una Derbi se detuvo a mi lado. Era alto y delgado y tendría unos diez años más que yo.

—Chica, ¿qué haces en medio de la nada?

—¿Podrías llevarme? —pregunté, nerviosa.

—¿Adónde?

—¿Adónde vas?

—A Alicante.

—¿Podrías llevarme? —insistí sin dejar de vigilar el horizonte.

—¿Estás bien, chica? —preguntó, mirándome de arriba abajo—. Tienes mala cara.

—Es cansancio. Llevo un buen rato andando. —Forcé una sonrisa —. Muy valiente me creía cuando me dispuse a ir a pie hasta Alicante.

Él me estudió durante un rato.

—Venga, sube —dijo por fin.

Me coloqué tras él en el sillón corrido. En los últimos días había desarrollado una fobia que acababa de descubrir: la del contacto físico con otra persona. Sentí asco al notar mi zona pélvica contra su coxis. Casi temblé y a punto estuve de bajarme de la moto. Él aceleró antes de avanzar, me tomó de las manos y me obligó a rodearlo de la cintura.

—Así estarás más segura —me guiñó un ojo, seductor.

Quise partirle el cuello con un movimiento rápido. Pero, lejos de hacerlo, hinqué la cabeza en su hombro y me pegué a su espalda.

Postura de invisibilidad.

Tomaba precauciones, por si nos cruzábamos con Quin y Angie.

*

20:30

—Cabronazo, ¿te parece bonito plantarme durante todo el fin de semana?

Ella lo esperaba en la cocina con los brazos en jarras. Llevaba un escotado camisón largo de raso y una bata a juego. La melena sedosa y cobriza se bamboleaba sobre su cintura. Los labios gruesos, las cejas arqueadas, los ojos oscuros, misteriosos. Era jodidamente hermosa y ella lo sabía.

—Hoy no, Nuria, por favor. —Apretó la mandíbula y se detuvo en seco.

—Ayer te presentaste como un puto fantoche con aquel chándal horrible y lo dejé pasar. —Se acercó y lo agarró de la pechera—. De qué vas, ¿eh?

—Déjame —pidió él, sin ganas.

—Gilipollas… —Su aliento olía a agua de manantial. Era bella y aterradora como una lamia—. Dilo.

Martín negó en silencio. Había sido un día duro y se sentía un mal ertzaina, un mal hermano. Tenía el cupo cubierto, como para cargar con más mierdas.

—¡Que lo digas! —gritó ella. Lo empujó hasta la pared y lo acorraló. Le lamió los labios con la lengua sin quitarle los ojos de encima. Le desabrochó el pantalón y le acarició el miembro—. ¿A qué esperas? ¡¿Eh?!

La excitación respondió en segundos. A menudo estaba agotado y hastiado, pero el poder que ejercía sobre él dominaba toda su voluntad.

—Soy un gilipollas —susurró con un leve jadeo.

—¡Más alto! —exigió ella, moviendo la mano de arriba abajo.

—¡Soy un puto gilipollas!

Nuria lo besó con tal intensidad que le clavó los dientes en los labios. Le recorrió la boca con la lengua como una serpiente dispuesta a matar.

Martín temió irse en segundos. Ella lo conocía mejor que nadie. Sus recovecos y secretos. No podía correrse tan rápido.

Se anticipó antes de que sucediera: sacó todo el arsenal de su cuerpo y lo agarró de los hombros para voltearlo.

Martín rozó el papel pintado en tonos pastel con la nariz mientras Nuria le engrilletaba las muñecas detrás de la espalda. Todavía le dolían de la última vez que se lo había hecho. Le bajó los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos. Y después lo hizo arrodillarse con la cazadora, la camisa y los zapatos aún puestos.

Aquel *look* pijo a medio quitar y las esposas lo inmovilizaban, lo humillaban, lo volvían loco.

De un empujón, lo tiró al suelo. Él arqueó la espalda de la molestia al impactar contra los grilletes y sus propios brazos. Los hombros, las manos… Todo protestó excepto sus ganas, que crecieron hasta doler.

Ella se desató el cinturón de la bata y esta se deslizó suave como los pétalos de un gran magnolio. Se sentó a horcajadas sobre él y le abrió la camisa; algunos botones saltaron por los aires.

Martín rogó que no lo postergara más. Que se hundiera en su cuerpo, que se agitara sobre él. Pero no emitió ni palabra. A ella le gustaba desobedecer sus deseos. Castigarlo. Era su única manera de disfrutar.

Le agarró el miembro y lo guio hasta su pubis. Se acomodó despacio y, después, apoyó las manos en el pecho de Martín para ejercer más presión sobre los grilletes, los brazos y las muñecas, moviéndose lentamente a su gusto.

El oficial Oiasso llevaba tiempo queriendo dejar todo aquello, dejarla, pero no sabía cómo. Sin Nuria, no valía nada. Sus exigencias lo hacían avanzar. Era quien era gracias a ella.

Mientras un dolor insoportable y un crujido amenazaron con partirlo por la mitad, el inmenso placer que tan bien conocía se abrió paso y lo recorrió de los pies a la cabeza, elevándolo hasta lo más alto.

¿Cómo renunciar a eso? Solo ella sabía qué teclas tocar. Jamás llegaría a romperlo del todo.

*

Alicante
Sábado, 3 de noviembre de 1979

Llegué a Alicante sana y salva. Me costó deshacerme del motorista, que se empeñaba en saber de mí: «¿Cómo te llamas, chica?», «¿Dónde vives, bonita?», «A ver si volvemos a coincidir, guapa». No respondí a sus preguntas. Le dije que tenía prisa y que agradecía que me hubiese llevado hasta allí. Él se señaló la mejilla con el dedo índice, invitándome a que le diera un beso. No se lo di, por supuesto, y eché a correr.

—¡Niñata! ¡Desagradecida!

Ese último adjetivo ya era una constante en mi vida. Y lo oía cada vez que no hacía lo que los demás querían que hiciera.

Me detuve en la primera cabina que encontré. Me encerré dentro. Hallé un silencio y un aislamiento que mi alma agradeció. Lo había conseguido. Yo solita. Estaba allí. Era libre. Ni santa ni ingrata. Yo me llamé valiente. Sentía mi poder. Tan mío. No había rastro de vulnerabilidad. Saqué de la cartera una moneda que introduje en la ranura. Marqué el 091.

—Policía al habla.

Y yo me derrumbé como nunca en mi vida. Entre lágrimas, di la dirección del chalet y denuncié los delitos que allí se estaban cometiendo. No me identifiqué. No expliqué que era una de las víctimas. Tenía miedo. Me daba vergüenza. Yo solo quería que ayudaran al resto de las luciérnagas antes de alejarme de Angie y de Quin. Y de mis padres.

—Ahora mismo mandamos un coche patrulla al lugar que nos ha indicado. No se preocupe.

—Gracias, gracias —dije entre hipidos.

—¿Dónde se encuentra usted? Deje que vayamos a recogerla.

Llevé la mano al pulsador para colgar. Tenía restos de esmalte fucsia en las uñas. Hacía semanas que Angie no me las pintaba. De pronto, la eché de menos y una profunda melancolía arrasó cada partícula de mis entrañas.

—Señorita, ¿sigue ahí?

Hundí la punta de los dedos y la voz del policía fue sustituida por un pitido.

Me apoyé contra el teléfono y aguardé hasta recomponerme. Después, llamé a mis padres y a Estrella. Fingí que todo iba bien.

Les aseguré que estaba a punto de conseguir mis sueños y que no sabrían de mí durante un tiempo. Les pedí que no me buscaran. Que no se preocuparan.

Al colgar, la llantina volvió a reventar en mi pecho, anegando cada rincón de mi ser. Me sequé las lágrimas con los puños del jersey y salí de la cabina. Debía seguir con el plan. Poner tierra de por medio. Me aterrorizaba permanecer a pocos kilómetros de Angie y de Quin. Que su poder me alcanzara. Tenía dinero de sobra para viajar adonde y como quisiera. Podía irme a Madrid, pero, si la pareja huía o quedaba libre, sería la primera ciudad donde me buscarían. Me convenía desaparecer y no dejar ningún rastro. Eso implicaba evitar autobuses, trenes y aviones.

Tuve una idea: muchos guiris europeos venían a España de vacaciones y regresaban a su lugar de origen en coche.

Anonimato absoluto.

Tras horas de búsqueda, di con unos en una gasolinera. Viajaban en furgoneta. Era una pareja belga que tenía más o menos mi edad. Chica y chico. En el pasado, la presencia femenina me tranquilizaba. Pero ya no. Les ofrecí hacerme cargo de los gastos del viaje, con la condición de que pasasen por la frontera vasca en vez de la catalana. El idioma se interponía entre nosotros y no me quedaba muy claro si no me comprendían o no les interesaba. Subí la oferta. Me comprometí a pagar la gasolina hasta Bélgica, aunque les aseguré que yo me bajaría antes de cruzar a Francia.

Lo debatieron delante de mí. Yo no entendí ni una palabra.

Antes de que tomaran una decisión, les dije que también me haría cargo de la comida. Alargué la mano con un billete para que se lo

gastaran en la gasolinera. Tenía los brazos agotados y me dolía el hombro del golpe.

—*Okay, yes.*

El intenso júbilo que sentí estuvo a punto de dejarme fuera de combate. Habían dicho que sí. No podía creerlo.

Después de llenar el depósito y dos bolsas con comida, nos montamos en la furgoneta cámper Peugeot J7. Era azul, como el cielo y el mar de la Costa Blanca, como los ojos de Angie y de Quin.

Me acomodé en la parte trasera sin tener ni idea de qué me tenía reservado el destino. Desde que salí de Villajoyosa, la vida no había dejado de mostrarme la peor cara del ser humano. Me habían engañado, acusado de ladrona, robado, echado a la calle, secuestrado, violado… Y, pese a todo, optaba por confiar en unos desconocidos. No tenía alternativa.

La furgoneta se puso en marcha y, en mitad de aquel caos, de aquel drama, sentí una chispa de felicidad mientras miraba a través de la ventanilla y le decía adiós al horror.

*

Donostia-San Sebastián
Lunes, 4 de diciembre de 2023
02:30

María no se había tomado bien que Brianna se acobardara en el último momento y abortara el plan de entrar en el local forzando la cerradura. Por eso la madrugada siguiente volvió de nuevo a la carga. Esta vez no salió tan tarde del apartamento: dos y media de

la madrugada de un lunes. ¿Quién iba a andar por la calle a esas horas?

Brianna se había pasado todo el día refugiada en su dormitorio, evitando a María. Desde la cama la había oído caminar de aquí para allá. Su ansiedad y temperamento la hacían insoportable, peligrosa como una granada de mano.

Tomó el camino más directo y no se cruzó con nadie. Oyó a lo lejos el ruido de algún motor y poco más. Todo iba según lo planeado.

Hacía un frío húmedo de esos que se cuelan hasta los huesos y te obligan a alzar los hombros hasta las orejas. Qué ganas tenía de largarse de allí. Si lograba entrar en el local, ¿qué querría María que hiciera después? Sus niveles de exigencia y saña aumentaban cada día que pasaba. Era su saco de boxeo. Estaba harta de los golpes. Del dolor que le ocasionaba. La estaba rompiendo.

Echaba de menos el calor de Nacho. Él la quería como era, con sus defectos y virtudes, y adoraba su cuerpo. Cuando la abrazaba, se sentía la mujer más bella y perfecta de la tierra. ¿Y si en realidad lo era? ¿Quién lo decidía?

Cerca del local escribió un mensaje a toda velocidad.

Te quiero, amor, y no te puedes imaginar lo mucho que te añoro

Guardó el teléfono y se detuvo delante de la puerta. Había sacado las llaves de la anilla para que no chocaran entre sí y las tenía dentro del bolsillo derecho del abrigo. Las iría probando una a una. Introdujo la primera, pero se negó a entrar. Probó con otras tres y ocurrió exactamente lo mismo. Buscó las más pequeñas y consiguió que una se colara hasta el fondo de la cerradura, pero no giró. Era

aquí donde tenía que ejercer presión e insistir. Sacó el martillo y pegó varios golpecitos mientras intentaba forzarla. Qué fácil parecía en los vídeos explicativos y qué difícil era en realidad. Y más con guantes, frío, oscuridad y nervios.

No tenía alma de ladrona, a quién quería engañar. Era un títere manejado por María. Punto.

Decidió recurrir al taladro y acabar cuanto antes. Era el método más invasivo, pero lo había encendido en casa y no hacía tanto ruido como esperaba.

Se puso en el lugar de los vecinos; si ella estuviese despierta y lo oyera, no le daría ninguna vuelta. ¿Qué paranoico saldría de entre las sábanas para averiguar de qué se trataba? Además, detectar de dónde proviene un sonido cuando estás adormilado no es tan sencillo.

Apoyó la broca en la cerradura y pulsó el botón. El chirrido metálico se le metió hasta el tímpano y le puso las palpitaciones a mil. Aquello era un escándalo.

—Joder —dijo entre dientes.

Presionó fuerte para hacerlo lo más rápido posible. Nacho le habría tirado del brazo para llevársela de allí, pero se hallaba a cientos de kilómetros de Donostia. Brianna estaba sola y pringada hasta las cejas.

La cara, la cabeza y las axilas empezaron a sudarle sin control. Sintió el estrés y la ansiedad por todo el cuerpo. Quiso llorar. Gritar. Correr como una velocista. No merecía estar pasando por eso. Era una buena persona. La mujer más bella y con el corazón más grande de la tierra.

Hundió con rabia el taladro hasta el fondo, lo detuvo, lo sacó y metió un destornillador en el agujero. Giró y se oyó un clac.

La puerta se abrió.

¿En serio lo había logrado? No podía creerlo. ¿Ella?

Bella, buena y habilidosa.

—¡Ey! ¡¿Qué haces?!

Brianna no sabía de dónde provenía aquella voz masculina. Se giró sobre sí misma, pero la calle seguía desierta. ¿Habían sido imaginaciones suyas? El sudor se le había colado en los ojos y le escocían a rabiar.

Empujó la puerta y se le cortó la respiración. Enfocó con la linterna del teléfono móvil.

Las sospechas de María eran ciertas: su tío estaba ahí dentro.

—¡Ey! —insistió la voz—. ¡Acabo de llamar a la Ertzaintza!

Aún noqueada, se volvió despacio y elevó el rostro. Una cabecita asomaba de una de las ventanas. Mierda. Oyó unos neumáticos.

«Bri, tú estás muy limpita, no lo pongas en juego por María».

Esta vez, la frase provenía de su cabeza. Nacho tenía razón.

Salió pitando de allí lo más rápido que pudo.

*

En la carretera
Sábado, 3 de noviembre de 1979

Léopold, el chico belga, condujo hasta que anocheció. Estacionó en una explanada y allí preparamos la parte trasera de la furgoneta para descansar. Ella me dejó un saco de dormir que extendió en el

suelo y yo coloqué mi bolsa de viaje a modo de almohada. Renée era una chica alegre, de esas que no dejan de sonreír. Sus dientes eran pequeños y blancos, casi de niña. Su novio cayó en un sueño profundo en cuanto se tumbó, pero ella tenía ganas de hablar. Me señalaba objetos, que a mí me costaba identificar a causa de la penumbra, para que yo le dijera cómo se pronunciaban en castellano. Yo hacía lo que me pedía pese a que se me caían los ojos. De haber sabido de dónde venía y las calamidades por las que había tenido que pasar, ella misma se habría encargado de arroparme y cantarme una nana para que durmiera y olvidara. No sé cuál fue la última palabra que mencioné, pero me quedé frita en algún momento de la noche. Me desperté sobresaltada. Renée me miraba desde su saco de dormir.

—Buenos días. —Su acento atrofiaba mi idioma natal haciéndolo casi inentendible.

—*Good morning* —contesté yo. Los billetes me habían dejado dolorida la zona occipital.

La pareja hablaba neerlandés, francés, alemán e inglés. Yo solo castellano y valenciano, y chapurreaba cuatro palabras en inglés. Esto hacía que la comunicación fuera casi nula. Una ventaja, teniendo en cuenta que huía. Que estaba deprimida. Que guardaba muchos secretos.

El resto del viaje fue acompañado de las risas de Renée y de algún juego, pero poco más.

Llegamos a San Sebastián a media tarde. Conseguí entenderles que ellos preferían no hacer parada en el País Vasco porque les aterrorizaba. Ese año, 1979, fue muy duro. Las noticias de muertos y heridos no dejaban de sucederse. En apenas tres meses, solo en la

capital guipuzcoana, habían matado a tiros a cinco personas: la policía, a un joven de dieciocho años durante una manifestación; ETA, a un policía nacional y al gobernador militar; el Batallón Vasco Español, a un concejal de Herri Batasuna; y la Guardia Civil, por error, a un inspector de la Policía Nacional que vigilaba de paisano.

Este historial de violencia precipitó la separación de nuestros caminos.

Les di dinero suficiente para que llegaran hasta Bélgica y me dejé abrazar por Renée a modo de despedida. Que me estrechara contra su cuerpo me causó un rechazo que me entristeció. La pareja me había demostrado que era de fiar —y hecho uno de los favores más grandes que me han regalado en toda mi vida—, pero yo no estaba preparada para corresponder. El trauma no me lo permitía.

—Adiós, Lola.

Durante horas había sido Lola. Qué pena que esta también cargara con las heridas y cicatrices de Carmen.

—*Bye* —susurré, lanzándoles un beso desde la acera mientras la furgoneta azul, mi pedacito de cielo y de mar, se alejaba.

Arranqué a andar por aquella ciudad desconocida. Las personas caminaban tranquilas y, a diferencia de lo que algunos imaginábamos desde otras zonas de España, no iban armadas.

Pregunté a una mujer dónde quedaba la costa y gracias a sus indicaciones llegué enseguida. Perdí la mirada en el horizonte. San Sebastián me había recibido vestida de riguroso gris y creí estar protagonizando un melodrama en blanco y negro.

Entré en varias tiendas y me compré mudas, pantalones, jerséis, un par de botas, un abrigo y un paraguas.

Me colé en un bar de la Parte Vieja, pagué por un refresco y una tapa —aunque el camarero me dijo que ellos las llamaban «pintxos»—, y me senté a una mesa. Había una televisión encendida en la que estaban emitiendo una serie española. Fui al servicio, donde aproveché para cambiarme de ropa y lavarme un poco. Me miré en el espejo. Mi cara era un poema: ojeras, palidez, cansancio, vergüenza, melancolía… Al menos apenas quedaba rastro del arañazo de Angie.

Me solté el pelo. Lo tenía sucio y enredado. Volví a recogerlo.

Antes de salir del bar le pedí al camarero que me dijera qué dirección tomar para llegar al barrio de Gros. Me explicó que no quedaba lejos, que San Sebastián era una ciudad pequeña. Parecía sencillo.

Cargué con la bolsa y encontré sin problemas la calle Secundino Esnaola. Pese a que era domingo y la mayoría de los establecimientos por los que pasé estaban cerrados, me bastó para descubrir que a la calle no le faltaba de nada. Incluso tenía un cine llamado Trueba. Eso sí que fue una sorpresa.

Me detuve delante del portal y pulsé el interfono.

—¿Me abre, por favor? —dije sin presentarme.

Subí hasta el piso y toqué el timbre.

Me puse muy nerviosa al oír pasos al otro lado. ¿Y si había sido una mala idea?

—Hola, Juantxo.

El azul y la luz volvieron a mí.

—¿Carmen?

Juantxo y yo nos besamos en el rellano y a mí no me quedó más remedio que echar mano de los recuerdos con él en Alicante. El

contacto con otro hombre amenazaba con hacerme huir escaleras abajo. Agradecí que Quin no me hubiera puesto la boca encima mientras me violaba, pero su presencia y su olor ahí estaban. Me invadían. Me ahogaban.

Me obligué a saborear sus labios, su lengua. Tan de Juantxo. Quería borrar todo lo demás.

Él tiró de mí y me metió en el piso. Cerró la puerta.

—¡Estás aquí! —Se llevó las manos a la cabeza—. No me lo puedo creer.

—Sé que tengo un aspecto lamentable —me disculpé—. El viaje ha sido largo.

—No seas tonta. Estás preciosa.

Volvió a mí y me recorrió la cara y la cabeza con los labios. Yo hinqué la frente en su hombro y me eché a llorar.

—¿Estás bien? —preguntó, apretándome contra su pecho.

Se me cortó la respiración. Necesitaba que corriera el oxígeno entre nosotros, pero no me alejé. Resistí.

—Sí, es solo que soy muy feliz.

—Yo también, Carmen. —Dio un paso atrás para observarme. Me secó las lágrimas y me cogió de las manos—. Gracias por venir. No sabes cuánto he pensado en ti durante estos dos meses. Abría el buzón a diario con la esperanza de encontrar una carta tuya.

—Tenía que haberte escrito, pero he estado trabajando mucho.

—Ven, anda. —Me condujo hasta la cocina. Era pequeña y tenía pocos muebles y electrodomésticos, como si aún estuviera a medias. Nos sentamos a una mesa redonda cubierta por un mantel de cuadros verdes—. Tendrás hambre. ¿Quieres merendar algo?

—No, gracias, comí un pintxo nada más llegar.

Nos tomamos las manos sobre el mantel.

—Madre mía, qué ganas tenía de verte. Aún no puedo creer que estés aquí.

—He ahorrado durante este tiempo. Lo suficiente para estar una temporada aquí y ayudarte con los gastos.

—Eso no hace falta, Carmen. —Meneó la cabeza.

—Claro que sí. Es lo justo.

—Pero ¿y… y lo de Madrid?

—Puede esperar. Ahora prefiero —lo miré a los ojos— estar contigo.

Me desprecié por no ser del todo sincera con él. Juantxo merecía otra cosa. Yo ya no estaba a la altura y temí no volver a estarlo.

—No deseo nada tanto en esta vida como que te quedes.

Se levantó y se acercó a mí. Yo elevé el rostro y dejé que me acariciara la mejilla. Notó el arañazo y me preguntó por él. Le dije que había sido por una caída tonta.

Me enseñó la casa sin soltarme de la mano. Sus padres lo habían ayudado económicamente y por eso había podido permitirse una con habitaciones exteriores. Estaba ilusionado con su piso, conmigo. Al mostrarme el aseo le pedí que me dejara darme un baño.

Colocó sobre el retrete gel, champú y un par de toallas antes de dejarme a solas. Lo agradecí tanto… Angie se habría quedado a mi lado, enjabonándome. No quería una réplica de todo lo vivido. Solo experiencias nuevas con Juantxo.

Llené la bañera con agua ardiendo y me lavé a fondo para arrancarme las huellas del matrimonio. Permanecí en remojo hasta que me quedé fría.

Me rodeé con la toalla a la altura de las axilas y lo busqué por la casa. Necesitaba refugiarme en su cuerpo.

Lo encontré en la cocina, de espaldas, preparando la cena. Llevaba un jersey negro y unos pantalones marrones de pana que le quedaban muy bien. Quería volver a sentirme viva. Enamorada. Tenía las emociones paralizadas. Aún en shock.

Lo abracé por detrás y apoyé la mejilla entre sus omoplatos.

Él apagó el fuego y se giró.

Nuestras bocas se buscaron con apetito. Esta vez sus labios me recordaron únicamente a los besos del rellano. Así sí. Quise más. Comencé a desnudarlo de camino al dormitorio. Él me quitó la toalla. Sentí más pudor que la primera vez que me mostré delante de Víctor. Antes de perder la virginidad.

Juantxo era el hombre que más había mimado mi cuerpo. Que más placer me había dado. Tenía que entregarme a él sin temor para que borrara toda la vileza a la que me habían sometido. De alguna manera, buscaba la sanación.

Nos revolcamos sobre el colchón como si peleáramos. Ese cuerpo a cuerpo mitigaba mi lucha interior. Difuminaba la asquerosa presencia de Quin. La vigilancia de Angie. Juantxo me acarició y me penetró, ajeno a mi guerra. No sentí placer, aunque lo fingí. Tampoco miedo. Él pararía si así se lo pedía.

Nos quedamos abrazados y en silencio.

Pensé que esa sería la mayor tortura por la que tendría que pasar con él. Nada más. No habría más sufrimiento que aquel.

Era tolerable. Mejoraría.

Y todo a cambio de la satisfacción que dejaba el consentimiento. A cambio de la dicha que me invadía tras sentirme querida.

*

03:30

El teléfono vibró sobre la mesilla y Martín se incorporó de un salto. Su sistema nervioso estaba en alerta, al límite, y, en su cabeza, aquel leve sonido había tronado como una puta motosierra. Así no podía continuar.

—Oiasso. ¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca.

—(…).

—Hostias.

—(…).

—Yo me encargo de avisarla y de recogerla. Llama a los Verano y diles que nos vemos allí.

—(…).

Se levantó emitiendo un quejido. Le dolía el tronco superior, como si lo hubieran follado con los brazos capturados tras la espalda, con unas esposas puestas. El recuerdo lo excitó y se maldijo por ello.

Miró la cama. Nuria dormía a pierna suelta y no se despertaría hasta la mañana. El descanso era sagrado y cada noche se tomaba una pastilla para conciliar el sueño. Su cabello cobrizo serpenteaba sobre la almohada y el colchón. Quiso tumbarse a su lado y olerlo. La quería, pero también la odiaba. ¿Cuándo empezó a sentir aquella emoción tan fea? Años atrás solo era amor y pasión. Admiración y deseo.

Lo había castigado por trabajar durante el fin de semana, por aparecer vestido con el chándal que su madre le prestó la tarde que el oleaje lo lamió de arriba abajo.

«Ojalá lo hubieras hecho por no haber podido evitar la muerte del chaval», se machacó con tristeza.

Subió las sábanas con cuidado para que no se colara el frío en la cama. Eran de algodón egipcio, de mil hilos. Carísimas. Nuria era hija única, caprichosa y consentida, y compraba o pedía que le regalaran todo lo que se le antojaba. Sus padres y ella compartían profesión y trabajaban juntos en la notaría familiar, ubicada en el centro de Donostia. El negocio iba viento en popa y habían invertido en varios locales de la ciudad.

Mientras calentaba un café y tostaba dos rebanadas de pan, llamó a su hermana: «Siento las horas. Ha aparecido un cadáver en un local de la calle Nueva. Te paso a buscar en veinte minutos», explicó, escueto.

Después, devoró el desayuno. Por la noche, tras el sexo, se había duchado, tomado un ibuprofeno y acostado sin cenar. Eso fue lo único que su cuerpo le pidió. Descanso y desconexión.

Consultó el reloj: las tres y media de la madrugada. Qué poco duraba la alegría en casa del pobre.

Metió la vajilla en la fregadera y vio de refilón sobre la encimera la camisa que llevaba la víspera. Nuria le había cosido los botones que, con su arrebato, hizo saltar por los aires.

«Ni en sueños voy a ponérmela», se dijo.

Pasaba de encorsetar sus pobres músculos molidos bajo aquella ropa. Eligió de su armario una sudadera, unos vaqueros holgados y unas deportivas. Aquella transgresión le saldría cara. ¿Más aún?

Tiró las esposas a la basura con la intención de mandarle un mensaje a Nuria. Al abrir la tapa se dio de bruces con el chándal de Jacinto. La muy cabrona lo había hecho jirones. Al parecer, no era el

único en lanzar indirectas a través del cubo de la porquería. Todo aquello resumía a la perfección la relación que llevaban.

Pese al cabreo, Martín se asomó al dormitorio para observarla antes de marcharse. Su corazón se craqueló un poquito más.

Abandonó el hogar cerrando con delicadeza la puerta.

*

Donostia-San Sebastián
Domingo, 4 de noviembre de 1979

Como tenía el frigorífico medio vacío, Juantxo preparó un menú modesto para cenar: patatas fritas, sopa de fideos y pan tostado en la sartén. Una mezcla extraña que a mí me supo a gloria. Con él todo iba a ir bien.

Me habló de su trabajo como celador. Le gustaba atender a los enfermos. Mantener conversaciones con ellos mientras los trasladaba de aquí para allá por el hospital. Su bondad me hacía sentir aún más miserable.

Yo le conté alguna anécdota que viví en la discoteca y omití lo demás. Para él, mi tiempo en Alicante había sido una bonita experiencia. Sol, música, risas… Del trabajo a casa, de casa a la playa y vuelta a empezar.

Mientras narraba historias sobre guiris borrachos, él me miraba embelesado.

Su enamoramiento seguía intacto. Su forma de ser también.

Nos acostamos pronto y nos colmamos de besos y caricias. No intentamos un segundo asalto. Yo estaba cansada y él tenía que

madrugar para cubrir el turno de mañana. Se durmió abrazado a mí. Yo aguardé hasta que noté que su sueño era profundo. Solo entonces me deshice de sus brazos y hui a mi esquina de la cama. Me abrumaba el calor humano. La carne palpitante.

Me desperté temprano, pero Juantxo ya no estaba a mi lado. Encontré una nota sobre la almohada.

«Ya estoy contando las horas para volver a casa. Descansa, txiki».

Más adelante me explicó que *txiki* era «pequeña» en euskera. Algo así como Carmencita en mi diccionario particular.

Sobre la encimera me había dejado unas llaves —por si quería salir del piso—, mermelada, zumo y una sartén con dos rebanadas de pan que tosté en el fuego.

Me fui con el desayuno al salón. A través de la ventana vi que el día había amanecido del mismo gris que la víspera. Encendí la televisión para que me hiciera compañía y me senté en el sofá de terciopelo granate. No era muy cómodo, pero me encantaba porque el color me recordaba a las butacas de los cines.

Al terminar, hice la cama, recogí la cocina y barrí toda la casa. Comprobé que los catorce fajos de billetes siguieran en la bolsa de viaje. Me dio un vuelco al verlos, como si su sola presencia me señalara, me acusara. Juantxo no podía descubrirlos. Conté el dinero. Cada taco contenía cien mil pesetas. No podía creerlo, me había llevado casi millón y medio. Dejé solo un fajo en su sitio. El resto lo envolví en papel film y lo guardé tras el zócalo del mueble del fregadero.

Remoloneé durante horas por el piso hasta que decidí salir. No podía vencerme el miedo. Había alcanzado la libertad y tenía que agarrarme a ella. Cogí el abrigo, el paraguas, una bolsa y algo de

dinero, y me arrojé a las calles de San Sebastián de aquel lunes. El ruido que encontré nada tenía que ver con el de Alicante. Oía el motor de los coches, los pasos sobre la acera mojada, las conversaciones —en euskera y en castellano—, los ladridos de los perros… y, sin embargo, todo me resultaba contenido, casi relajado. La gente vestía tonos sobrios y apagados, otoñales. El frío húmedo de aquel noviembre se me coló hasta la médula y me hizo tiritar más que ningún invierno de mi tierra.

Lo primero que hice fue entrar en la primera peluquería que encontré y pedir que me cortaran y tiñeran el pelo a lo Brigitte Bardot. Un cambio de imagen que, además de apetecerme, creí necesario. Me vi tan diferente frente al espejo que no supe si me gustaba. Lo que sí me convenció fue que a partir de ahora sería una chica rubia. Punto.

Recorrí el barrio de Gros para familiarizarme con él. Compré fruta y verdura fresca y abrí y cerré el paraguas más de una decena de veces. No me quedaba claro si caían gotas o no. Yo no las sentía, pero la cara se me humedecía. ¿Qué tipo de lluvia invisible era aquella?

Me acerqué a la costa. Allí olía fuerte, a sal, y el monte Ulía, cubierto de un follaje oscuro y denso, se alzaba a mi derecha. La playa del barrio era pequeña; estaba abierta al mar Cantábrico y rodeada por un dique de rocas. Según me había contado Juantxo, no se recomendaba el baño. El severo oleaje lo hacía peligroso y también la contaminación por vertidos de aguas residuales. Me había dicho ilusionado que en verano nos bañaríamos en las otras dos playas de la ciudad, que casi siempre lucían bandera verde, y que subiríamos en funicular al parque de atracciones de Igueldo.

Desanduve mis pasos y, cuando estaba a punto de regresar a casa, me llamó la atención la portada de un semanario de sucesos. En ella salían Angie y Quin. Le di al kiosquero veinte pesetas a cambio de un ejemplar de *El Caso* que metí en una de las bolsas. Ni siquiera leí el titular. En la calle no podía reaccionar, y menos derrumbarme.

Las cerraduras del portal y de la entrada de casa se me resistieron a causa de lo que me temblaban las manos. Dejé la compra sobre la mesa de la cocina y me refugié en mi cine privado con el periódico. Me senté en una esquina del sofá y lo desdoblé. Era de la víspera.

PROVINCIA DE ALICANTE

ESPECTACULAR CAPTURA DE DOS SECUESTRADORES

Violaban y mantenían retenidas a tres chicas en un chalet del pueblo de El Bacarot.

Ayer por la tarde la pareja intentó huir en un vehículo, pero dos coches patrulla les dieron caza.

(pág. 10)

El titular iba acompañado por la imagen del Chrysler semivolcado en una cuneta y por las fotografías de ellos. Debajo figuraban sus nombres reales.

María de los Ángeles y José Joaquín,
más conocidos como Angie y Quin.

Saber cómo se llamaban en realidad y volver a verles la cara me revolvió tanto el estómago que tuve que correr al cuarto de baño para no vomitar en el suelo. Eché todo el desayuno por el retrete y me quedé arrodillada frente a él mientras asimilaba la información.

En el chalet había tres luciérnagas y no dos, como yo siempre creí. ¿Fuimos las únicas? ¿Hubo otras?

Me enjuagué la boca y regresé para seguir leyendo. Encontré la noticia desarrollada en la página 10.

MARÍA DE LOS ÁNGELES Y JOSÉ JOAQUÍN, LA PAREJA DE HERMANOS…

La nueva revelación me llevó de vuelta al retrete. Al tener el estómago vacío, tras varias arcadas agónicas, eché un líquido espumoso y amarillento.

Quin y Angie eran familia carnal. Los había visto besarse. Los había oído follar. Antes de la primera violación, lo oí a él decirle a ella que no había estado con ninguna otra mujer. Ella era la única. Su hermana. ¿Desde cuándo llevaban manteniendo una relación incestuosa?

Me tambaleé de camino al sofá. Me ardía la garganta a causa de la bilis. En el semanario de sucesos no había mucha más información al respecto. Nada de Sandemetrio y Lefèvre, del Hospital General de Dios, de la fecundación *in vitro*. De mi llamada anónima.

Nada.

*

03:50

¿Ella también tendría ese aspecto lamentable? Aia lo pensó al entrar en el coche de su hermano. El pobre daba pena. Se ató el cinturón y lo observó con curiosidad descarada, como cuando eran niños.

Él esquivó su mirada y se incorporó a la carretera.

—Vaya fin de semana —bufó, hastiado—. Con lo tranquilo que estaba yo en la comisaría de Zarautz.

—¿Se sabe algo más?

—El cadáver pertenece a un varón y ha aparecido atado de pies y manos. Y poco más, porque no lleva la documentación encima.

—Joder.

Sus compañeros habían cortado la calle y Martín tuvo que identificarse para acceder. Aparcaron en doble fila entre varios coches patrulla. Al bajarse del vehículo sus músculos le recordaron lo mucho que Nuria lo «quería». Apretó los dientes.

Dentro del local, Javier Fernández, el forense, examinaba el cadáver. Le había cubierto las manos con bolsas de papel para proteger posibles pruebas y solo se las retiraría en la sala de autopsia.

Los hermanos se quedaron a una distancia prudencial para no contaminar el lugar de los hechos. La víctima estaba sentada en una silla. Tenía las muñecas y los tobillos apretados con varias vueltas de cuerda. A la altura de las axilas, el cordel le rodeaba el torso y se hincaba entre las costillas del hombre, fijado a una fría columna del local. Una postura grotesca y antinatural en la que cada vuelta parecía estrangularlo y deformarlo. El olor los golpeó. Un hedor ácido, agrio, que se les metió en la nariz y la garganta. El rostro de la víctima estaba hinchado y amoratado. La piel como cartón mojado. La boca semiabierta. Los ojos opacos. Era un señor mayor. ¿Setenta? ¿Ochenta años, quizá?

A Aia se le aceleró el pulso. Se le encogió el estómago. Todo en ella gritaba que se alejara, que no mirase. Prefería mil veces su

puesto como irrati a esta visión. Dos muertos en menos de veinte horas. Menuda «suerte» encontrarse en mitad de la cuchillada del viernes. La agresión había desatado un efecto dominó impredecible y atroz. ¿Aún estaba a tiempo de bajarse del barco?

—¿Qué tenemos, Javi? —preguntó Martín.

—¿A partir de qué hora se puede decir buenos días? —contestó el forense.

—Buena madrugada, Javi —repuso el oficial—. ¿Qué tenemos?

—Pues un abuelo que lleva unas cuarenta y ocho horas muerto. Si os fijáis, la rigidez está prácticamente resuelta por completo.

—Dime más.

El médico volvió la cabeza. Tenía un rostro armonioso y angelical que enmascaraba su mala leche.

—Presenta livideces en los tobillos y en las manos. Cuando lo desnude en la mesa de examen veré dónde más aparecen, pero, si no me equivoco, murió aquí sentado. —Elevó la mano enguantada para detener la batería de preguntas que estaban a punto de caerle —. A primera vista no hay signos de violencia. Tiene lesiones en las muñecas de tipo abrasión, supongo que de haber intentado liberarse de las ataduras, y el estado del torso revela que el hombre ha luchado hasta el límite para soltarse.

—¿De qué crees que ha…?

—Aún no sé la causa de la muerte. Dame tiempo.

Conocía a Javi de sobra para saber que a esas alturas ya tendría sus teorías, no le cabía duda. Vaya coco tenía el tío, pero también era meticuloso y prudente. Hasta no estar seguro al cien por cien, se las reservaría.

Los hermanos echaron una ojeada al local. Era viejo y solo tenía un sofá, una mesita y una silla. No había nada más, ni mostrador, ni barra ni cocina. Si en algún momento fue una tienda, llevaba décadas cerrada. Las paredes blancas amarilleaban por culpa del paso de los años, pero el yeso se mantenía firme y sin humedades. Entraron al cuarto de baño y les llamó la atención que estuviera limpio y surtido de productos de higiene personal. ¿Viviría alguien ahí? ¿Tal vez la víctima?

El teléfono del oficial sonó con estridencia. ¿O solo se lo pareció a él? Se lo llevó a la oreja y la conversación fue breve.

—Uno de los ertzainas que halló el cadáver está fuera —informó a Aia.

Esta siguió a su hermano hasta la calle y llenó los pulmones con una honda bocanada de aire. La temperatura le refrigeró las vías respiratorias, pero no eliminó el mal olor apuntalado en su cavidad nasal.

—Un vecino llamó a emergencias para avisar de que estaban intentando forzar la puerta —explicó el agente uniformado—. Cuando llegamos no había nadie, pero el local estaba abierto. Desde la calle distinguimos el cuerpo. Entré yo solo para contaminar lo menos posible y salí en cuanto comprobé que el hombre estaba muerto. —Señaló una de las ventanas del primer piso del bloque de enfrente. Una cabeza asomaba—. El testigo está ansioso por hablar con vosotros.

*

Donostia-San Sebastián
Domingo, 11 de noviembre de 1979

Durante los primeros días juntos en San Sebastián, Juantxo y yo nos buscábamos a todas horas, pero con una sed distinta. La de él movida por el deseo y la mía por la obsesión de volver a sentir, de lapidar los malos recuerdos. Me entregaba desnuda a él dispuesta a empezar de cero. Me obligaba a confiar, pero mis terminaciones nerviosas seguían bloqueadas, casi muertas, y por eso todas y cada una de las veces acababa fingiendo el orgasmo.

Lo quería por cómo me amaba. Por lo mucho que me cuidaba.

Llegué a pensar que, con aquello, sumado a los momentos placenteros vividos en Alicante, tendría combustible suficiente para ser feliz. Que con sentirme segura me bastaría.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

Estábamos en la cama, tapados hasta la barbilla y con las piernas entrelazadas. Era temprano por la mañana y hacía frío. Por las rendijas de la persiana se colaba esa luz cenicienta a la que San Sebastián me tenía acostumbrada.

—Nada importante —susurré.

—Todo lo que ronde esa preciosa cabecita rubia es importante para mí. —A Juantxo mi cambio de imagen le había gustado mucho y no dejaba de enredar los dedos entre mi pelo.

Clavó el codo en la almohada para apoyar la mejilla en la mano y mirarme.

Su serenidad era de esas capaces de apaciguar una nación en guerra. El azul de sus ojos tenía un brillo hermoso bajo aquella luz grisácea. Qué bien le sentaba el cielo de su tierra.

Le recorrí la cara con la punta de los dedos. Quería cada centímetro de su paz para mí.

—¿No vas a contestarme? —preguntó con una sonrisa en los labios.

Y yo lo callé con un beso. Un beso profundo e intenso que nos ardió a los dos.

Claro que me conformaba con fingir, pero no pensaba rendirme. Mi intención era seguir escarbando en la aridez hasta desenterrarme.

Media hora después, colmada de amor, aunque de nuevo sin señales de actividad en mis terminaciones nerviosas, me senté a la mesa para desayunar.

Observé a Juantxo mientras tostaba el pan. El reciente orgasmo lo hacía flotar por la cocina. Lo envidié.

—Hoy, que no tengo que trabajar, nos tomamos el día con calma. —Dejó el plato con las rebanadas sobre la mesa y me besó el cuello —. Comemos tranquilamente, damos un paseo, vamos al cine… ¿Qué te parece?

—Que eres perfecto.

Esas tres palabras se escaparon de mi boca como balas traicioneras. El impacto le causó tal felicidad que esta vez agradecí que mi bendita espontaneidad obrara sin mi consentimiento.

El embeleso nos llevó al tonteo y este, de vuelta a la cama. Salimos de entre las sábanas cerca del mediodía. A mí no se me olvidaba que era domingo y que la crónica de sucesos me esperaba. Tenía que espabilarme antes de que cerraran los kioscos.

Una semana entera sin tener noticias de Angie y de Quin era mucho como para demorarlo un día más. Lo último que había sabido de ellos era que, tras la persecución policial, los habían detenido.

Me duché a toda prisa y aproveché mientras Juantxo hacía lo mismo para ponerme un abrigo, coger un paraguas y bajar a la calle.

Me crucé con familias y cuadrillas sonrientes que brotaban por todas las esquinas. El barrio estaba más animado de lo habitual a causa de la Behobia - San Sebastián, una popular carrera que se celebraba todos los años desde 1919. El tintineo de los pintxos emplatados y de las copas salía por la puerta de los bares, y las conversaciones de la gente sonaban más cantarinas.

Avancé hasta el negocio y le di al kiosquero cuatro duros a cambio de *El Caso*.

Miré la portada. La pareja de hermanos volvía a protagonizarla. Me alejé hasta una calle menos concurrida y devoré el titular de un vistazo.

PROVINCIA DE ALICANTE

ANGIE Y QUIN YA HAN ENTRADO EN PRISIÓN

Las tres chicas secuestradas en el chalet de El Bacarot por los hermanos eran esclavas procreativas.

Él se encargaba de violarlas para dejarlas embarazadas y así vender los bebés al mejor postor.

(Pág. 15)

Rebusqué entre las hojas hasta alcanzar la página 15. La noticia, firmada por una tal Olivia del Páramo, relataba que los dos hermanos tenían montado un oscuro tinglado que ellos mismos llamaban Proyecto Luciérnagas. Violaciones, embarazos y mucho

dinero de por medio. Seguía sin hablarse del Hospital General de Dios, de la fecundación *in vitro*, de Sandemetrio ni de Lefèvre. ¿Sabrían los periodistas de la existencia de todo esto?

Pensé en las chicas. La policía les habría tomado declaración y ellas lo habrían contado todo. Tal vez los investigadores guardaban la información hasta que saliera el juicio. El famoso secreto de sumario que había leído en alguna otra noticia.

Doblé el periódico y lo metí en el bolsillo interior del abrigo. Me apoyé en el paraguas y respiré hondamente para tranquilizarme. La humedad del ambiente me puso la piel de gallina. No me acostumbraba a ella. Qué poco toleraba el frío del norte. Me cerré el último botón y tragué saliva. Al menos la lectura no me había revuelto el estómago. Había esquivado los rostros de Angie y de Quin para evitar pasar un mal rato, aunque, por desgracia, poco podía hacer al respecto, porque los tenía grabados en los recuerdos. También sus olores. Detalle que a veces añoraba, por mucho que lo detestase.

Al igual que me la jugaba mi espontaneidad, también mi subconsciente.

Los hermanos se habían encargado de demolerme por completo, para luego moldear una versión de mí misma que a ratos no reconocía.

*

04:00

He conseguido entrar en el local. Tenías razón
Mi tío estaba ahí dentro, muerto. Lo siento mucho
No sé qué ha podido pasar. Un vecino me ha sorprendido y he tenido
que salir pitando de allí porque ha llamado a la policía
Volveré al apartamento en cuanto la ciudad despierte para perderme
entre el ir y venir de la gente
No me contestes. Voy a apagar el teléfono
Nos vemos luego

Deambular toda la madrugada por Donostia e intentar pasar desapercibida le había permitido a Brianna, además de desahogarse a gusto, darle mil vueltas a la cabeza. La aparición del cadáver de su tío la había terminado de desconcertar. Le había escrito a María aquel breve mensaje y no tenía ni idea de cómo se habría tomado la noticia. Supuso que mal, aunque ya no sabía qué pensar. Le daba pánico reencontrarse con ella.

Brianna llevaba desde el viernes teorizando sobre el acuchillamiento. Lo más probable era que lo hubiera cometido su tío tras perder los papeles, pero el hallazgo del cuerpo en el local lo cambiaba todo.

¿La había apuñalado él? Y, si había sido así, ¿quién había acabado con él justo después? ¿O había sido la misma persona la que había atacado a ambos?

Fuera quien fuese, a su tío lo habían atado de pies y manos y torturado allí, quizá hasta acabar con él. Brianna no había visto demasiado desde el umbral de la puerta, pero sí lo suficiente para estar segura de que estaba muerto. La postura violenta, el olor, la tez, los ojos… La mirada aterrada y, a la vez, aterradora.

Una imagen de pesadilla que tardaría en olvidar.

Cuando el cielo comenzó a clarear y las calles de la ciudad empezaron a cobrar vida, puso rumbo al apartamento de la calle

Prim.

María estaba sentada en el sofá y se levantó al oírla entrar. Tenía los ojos azules hinchados de haber llorado. Nunca la había visto así. Triste, consternada. ¿La había juzgado mal y en el fondo sí tenía sentimientos? Llevaba tiempo dudándolo.

—No puede ser —dijo a modo de saludo—. Estás mintiendo. Eres una embustera. —No elevó el tono al escupir todo aquello; no le convenía alertar a los vecinos, pero se le acercó con la energía de un huracán, dispuesta a llevarse todo por delante.

—Lo siento. —Brianna tiritaba de frío y de miedo—. No me esperaba algo así.

María la zarandeó de los hombros con las manos, flacas y cuidadas, que solo servían para eso.

—¿Cómo te atreves a…? ¿Está muerto? Es imposible. ¿Lo has comprobado bien, estúpida?

—Te lo juro. Estaba sentado, maniatado. Tenía el rostro abotargado…

La otra le hincó los dedos en los brazos y la sacudió más fuerte.

—Y olía… mal —prosiguió Brianna—. A descomposición.

María la empujó con tanto ímpetu que se cayó al suelo de culo.

—¿Por qué has tenido que decir eso? ¿Por qué? ¿Para hacerme daño? —preguntó a la par que se rascaba con nerviosismo el cabello rubio.

A Brianna el sobrepeso y el tembleque le dificultaron levantarse. Cuando lo consiguió, cogió una manta del sofá, se la puso sobre los hombros y se sentó.

—Porque dudabas —dijo cabizbaja—. Yo ya no sé qué más hacer. Llevo horas a la intemperie. Noqueada por lo que he visto y…

asustada.

María comenzó a dar vueltas por la estancia.

—Ha tenido que ser ella. ¿Quién si no? —caviló en voz alta.

—Si fue ella, ¿quién la apuñaló, entonces? Nada tiene sentido.

Detuvo de golpe la caminata nerviosa y le lanzó una mirada exterminadora. El azul resaltaba entre aquel marco enrojecido como si en sus ojos estuvieran ardiendo toneladas de cobre.

*

Donostia-San Sebastián
Domingo, 18 de noviembre de 1979

El siguiente domingo, aprovechando que Juantxo tenía el turno de mañana en el hospital, madrugué para comprar *El Caso*. Bajé a la calle ataviada con mi uniforme favorito: abrigo y paraguas.

Por primera vez en dos semanas, llovía de verdad. Ni rastro de aquellas gotas volátiles, casi invisibles, que calaban poco a poco. Estas eran gordas y redondas y empapaban al instante, salpicando al estrellarse contra los capós de los coches y los transeúntes, resbalando sobre las ventanas y encharcando las aceras.

Llevaba dos semanas en la ciudad y, durante ese tiempo, Juantxo y yo apenas habíamos hablado del futuro. Vivíamos el día a día con calma, sin presiones. A él no le importaba el qué dirán y yo lo agradecía. Respetaba mi sueño de ser actriz y no me forzaba a nada. Creo que el temor a que me marchara lo empujaba a callar y a disfrutar cada instante a mi lado como si fuera el último.

Sus padres conocían el romance que habíamos vivido en Alicante y no tardó en presentármelos. Eran algo fríos, pero modernos. De momento aceptaban la situación, o al menos eso fue lo que percibí. En lo que sí mostraron interés fue en saber si pensaba buscar trabajo. Salí airosa diciéndoles que había ahorrado en Alicante y que podía permitirme un tiempo de descanso. Aun así, los tranquilicé asegurándoles que ayudaría a su hijo con los gastos y que, llegado el momento, solicitaría un puesto en la recién inaugurada discoteca Bataplán, ubicada en el edificio del balneario de La Perla, frente a la playa de la Concha. Con mi experiencia en la Costa Blanca, no me sería difícil conseguirlo. No era ni mucho menos lo que tenía en mente. Debía pasar desapercibida hasta que se calmaran las aguas. Ser invisible.

La hermana de Juantxo, por otro lado, no cuestionó nada. Se mostró conmigo cálida como el sol. Conectamos enseguida, como si nos conociéramos de toda la vida.

Llegué unos minutos antes de que abrieran el kiosco y esperé frente a la persiana bajada. Los nervios me devoraban por dentro. ¿Habría salido a la luz todo el tema de la clínica?

Le arrebaté el semanario al kiosquero y me despedí con un breve «eskerrik asko». Ojeé la portada. Angie y Quin no aparecían en ella. Rebusqué entre las páginas mientras sostenía el paraguas entre el hombro y el cuello, pero la inquietud no me permitía ver nada. Tragué saliva. Tenía el estómago revuelto. Decidí subir a casa y mirarlo con más detenimiento.

Me senté en el sofá, recogí las piernas y me concentré en el contenido. Leí cada suceso, pero no hallé ni rastro de los hermanos. Empecé de nuevo por si se me había escapado algún detalle. Nada.

Tiré *El Caso* de mala gana al suelo. ¿Y si no volvía a saber nada? Me conformaba con cualquier tipo de información, por mínima que fuera. Me sobrevino una arcada que me obligó a correr hasta el retrete. Vomité arrodillada. La noticia de la semana pasada no me hizo devolver, pero la falta de novedades sí.

Me quedé un rato en el cuarto de baño, hasta que cesó el malestar. Después, cogí el semanario del suelo y me recosté en la cama.

Barajé la posibilidad de llamar a la policía alicantina, pero el anonimato era mi búnker. Allí estaba a salvo. Yo me había arriesgado al escapar y, al denunciar, había rescatado a las otras luciérnagas. Eran ellas las que tenían que contar toda la verdad y no yo. Debía confiar en mis excompañeras de prisión.

No podía aparecer ahora.

Angie y Quin estaban en la cárcel por mi culpa. Les había robado un millón cuatrocientas mil pesetas. ¿Qué harían conmigo si me tuvieran al alcance de la mano?

No estaba preparada para enfrentarme a ellos, me aterrorizaba.

Tampoco a mis padres. De enterarse de todo, ¿sentirían la misma vergüenza que yo?

Juantxo ignoraba el tormento que estaba viviendo, pero era el único que conocía a la Carmen de antes y a la de después. A la castaña y a la rubia. Del peinado de Ornella Muti al de Brigitte Bardot. Sabía más de mí que nadie de mi entorno y eso me hacía sentir un poco menos farsante.

Mi chico me equilibraba. Al igual que la ciudad de San Sebastián.

Aguantaría ahí. De momento no corría peligro. Estaba a cientos de kilómetros de los hermanos depravados y tenía el nombre y los

apellidos más comunes de España.

María del Carmen Rodríguez García.

¿Cuántas como yo habría en todo el país?

Me levanté de la cama y corrí de nuevo a vomitar en el retrete.

*

09:00

La sorpresa fue mayúscula cuando el equipo recibió la noticia de que el local pertenecía a Cecilia Martínez de Gomar. ¿La mujer de la UCI era la víctima y el verdugo? ¿O los dos eran víctimas? ¿Tenía algo que ver con el caso de Marco Aizpurua, el chico que había acabado ahogado, o su intento de robo simplemente había sido una casualidad? ¿Y quién había atravesado el bombín de la cerradura con un taladro antes de huir?

—La hora aproximada de la muerte que el forense nos ha adelantado coincide más o menos con el apuñalamiento de Cecilia —explicó el oficial.

Los cuatro miembros del equipo estaban en la sala de reuniones esperando como agua de mayo dos órdenes judiciales que habían tramitado.

—Falleció entre la tarde y la noche del viernes —murmuró Aia—. La fecha del encendido de este año no se nos va a olvidar en mucho tiempo.

Julio se crujió los nudillos y preguntó:

—¿El testigo no vio nada más?

—El hombre estaba bebiendo un vaso de agua en la cocina cuando oyó el ruido del taladro. Descorrió la cortina de la ventana y vio al tipo. Lo ha descrito como corpulento y vestido de oscuro. Abrigo deportivo con capucha y poco más. Tras darle cuatro voces, salió corriendo de manera muy torpe y atropellada, según explicó.

—En busca de las cámaras perdidas —protestó Maitane Agosto—. Otra vez.

Se levantó para estirar las piernas. Era alta, tenía buen tono muscular y un esqueleto fuerte.

Julio la contempló. Ella sabía que envidiaba su genética. Solía decirle que era mesomorfa y que debía explotarlo, que tenía facilidad para ganar músculo y que era un desperdicio no trabajarlo. Su compañero estaba obsesionado con los gimnasios, las pesas, la alimentación… Maitane pasaba de rutinas marciales y le aburrían sobremanera los ejercicios de repetición. Se mantenía ágil corriendo tres veces por semana y acudiendo a clases de pilates.

—Id yendo a Santander —ordenó la subcomisaria, irrumpiendo en la sala y dirigiéndose a Aia y a Martín—. He hablado con la Policía Nacional para coordinar el registro de la vivienda de Cecilia. La luz verde tardará en llegar. Espero que el juez colabore y no os haga estar allí hasta la noche.

Los Verano se miraron. Seguir el rastro del individuo del taladro, a fin de cuentas, tampoco estaba tan mal.

—¿Qué pasa con el permiso para tomar la necrorreseña, la huella dactilar de la víctima del local? —quiso saber el oficial.

—Aún estamos a la espera.

*

Donostia-San Sebastián
Jueves, 22 de noviembre de 1979

Tras el domingo en el que no encontré nuevas noticias sobre Angie y Quin, las náuseas empezaron a repetirse día sí y día también.

A mí, que las preocupaciones jamás me habían quitado el apetito, ahora lo hacían, y de qué manera. Mi estómago estaba quejicoso y delicado como los pétalos de una amapola.

Mi obsesión con la pareja de hermanos estaba acabando conmigo y ya no solo compraba el semanario de sucesos, sino todos los diarios que encontraba a la venta. *El Correo Español*, *La Gaceta del Norte*, el *ABC*, *El País*, *El Diario Vasco*…

¿Dónde se había metido Carmen la Vila? Mi antigua yo habría llenado el bolso con las revistas *¡Hola!* o *Semana*.

Aquel jueves, después de recoger la prensa en un kiosco de la Parte Vieja donde había empezado a encargarla, me detuve delante de una farmacia. Llevaba varias mañanas disimulando las náuseas delante de Juantxo para que no se preocupara. Mi malestar podía deberse al estrés por el que estaba pasando, pero había otras posibilidades a las que ya no podía seguir dando la espalda.

Empujé la puerta y entré.

Miré al frente y localicé lo que buscaba. En el eslogan lo ponía muy claro: «La primera en saberlo eres tú». Y eso es lo que yo quería.

Compré un test de embarazo y me fui a casa.

Mientras esperaba el resultado, me ovillé en la cama sin ni siquiera prestar atención a la prensa. Qué sola me sentía. ¿Dejaría en algún momento de sentirme así? Llevaba años caminando por el

desierto. Sola luché por mis sueños. Sola me defendí ante los que me acusaron injustamente de ladrona. Y sola hui de mis secuestradores y violadores.

Mis padres y las indeseables de mis compañeras de piso habían contribuido a mi aislamiento. A que cayera en una mala casilla del tablero.

Angie y Quin aprovecharon que nada protegía mi vulnerabilidad para echarme las redes.

Yo contra todos.

Era agotador.

Y ahora me encontraba ahí, encogida como un gato enfermo, preocupada, pendiente de un resultado que solo, y solo quizá, le atañía a Juantxo.

Me asomé titubeante al cuarto de baño. Clavé los ojos en el test.

Estaba embarazada. Otra vez.

*

10:00

La alarma del móvil le recordó de golpe que tenía cita con la matrona. Al ir a apagarla vio dos wasaps de su madre. Al parecer, ella no se había olvidado y le preguntaba a qué hora quedaban.

—Mierda —se lamentó.

—¿Pasa algo?

Su hermano y ella acababan de salir de la comisaría para poner rumbo a Cantabria.

—En treinta minutos tengo consulta en el ambulatorio. Con tanto jaleo se me había pasado por completo.

—Hay tiempo, no te preocupes. Yo te acerco. —Abrió las puertas del coche con el mando—. Seguro que llegamos a Santander y aún no tenemos la orden.

—La ama quería acompañarme —explicó, acomodándose—. Es por lo del embarazo, ya sabes.

—Llámala y dile que nos espere en la parada de taxis del Boulevard.

Media hora después, madre e hija estaban sentadas en la consulta. Aia le había explicado a la matrona que aún no sabía si seguir adelante o no. Que tenía mil dudas.

—En efecto, el test ha dado positivo —dijo la mujer, consultándolo. Antes de poner el protocolo en marcha, le había pedido que se hiciera la prueba de embarazo para asegurarse.

Inés le tomó la mano a su hija bajo la mesa y le sonrió con cariño. Aia sabía que la apoyaría tomara la decisión que tomara. Tenía los dedos calentitos y le transmitieron una seguridad y un amor que no tardaron en recorrerla de arriba abajo.

La matrona le explicó cuáles eran los métodos habituales para la interrupción voluntaria del embarazo. Al estar de pocas semanas, era probable que fuera a través de un tratamiento farmacológico, aunque cabía la posibilidad de que tuvieran que hacerle una aspiración. Eso lo valorarían tras un estudio en profundidad. También le habló de los riesgos, de las clínicas disponibles y de las gestiones. La naturalidad de la especialista la hizo sentirse cómoda y aliviada.

—Tramitaré la solicitud para que puedas acudir al centro sanitario privado sin que tengas que asumir el coste. Osakidetza se hace

cargo.

Aia almacenó la información en la cabeza y los papeles en el bolso. Su madre la abrazó en la calle. Su cabello corto y rizado le hizo cosquillas en el rostro. No, claro que no estaba sola en esto. «Bendita familia», pensó.

—Lo vas pensando de aquí a la cita —susurró—. Y, si sigues con dudas, espérate a la consulta. Seguro que allí lo ves todo más claro.

Tras dejar a su madre en el Boulevard, los hermanos tomaron la AP-8 y llegaron en algo más de dos horas a Santander. Como sospechaban, la orden aún no estaba emitida y aprovecharon ese *impasse* para comer algo en un bar de barrio atestado de clientela. Se sentaron junto a un ventanal por el que se colaban los rayos del sol. Agradecieron que la bruma no los hubiera seguido hasta tierras cántabras.

Aia habría saboreado de buena gana un plato de cuchara, pero no había ni rastro de ellos en la carta. Se conformó con una hamburguesa de Heura acompañada de patatas gajo y ensalada, al igual que su hermano. Pensó que, desde hacía unos años, la comida rápida era lo que más abundaba en los establecimientos. Todo era inmediatez y velocidad, una sucesión constante de estímulos. Estrés. Maldito estrés. Ella más que nunca quería vivir despacio, a sorbitos. ¿Tendría algo que ver esa necesidad con sus cuarenta y tres años o con el embarazo?

Martín se llevó su hamburguesa a la boca y, al hacerlo, los puños de la sudadera se le subieron, dejando a la vista unas marcas feas en las muñecas. A Aia le recordaron a las laceraciones que presentaba el cadáver del local de Donostia y se le quitó hasta el apetito.

—¿Y qué te han dicho en el médico? —Su hermano se había percatado, no cabía duda, y lanzaba aquella pregunta para correr un tupido velo.

Aia le explicó la situación, pero evitó desvelar quién era el padre de la criatura, porque lo conocía. En los ojos de su hermano vislumbró cierta curiosidad; también vio que se contenía para evitar intimar más de la cuenta. A Martín le convenía seguir parapetado tras ese tabique en el que ocultaba sus secretos.

—Sé que llevamos años distanciados —dijo, para sorpresa de ella —, pero me tienes para lo que necesites.

—Te lo agradezco. —Aia cogió una patata y la mordisqueó. ¿Cómo acercarse sin ser invasiva? Le daba miedo espantarlo, pero su rostro albergaba tanta tristeza…—. Tú también puedes contar conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

Las pupilas de Martín brillaron como las ráfagas de un faro costero.

—Claro.

A Aia se le puso un nudo en la garganta. Era ahora. Tenía una oportunidad. ¿Por qué esas marcas en la piel? ¿Por qué tanta melancolía y hermetismo? ¿Por qué me gustaría abrazarte y no puedo? Pero calló.

Bebió un trago de agua para disipar la presión que la ahogaba. Ella no fue consciente de que las pupilas que ahora brillaban eran las suyas, pero Martín sí.

Después de un incómodo silencio, apuraron el menú mientras recapitulaban el caso y, durante el café, les llegó el mensaje de que ya podían reunirse con la Policía Nacional cántabra para entrar en el piso de Cecilia.

*

Donostia-San Sebastián
Domingo, 25 de noviembre de 1979

Esa mañana no me sorprendió no hallar más información sobre Angie y Quin en el semanario de sucesos ni en el resto de los diarios. Sabía que a partir de ahora sería así, por mucho que me jodiera. Ellos estarían en prisión y era posible que ni siquiera me enterase de nada más. ¿Se celebraría un juicio? ¿Qué condena les caería? ¿Y a Sandemetrio y Lefèvre?

Las preguntas se me amontonaban en la cabeza. Como si allí fueran a encontrar respuestas.

No podía atormentarme con nada de eso. Ahora estaba en San Sebastián, con Juantxo. Tenía que pasar página. Aceptar que una vida nueva se desplegaba delante de mí y que otra comenzaba en mi útero.

Llevaba tres días sopesando cómo afrontar el embarazo. Hacía apenas mes y medio que había abortado de manera natural y las emociones aún seguían revueltas. La pérdida me había dolido. Cuánto, no lo sabía. Me habían pasado muchas cosas, pero no me había dado tiempo a procesarlas.

Seguir adelante con el embarazo sin tener la certeza de quién era el padre era muy duro. Estaba la opción de abortar, pero que no fuera legal complicaba aún más las cosas, sobre todo teniendo en cuenta el caso de las Once de Basauri, de tan rabiosa actualidad. El suceso había comenzado tres años atrás, en 1976, cuando estas mujeres vascas fueron detenidas por abortar y puestas en libertad a

la espera de un juicio que no dejaba de aplazarse. Por suerte, contaban con mucho apoyo: movilizaciones masivas con el lema «Nosotras parimos, nosotras decidimos», solicitudes de amnistía para ellas y peticiones para legalizar el aborto. Ojalá todas esas protestas evitaran que entraran en prisión.

Nunca en toda mi vida había estado tan informada como ahora.

Los datos que poseía me habían hecho entender que los tiempos estaban demasiado revueltos como para arriesgarme. No podía permitirme una detención ni, mucho menos, salir del anonimato.

Con la decisión tomada de no abortar, me pregunté qué haría cuando el bebé naciera. Yo nunca había sentido el llamado instinto maternal, pero la sola idea de entregar a la criatura me atenazó de los pies a la cabeza. Los hermanos ya habían jugado a eso conmigo.

Yo no quería ser la luciérnaga de nadie.

*

16:30

El piso de Cecilia era acogedor y estaba decorado con personalidad. Los muebles y los colores rezumaban un aire retro que lo diferenciaba de los catálogos modernos, donde imperaba el estilo minimalista. La cocina tenía electrodomésticos redondeados y de tonos pastel; el cuarto de baño, sanitarios color rosa pálido. En el salón comedor predominaban los ocres y los marrones; en la habitación, el turquesa y el blanco. Los terciopelos, el tocadiscos, un teléfono verde menta de los años sesenta, así como los suelos de un barniz brillante, completaban su hogar.

Aia se detuvo delante de una enorme librería que llegaba hasta el techo. Tenía puertas acristaladas y tiradores de cerámica con estampado floral. Reconoció a varias autoras que admiraba entre las novelas que ocupaban las estanterías. No era una casa, sino una fantasía. Quiso deshacerse de todos sus muebles para sustituirlos por aquellos.

Revolvieron entre sus cosas. Ropa, papeles, libros, prensa antigua y moderna…, y una misteriosa maleta preparada con lo indispensable. El frigorífico estaba repleto de comida fresca. ¿Cecilia estaba en Donostia de paso? ¿Cuándo pensaba volver a casa? ¿Y por qué no se había llevado el equipaje?

Había dos dispositivos electrónicos, un ordenador portátil y una tablet, en los que entrarían para avanzar en la investigación.

Todo estaba limpio y ordenado, pero algo no acababa de encajar.

Los hermanos lo mencionaron y le dieron varias vueltas, hasta que Aia dio con el detalle.

—Los recuerdos. No hay recuerdos.

Martín giró sobre sí mismo. Era cierto. Más que una casa, parecía un decorado de película. ¿Dónde estaban las fotos? Los diarios, los cuadernos. Las figuras de porcelana y los suvenires horribles, pero de gran valor sentimental. Todo era coherente pero impersonal. Nada se salía del tiesto. Imposible lograrlo cuando se trata de un hogar.

—¿Has mirado dentro de este armario empotrado? —preguntó Aia.

—No, aún no.

Al abrir la puerta descubrieron que no se trataba de un armario, sino de un obsoleto cubículo oscuro lleno de material fotosensible

para revelado fotográfico. También había pinzas y cuerda para colgar negativos, cubetas y una buena colección de cámaras antiguas y modernas.

Martín se las llevó a la mesa de la cocina para revisarlas. Se apretó la parte alta de la nariz y estiró con cuidado los hombros. Al dolor muscular se le sumaban el sueño y el cansancio. También el agobio. Tenía un porrón de llamadas y mensajes de Nuria. Había leído alguno por encima. Le preguntaba que dónde se había metido, que a qué hora se había ido de casa. En el último le exigía que respondiera. Él no quería. Estaba enfadado y, pese a que ya le daban igual las consecuencias, toda esa tensión lo estaba rompiendo. Había insistido tanto intentando contactar con él a través de los dos teléfonos que la había tenido que bloquear en el del trabajo. No podía permitirse el lujo de silenciarlo, como había hecho con el móvil personal.

El sonido del timbre sobresaltó a los hermanos.

—Tú sigue con las cámaras, yo me encargo —dijo Aia, dirigiéndose a la entrada. Abrió la puerta.

—¿No está Ceci? —Una anciana menuda hizo amago de entrar en el piso, pero se detuvo al percibir la energía de la desconocida.

—Buenas tardes. ¿Es usted familiar de Cecilia?

—No. Soy su vecina desde hace años. Vivo ahí enfrente. —Señaló una de las puertas del rellano—. Llevo días sin oírla y me ha extrañado mucho.

—Cecilia está ingresada en un hospital de Donostia.

—Pero ¿qué ha pasado? —La mujer se llevó las manos al pecho—. ¿Se encuentra bien?

—¿Sabe si tiene algún familiar con quien pueda hablar?

—¿Quién es usted?

—Soy policía, señora. Me gustaría contactar con el entorno de Cecilia para informar de lo sucedido, pero nos está costando localizar a alguien. Toda ayuda es bienvenida.

—¡Ay, por Dios!, pero dígame que se encuentra bien.

—Está en buenas manos, no se preocupe.

—Yo solo les puedo decir que Cecilia es una mujer muy amable. No tiene hijos y es soltera. No sé si tiene familia o amigos. Creo que nació en Zaragoza. ¿Han buscado allí?

Sus compañeros habían seguido sus raíces, pero todo eran callejones sin salida. No había ni un ápice de información acerca de ella ni de sus padres en la capital aragonesa.

—Tenga nuestra tarjeta. Si recuerda algo que pueda facilitarnos localizar a personas de su entorno, llámenos, por favor.

La mujer sacó unas gafas del bolso y se las puso.

—Er… tza… Ertzanin…

—Somos de la Ertzaintza, la policía vasca.

—¡Dios Santo! —Miró a Aia con curiosidad. Las gafas se le deslizaron hasta la punta de la nariz. Eran estrechas y sin montura —. Claro. Eso haré.

—¿Cómo se llama usted?

La mujer le facilitó todos sus datos y pidió que le diera recuerdos de su parte.

—De Pepita, ¿vale? Y deséenle que se recupere muy pronto.

—Descuide. —Tras despedirse de la señora, Aia cerró la puerta y se giró—. Tintxo, ¿has encontrado algo relevante?

Su hermano la miró como si lo hubiera llamado un fantasma. Trabajar varios días con él había rescatado aquel mote al que tanto

cariño tenían.

—Nada. Están vacías —reconoció por fin—. A mí todo esto me mosquea mucho. Y no deja de complicarse. Hieren de gravedad a una mujer —recapituló—, ven a un chaval huyendo del lugar de los hechos que acaba engullido por las olas al día siguiente, aparece un cadáver maniatado en un local que pertenece a la primera víctima…

—Lo chocante es todo lo que rodea a esta mujer. Llevaba una táser encima, en su piso oculta un cuarto oscuro sin una sola foto y parece no tener raíces ni recuerdos.

Su hermano sacó el teléfono y marcó un número.

—Buenas tardes. Soy Oiasso. ¿Podríais volver a cotejar las huellas de Cecilia Martínez de Gomar con la base de datos de la Policía Nacional?

*

Donostia-San Sebastián
Domingo, 23 de diciembre de 1979

El invierno acababa de entrar y me costaba mantener la casa caliente. El frío húmedo se adhería a las paredes y era algo a lo que mi Mediterráneo no me tenía acostumbrada.

Las tardes en las que Juantxo trabajaba se me hacían eternas. Que anocheciera tan pronto ralentizaba aún más el paso de las horas. Por suerte, hoy era su último día. Se había cogido vacaciones y no se incorporaría al hospital hasta después de las Navidades. Se acercaban unas fechas duras en las que mi familia estaría muy

presente en mis pensamientos. Tenía ganas de que pasaran. Seguir avanzando sin que el dolor me estrujara.

Juantxo todavía desconocía que estaba embarazada. Había conseguido guardar el secreto durante un mes entero, pero ya no podía ocultarlo más y menos a partir de ahora, que lo tendría zumbando por casa a todas horas hasta después de Reyes.

Lo esperé con la comida servida. Dejé que cenara, que me contara las anécdotas de la jornada y decidí soltárselo cuando estábamos apurando el postre.

—Tengo que contarte algo. —La alegría de su mirada se apagó. Creo que le daba miedo que le dijera que me iba a Madrid o algo peor.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Había pensado tomarle las manos, pero no lo hice.

—Estoy… embarazada.

Me miró petrificado y se tiró así una eternidad. Yo temí todas las preguntas que vendrían después, cuando se recuperase de la noticia.

No iba a contarle lo de la violación, pero, si me preguntaba si él era el padre de la criatura, reconocería que no estaba segura. Tenía meditadas todas las respuestas. También había asimilado que me iría si así me lo pedía.

—¡Carmen! —reaccionó por fin—. ¿En serio?

—Sí —contesté. Mis emociones se habían recogido como el mar antes de un tsunami.

—¿Sí? —Se levantó y avanzó hasta mí. Se arrodilló a mi lado. Le brillaban los ojos—. ¿Sí?

Afirmé con la cabeza. La prudencia me bloqueaba. ¿Juantxo no iba a preguntarme nada?

—¿Eh? ¿Sí? —insistió, emocionado. A él las olas llevaban un rato golpeándolo.

—Sí —dije, dejándome llevar. Sonreí—. ¡Sí!

—¡Por eso estabas tan rara! Ya empezaba a preocuparme. —Me tocó el vientre y después recostó la cabeza en él. A mí se me escaparon un par de lágrimas.

—Ojalá supieras lo mucho que te quiero —le confesé.

—No seas tonta. ¿Por qué dices eso? —Se puso de pie. Me tendió las manos para que se las tomara. Yo me levanté y nos fundimos en un abrazo—. Y tú, ¿lo sabes?

Me retiré. No, no lo sabía. Ojalá fuera suyo. Lo miré a los ojos y esperé a que prosiguiera.

—Lo mucho que yo te quiero —explicó—. Lo sabes, ¿no?

Le recorrí la cara con los dedos y los hundí en la espesura de su cabello oscuro.

—¿Y qué pasa con… con lo de Madrid?

Me encogí de hombros.

—Que tendrá que esperar.

Al margen de si seguía o no con el embarazo, el sueño de ser actriz se había esfumado hacía semanas, el día que hui de Angie y de Quin con un millón cuatrocientas mil pesetas en la bolsa de viaje.

Pensarlo fríamente me pellizcó el corazón. Me dije que el paso del tiempo igual me brindaba otra oportunidad. Que ahora tenía cosas más importantes de las que preocuparme. Que tuviera paciencia.

—¿Estás segura? Hay… opciones. Me refiero a…

—Estoy segura.

Lo besé en los labios, sin prisa. Él no pretendía obligarme a que fuera un bicho de luz. Su consideración me halagó tanto que supe que mi sitio estaba ahí, que juntos podríamos con todo. Deseé que nada ni nadie me arrebatara ese sueño.

—Tal vez deberíamos… casarnos —propuso—. No sé, antes de que se te empiece a notar.

—Ahora mismo me resulta un poco abrumador. Es algo que no tenía… previsto. Déjame que lo piense, por favor. —Busqué aprobación en sus ojos y después me enganché a su cuello.

—Claro, Carmen, no tienes que hacer nada que no te apetezca. Para mí no es ningún problema. Sabes que no me importa el qué dirán.

¿Merecía un hombre tan bueno y comprensivo? Lo arrastré hasta la cama e hicimos el amor, y, por primera vez desde que estaba en San Sebastián, volví a sentir un inmenso placer en los brazos de Juantxo.

*

19:00

A las siete de la tarde, y tras hablar con el resto de los vecinos, los hermanos Oiasso dieron por finalizada la jornada en Santander y caminaron hasta el coche con más incógnitas que pistas. Aunque todo lo que rodeaba a Cecilia era opaco, tenían la esperanza de que los dispositivos electrónicos guiaran la investigación a buen puerto.

Había anochecido en la capital cántabra y las temperaturas habían caído de manera abrupta. Se detuvieron junto al vehículo y ambos

consultaron los teléfonos. El de Martín estaba inundado de mensajes y llamadas de Nuria. Su novia había entrado en un bucle insano. Leyó alguno por encima. Estaba histérica. No la conocía. El miedo superó al cabreo que el oficial llevaba encima.

Aia, sin embargo, solo tenía un mensaje de Adrián. Era corto y directo como un disparo a bocajarro.

Ya tienes cita para abortar?

¿De qué iba aquel payaso? No contestó.

—Joder —oyó que se lamentaba su hermano.

—¿Qué ha pasado? —Lo miró. Tenía el rostro contraído—. ¿Estás bien?

—Sí, no es nada.

—¿Cómo no va a ser nada? —dijo, aproximándose.

—Ha sido al quitarme la cazadora. —Se masajeó el hombro—. He hecho un mal gesto y se me ha quedado encasquillado.

Aia lo ayudó a desprenderse de la chaqueta. La dejó en los asientos traseros.

—¿Dónde te duele exactamente?

—Aquí. ¡Puto hombro! —se quejó—. Tira del brazo. A ver si entre los dos lo desanquilosamos.

Aia lo agarró de la muñeca y Martín volvió a quejarse. Ella recordó las laceraciones. Mierda.

—Perdona, perdona —dijo, soltándolo de golpe—. ¿De aquí bien? —Le señaló el codo.

—Sí. Ejerce presión hacia abajo, por favor.

Ella tragó saliva antes de hacerlo y oyó un clac que le puso la piel de gallina de la dentera que le dio.

—¿Mejor? —preguntó, preocupada. Martín tenía la frente perlada en sudor.

—Sí, gracias.

—Anda, vete al asiento del copiloto. Conduzco yo.

El oficial Oiasso arrastró los pies hasta allí, rendido, avergonzado y con un dolor que le irradiaba hasta el cuello.

No supo por qué —imaginó que para mantener la cabeza de su hermano en otra parte—, pero, ya en la carretera, Aia le contó todo sobre el embarazo. Nombre del padre incluido.

—¿Con ese? —preguntó aún más jodido de lo que ya estaba. Lo conocía muy bien porque llevaba un tiempo trabajando como patrullero en la comisaría de Zarautz.

—Fue un polvo. Nada más. ¡Y utilizamos preservativo!

—Vaya, lo siento. —Se masajeó el hombro—. «¿Ya tienes cita para abortar?». Pero ¿cómo se puede ser tan miserable?

Martín tenía razón. Adrián era una ruina de tío.

—Bueno, ¿y tú qué me cuentas? —explotó ella—. Estás pateado, joder. ¿Quieres decirme qué está pasando?

Su hermano volvió la cabeza y perdió la mirada a través de la ventanilla durante diez minutos largos. Allí el cielo estaba despejado y la luz de la luna le permitió ver los montes recortados en el horizonte. Aprovechó para contemplar el firmamento, ya que, en cuanto llegaran a Donostia, la bruma se lo impediría.

—Nuria y yo tenemos problemas —dijo sin moverse ni un milímetro.

Aia frunció el ceño.

—¿De qué tipo?

—¿Pues de qué va a ser? De pareja.

—Tintxo…, no me jodas. He visto las marcas.

Otros diez minutos largos devoraron el interior del coche.

—Es consentido.

—¿Y por qué estás tan triste?

El oficial Oiasso chasqueó la lengua.

—No es un tema para hablarlo con una hermana.

—¿Qué tontería es esa?

—¿Te importa si de aquí a Donosti vamos en silencio?

La irrati apretó el volante.

—Vale, con tu hermana no, pero ¿acaso lo estás hablando con alguien?

—Aia, por favor.

—Me preocupas, tío.

—Estoy bien, en serio. Es un juego que tenemos Nuria y yo. ¿Por qué me obligas a contártelo?

—¿Tienes miedo de que me escandalice o algo así?

—Para el coche.

—¿Cómo voy a parar en medio de la autopista? ¿Estás loco?

—Me estoy agobiando.

—Aguanta hasta la próxima gasolinera.

Martín cerró los ojos y resopló.

Recorrieron varios kilómetros sin dirigirse la palabra, aunque en sus cabezas se amontonaban como ropa sucia.

—Cuando empezamos a salir fue lo que me enganchó a ella —susurró al rato—. El sexo con Nuria es diferente. Yo lo acepté desde el principio, porque me hizo traspasar fronteras y descubrir placeres que no conocía.

Aia meditó. Debía decirle algo certero. Sin avasallar.

—Todo está bien, Tintxo. Si es consentido, no hay nada malo en ello.

—El problema es que ha empezado a sobrepasar ciertos límites que a mí…

—¿Y se lo has dicho? —Esta vez no le dio tiempo a reflexionar la pregunta.

—Lo he intentado, pero entra en ese juego de dominación y no logro conectar con ella. O su fuerza me arrastra, no lo sé. Yo aguanto el dolor hasta cierto punto. —Se remangó la sudadera y levantó las muñecas—. Pero ir marcado y magullado hasta el tuétano se pasa de castaño oscuro.

Aia miró de reojo y las marcas volvieron a impresionarla. Odiaba a esa cabrona. Como no dejara en paz a su hermano, la patearía. ¿De qué iba?

—Sí, claro. Opino lo mismo.

—Llevo todo el día dándole esquinazo. No he contestado a ninguno de sus mensajes y llamadas. Creo que intuye que anoche se pasó, pero eso le da más mecha. No recula. Está desatada. Me quiere a su merced y punto.

Aia tragó saliva.

—Si estuviera dispuesta a escucharte, ¿qué le dirías?

—Que necesito tiempo para pensar. Que así no podemos seguir. Que tiene que respetar mis límites, no solo en la cama, sino también fuera de ella.

—Díselo hoy mismo.

—No es tan fácil. Sabe cómo darle la vuelta para ponerme a sus pies. Es entrar en casa y…

—Pues llámala. O habladlo en una zona neutral.

—No puedo, joder…

—¿Por qué? —preguntó con angustia.

Martín tardó en contestar.

—Sin ella no valgo nada —murmuró, hundido—. Le debo todo lo que soy. En estos diez años me ha espoleado para que alcanzara mis sueños. Yo solo no lo habría logrado.

—Tintxo, nadie te ha regalado nada.

—¿Y si no sé vivir sin Nuria?

—Vamos a ir por partes, ¿de acuerdo? Dile que necesitas tiempo y, mientras, decides dónde quieres que estén los límites. No es una ruptura. No adelantes acontecimientos. —Aia vio un cartel de refilón. Redujo la marcha—. Hay una gasolinera a tres kilómetros. ¿Necesitas bajarte del coche?

—No.

—Continúo, entonces —dijo, acelerando.

—La primera vez que intenté cambiar los roles y ser yo quien sometiera… —murmuró, visiblemente avergonzado—, se pilló un cabreo de aúpa. Me dijo que no volviera a hacerlo si no quería recibir un castigo ejemplar. Sus palabras no me asustaron y a las semanas volví a la carga. —Carraspeó—. Para mí era un juego. Nos divertíamos. Experimentábamos…

—Claro. Era de mutuo acuerdo. —Aia cambió de marcha.

—Ella no tolera la sumisión. Me avisó de que pagaría por haberla humillado. La vez que tú y Tessa la visteis con otro tipo fue su forma de darme una lección. No le bastaba con ponerme los cuernos sin más, qué va, lo hizo a lo grande, delante de vosotras.

—Pero ¿por qué nos hizo partícipes?

—Para ridiculizarme y, de paso, crear un conflicto entre nosotros tres. Nuria sabía que Tessa fue el último rollo que tuve antes de iniciar una relación con ella y siempre la ha tenido atravesada.

—¿Se puede ser más retorcida? —se indignó Aia.

—Lo peor de todo es que yo se lo perdoné. Acaté sus normas porque me mataba la sola idea de perderla. —Tomó aire—. Es celosa y posesiva. Ha traspasado todas las líneas rojas y ya no puedo más. —Martín la miró a los ojos por primera vez en lo que llevaban de trayecto—. ¿Tienes sitio para mí en tu casa? Será algo temporal. Hasta aclararme.

—Eso ni se pregunta. —Soltó el volante para darle un apretón en el hombro, pero detuvo la mano a pocos centímetros—. No sé ni dónde tocarte —reconoció.

Él volvió a perder la mirada por la ventanilla.

*

Donostia-San Sebastián
Domingo, 10 de febrero de 1980

Compartimos la noticia con la familia de Juantxo en febrero, un mes y medio después de contárselo a él. Los padres eran una pareja moderna, privilegiada. Eran dentistas y tenían un gabinete privado en el que ejercían. Los dos se habían criado en la ciudad y a ninguno le había faltado de nada. Vivían en un piso amplio de la avenida de la Libertad.

Mi relación con ellos era correcta, aunque mentiría si dijera que no me hacían sentir insuficiente para su hijo. Rezumaban un tufillo a

clasismo que para mí no pasaba desapercibido. Que me llamaran «querida», como hacía Angie en el pasado, no ayudaba mucho.

La hermana de Juantxo, que se encargaba de la recepción de la clínica dental, era mi aliada en las reuniones familiares y tendía a sentarme a su lado. Se llamaba Mirentxu, tenía un corazón de oro idéntico al de Juantxo y me trataba como a una igual. Lloró de alegría al enterarse del embarazo.

Respecto a los padres, no sé si les agradó o no. Juantxo intentó convencerme de que sí, pero yo no lo tenía tan claro.

¿Dudaron sobre la paternidad? Si fue así, no se atrevieron a preguntar. La pareja presionó para que nos casáramos, pero nos negamos. Lo había hablado con Juantxo y de momento era algo que no entraba en mis planes. Él me apoyaba en mi decisión y les dijimos que no necesitábamos hacerlo. Que presumieran de lo adelantados que eran me ayudó en este trance y no insistieron más.

Por la tarde, ya en casa, ojeé *El Caso* que había comprado a media mañana y guardado en el bolso. El semanario de sucesos no mencionaba a los hermanos.

Lo puse sobre la pila de periódicos que amontonaba en una balda y fui a la sala a buscar a Juantxo.

Hacía un par de semanas que las náuseas habían sido sustituidas por un deseo sexual impaciente que nos tenía exhaustos.

Él al principio tuvo sus reticencias. El temor a hacerme daño a mí o a la criatura estaba ahí. Me costó convencerlo de que no nos pasaría nada.

Mis años en el taller de costura me habían enseñado muchas cosas sobre la vida y la feminidad, y era lo único que echaba de menos de la profesión. Pese a que mi madre era muy puritana y le

costaba soltarse, no podía evitar que las mujeres hablaran sin tapujos mientras les tomábamos medidas o probábamos las prendas. Allí fue donde me enteré de que el embarazo era un periodo en el que aumentaban las hormonas en el organismo y de que el feto no corría ningún peligro al practicar el acto sexual.

Cuántas confesiones intercambiaron. Cuánto aprendí de ellas.

En otro tiempo nos habrían quemado por brujas. Por pecadoras. Ahora tan solo nos juzgaban y señalaban.

La religión seguía con ese peso inmisericorde, con esa vigilancia extrema que, por lo general, solo recaía sobre las mujeres.

*

21:15

Hicieron una última parada en la comisaría para hablar con los Verano y ponerlos al día. Los cuatro se sentaron en el despacho compartido con un café e intercambiaron informaciones. Ellos tampoco se explicaban qué había detrás de toda esa amalgama de acontecimientos.

—No tenemos nada nuevo —informó Julio tras crujirse el cuello—. Hemos seguido al tipo que forzó la puerta del local de Cecilia a través de varias cámaras, pero le hemos perdido el rastro a la altura de la plaza Cataluña.

—Te corrijo —lo interrumpió Maitane Agosto—: a la tipa. Juraría que es una mujer. Igual me equivoco, pero llegué a esa conclusión por cómo se movía y por la forma de su cuerpo.

El oficial lo anotó.

—¿Ha llegado el análisis preliminar del forense? —preguntó. Con tanto ajetreo se le había olvidado presionar a Javi—. Los de la científica iban a presentarse en el anatómico forense para coger la necrorreseña de la víctima.

—Aún no han mandado nada.

Envió un mensaje a Javi para no postergarlo más.

—Por cierto, mañana por la mañana tendrá lugar la incineración de Marco Aizpurua —dijo Maitane, apurando su café—. Julio y yo estaremos presentes e intentaremos hablar con sus amigos.

—¿Habéis revisado las grabaciones para corroborar si los padres del chico dijeron la verdad cuando contaron que en el momento del apuñalamiento estaba con ellos?

—Sí, pero en las de tráfico no se aprecia si iba en el coche o no —contestó ella—. Estamos a la espera de las del centro comercial.

El teléfono del oficial emitió un pitido. Era la respuesta del forense. La leyó en voz alta.

A primera vista, quitando las abrasiones que tiene por las cuerdas, no he hallado signos de violencia

Descarto la estrangulación, sofocación, etc.

He enviado varias muestras para el análisis toxicológico, por si lo han envenenado o se ha intoxicado con cualquier sustancia

Pero sospecho que la etiología es natural de probable origen cardiaco, porque en la parte superior del tórax, el cuello y los hombros tiene livideces en esclavina

Mañana a primera hora os enviaré el informe preliminar

Ya sabes que no puedo establecer infarto de miocardio como causa de la muerte hasta tener el estudio histopatológico del corazón. Ten

un poco de paciencia

Eso te lo confirmaré en cuanto reciba los resultados

—Dos muertos, una mujer herida y ningún asesino al que detener —dijo Julio—. No entiendo qué ha desatado toda esta violencia.

—¿Cómo sigue Cecilia? —se interesó Aia.

—La subcomisaria nos ha dicho que más o menos como ayer. —Al agente le sobrevino un bostezo que no pudo reprimir—. Grave, pero estable.

—Bien. Por hoy hemos hecho suficiente. —El oficial Oiasso se levantó—. Si mañana nos llega todo lo que hemos solicitado, nos espera un día movidito. Intentad descansar.

Antes de salir de la comisaría, Martín entró en el vestuario y vació la taquilla. Por suerte, estaba llena de ropa que evitaría que tuviera que pasar por casa. Cualquier cosa con tal de esquivar los hechizos de Nuria.

Cenaron un par de sándwiches que acompañaron con una bolsa de patatas fritas y remataron el menú con unas onzas de chocolate. No tenían el cuerpo para otra cosa.

«Mañana vuelvo a mis platos calientes de cuchara», pensó ella.

Los hermanos habían vivido juntos más de dos décadas, hasta que Aia se independizó, pero volver a estar bajo el mismo techo se les hizo raro. Agradecieron que el cansancio que llevaban encima mitigara la incomodidad.

—No voy a quedarme aquí mucho tiempo, te lo prometo —dijo él mientras metía los platos en el lavavajillas—. Solucionaré todo en unos días.

—Tintxo, por favor. Mi casa y yo estamos para lo que necesites. No tengas ninguna prisa. Me conoces bien para saber que te acojo de mil amores.

—*Eskerrik asko*, Aia. —Dio un paso hacia ella y estuvo a punto de abrazarla, pero no lo hizo—. Voy a llamar a Nuria.

—Claro. Suerte.

Martín se metió en su nueva habitación. Tenía lo justo. Una cama, un armario y una mesilla. Todo blanco. Mobiliario de Ikea y de segunda mano que la mejor amiga de su hermana le había dado antes de mudarse a Londres. A Nuria le horrorizaría semejante donación. Nunca le había faltado de nada. Todo lo que desde cría había llegado a sus manos era a estrenar.

Se sentó en la esquina del colchón y consultó los dos teléfonos. Su novia había seguido insistiendo. No acostumbraba a que la ignoraran. El rechazo tampoco lo llevaba nada bien.

Marcó su número.

—¿Dónde te has metido? —preguntó, nerviosa.

—Nuria, estoy agotado. He tenido un día de locos. ¿Eres consciente de las veces que me has llamado?

—¿Y qué querías? Me levanté de madrugada y no estabas en casa. ¿Cómo habrías reaccionado tú? Haber contestado antes, joder. —En su voz había enfado, pero también cierto temor.

—Ayer te pasaste tres pueblos.

—Eso no es verdad.

Se la imaginó con uno de sus camisones. La melena limpia y sedosa. Las muñecas perfumadas.

—Hostias, Nuria. Me duele todo el cuerpo.

—Te follé como a ti te gusta y encima te quejas. ¿De qué vas?

—Mira, vete a la mierda. Podías haberme partido cualquier hueso. Una cosa es que me engrilletes, pero lo de anoche…

—¡Cállate, anda! ¿Sabes el estrés que me ha generado no saber de ti? A mí sí que mañana me va a doler todo. ¡Y con razón!

Martín se llevó la mano a la frente.

—Contigo no se puede hablar.

—Por teléfono desde luego que no. Este tipo de conversaciones son para tenerlas cara a cara, no así. ¿Dónde estás?

No contestó y esperó unos segundos antes de proseguir.

—Hoy no voy a ir a dormir a casa.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué? ¿Por trabajo?

—No, claro que no. ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? Se nos ha ido de las manos y no puedo más.

—¡¿Estás loco?! ¿Por qué juegas conmigo?

—Por favor, Nuria.

—¿Dónde estás? —insistió.

—Te pido que me dejes tranquilo unos días. Necesito estar solo y descansar.

—Tu sitio está aquí, conmigo. No puedes largarte así, sin más. ¿Has conocido a otra? ¿Es eso?

—No, claro que no. Pero nuestra relación no puede continuar así. ¿Entiendes eso?

—¿Qué coño estás diciendo?

—Nuria, dame unas horas, ¿vale? Mañana te llamo y volvemos a hablarlo.

—Te quiero en casa en treinta minutos —exigió.

—No, Nuria.

—¿Te has olvidado de las represalias? Si me haces daño, habrá consecuencias.

—Esperaba que entendieras que…

Pero no lo dejó acabar, porque colgó.

Martín tiró el teléfono de mala gana sobre la cama y dio unas vueltas por la habitación. ¿Y ahora qué? No iba a regresar.

—¿No tendrás un cepillo de dientes de sobra? —dijo, saliendo.

Aia estaba en la sala viendo un capítulo de *Friends*. Le dio al Pause y se levantó.

—¿Qué tal te ha ido?

—No muy bien. Mañana volveré a llamarla.

—Vaya, lo siento. —Le pasó la mano por la espalda y notó cómo sus músculos se tensaban.

—Ahora solo quiero lavarme los dientes y acostarme —repuso, suspirando.

Aia lo adelantó para darle espacio. Quería consolarlo, pero no sabía cómo. Entró en el cuarto de baño y rebuscó en una cajonera.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Lo dejó a solas para no incomodarlo más y se sentó en el sofá.

—¿Sigue siendo tu favorito? —preguntó, señalando la televisión con el cepillo de dientes.

En la pantalla había un primer plano congelado de Ross.

—Claro.

Los hermanos se sonrieron, cómplices.

*

Donostia-San Sebastián
Domingo, 4 de mayo de 1980

Con el buen tiempo, la ciudad —aún extraña para mí— empezó a mostrarse distinta. Los cielos azules me alumbraban el alma. Su luz me alimentaba. San Sebastián llevaba siendo amable conmigo desde que migré en noviembre, pero yo no lo aprecié hasta que sentí el calor de los rayos del sol al comienzo de la primavera.

El embarazo avanzaba sin contratiempos. El cuerpo no me había cambiado en exceso, solo el tamaño de la tripa, que se había acentuado. La criatura, de la que había preferido no saber su sexo, cada día me arreaba más pataditas. Estaba siempre ahí, conmigo, tan presente que abrumaba. Me costó aceptarlo y acostumbrarme tanto como a la ciudad.

La maternidad nunca había entrado en mis planes y observaba a todos los niños con los que me cruzaba en la calle como buscando una formación intensiva. Necesitaba estar preparada para cuando llegara el mío y así hacerlo lo mejor posible. En esa contemplación diaria enseguida descubrí lo llorones y obstinados que son, pero también el amor que profesan a las madres, una especie de universos de las que iban cogiditos de la mano. Sus botes salvavidas en aquel cruel océano. Yo lo llamaba «confianza instintiva» y era en eso y en aquel cariño en lo que pensaba cuando me entraba el pánico.

Me miré en el espejo. Quería adecentarme un poco antes de bajar a la calle a comprar *El Caso* y el resto de los diarios. Tenía el peinado a lo Brigitte Bardot algo abandonado. No me atrevía a decolorarme el cabello para no causarle ningún daño al bebé, y las raíces

castañas se ensanchaban en mi cabeza como carreteras recién asfaltadas.

Para evitar las estrías me hidrataba cada mañana después del baño, como me había enseñado Angie, pero elegía solo cremas de olor neutro: los florales seguían revolviéndome el estómago.

La odiosa influencia de Angie permanecía en mí. ¿Habría sido la causante de que no quisiera saber si esperaba una niña o un niño? A veces sentía que seguía siendo su acólita. Que me manipulaba desde las sombras. Que en cualquier momento regresaría para arrebatarme a la criatura. Cuando esto ocurría, me veía a mí misma arrancándole la yugular a mordiscos como una salvaje. La mirada perdida y la sangre chorreándome desde la comisura de los labios hasta el escote.

Pasaba de obedecerla a matarla en décimas de segundo. No me la quitaba de la cabeza.

Tampoco a mi madre. La recordaba mucho, aunque nunca con rencor; todo lo contrario. Había días que me tumbaba bocarriba en la cama y me imaginaba que era ella y que el bebé que crecía en mi vientre era yo. Un ejercicio disparatado que acortaba la distancia que nos separaba. Como si solo existiera un cordón umbilical único y común a todas las mujeres. Universal.

¿Pensaría en mí tanto como yo en ella?

Me acaricié la barriga y noté cómo se movía el bebé. El cascarón de soledad que llevaba tiempo recubriéndome se había empezado a agrietar. Ahora transitaba por el mundo con un ser en mi interior y era al único al que le había confesado todos mis secretos. La primera vez que le hablé de ellos en voz alta, me pareció increíble que hubiese pasado por eso y, pese a que por unos segundos me sentí

como una impostora, de lo inverosímil que sonaba todo, me sentó bien exteriorizarlos.

Me levanté, me puse una chaqueta de punto y salí de casa. El kiosquero de la Parte Vieja preparó mis ejemplares en cuanto me vio a lo lejos. Ya formaba parte de su clientela habitual. Esa a la que, el primer domingo de cada mes, regalaba una piruleta. El hombre, de unos cincuenta años, no era muy hablador. Él vendía y yo compraba, nada más. Esa falta de comunicación debió de hacerle creer que la prensa era para mi marido. «Pregúntele si le gusta de fresa o prefiere otro sabor», me dijo un día. «Así está bien, gracias», respondí. En cuanto le di la espalda, abrí el envoltorio y me la metí en la boca. Saboreé con placer el dulzor y mi hijo me dio un puntapié. Me pregunté entonces si el kiosquero se refería a él.

Caminé hasta la costa para deleitarme con el azul en todo su esplendor. Allí, donde el cielo conspiraba con el mar, me sentía en mi hogar. Era mi horizonte favorito, porque podía ser cualquiera, incluido el de Villajoyosa. Me senté en un banco y ojeé los periódicos.

Estaba saturada de leer todos los días artículos sobre crímenes macabros, política exterior e interior, deportes, economía y terrorismo.

De pronto me topé en *El País* con un suceso que había tenido lugar en Alicante. Dos de las tres jóvenes que el pasado noviembre la policía había rescatado de un chalet de la provincia habían muerto. El periodista que firmaba el breve artículo explicaba que se estaba investigando si los hechos tenían relación entre sí. No ponía nada más.

Abrí *El Caso*. Allí la noticia estaba más desarrollada. Las dos chicas habían fallecido en extrañas circunstancias. Una a causa de un atropello, con la posterior fuga del conductor, y la otra, que estaba embarazada de seis meses, tras caer por unas escaleras en plena calle.

> Angie y Quin, la pareja de hermanos que las secuestró en el pasado, aún permanecen en prisión, por lo que gozan de una coartada sólida.
>
> La policía está realizando las pesquisas necesarias para averiguar si se trata de dos fatales accidentes sin conexión entre ellos o si, por el contrario, nos hallamos ante un doble asesinato y un delito de aborto.

Me levanté del banco, me llevé las manos a la tripa y miré en todas las direcciones. Tenía los hombros tan encogidos por la tensión que sentí un pellizco en las vértebras del cuello. Habían matado a esas pobres luciérnagas, yo no tenía ninguna duda. Y a mí me estarían buscando para hacerme lo mismo.

¿Angie y Quin se habrían encargado de coordinar desde la cárcel aquellos viles asesinatos? ¿O habían sido Sandemetrio y Lefèvre? ¿Cuántos médicos del Hospital General de Dios estaban implicados en aquel turbio proyecto de FIV que la prensa no mencionaba?

Quise llamar a la policía para ponerlos sobre aviso. Tenían que proteger a la última luciérnaga, a la valiosa testigo. ¿O es que no se daban cuenta?

De repente toda la gente que había alrededor me pareció sospechosa. Hasta una viejecita que acariciaba a un perro entre las orejas.

Recogí la prensa que había dejado sobre el banco y caminé a buen ritmo hasta casa para ponernos a salvo al bebé y a mí.

*

23:00

María por fin había caído rendida en el sofá y Brianna aprovechó para meterse en su dormitorio e intentar desconectar de sus malditas exigencias y toxicidad. Llevaba todo el día machacándola, pidiéndole explicaciones… Ella no sabía qué había pasado en el local. Solo que había abierto la puerta y se había encontrado con el percal. ¿Acaso sospechaba que lo había matado? Era delirante.

Ojalá durmiera toda la noche y hasta bien entrada la mañana para que la dejara en paz.

Se metió en la cama y le escribió a Nacho para contarle todo lo sucedido. Después, hizo una última búsqueda en internet, por si habían publicado alguna noticia nueva. Hasta ahora todo lo que había encontrado era breve e inconcluso.

> La Ertzaintza investiga las circunstancias que rodean el hallazgo de un cadáver atado de pies y manos en Donostia, en un local de la calle Nueva. Según fuentes policiales, el cuerpo todavía no ha sido identificado.

El texto iba acompañado de una fotografía del establecimiento precintado y poco más. Siguió mirando, aunque los ojos se le cerraban del sueño que tenía. La noticia enlazaba a otra, la del chico ahogado. Había leído por encima el suceso. Lo extraño era que había ocurrido al día siguiente del apuñalamiento, en el encendido de luces. La pinchó para leerla antes de apagar el teléfono. Amplió la

imagen que venía junto a la noticia y vio algo. No podía ser. ¿Iba en serio?

*

Donostia-San Sebastián
Domingo, 1 de junio de 1980

La soledad que me había envuelto todo este tiempo se había llenado de preciosas grietas por las que ahora, por desgracia, se accedía a mi vulnerabilidad. Tenía que protegernos a mí y al bebé, y eso me debilitaba.

La muerte de las dos luciérnagas había sido un duro golpe con el que no contaba. Y me irritaba no disponer de los avances de la investigación.

Llevaba casi un mes sin salir apenas, trazando miles de planes en mi cabeza y devorando la prensa con más atención que nunca.

—¿Qué puedo hacer para robarte una sonrisa?

Estábamos sentados a la mesa, desayunando. Juantxo estiró los dedos y me acarició la muñeca. Yo rodeaba con las manos un vaso de zumo y miraba a la nada. Tenía que esforzarme por disimular. Así no podía seguir.

—No he dormido muy tarde. —Bebí un sorbo de zumo y solté el vaso—. Me cuesta girarme de lado en la cama y conciliar el sueño bocarriba.

—Si pudiera, cargaría con ese gordito para que descansaras por las noches.

—¿Solo por las noches? —Puse los brazos en jarras y las comisuras de los labios se me elevaron con sinceridad.

—¡A todas horas! Cuando nazca lo haré. Te lo prometo.

Yo no dudaba de que lo haría. Juantxo era un regalo con el que el universo me había obsequiado para compensar todo el tormento vivido en el chalet.

Llené la bañera y le eché un chorrito de gel. Teníamos todo el domingo por delante y lo íbamos a aprovechar comiendo en algún restaurante, paseando por la playa y yendo al cine. Me relajé tanto en el agua que a punto estuve de dormirme. Al salir, encontré sobre el sofá todos los periódicos que encargaba a diario. Ya no era ningún secreto que leía la prensa con avidez.

—He aprovechado para recogerlos —dijo Juantxo—. Así no tienes que ir tú hasta la Parte Vieja.

Los miré de reojo. Los titulares se abalanzaron sobre mí y llenaron la sala de palabras como una plaga de hormigas en su vuelo nupcial. Reprimí el impulso de revisar las noticias con urgencia.

—Gracias. ¿Y cómo lo has hecho? El kiosquero no te conoce y ni siquiera sabe mi nombre.

—Pues ahora sí. Le he pedido todos los periódicos que le encarga Carmen, una chica rubia que está embarazada. No ha hecho falta nada más.

Después de Juantxo, era la persona a la que más veía en mi día a día. Aunque no sabía apenas nada de él. Ni él de mí.

Había elegido ese establecimiento porque no estaba en el barrio. Era importante mantener las distancias, ser precavida.

—Me ha preguntado si estabas bien. Y me ha dado esto para ti. —Sacó una piruleta de fresa del bolsillo y me la entregó.

—¿Seguro que te ha dicho que era para mí?

Juantxo arrugó la frente.

—Claro. «Dale a Carmen esto de mi parte», esas han sido sus palabras. ¿Por qué lo preguntas?

Yo le conté la historia y mis teorías, y Juantxo se carcajeó de buena gana.

—Ya me quedo más tranquila —bromeé mientras abría la piruleta y me la metía en la boca—. Siempre han sido para mí y no sabes cómo me alegra.

Juantxo se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Anda, ojea la prensa antes de irnos.

—No corre prisa. Ya lo haré a la vuelta.

Él elevó las cejas. Me conocía de sobra. No insistí más. Cogí el taco de periódicos y me encerré en la habitación para revisarlos tumbada en la cama.

Mi velocidad lectora había mejorado en estos meses. Y por eso no tardé demasiado en descubrir que no había nada nuevo respecto a Quin, Angie y las luciérnagas.

—Cuando quieras —dije, abriendo la puerta—. Yo ya estoy lista.

Juantxo se plantó frente a mí.

—Le he estado dando vueltas y me preocupa que estés así por… las muertes.

Le clavé los ojos. ¿Y si sabía todo desde el principio? Sentí un pequeño vahído, pero enseguida me recompuse. No, no podía estar refiriéndose a las luciérnagas.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—El mes pasado fue complicado…

Mi cabeza trabajó a pleno rendimiento hasta que até cabos. El 8 de mayo una chica de dieciséis años había aparecido muerta y violada en San Sebastián, en una ladera del Alto de Zorroaga, y su novio estaba gravemente herido en el sendero que conducía desde ese lugar hasta los cuarteles de Loiola. Se rumoreaba que la organización terrorista de ultraderecha Batallón Vasco Español había reivindicado el crimen.

Siete días después, un etarra había matado a tiros a tres policías nacionales mientras desayunaban en un bar de San Sebastián.

—Hace varias semanas que apenas sales —murmuró. Chasqueó la lengua—. Y tu obsesión con… la prensa ha aumentado. Me da miedo que te canses de tanta violencia —reconoció él—. Tú vienes de una zona alejada del conflicto.

—Claro que estoy harta de tanta muerte —reconocí con tristeza—, pero no creo que más que tú.

¿Cómo explicarle que a todos esos atroces crímenes perpetrados en la ciudad se me sumaban los de dos chicas que habían estado secuestradas conmigo? ¿Cómo confesarle que los autores posiblemente me estarían buscando para silenciarme a mí también?

*

Donostia-San Sebastián
Martes, 5 de diciembre de 2023
07:30

Se despertó temprano y lo primero que hizo fue echar un vistazo a los teléfonos. El móvil personal estaba inundado de llamadas de

Nuria, también de wasaps que ella misma había enviado y después borrado. La ristra de «Mensaje eliminado» era más larga que un día sin pan. No quiso imaginarse su contenido.

El oficial tenía un problemón encima. La había querido como a nadie, pero a este paso iba a conseguir que la detestara. No podía acosarlo así. ¿Sería consciente de que se estaba comportando como si hubiera perdido el norte?

Bajó los pies al suelo y se quedó sentado en la esquina de la cama.

—Vaya mierda —susurró.

Al menos había dormido bien. La víspera había sido un día colmado de trabajo y emociones. Un tándem que lo fulminó en cuanto se acostó.

El olor a café recién hecho se coló por la puerta entreabierta.

Se puso un vaquero y una sudadera, y abrió la ventana para que se ventilara el dormitorio durante unos minutos. La acera, los bancos y el pretil del río estaban empapados, y la gente caminaba resguardada bajo el paraguas. A la bruma de los días previos se le había sumado un sirimiri de esos incansables. Cerró para que no entraran el agua y el frío, y salió de allí.

En la encimera de la cocina, cerca de los fuegos ya apagados, reposaba una cafetera italiana de aluminio, de las de toda la vida. Aquel recipiente y el aroma que impregnaba la estancia le recordaron a la niñez. En el piso de sus padres nunca faltaba una, ni cuando estaban juntos ni al separarse.

En su casa —o más bien en la de Nuria, porque estaba a su nombre— tenían una automática de última generación que a ella se le antojó, un capricho caro que pagaron a medias. Martín no tenía

vivienda propia y apenas ahorros debido al tren de vida que llevaban: viajes en primera clase a todos los rincones del mundo, ropa de marca, muebles de catálogo…, lujos con los que nunca había comulgado, pero que para Nuria resultaban indispensables.

Detuvo los pensamientos de golpe para no agobiarse con el percal.

—Huele como cuando éramos críos —dijo, inundando los pulmones con aquel aroma nostálgico.

Su hermana estaba de espaldas lavando unos arándanos. Llevaba un vaquero tobillero, un jersey amplio de punto y el cabello recogido en una coleta. Era guapa y buena persona. Eso fue lo primero que Martín pensó al verla. Si seguía adelante con lo del embarazo, ese bebé sería muy afortunado de tenerla.

—¿Qué tal has descansado? —preguntó ella.

—Muy bien. Espero que tú también y que mi presencia no te haya causado problemas o comeduras de cabeza. Lo importante es que tú te encuentres bien con…, ya sabes —añadió, señalándole tímidamente la tripa.

—Todo sigue en su sitio, tranquilo. Siéntate, anda. —Aia colocó un plato con frutas variadas sobre la mesa, galletas y café—. No tengo la menor idea de lo que te gusta.

—Así está perfecto, gracias.

Mientras desayunaban hablaron sobre el caso y los dos coincidieron en que agradecían no tener que presenciar la incineración de Marco Aizpurua. Los Verano hoy saldrían a regañadientes de entre las sábanas. Se compadecieron de ellos.

—Tengo que hacer unos recados antes de ir a comisaría —anunció Aia al finalizar—. Nos vemos allí, ¿de acuerdo? Te he dejado una

llave en el mueble del recibidor para que entres y salgas cuando lo necesites. Y en el baño tienes toallas limpias.

—Te agrade…

—No vuelvas a darme las gracias —lo cortó—, te lo pido. Soy tu hermana, qué menos.

Ya en la calle, Aia puso el motor en marcha y condujo hasta el centro ginecológico al que la matrona la había derivado, aunque aún no tenía cita. Detuvo el coche cerca de la puerta. Al otro lado de la carretera, dos mujeres hacían guardia pancarta y rosario en mano. REZAMOS POR EL FIN DEL ABORTO, ponía en letras grandes.

Hasta hacía algo más de un año, las «forofas de la vida», como se autodenominaban, se tiraban doce horas allí plantadas, acosando a las mujeres que acudían con frases como «No peques, rezaremos por ti y por tu bebé» o increpando a los trabajadores al grito de «¡Asesinos!». Pero, desde que en abril de 2022 el Senado aprobó una reforma del Código Penal que incluía como delito concentrarse a las puertas de los centros sanitarios donde se interrumpían embarazos, estos grupos antiabortistas, vinculados a sectores de la ultraderecha, actuaban con más cautela.

—Ninguna mujer aborta por gusto, joder —susurró Aia. Pensó en el último wasap de Adrián y le indignó que todos se emperraran en tomar la decisión por ella.

Era libre de hacer lo que quisiera, pero no de evitar que esa enorme lupa la acorralara para observarla y juzgarla.

Recordó a las Once de Basauri, detenidas en 1976, diez de ellas por interrumpir sus embarazos y una por practicarlos. Aquellas mujeres tuvieron que soportar un largo proceso penal que se prolongó durante casi nueve años. El caso alcanzó una enorme

repercusión dentro y fuera de las fronteras gracias al impulso del movimiento feminista de Euskadi, y aquella presión social fue decisiva para que ninguna entrara en prisión y para que, años después, en 1985, el aborto comenzara a despenalizarse en España.

Habían pasado casi cuarenta años desde entonces.

Aia bajó la ventanilla del coche. Las finas gotas de lluvia se colaron y le humedecieron la cara.

—¡Eh! —Les mostró su placa—. Desfilad si no queréis que llame a mis compañeros. Os recuerdo que os pueden caer entre tres y doce meses de cárcel.

Las dos mujeres la miraron con indignación.

—¿Desde cuándo rezar es un delito? —preguntó la más mayor—. No hacemos daño a nadie. ¡Ellos! —gritó, señalando hacia el centro ginecológico con el dedo tembloroso—. ¡Los de los negocios *abortorios* sí que los cometen!

Ropa y peinado recatados. Muy dignas e íntegras. Fervientes y beatas. Seguro que estas Navidades no faltaba en la mesa de ninguna de las dos un cordero lechal al que desmembrar a golpe de cuchillo y tenedor. Su especismo les manchaba las manos de sangre. Que se dejaran de dar lecciones de nada.

La irrati se llevó el móvil a la oreja y vio por el rabillo del ojo cómo comenzaban a recoger sus bártulos.

Cuando se largaron, metió primera y se incorporó a la carretera, sabiendo que regresarían cuando les diera la gana.

*

Donostia-San Sebastián
Miércoles, 23 de julio de 1980

Era pleno verano y el escaso turismo de la ciudad nada tenía que ver con el de Alicante. El clima tampoco. Solo en el mes de junio había llovido durante dieciocho días y había hecho una temperatura media de dieciocho grados. Y julio no estaba siendo mucho mejor. En otro tiempo me habría pelado de frío. Mi piel estaba acostumbrada a otra calidez, pero el embarazo me tenía asfixiada. Como me negaba a comprarme un abanico para no parecerme a mi madre, balanceaba el periódico que más cerca tuviera para mover el aire.

Era media tarde y todavía no había bajado a por la prensa. Juantxo había insistido en cogérmela él por la mañana, antes de ir a trabajar, pero había preferido encargarme yo para tener un motivo que me obligara a salir de casa.

Me impulsé para ponerme de lado en la cama y me levanté despacio. El volumen de mi barriga era como el de un balón hinchable de esos azules que las avionetas de Nivea lanzaban a las playas. Resoplé sentada en una esquina del colchón. Tenía los pies hinchados y me picaban horrores. Agradecí haber engordado solo ocho kilos.

Cerré la puerta y me monté en el ascensor. Entre los labios abultados, el paño que me había salido en las mejillas y el vestido con canesú, creí estar viendo una muñeca al otro lado del espejo.

Caminé sin prisa hasta el kiosco, pegada a los edificios para resguardarme del sol. Quisiera o no, estaba en la recta final del embarazo. Me aterraba parir o que me rajaran el abdomen para

sacar a la criatura, pero no podía quedarse dentro de mí para siempre.

Las últimas semanas habían sido raras. A finales de junio cumplí diecinueve años y uno desde que me marché de casa.

Mi madre me había empalagado tanto durante mi vida que jamás pensé que la fuera a necesitar como ahora. Me hacía falta que cargara con parte del torbellino de miedos y tormentos que me rondaba. Deseaba con toda mi alma contar con su compañía y experiencia en la aventura de ser madre. Sin ton ni son, había regresado ese vínculo que perdí en la adolescencia. Qué pena no tenerla, pero mucho más no poder decírselo. Le habría hecho una ilusión inmensa sentirse necesitada, aunque lo del embarazo sé que no le habría hecho tanta gracia, al menos de primeras. ¿Y a mi padre? ¿Y a Estrella? Se me humedecieron los ojos.

Odiaba que las hormonas me mantuvieran en una permanente borrachera de melancolía.

Mi cómplice de los periódicos me entregó el surtido diario. Al ser miércoles, *El Caso* no estaba en el lote.

—Ya te queda poco —dijo, serio.

Una revista sobre la maternidad me miró desde el mostrador con ojos golosos. En la portada ponía algo así como que con el segundo todo sería mucho más fácil. El mensaje me horrorizó. ¿Qué pondrían con el tercero?

—Sí, pronto saldré de cuentas.

Le pagué y esperé el cambio. Después, di la espalda a aquella revista que se nutría de las luciérnagas.

Me comí un helado de camino a casa y me desplomé en el sofá con la prensa sobre el regazo. Leí el contenido en compañía de

múltiples bostezos. Me costaba mantener los ojos abiertos.

La sorpresa me aguardaba al final. Era una pequeña columna en *El País*.

La tercera luciérnaga había muerto. Todo indicaba que se había caído del balcón en un aparatoso accidente. Esa era la hipótesis que barajaba la policía. El periodista remataba el artículo con una frase errónea y poco afortunada.

> La mala suerte que han corrido las tres jóvenes hace que nos planteemos si seguirían vivas de haber permanecido en la ratonera de donde la policía las rescató.

Los dedos, teñidos de negro por la tinta, empezaron a temblarme.

Solo quedaba yo.

*

10:30

Mientras Aia y Martín esperaban a que los Verano regresaran de la incineración de Marco Aizpurua, la mañana llenó de actividad el despacho compartido. Por un lado, había llegado el informe preliminar del forense y, por otro, habían averiguado que Cecilia Martínez de Gomar, además de ser propietaria de dos locales y una vivienda, poseía un vehículo, un Ford Puma color gris antracita. Si la mujer se había trasladado con él desde Santander, tenía que estar aparcado en Donostia. Habían solicitado la colaboración de la Guardia Municipal para encontrarlo con la esperanza de que su hallazgo arrojara nuevas pistas.

El oficial Oiasso imprimió el informe de Javi y le dio una copia a su hermana para estudiarlo juntos.

—Entonces, murió tal cual lo encontramos, sentado en la silla —dijo Aia—. El cadáver presentaba livideces fijas en glúteos, parte baja de la espalda, tercio inferior de piernas y pies, manos…

—Intentó liberarse de las ataduras —observó Martín—. La postura del torso y las abrasiones en las muñecas así lo indican.

—¿Y esto? ¿Lo has visto? —Aia se levantó y señaló algo en la copia de su hermano.

Él comenzó a leer en voz alta.

—Presentaba pequeñas heridas en la nuca, con una quemadura leve alrededor, similares a las que deja… —miró a Aia— una táser.

La repentina entrada de los Verano los detuvo. Su expresión fúnebre anegó el despacho de emociones opresivas.

A Aia los labios le supieron a sal. Lágrimas y mar.

—Ha sido duro —dijo Maitane suspirando mientras tomaba asiento—. Un chico tan joven… Os podéis imaginar…

A Martín Oiasso volvió a asaltarlo la imagen de él huyendo de roca en roca. Unos segundos, un parpadeo. A veces era así de breve el lapso que separaba la vida de la muerte.

—¿Habéis observado algo que os haya llamado la atención?

—Nada. Hemos hablado con sus amigos más íntimos, pero la consternación ha impedido que detectáramos si nos han dicho la verdad o no —contestó Julio. Por lo general, llevaba ropa amplia y deportiva, pero hoy había elegido una más sobria. Pantalón negro y jersey del mismo color. Su cuerpo cincelado se intuía bajo la vestimenta—. Todos han coincidido en que la tarde del sábado no estuvieron con él. Si había relación entre Marco y la agresión a

Cecilia, se la llevó con él al fondo del mar. —Se tiró del cuello del jersey y boqueó, como si la prenda lo ahorcara.

—¿Han llegado las grabaciones del centro comercial? —quiso saber la Verano.

El oficial negó con la cabeza antes de resumir los nuevos avances.

—O sea, que la señora Martínez de Gomar aplicó la descarga al desconocido del local y después lo ató a la silla —dijo el agente.

—O al revés —repuso Martín.

—¿Con qué fin? —preguntó Maitane—. Según el informe preliminar, el cadáver no presentaba signos de defensa. ¿Se dejó atar? No me cuadra.

Tres pares de ojos lo miraron esperando respuesta.

A Martín se le secó la boca. Sus juegos sexuales lo estaban trastornando. Solo él se dejaba engrilletar sin oponer resistencia.

—Olvidadlo. —Movió la mano para quitar importancia a su comentario.

—¿Por qué? A mí me interesa tu opinión —insistió ella.

—Me refiero a que no podemos dar por sentado lo evidente. Quizá se conocían y accedió.

—¿Lo amarró con su consentimiento y luego le metió la descarga? —preguntó el Verano con recelo, volviendo a tirar del cuello del jersey—. ¿Una cita amorosa que salió mal? Joder, cómo se las gastan las maduritas…

—Ya te vale, Julio. —Su compañera chasqueó la lengua.

—Lo siento. Necesito descargar la tensión que he pasado hace un rato. —Levantó los brazos y se sacó el jersey con un movimiento rápido. Debajo llevaba una camiseta de manga corta negra que se le ajustaba a los bíceps—. ¿Nadie más tiene calor?

El oficial Oiasso estaba a punto de ordenarle que se fuera a tomar el aire cuando le sonó el teléfono.

—Dime.

—(…).

«Lo que me faltaba», pensó. Cerró los ojos y se restregó la cara con la mano libre.

Nuria acababa de entrar en comisaría.

*

Donostia-San Sebastián
Miércoles, 23 de julio de 1980

Esa misma tarde volví a salir de casa. Los planes que había madurado durante semanas tenían que abandonar mi cabeza y materializarse. Si quería seguir sobreviviendo, no me iba a quedar más remedio que ponerlos en práctica.

Y así, espoleada por el miedo, caminé hasta el barrio obrero de Sagüés, en el extremo oriental de San Sebastián, junto a las empinadas laderas del monte Ulía. Pasé junto a la explanada donde entre 1885 y 1976 se había alzado el matadero municipal. Juantxo me había dicho que desde su derribo el barrio había ganado en salubridad y también el mar, al que durante décadas habían ido a parar los restos de los animales sacrificados. Ahora en aquella zona había un terregal irregular lleno de charcos, utilizado como aparcamiento. Ningún coche era nuevo y algunos estaban destartalados.

Me adentré en las calles del barrio. La calidad de la construcción de las casas dejaba mucho que desear. Las fachadas, desconchadas y cubiertas de manchas de humedad, hablaban de abandono y precariedad. Era un lugar al que no llegaban los planes municipales de mejora, y durante años muchos habrían preferido demolerlo para reorganizar el entorno urbano desde cero. Qué lejos quedaban de allí la arquitectura burguesa y la aparente prosperidad de la ciudad.

Localicé a una prostituta y me acerqué a ella. Vestía un top y una falda que apenas le cubrían el cuerpo. Estaba flaca, desnutrida, y llevaba el cabello más decolorado que yo.

Me miró de arriba abajo cuando me vio aparecer. Supongo que el embarazo y mi aspecto de muñeca no encajaban en ninguno de los grupos de personas con los que trataba a diario en la calle.

Me paré enfrente de ella.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? —preguntó, dando una calada y echando el humo hacia el cielo. Calculé que tendría unos treinta años.

—Necesito tu ayuda.

Ella se carcajeó, enseñando unos dientes manchados de nicotina, café o ambos.

—A buena has acudido tú… No creo que yo pueda hacer nada por ti.

—Deja que lo intente.

Di un paso para susurrarle al oído lo que buscaba, pero ella se retrajo. De toda la chusma que se le acercaría a diario me temía a mí. Con mis labios abultados, el paño en las mejillas, el avanzado embarazo y el vestido con canesú.

—¿Qué haces, chavala?

—Por favor, solo escúchame.

Tragó saliva y volvió a mirarme de arriba abajo. Le había echado unos treinta, pero hallé una juventud en el brillo de sus ojos, y en su miedo, que me obligó a barajar otra fecha de nacimiento. ¿Y si tenía mi edad?

Con un gesto me dejó aproximarme a ella. Olía a pachuli y a tabaco negro.

Adelanté los labios y comencé a hablarle a media voz.

—(…).

—Yo no sé nada de eso. —Se apartó y se quedó callada un rato—. Pero quizá mi jefe sí.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—En el club. ¿Tienes dinero? Sin eso él no mueve un dedo —aseguró mientras apuraba el pitillo.

—Claro.

—Y yo… —exhaló el humo—… tampoco.

—Entiendo.

Tiró la colilla y la pisoteó. Llevaba unas sandalias de tacón fino.

—¿En qué quedamos? ¿Hay trato o no hay trato?

—Claro, siempre y cuando consiga lo que busco. No voy a pagar por nada.

La chica me dio la espalda y echó a andar. Tenía un culo raquítico y el contorno de las piernas parecía el de mis brazos. ¿Heroína? Su consumo no dejaba de crecer y estaba causando muchos estragos, sobre todo entre los más vulnerables.

—Anda, acompáñame —dijo, girándose y moviendo la mano antes de alejarse del todo—. Pero haz el favor de fingir que no vas conmigo.

La seguí mientras me preguntaba qué la habría llevado a prostituirse. ¿La adicción? No éramos tan diferentes. Las dos habíamos comerciado con nuestro cuerpo. ¿Sería ella libre de salirse de ese camino cuando quisiera? ¿O una vez que entrabas en la prostitución no podías dejarlo, como me pasó a mí en el Proyecto Luciérnagas? En cualquier caso, ahí estábamos las dos, rumbo al club en el que se escondía su proxeneta.

Tardamos más de media hora en llegar. El local estaba en la Parte Vieja y tenía aspecto de bar, aunque de esos en los que no elegirías colarte. Se llamaba El Caprichito y tenía una puerta y un ventanal que no permitían ver el interior. ¿Otra vez me estaba metiendo en la boca del lobo?

La chica me pidió que esperara fuera antes de entrar. Tardó en volver apenas un par de minutos.

—Ven.

A mis ojos, que acababan de pasar de una tarde soleada a un garito iluminado por cuatro bombillas rojas, les costó acostumbrarse y distinguir el espacio longitudinal, con algún sofá de escay, una barra, varios taburetes altos y paredes de espejos llenos de sombras. El aroma que dominaba el local era una mezcla de desinfectante, pachuli y ambientador de baño.

La prostituta me agarró del brazo y me acercó a una puerta que abrió. La luz de un fluorescente me cegó. Parpadeé. Era una habitación pequeña atestada de cajas de diferentes marcas de tabaco y alcoholes. Había un hombre sentado en un sillón mullido frente a un escritorio. Tenía unos cincuenta años, un pendiente en la oreja izquierda y el pelo rubio, decolorado. Al parecer, los tres compartíamos el mismo tono color pollito.

—Es ella —me presentó la chica.

Él se me acercó y dio una vuelta para observarme desde todos los ángulos.

—¿Buscas trabajo? Tengo algún cliente que pagaría muy bien por pasar un rato contigo.

Me llevé las manos a la tripa y lamenté no tener ocho patas para proteger mi huevo como las arañas.

—No te quedes con la chavala, Caprichoso.

—¡Shhh! —Me guiñó un ojo—. Aquí nos encargamos de cumplir los sueños de muchos. ¿Qué tiene eso de malo?

—Capri… —insistió la chica.

—Qué aguafiestas eres, Trini. Anda, lárgate a buscar algún cliente. —Mientras se lo decía colocó una caja grande delante del escritorio—. Pero antes cómete un pintxo. O un helado. Lo que sea. Cada día estás más flaca, joder.

Trini murmuró algo indescifrable antes de marcharse.

—Siéntate —me ordenó él, señalando la caja— y hablemos.

Cuando estaba a punto de hacerlo, me cogió del brazo para detenerme. Yo me agarré la panza y me tensé de pies a cabeza.

—No irás a romper aguas, a mearte o algo así, ¿no? Es tabaco de importación. Espera un poco. —Retiró la caja y colocó otra llena de botellas de alcohol tan pesada que le costó moverla—. Ahora.

Me sentí como una pobre vaca de granja. Angie y Quin me habían sometido y explotado —como a ellas—, y aquel individuo no esperaba otra cosa que aprovecharse de mí. Esa gentuza no estaba capacitada para tratar a nadie con respeto. Solo los movía el dinero. Entre aquel proxeneta y la pareja de hermanos apenas había diferencias.

—¿Y bien? —Impaciente, se acomodó en su sillón.

—Necesito una nueva identidad.

—Eso me ha dicho Trini.

—¿Podrías ayudarme?

—No es fácil conseguir algo así, ni barato.

—El dinero no es problema —le aseguré. Me miré las manos. Las tenía manchadas de tinta de periódico.

Él jugueteó con el aro que le atravesaba el lóbulo. A continuación, se levantó y cerró la puerta de la estancia con una llave que se guardó en el bolsillo del pantalón.

—Tengo un conocido… —murmuró tras de mí. Estaba tan cerca que lo oí tragar saliva—. Podría preguntarle si le interesa echarte un cable.

Me puso la mano sobre el hombro y creí sentir su nariz en mi cabello. ¿Se había arrimado para olerme o eran imaginaciones mías?

—¿Y cuándo sería eso? —quise saber. Mi sistema nervioso estaba a punto de reventar en mil pedazos. Me señalé la tripa—. Como ves, no dispongo de mucho tiempo.

Dio un paso atrás y yo respiré aliviada.

—No sé de qué huyes, niña, pero es una maniobra muy arriesgada. Si la policía te descubre, lo primero que sospechará es que perteneces a ETA. —El proxeneta bajó el tono al mencionar al grupo terrorista, como a Juantxo le había visto hacer. Se acomodó en su sillón—. Y algo así no te conviene. Eres consciente, ¿no?

—Eso no va a pasar —musité mientras me frotaba la punta de los dedos para borrar la sombra negra.

—Y les importará tres narices tu estado. —Negó en silencio—. Por mucho menos he visto a un madero encañonarle la cabeza a un

adolescente. No son buenos tiempos, niña. Los ánimos están muy crispados.

Su preocupación no era sincera. Volvió a recordarme a Angie y a Quin.

—¿Cuánto quieres?

Caprichoso se crujió los nudillos.

—Ven mañana a esta misma hora.

*

11:00

La hizo pasar al despacho del oficial al que estaba sustituyendo sin poder mirarla a los ojos. Nuria llevaba un traje de chaqueta y pantalón impecable que le quedaba como un guante y el cabello cobrizo recogido en un moño bajo. La invitó a que se sentara, pero ella prefirió quedarse de pie.

—¿Quién te crees que soy? No he venido a que me tomes declaración.

—Haz lo que te dé la gana —contestó él, acomodándose en el sillón.

A ella le sorprendió su respuesta. Estar en su territorio lo envalentonaba y eso no le gustaba ni un pelo.

—Baje esos aires de grandeza, oficial.

—¿A qué has venido? —Por fin la miró. Nuria intentaba disimular su preocupación y vulnerabilidad a base de prepotencia, pero ambas cantaban a kilómetros al igual que sus ojeras bajo el maquillaje—.

No puedes presentarte aquí así. Estoy trabajando. A mí jamás se me ocurriría plantarme en la notaría para hablar de nuestros problemas.

—¿Y qué querías que hiciera? —Se aproximó a la mesa y apoyó las manos sobre ella—. Has pasado la noche fuera de casa.

—Te pedí tiempo y me comprometí a llamarte durante el día. —Contempló sus dedos. Estaban rígidos de la presión que ejercía sobre ellos—. Pero tú ni siquiera me lo has concedido.

—¿Qué buscas? ¿Que te ponga contra la pared? —preguntó, exaltada—. ¿Aquí? ¿Es eso?

—Hostia, Nuria. ¿Crees que todo va de lo mismo? —se quejó. Sin embargo, su propuesta había desatado la química y el deseo. Sus hormonas y feromonas estaban a su merced.

—¿Es por tu hermana? Acabo de cruzarme con ella en el pasillo.

Martín Oiasso se levantó. Debía zanjar todo aquello.

—Nuria, te pido que te vayas y que esperes a que termine la jornada. Ahora mismo estoy intentando resolver un caso complicado.

—¿Volvéis a hablaros? —Sus iris oscuros se encendieron—. ¿Te está comiendo el tarro?

—Esto ya es el colmo… No sé quién de los dos está en una órbita diferente, pero me cuesta mucho conectar contigo. —Pasó por su lado para alcanzar la puerta.

—¿Dónde has dormido, Martín?

El oficial no contestó.

—¿Eh? ¿Tanto te cuesta decirme eso?

—En casa de mi madre.

Nuria torció el gesto.

—Eres un embustero. Ayer le escribí para preguntarle qué tal estaba del tobillo. Al despedirnos me dijo que te diera un beso de su

parte. ¿Por qué mientes?

—¿Y te acordaste de decirle que has destrozado el chándal de Jacinto? —preguntó, cabreado—. Mira, Nuria, me estás asfixiando. Vete, por favor. —Tiró del pomo—. Mi equipo me espera.

Ella se puso a pocos centímetros de él. La barbilla alta, retadora. Los labios gruesos. Las cejas arqueadas. Y ese olor suyo tan característico y sexual.

—«Mi equipo» —se burló Nuria. Se recolocó el bolso en el hombro.

Martín pensó que era su lamia, que la amaba como a ninguna otra mujer y que claro que quería que lo pusiera contra la pared.

—Te llamo a última hora de la tarde. —Esta vez fue él quien intentó disimular sus sentimientos bajo un tono de voz severo y, sospechó, poco convincente.

*

Donostia-San Sebastián
Jueves, 24 de julio de 1980

Me cubrí para acudir a la cita: pantalones y un blusón holgado de manga larga. Aunque era verano y el embarazo me provocaba sofocos cada dos por tres, prefería ir tapada a aquel antro donde se traficaba con el cuerpo de las mujeres y, seguramente, también con drogas. La ropa era un escudo simbólico, lo sabía muy bien, y no me protegería de nada, pero me ayudaba a resguardarme, a no exponer más piel de la necesaria.

Llamé a la puerta de El Caprichito y esperé.

En la prensa no había hallado nueva información sobre las luciérnagas. Otra vez me encontraba en esa isla repleta de preguntas y de miedo. La situación seguía torciéndose como las ramas de un olivo centenario. Sentía que mi vida pendía de un hilo finísimo.

¿O estaba exagerando?

Caprichoso abrió y me invitó a pasar. Rogué que su contacto hubiera accedido a conseguirme una nueva identidad.

Me senté en la misma caja llena de botellas de alcohol. Cristal duro, impermeable. Al proxeneta seguían atemorizándole mis líquidos.

—Has tenido suerte. Él está dispuesto.

El corazón y el bebé me patearon por dentro como a una alfombra polvorienta.

—Os lo agradezco mucho. No sabéis cuánto.

—Pide cien mil pesetas. Y yo, cincuenta mil. —Me guiñó el ojo—. Te he ajustado el precio, no te creas, y si quisieras rebajar la cuantía —dijo, humedeciéndose los labios—, podríamos, ya sabes, llegar a un… acuerdo.

—No, gracias. Así está bien —lo corté—. Pero te pagaré cuando me des el carnet de identidad.

—¿Carnet? —se carcajeó él—. No, niña, es una partida de nacimiento. Tú ya te encargarás de hacerte el documento en una comisaría.

—Pero… yo ya tengo uno. ¿Cómo voy a ir…?

—Vas como si nunca te lo hubieras hecho.

—Me van a pillar. Es obligatorio tenerlo a partir de los catorce años.

—Tranquila —dijo, alargando la «a» final—, no te van a sancionar por eso ni a preguntar nada.

Me agité y él debió de notarlo.

—Va en serio, confía en mí. Cuando alguna de mis chicas lo necesita, lo hace así y nunca ha tenido ningún problema. —Cogió una libreta y un bolígrafo—. ¿Qué nombre y apellidos quieres que figuren? ¿Y fecha de nacimiento? Te convendría no tener más de dieciocho, para levantar menos sospechas aún. Aunque no creo que seas mucho mayor.

—¿Mañana estaría?

—No, imposible. Hasta el lunes nada. —Se toqueteó el pendiente —. Mañana es festivo, el día de Santiago, y después es fin de semana. En el local vamos a estar a tope.

—Eso es mucho. ¿Y si directamente me lo entrega la persona que va a encargarse de hacerlo?

—Me temo que en la casa del Señor también van a estar atareados con las misas de estos días.

Lo miré sin saber a qué se refería.

—La partida de nacimiento te la va a falsificar un cura —aclaró—. ¿No te lo había dicho?

¿Un cura y un proxeneta? El dinero era capaz de unir hasta el agua y el aceite.

—De acuerdo. El lunes.

*

11:30

Tras la charla con Nuria, a Aia le costó ver centrado a su hermano. Tenía ganas de saber cómo había ido la conversación, pero el trabajo y la presencia de los Verano dificultaban cualquier acercamiento.

—Acaban de llegar los resultados de las búsquedas en el ordenador y la tablet de Cecilia —dijo Martín, abriendo un *email*—. La mujer está suscrita a varios diarios digitales. Hum, hum —emitió mientras leía para sí—. El informático advierte en una nota que los equipos están muy limpios y solo ha podido acceder a las búsquedas más recientes. Cine, literatura…, hum, cultura en general y… —Se quedó callado.

—¿Y? —preguntó Julio.

El oficial miró a sus compañeros.

—Y cómo sabotear una furgoneta. Un sinfín de trucos para pinchar neumáticos.

—Pero ¿qué le pasaba a esta mujer? —dijo Aia—. Alguien la seguía y estaba al tanto. Por eso la pistola táser y las búsquedas en internet.

—Esperad, que hay algo más. Parece un enlace de Instagram —informó al tiempo que lo abría. Martín, incrédulo, se quedó petrificado ante la pantalla. ¿Por qué? ¿A qué venía eso? Tragó saliva y disimuló.

—¿Qué pasa? —preguntó Maitane.

—Nada, nada. —Lo cerró de un clic—. Es el perfil de un periódico.

—¿De cuál? —dijo ella.

—De uno de esos a los que está suscrita —mintió para ganar tiempo—. Uno cántabro.

El equipo lo observaba como si no estuviera conforme con su respuesta.

—¿Estás bien? —preguntó Aia. Su hermano había perdido el color de las mejillas.

—Necesito un café. Dadme unos minutos.

Salió del despacho compartido y avanzó por el pasillo con inestabilidad, como si caminara sobre el hielo marino del Ártico. Llegó hasta la máquina y metió unas monedas. ¿Era cierto lo que acababa de ver? ¿Cómo iba a abordar la nueva información? Debía hablar con la subcomisaria.

—¿Qué te pasa, Tintxo? —Su hermana le puso la mano en el hombro y él se sobresaltó—. ¿Es por Nuria?

Martín le clavó los ojos, turbado. Cuando estaba a punto de abrir la boca, le sonó el teléfono. Lo extrajo del bolsillo. Era de su contacto en la Policía Nacional.

—Dime, Charo.

—(…).

—No, pero suéltalo ya.

—(…).

—Repítelo, por favor —pidió a la par que capturaba el móvil entre el hombro y la oreja.

—(…).

Martín lo anotó en una servilleta de papel.

—¿Y cómo puede ser?

—(…).

—Okey —dijo, volviendo a escribir—, gracias. Nos ponemos con ello. Envíame todos los detalles, por favor. Te llamo en un rato.

Colgó y miró a Aia.

—El cotejo de las huellas dactilares de Cecilia Martínez de Gomar acaba de poner sobre la mesa otra identidad. Una tal María del Carmen Rodríguez García.

—Pero…

—La primera coincidencia ha saltado enseguida, como la anterior vez que cotejaron sus huellas dactilares. Pero en esta ocasión han aguardado frente a la base de datos para asegurarse y es entonces cuando ha aparecido la segunda identidad.

—Una pistola táser y dos identidades. ¿Quién se esconde detrás de esta mujer?

—El DNI se expidió en los setenta en la provincia de Alicante. Volvamos al despacho —dijo, dejando olvidado el vaso de café en la máquina.

Los cuatro trabajaron codo con codo y contrastaron las dos identidades.

María del Carmen Rodríguez García nació en Villajoyosa y se hizo su primer DNI en 1976, con quince años, aunque no lo renovó nunca. Habían buscado en todas las bases de datos y no habían encontrado ningún tipo de rastro, a excepción de una denuncia por desaparición que sus propios padres interpusieron en 1981. Toda su familia procedía de Villajoyosa.

Cecilia Martínez de Gomar nació en Zaragoza a finales de 1961. En 1980, cuando contaba con dieciocho años, se hizo su primer DNI en Santander, ciudad donde residía desde entonces y donde se sacó el carnet de conducir, se compró una vivienda y un local donde montó un pequeño negocio a pie de calle. La mujer mantenía todo el papeleo en regla, sin deudas con la Seguridad Social, la Agencia

Tributaria, etcétera y, a diferencia de María del Carmen, el equipo no había dado con ningún familiar.

—¿Ha estado viviendo con dos identidades todo este tiempo? —dijo Aia, asombrada.

—Más de cuarenta años —murmuró Maitane—. ¿Cómo es posible? ¿Robó una de ellas?

—En aquella época se podían comprar pasaportes falsos en Madrid —explicó Martín—, pero, según Charo, mi contacto en la Policía Nacional de Irún, había otras formas de hacerte una segunda identidad sin que te pillaran. Por ejemplo, bastaba con conocer a alguien en el juzgado para que te falsificara una partida de nacimiento y después presentarla en una comisaría para que te expidieran un carnet de identidad. Era sencillo, porque muchos de los documentos se rellenaban a mano.

—Claro —convino Aia—. Si no, habría sido imposible lo de los bebés robados en España. Hace poco leí que se estima que, entre 1940 y 1990, sustrajeron más de trescientos mil niños y niñas al nacer.

—Exacto. En los noventa se digitalizó el DNI y entonces se dieron cuenta de que había muchos errores en los emitidos en el pasado. Fue un auténtico follón.

—No dejo de darle vueltas a algo —intervino Julio—. El segundo DNI se lo expidieron en 1980, con dieciocho años. ¿No era obligatorio hacérselo antes de los catorce, como en la actualidad?

—Sí, pero si ibas más tarde ni te multaban ni te ponían ninguna pega. Daos cuenta de que hubo muchísima gente que estuvo años viviendo exiliada en el extranjero y luego regresó —aclaró Martín—. Ahora la cuestión que habría que resolver es si la identidad de María

del Carmen es verdadera o también falsa, como sospechamos que es la que está a nombre de Cecilia.

Volvió a recordar una de las búsquedas en internet que había realizado aquella mujer, la del enlace de Instagram, y se le encogieron las tripas.

*

Donostia-San Sebastián
Lunes, 28 de julio de 1980

Llevaba veinticuatro horas noqueada, desde que la víspera bajé al kiosco y abrí *El Caso*.

PROVINCIA DE ALICANTE

Confirmado. Las tres esclavas procreativas a las que violaban y mantenían retenidas en el chalet de El Bacarot han muerto en extrañas circunstancias.

La pareja de hermanos en busca y captura por ¿asesinato?

La policía ha hecho público que se encuentran en paradero desconocido.

(pág. 17)

LA POLICÍA INVESTIGA A LOS HERMANOS POR SU POSIBLE IMPLICACIÓN EN LA MUERTE DE LAS TRES CHICAS

María de los Ángeles y José Joaquín Escala Zapata tenían una sólida coartada para las dos primeras muertes, ya que se hallaban en prisión, pero, tras llevar seis meses encerrados, el día 5 de mayo su abogado pidió la libertad provisional y el juez se la concedió a cambio de 70.000 pesetas cada uno.

El 22 de julio la tercera víctima murió al caer desde el balcón y la investigación llevó a la policía hasta los hermanos, que, a la espera del juicio, gozaban de permiso. La sorpresa fue mayúscula al descubrir que se habían esfumado.

Fuentes cercanas al semanario aseguran que hay un detenido por los presuntos asesinatos que ha señalado a los dos hermanos como inductores de los delitos.

Seguiremos informando de todas las novedades de este aterrador caso recién bautizado como «Los crímenes de El Bacarot».

Por Olivia del Páramo

Desde que cayó la primera luciérnaga, supe que corría peligro, pero no tanto. Ahora todas estaban muertas y Quin y Angie llevaban dos meses en la calle.

El pánico que campaba por mi cuerpo era tan incapacitante que lo único que quería era meterme en la cama y echarme a llorar.

Juantxo había trabajado de mañana y lo tenía danzando por casa, tan pendiente de mí como de una niña pequeña. Yo no podía saltarme la cita en El Caprichito. La partida de nacimiento me esperaba y la necesitaba más que nunca.

Le pedí que me dejara dar una vuelta, sola. La preocupación le ensombreció el rostro y yo pensé que no era para menos, y eso que él ignoraba la magnitud del asunto. Lo tranquilicé diciéndole que eran cosas de las hormonas. Que sentía una especie de enfado interior y que quería estar en silencio.

Accedió, qué remedio, y me marché.

No me había atrevido a confesarle mis planes, tampoco el terrorífico pasado vivido en el Bacarot y en el que, por momentos, aún parecía atrapada. Me daba miedo contarle toda la historia desde el principio, pero, mucho más, alejarlo de su familia. O que él se alejara de mí.

Quisiéramos o no, Carmen tenía que morir para que nuestro futuro pudiera seguir adelante.

Me prometí no postergarlo más. En cuanto tuviera la partida de nacimiento, le diría toda la verdad.

Llegué exhausta al local de la Parte Vieja, como si acabara de gastar las últimas energías de los músculos. Me notaba rara, medio mareada. La tripa tensa y más molestia lumbar de lo habitual. Lo achaqué a los nervios y al miedo, a mi avanzado embarazo. Al calor húmedo de finales de julio.

—¡La hermosa Cecilia! —gritó Caprichoso al verme. Estaba exultante. Me hizo pasar a su despacho y cerró con llave.

Yo no me senté en la caja. Me quedé de pie. Sobre el escritorio estaba la partida de nacimiento a nombre de Cecilia Martínez de Gomar, mi yo del futuro. Sostuve entre los dedos mi vía de escape.

Llevaba un pequeño bolso cruzado que abrí. Extraje los dos fajos de billetes y se los entregué.

Caprichoso no contó el dinero, pero sí lo comprobó. Con sus movimientos me dejó muy claro que estaba acostumbrado a manejar mucha pasta. A reconocer si era falsa o no. Sus manos eran como balanzas de precisión.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo, pero no vuelvas por aquí —dijo muy serio. Se pellizcó el lóbulo donde llevaba el pendiente y sus ojos se convirtieron en dos rocas.

—No lo haré. —Una aguda punzada me atravesó del ombligo al pubis y se me cortó la respiración. Las rodillas se me doblaron y a punto estuve de caer. Me agarré la tripa dura y empecé a sudar frío. Él me observó sin salir de detrás del escritorio, sin ofrecerme ningún tipo de ayuda. Tomé aire, guardé la partida de nacimiento en el

bolso y tiré del pomo dispuesta a largarme de allí. Pero no pude, porque la puerta estaba cerrada.

—¿Me abres, por favor? —pedí a media voz.

Él me analizó desde la distancia, con desprecio. Tardó unos segundos en moverse y acercarse a mí.

¿Y si todo había sido una trampa para sacarme el dinero? ¿Y si ahora aquel maldito proxeneta hacía conmigo todo lo que quisiera? Por desgracia, había experimentado en mis propias carnes la peor vileza del ser humano.

Apreté los puños. Podía dar unos pasos, alcanzar una de las botellas de alcohol y rompérsela en la cabeza, pero apenas tenía fuerzas.

Caprichoso metió la llave y entornó la puerta.

Cuando yo estaba a punto de tirar de la hoja para salir, él apoyó la palma de la mano y de un golpe volvió a cerrar en mis narices.

Me lanzó una mirada turbia y se me aproximó tanto que percibí la peste agria que emanaba su piel.

—Si se te ocurre regresar…

—Jamás he estado aquí —lo interrumpí—. Y tienes mi palabra de que no volverás a verme.

Conforme, giró el pomo y por fin me franqueó el paso.

Aceleré la marcha y salí rápido, sin despedirme.

Una vez en la calle, me apoyé contra la fachada y me sequé el sudor con un pañuelo. El pinchazo y el encuentro con Caprichoso me habían dejado débil.

Arranqué a andar y, ya más recuperada, me dirigí a paso lento a la zona que frecuentaba Trini. Aún tenía que pagarle. La mujer no

había puesto precio a su labor. Cien mil se había llevado el cura, cincuenta mil el proxeneta y veinticinco mil le daría a ella.

Desde la distancia vi cómo se encendía un cigarro. Vestía de rojo. Llevaba unos *shorts* y un top escotado. Me sonrió con sus dientes manchados de nicotina.

—Tu parte —dije, sacando los billetes—. ¿Conforme con veinticinco mil?

La prostituta miró en todas las direcciones antes de cogerlos con avaricia. Se los guardó en la cinturilla del pantalón.

—Claro, reina.

—Cuídate, Trini. —Quise decirle que no lo gastara en mierdas, pero bastantes problemas tenía yo como para preocuparme de los ajenos.

—Y tú. Y que vaya bien con… —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a mi tripa—. Y también con lo otro.

—Gracias.

Un nuevo pinchazo me atravesó. Me agarré a Trini para no caer y a punto estuve de derrumbarla.

—¿Qué pasa? ¿Qué te duele? —preguntó, alarmada—. Tienes mala cara. Conozco al camarero del bar de aquí al lado. ¿Quieres que entre y llame a un taxi?

—Tranquila. Estoy bien. —Le solté el hombro y sus huesos oscilaron. Se le había caído el cigarro al suelo y giraba entre nuestros pies. Tomé aire—. He de irme.

Llegué a casa en menos de quince minutos. Conseguí esconder la partida de nacimiento en el cajón de los calcetines antes de decirle a Juantxo que estaba de parto.

*

12:00

El aviso llegó a última hora de la mañana. Lander Abeita, un amigo de Marco Aizpurua, se había presentado en la comisaría para hablar con el equipo de investigación. Los Verano lo reconocieron enseguida. Era un chico delgado y apocado con el que habían intercambiado unas palabras tras la incineración del joven. El oficial Oiasso pidió a Maitane y a Julio que fueran ellos quienes le tomaran declaración. Estaba seguro de que se abriría más y se sentiría más cómodo delante de dos caras conocidas.

Mientras hablaban con él, Martín y Aia se quedaron observando a través del falso espejo para no perderse ningún detalle. Lander vestía de *sport* y llevaba un flequillo de estilo tobogán, tan de moda entre los chavales de esa edad. Largo y con una onda en la punta.

—Cuéntanos por qué estás aquí —pidió el agente Julio Etxeburu después de conectar la cámara y de que tuviera lugar el protocolo pertinente de presentaciones.

Pese a la distancia que separaba a los hermanos Oiasso del chico, vieron cómo bloqueaba la mandíbula.

Todos aguardaron, expectantes. Él mismo había acudido sin ser llamado y era crucial que se expresase a su ritmo.

—Porque no puedo más. Ya no puedo más —reconoció, echándose a llorar. Apoyó los brazos sobre la mesa e hincó la cabeza en ellos.

La agente Maitane Agosto se levantó y le acercó un vaso de agua y una caja de pañuelos de papel.

—Tranquilo. Tómate el tiempo que necesites —le susurró.

Los cuatro lo oyeron sollozar e hipar durante un buen rato. Era como si la consternación y la congoja de Lander hubieran estado contenidas por el muro de una presa.

—Lo siento, lo siento mucho. —Levantó la cabeza y se restregó los ojos.

Maitane empujó la caja y él se secó la cara con un pañuelo.

—Bebe un poco de agua —le dijo.

—Marco no era un ladrón. —Se llevó el vaso a la boca con pulso irregular—. Vosotros no lo conocíais, pero era el mejor amigo que puedes tener.

—Sentimos mucho tu pérdida —susurró la ertzaina— y comprendemos que estás atravesando un momento muy duro.

—Nunca me había dolido tanto algo. No lo soporto. No sé si voy a poder con esto.

Julio tomó aire y miró a su compañera. Ella le hizo un gesto con la mano en petición de paciencia, pero no le hizo ni caso.

—Tu amigo robó el bolso —soltó—, eso es innegable. La cuestión es si le pagaron por hacerlo.

Lander abrió mucho los ojos.

—¿Pagarle?

—Es una hipótesis. Dices que no es un ladrón; entonces ¿por qué crees que Marco se vio envuelto en todo aquel lío el sábado? ¿Lo coaccionó alguien?

El chico volvió a derrumbarse sobre la mesa.

El Verano frunció el ceño y se remangó. Aia pensó que aquello era señal de que se le estaba acabando la paciencia. Su compañero era un tío de acción y psicología tenía muy poca. Dio un codazo a su

hermano y este levantó las cejas. Parecía ajeno a todo. La visita de Nuria lo había turbado. ¿Era eso o había algo más?

—Fui yo —dijo entre lágrimas.

—¿Tú robaste el bolso y se lo entregaste en medio de la huida ese sábado? —preguntó él.

—¡No! Fue por mi puta culpa. ¡De alguna manera lo forcé! Ojalá las olas me hubieran arrastrado a mí —se lamentó.

Aia vio a Julio tirarse del cuello del jersey. Se preguntó por qué no habría entrado a la sala de interrogatorios en camiseta de manga corta. Qué tío más nervioso.

—A ver, Lander, cálmate —dijo Maitane, serena— y cuéntanos todo desde el principio.

El chaval se aplastó el flequillo y agachó el rostro.

—Yo nunca lo había hecho antes, os lo juro, pero el… viernes… —tomó aire entrecortadamente— aproveché para llevarme un bolso que vi tirado en el suelo.

—¿Dónde fue eso?

—En el encendido de luces. Había quedado en el Kursaal y pasaba por Ramón María Lili cuando iba a empezar el espectáculo. Me mezclé entre la gente y de pronto pasó aquello: hombres, mujeres y niños corriendo, empujones… y el bolso en la acera. —Se detuvo unos segundos—. Marco y yo nos habíamos encaprichado de unas zapatillas de marca que tenían todos nuestros colegas. Nos daba vergüenza no poder permitirnos unas. No estuvo bien, lo sé, pero cogí el bolso y me fui de allí.

—Lander, mírame —le pidió Julio. Él obedeció—. Para tu información, pertenecía a la mujer que fue apuñalada. ¿Tuviste algo que ver con eso?

—No. ¡No! Yo solo lo vi tirado. No tenía ni idea de quién era. Tampoco sabía lo que había pasado. Si no, no lo habría cogido.

—¿Qué sucedió después? —preguntó Maitane, mostrando indulgencia.

—Llamé a Marco… Nos repartimos el dinero y vendimos los móviles. El resto lo tiramos al mar desde el Peine del Viento.

—¿Qué más contenía?

—Dos carteras. Una de mujer y otra que parecía de hombre. Un paquete de pañuelos de papel y un neceser con un espejo y maquillaje. —Se mordió los labios—. No nos quedamos con las tarjetas de crédito. No somos de esos. Nos deshicimos también de ellas. Solo cogimos el efectivo y los teléfonos.

—¿Recuerdas los nombres que figuraban en la documentación que había en las carteras?

El chico volvió a aplastarse el flequillo.

—No, Marco dijo que era mejor no saberlo.

—Entiendo. —Julio echó el aire por la nariz.

—Lo siento. Jamás se me habría ocurrido hacer algo así, pero…, no sé, lo vi tan fácil…

—¿A quién vendisteis los móviles?

—A un desconocido por internet. Quedamos con él en el puerto, nos dio ochenta euros por los dos y se largó.

—¿Y qué pasó con el robo del sábado?

—Fue cosa de Marco. Sentimos tal subidón al pillarnos las deportivas, que quería más pasta para comprarnos lo que nos apeteciera. Se sentía en deuda conmigo. Yo le dije que no hacía falta, pero aprovechó la aglomeración del encendido y le quitó el

bolso a una mujer. Su intención era repartir lo que tuviera conmigo. —Le tembló la barbilla—. Salió corriendo y yo… no… volví a verlo.

Los dos amigos eran delgados y vestían de forma similar. Las cámaras del viernes no habían captado a Marco huir de Ramón María Lili, sino a Lander.

El equipo, por desgracia, conocía cómo continuaba y terminaba la historia del robo del sábado.

*

Donostia-San Sebastián
Martes, 29 de julio de 1980

Me quedé embarazada sin quererlo, no aborté por miedo y, muy a mi pesar, traje a «mi mundo espinoso» a la niña más preciosa jamás nacida. Posiblemente exageré al creerlo así, pero la primera vez que me la pusieron en los brazos es lo que sentí. Jamás había visto una criatura tan hermosa, lo juro y lo perjuro, y eso que la pobre estaba hinchada y enrojecida. ¿Amor de madre? ¿Catarsis después de haber pasado horas interminables de dolor?

Juantxo lloraba a mi lado. Creo que para él también era el ser más hermoso que jamás había visto. Su sensibilidad me rompió el corazón. ¿Cómo podía haberle hecho algo así a una persona tan noble? Mi mierda iba a destrozarlo. No lo merecía. Ninguno de los dos.

Las hormonas habían empezado a caer en picado y me inundó una tristeza con la que no contaba. Saberme tan amenazada tampoco ayudaba.

Con las emociones a punto de irse al garete, una niña a la que le costaba mamar y el amor de mi vida con una alegría que lo tenía desbordado, tomé la decisión más difícil de toda mi vida.

La de marcharme para protegerlos.

No solo era la luciérnaga que había robado y denunciado a Quin y a Angie. También la única que había parido. ¿Aquella bonita criatura podía ser de Quin? Recordé la perfección de Angie, una diosa perversa y vengativa, pero también bellísima. Querrían a la niña para ellos. No podía permitir tal cosa.

Conmigo lejos, no correría peligro.

Cecilia sustituiría a Carmen. Una mujer nueva, sin pasado, sin apegos por los que sufrir. Sin familia a la que poder hacer daño. Quise creer que sería algo temporal, hasta que los hermanos regresaran a prisión.

Parecía fácil. Solo tendrían que aprender a vivir sin mí, y yo sin ellos. Solo, solo, solo y solo hasta que pasara el temporal.

Tomé la decisión al día siguiente de darnos el alta en el hospital. Tenía que ser rápida, antes de inscribir a la bebé en el registro. Madrugué, rompí el certificado del parto y dejé los pedazos junto a una nota contundente que escribí para Juantxo. No podía buscarme. Jamás.

> No ha sido hasta tenerla en los brazos cuando me he dado cuenta de que no estoy preparada para ello. Sabes cuáles son mis sueños. Me marcho antes de haceros más daño. No me busques, por favor. Ha sido bonito, pero cuanto antes aceptes que se ha acabado todo y que renuncio a la niña, mejor.
>
> Siento el daño ocasionado. Espero que encuentres la manera de perdonarme.
>
> CARMEN

Fría, concisa y emocional a partes iguales. Y con altas dosis de egoísmo.

No fue cobardía no decírselo a la cara. Si lo hacía, él detectaría que mentía, que me movían otras razones, y no quería arrastrarlo conmigo: la amenaza era real. No merecía vivir con el mismo miedo que a mí me perseguía.

Aprovechando que los dos aún dormían, me fui del piso. Todavía conservo intacto el recuerdo de sus rostros inocentes. Los dos ignoraban la traición que se les venía encima.

Temí que Juantxo fuera incapaz de afrontar la situación y entregara a la niña en algún orfanato, pero lo descarté. Contaba con el apoyo de sus padres y de su hermana, y además dudaba de que su sensibilidad se lo permitiera. Se haría cargo por los dos. Costara lo que costase.

Había huido de mis padres buscando algo de libertad, de Angie y de Quin por pura supervivencia, y ahora de Juantxo y de la niña para que sus vidas fueran seguras. Cargué con la maleta por San Sebastián. Esta vez me acompañaba un dolor que castigaba cada célula de mi organismo. Como si me hubiera automutilado. ¿Podría subsistir sin ellos o me desangraría antes siquiera de abandonar la ciudad?

Tragué saliva a duras penas para contener las ganas de llorar y me obligué a mirar al frente.

Finales de julio. Mucha gente de paso. Me fui hasta Irún en taxi e hice autostop cerca de la frontera con la esperanza de que algún voluntario me llevara a cualquier lugar, como había hecho meses atrás aquella pareja de belgas.

Mientras esperaba no dejaba de acribillarme un pensamiento. ¿Realmente me largaba para protegerlos o porque lo de ser madre me quedaba grande? Mi conciencia me puso un embudo y me metió esa idea hasta que me la creí por completo.

Un coche con matrícula francesa paró a mi lado. Dentro viajaban dos chicos jóvenes. Dudé si montarme o no. Tenía miedo. Todo me aterraba. Mi sentido del peligro estaba fuera de control.

—¿Adónde vais? —pregunté.

—A Galicia —contestó el que ocupaba el asiento del copiloto.

—Yo a Cantabria. ¿Me lleváis?

—¿Dónde queda eso? —Desplegó un mapa sobre el salpicadero.

Yo metí la cabeza por la ventanilla y señalé Santander.

—¿Podríais dejarme cerca de aquí?

Intercambiaron unas palabras en francés antes de acceder. Cargué la maleta sobre los sillones traseros. Ese esfuerzo me recordó que acababa de parir. Al sentarme, toda la zona pélvica me ardió.

¿Durante cuánto tiempo más tendría que demostrar fortaleza? ¿Podría derrumbarme en algún momento?

Los dos chicos se pasaron el trayecto charlando entre ellos, como si yo no estuviera, y lo agradecí. También cuando, sin yo pedirlo, se desviaron de la carretera para dejarme en el centro de Santander. Les di quinientas pesetas que me costó que aceptaran antes de decirles adiós.

A media tarde me alojé en un hostal donde no me pidieron la documentación. Parecía un sitio tranquilo y la mujer que lo regentaba, discreta. Me dijo que la habitación era pequeña y

sombría, pero con baño propio. Le pagué por adelantado una semana.

Estaba al borde del llanto. Ya no podía más. Mientras subía por las escaleras, las lágrimas comenzaron a escapárseme, desbordadas como un torrente sin control. Me encerré en el dormitorio y, ovillada en la cama, por fin me permití romperme.

*

13:15

Martín Oiasso llamó a los padres de Lander para informarlos de lo sucedido y ellos se personaron en menos de diez minutos en comisaría. Sus semblantes manifestaban una mezcla de pena, rabia y decepción. El oficial dio gracias por no estar en el pellejo de ninguno de ellos, tampoco en el de los padres de Marco; pensó en todo el sufrimiento con el que cargarían las dos familias.

Nuria nunca había querido tener hijos y, por primera vez, Martín lo celebró. No estaba preparado para ese tipo de embates. Los problemas que tenía encima ya le parecían colosales.

Antes de irse a comer, puso rumbo al despacho de la subcomisaria. El testimonio del chaval no había logrado arrancarle el noqueo que llevaba encima tras toparse con lo que Cecilia, María del Carmen o como quisiera que se llamase había buscado en internet.

—Eloísa, ¿te pillo en buen momento?

—Claro, justo estaba pensando en ti. Tengo que contarte algo, Martín. —Lo hizo pasar y lo invitó a sentarse.

Oiasso detectó cierta tensión en el rostro de la subcomisaria y dedujo que iba a hablarle de lo mismo.

—Yo también. Llevo un buen rato dándole vueltas a un tema que me preocupa, pero, entre las dos identidades de la mujer, el testimonio de Lander Abeita y la llegada de sus padres…, menuda mañana.

Eloísa Garo lo estudió y después carraspeó.

—Lo que quiero tratar contigo es un asunto… delicado.

—Sí, estoy al tanto —se adelantó él.

Ella arrugó la frente.

—No lo creo. De momento es confidencial.

—¿Te refieres a lo de mi hermana?

La subcomisaria, confusa, se puso las gafas y buscó entre los papeles que tenía sobre la mesa.

—¿Qué es lo que sabes? —tanteó ella.

—Es sobre una de las búsquedas que realizó Cecilia en internet. Aún no lo he compartido con el grupo hasta hablarlo contigo, porque aparece el nombre de mi hermana.

—¿Cómo dices?

—La mujer entró en el Instagram de Aia el día del apuñalamiento.

Garo apoyó el codo en la mesa y se rascó la barbilla, abstraída.

—¿Qué es lo que sucede, Eloísa? ¿Qué pasa con mi hermana?

—No sé ni cómo decírtelo, Martín. Mis superiores y yo llevamos toda la mañana decidiendo cómo abordar el tema sin poner en riesgo la investigación. —Se quitó las gafas—. Queremos hacerlo de la mejor manera posible.

—Me estás asustando. ¿Qué ocurre? ¿Aia corre peligro?

—¿Recuerdas que le tomaron el ADN a tu hermana porque manchó de sangre la ropa de la víctima?

—Sí, yo mismo se lo pedí a los de la científica.

—Pues bien, hemos recibido unos resultados… inesperados del laboratorio.

—No entiendo nada.

—La víctima es… —Se apretó la parte alta de la nariz—. Lo siento, Martín.

—Dilo ya, por favor.

—Cecilia y Aia son madre e hija.

TERCERA PARTE

Santander
Agosto de 1980

Los primeros días en Santander me costaba hasta respirar. Me sentía vacía, triste. Enfadada. Sin Juantxo y sin la niña era una matrioska hueca, perdida en mitad de un laberinto. No envolvía a ningún ser y nadie me arropaba a mí. Una soledad de dentro afuera que me tenía rota.

¿Cómo estarían ellos? Deseaba verlos por un agujerito para que su dolor me rematara. Creí merecerlo. Reconozco que fui cruel conmigo misma y que me aficioné a herirme más de lo que ya estaba.

Pese a todo, me levantaba cada mañana y seguía adelante con una fortaleza que no sé de dónde saqué. Echo la vista atrás y me parece increíble la cantidad de cosas que hice durante esa primera semana. Presenté la partida de nacimiento en la oficina de la Policía Nacional y, como ya me adelantó Caprichoso, me expidieron sin ningún problema un carnet de identidad a nombre de Cecilia Martínez de Gomar. También abrí una cuenta de ahorros, alquilé un piso modesto, me hice el famoso corte de pelo *garçon* que Mia Farrow había popularizado hacía más de una década en *La semilla del diablo*, y me compré unas gafas grandes sin aumento que no me quitaba.

Pero lo peor y más difícil a lo que me enfrenté fue a los vestigios de mi reciente maternidad. Mi organismo se empeñaba en seguir produciendo leche y tuve que disminuirla de manera gradual.

Cuando sentía los pechos llenos, extraía una pequeña cantidad con el sacaleches para reducir la presión y el dolor, aunque sin vaciarlos del todo, para evitar que siguiera generando. Una tortura diaria que me recordaba que, a menos de trescientos kilómetros, mi niña reclamaría el alimento que entre lágrimas yo arrojaba por el retrete. Y aunque Juantxo se estaría encargando de que no le faltara de nada, no dejaba de verla abriendo el pico en el nido donostiarra como un polluelo desesperado.

En algo más de un año había perdido a mis padres y amigos, al amor de mi vida y a mi hija. Un duelo se encadenaba con otro. Un bucle sin fin.

Mientras yo trataba de subir a la superficie, Angie y Quin seguían en paradero desconocido. Esos cabrones no dejaban de arrebatarme lo que más quería. Me había convertido en una fugitiva, en una paranoica y en una esclava de los diarios y semanarios.

Me consolaba imaginar que ellos tampoco lo estarían teniendo fácil.

María de los Ángeles y José Joaquín Escala Zapata separados y encarcelados. Estigmatizados. Y, ahora, perseguidos por la policía.

Secuestros, violaciones, esclavitud procreativa, presuntos asesinatos y fuga.

*

14:00

Martín trataba de encajar la información que Eloísa acababa de arrojarle a quemarropa. ¿Cecilia era la madre de Aia? Estaba quieto.

En blanco.

—Comprenderás lo delicado del asunto —prosiguió la subcomisaria—. Seguimos sin saber quién apuñaló a esa mujer, y tu hermana, que se hallaba a pocos metros de ella, es su hija.

—Aia no pudo ser. Lo habríamos visto en las cámaras.

—En las grabaciones apenas se distingue nada, Martín.

—¿Qué insinúas? ¿Que existe la sospecha de que fuera ella?

—Es improbable, pero no podemos descartarlo.

—No me jodas, Eloísa —dijo, levantándose.

—Por cómo has reaccionado intuyo que no estabas al tanto de que tu madre no es, biológicamente hablando, la de tu hermana.

Martín sintió un ligero mareo. ¿Y suya? ¿Era su madre biológica?

—Tenemos fotografías en las que mi madre está embarazada. Tiene que haber un error. —Se colocó tras la silla y se agarró al respaldo—. Esto es una puta locura.

—Siento todo esto, Martín, lo siento de veras.

—¿Sospecháis también de mí?

—No. —Se metió un mechón canoso detrás de la oreja—. Durante el incidente estabas en la comisaría de Zarautz reunido con tu equipo.

—No puedo creerlo… ¿Me habéis investigado?

—¿Tú qué habrías hecho?

—Esto es un disparate… —dijo, dando vueltas por el despacho.

—Ya lo sé y lo lamento. Por eso llevo toda la mañana de reunión en reunión. Se acaba de destapar de mala manera un secreto que supongo que tus padres llevan años guardando, y me fastidia estar en el meollo. Sabes que te aprecio. Antes de que me ascendieran trabajamos juntos durante mucho tiempo y siempre he confiado en

ti. En tu lealtad y principios. Pero tenemos que llegar a la verdad del asunto.

Martín se acercó a la ventana y perdió la mirada a través del cristal.

—¿Y qué vais a hacer?

—Por lo pronto, hablar con tu hermana y con tus padres. Sé que es duro y que nada volverá a ser como hasta ahora, pero no tenemos muchas opciones. Estamos investigando un homicidio y otro en grado de tentativa —le recordó la subcomisaria antes de levantarse. Se colocó a su lado y le dio un apretón en el brazo.

—¿Me dejáis que se lo diga yo?

—Desde luego, Martín. Es lo menos que puedo hacer por ti… y por Aia.

*

Santander
Septiembre de 1980

Me instalé en la nueva casa. Un tercer piso en un bloque antiguo de esos de escaleras de madera estrechas y desniveladas. Podría haberme permitido algo mejor, pero tenía que dosificar el dinero, por si las cosas se torcían.

Santander era menos sofisticada que San Sebastián y tenía una belleza distinta, más abierta y ligada al mar, con la que enseguida me familiaricé. Me tiraba horas paseando por la costa. Repitiendo la misma ruta una y otra vez lloviera o hiciera sol. La playa de los Peligros, la de la Magdalena, la de los Bikinis, el palacio de la

Magdalena, las playas del Sardinero, el faro de Cabo Mayor… Andaba sin tregua para aniquilar mi mala conciencia y para meditar sobre qué hacer con mi vida.

La temperatura de finales de verano no era como la de Villajoyosa. En Santander ya empezaba a refrescar y eso me permitía patear a pleno sol a cualquier hora. No me perdía ningún atardecer y apenas paraba para descansar. Esa rutina obsesiva se encargó de aclararme las ideas y de ir sanándome, al menos, la capa exterior del alma.

En San Sebastián, a excepción del pellizco que se había llevado la falsa partida de nacimiento, apenas había gastado dinero, porque Juantxo se negaba a que aportara en casa. Pretextaba que no ganaba mal y que sus padres lo ayudaban. Yo compraba comida, toda la que él me permitía, y también ropa, algún enser para la bebé, prensa y poco más. Pero mi estancia en Santander no estaba siendo gratis. Entre unas cosas y otras, el millón cuatrocientas mil pesetas había bajado a un millón cien mil.

Si iba a asentarme allí durante una temporada, tenía que trabajar. Mimetizarme con el resto de los ciudadanos. Tocar lo menos posible el dinero robado que, al igual que en San Sebastián, escondía tras el zócalo del mueble del fregadero.

Le di muchas vueltas a qué tipo de empleo buscar. ¿Hostelería? ¿Limpieza? El sueño de ser actriz se había transformado en un espejismo. Y no podía apuntarme a ninguna academia de interpretación, ni siquiera por gusto, porque allí sería donde Angie y Quin me buscarían primero.

Mis devaneos me hicieron volver al principio de toda esta historia, al motivo que me empujó a marcharme de casa. No me iba a quedar

más remedio que intentar ganarme la vida con lo que mejor sabía hacer.

Alquilé un pequeño local en el centro que adecenté yo misma. Me hubiese gustado ponerlo a capricho, pintarlo en tonos pastel, darle un toque naif, bautizarlo con un nombre bonito…; pero opté por el blanco para las paredes y la madera para las mesas, y no lo llamé de ningún modo. La austeridad como cómplice.

Compré un par de máquinas de coser y colgué un cartel en el escaparate que rezaba SE HACEN ARREGLOS DE COSTURA.

Aunque Angie y Quin desconocían esa faceta mía, por si las moscas, ni siquiera me permitiría el lujo de confeccionar prendas que llamaran la atención. No destacar como modista: ese sería mi lema. Sobrevivir.

Solo remendar prendas usadas, algo parecido a lo que estaba haciendo yo con lo que quedaba de mí.

*

14:15

Martín le había dicho que informaría a Eloísa Garo de lo sucedido durante la mañana y Aia había aprovechado para revisar varios informes antes de ir a comer con él. Al consultar el reloj vio que había pasado casi una hora desde que se encerró en el despacho de la subcomisaria. ¿Y si su hermano se había largado sin acordarse de que lo estaba esperando?

Los Verano se habían ido hacía rato y, a esas horas, en general, en la comisaría el ambiente era más relajado. Lo llamó varias veces

al teléfono, pero no obtuvo respuesta, y lo buscó por los pasillos. Preguntó al ertzaina de la puerta y le dijo que por allí no habían pasado Martín ni la subcomisaria. Le extrañó tanta demora.

Regresó a la oficina y ojeó la pantalla del móvil. Tenía un nuevo mensaje de Adrián.

> He pedido un traslado a la comisaría de Bilbao y me lo han concedido

¿Se largaba por lo del embarazo? ¿Qué quería decirle con eso? Alucinada, apagó la pantalla sin contestar.

Quince minutos después, su hermano entró como un rayo y se puso la cazadora.

—¿Vamos? —dijo sin mirarla.

—Ya pensaba que no volverías. ¿Todo bien?

—Sí.

Aia observó cómo se subía con torpeza la cremallera.

—¿Nos quedamos a comer por el Antiguo? El Orburu está aquí al lado y los platos son deliciosos —propuso ella, ajustándose la bufanda. Quería contarle lo de Adrián—. Es que se ha hecho tarde y creo que no nos merece la pena ir a casa. Mira qué hora es…

—No puedo. Tengo que coger algo del dormitorio de tu piso —mintió. No podía soltárselo en un bar. Necesitaba un lugar tranquilo y seguro para hablar con ella—. Vamos a casa. Da igual si regresamos más tarde. No te preocupes.

—Como quieras.

Aia lo siguió por el pasillo. No era capaz de verle la cara; era como si la esquivara. Se preguntó si el encuentro con Nuria tendría

que ver con su extraña reacción. Desde que apareció en la comisaría, no había vuelto a ser el mismo.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

Su hermano caminaba a buen ritmo.

—Es por el caso; no deja de danzar en mi cabeza. Qué mañana más larga.

Salieron por la puerta.

—¿Qué tal te ha ido con Nuria? —Él iba unos pasos por delante. Le costaba alcanzarlo.

—Bueno, ya sabes. Le he dicho que por la noche la llamo, que la comisaría no era lugar para arreglar nuestras historias.

—¿Y se ha quedado conforme? —preguntó ella, subiéndose la capucha del abrigo para protegerse del sirimiri.

—No, ya la conoces. Oye, ¿te importa si vamos cada uno en nuestro coche?

Aia se detuvo y lo vio avanzar de espaldas. ¿Qué mosca lo había picado? Era ridículo ir de aquí para allá en los dos vehículos. Apenas tenían un rato para comer.

—Sin problema. Nos vemos en casa —dijo, pero en realidad creyó que ni debía de haberla oído porque los separaba un buen tramo.

Condujo meditabunda y sin prisa. No tenía ganas de enfrentarse a las rarezas de su hermano. Joder, le había ofrecido quedarse en su piso, pero no había contado con esos cambios de humor que tanto detestaba en la gente. Como empezara con tonterías y misterios, le iba a pedir que se buscara otro sitio. Ella estaba muy tranquilita y no tenía ganas de tonterías ni de aguantar a nadie. Si tenía problemas, que los arreglara. Él no era el único que lidiaba con contratiempos.

Su hermano llegó antes que ella. Se lo encontró en el comedor sentado a la mesa en absoluto silencio. La cazadora estaba colgada de la silla y tenía los brazos cruzados. Las manecillas del reloj de la pared retumbaban por la estancia. ¿Ni siquiera se había molestado en sacar la comida del frigorífico? Se consideraba amable y generosa, pero hasta cierto punto.

—Estás en Babia, tío —protestó, incapaz de morderse la lengua.

—Aia, siéntate, por favor —dijo sin apenas mover los labios.

Procesó lo que acababa de pedirle e intentó descifrar el tono en el que se había dirigido a ella. ¿Serio? ¿Triste? ¿Preocupado?

—¿Qué ocurre?

Martín se levantó y retiró la silla de enfrente para que se acomodara. Ella obedeció sin quitarse siquiera el abrigo, la bufanda y el bolso. Seguía sin conseguir que la mirara a los ojos.

Él volvió a tomar asiento.

—Verás… —La cara de Martín había adquirido el tono del mármol y tenía los ojos irritados, como si hubiera llorado.

—Eh, ¿qué sucede? Me estás asustando.

Él la agarró de las manos, que tenía sobre la mesa. Su hermano no acostumbraba a manifestar ese tipo de muestras de cariño.

—¿Los aitas están bien? —preguntó, nerviosa—. ¿Ha pasado algo con ellos?

—Tranquila.

—¿Cómo voy a estar tranquila? ¿Te has visto? Pareces un fantasma y después… esto —dijo, deshaciéndose de sus dedos.

—Es sobre la muestra de ADN que te tomaron los de la científica.

Aia se miró la herida. Aún tenía una costra gruesa.

—¿Qué pasa con ella?

Por su cerebro desfilaron varias ideas descabelladas a toda velocidad. ¿Los resultados habían arrojado que tenía una enfermedad rara o, peor aún, terminal? ¿Era sospechosa del apuñalamiento? ¿Se había contagiado de algo grave?

Martín intentó volver a cogerla de las manos.

—No, déjame.

—Aia, cálmate —pidió, acercándose a ella. Se arrodilló a su lado.

—¿Qué haces? Dime que los aitas están bien. ¿Y Tessa? ¿Le ha pasado algo?

—Están todos bien, ¿vale?

¿Qué podía haber tan grave que a su hermano le estuviera costando tanto revelar?

—¿Es por ti, Martín? —A Aia se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Estás enfermo?

—No, no, no.

—¿Entonces?

—Ya te he dicho que tiene que ver con el ADN.

Con los nervios, Aia lo había olvidado.

—Sí, el ADN —repitió, confundida.

—Ha salido una coincidencia entre el tuyo y el de la mujer apuñalada.

—¿Qué coincidencia?

—¿La conocías de algo? ¿Estabas en el encendido por ella?

—No, claro que no; pero ¿qué dices?

—Según los resultados, esa mujer es… tu madre.

A Aia se le cortó la respiración de golpe. Su mente procesaba y procesaba como el sistema operativo de un ordenador viejo.

—¡Qué tontería! Mi madre es la ama, al igual que la tuya. —Se levantó y le dio la espalda—. ¿Por qué me sueltas una cosa así?

—Aia, escúchame; por eso me he tirado tanto tiempo metido en la oficina de Eloísa… No es cosa mía.

Ella abrió la boca con el propósito de hablar, de preguntar, e incluso de chillar, pero sus cuerdas vocales no respondieron: estaban tensas, agarrotadas.

—Debe de ser un error —dijo por fin—. ¿La comisaria no baraja esa posibilidad?

—Eso es lo que demuestran los resultados del laboratorio. —Se quedó callado unos segundos—. Yo le he dicho lo mismo; he insistido, pero me ha asegurado que los han repetido hasta que no ha quedado la más mínima duda. ¿Tú lo sabías, Aia? ¿O lo has sospechado en algún momento durante la investigación? Es importante que reflexiones y me respondas con calma. Yo confío en ti.

Aia quiso protestar, pero luego recapacitó. Se volvió a sentar en la silla, despacio.

—No, joder, nada en absoluto. —Se llevó las manos a la cara. Algo le subió por la garganta y la asfixió—. Esto… ¿está pasando de verdad? Tiene que ser un error, Martín. Quiero que repitan la prueba. Han metido la pata.

Su hermano se levantó, la abrazó por detrás, le besó la coronilla y le contó la dichosa búsqueda que la víctima había hecho en internet antes del apuñalamiento.

—Lo siento mucho. Solicitaremos que la repitan las veces que haga falta. Tienes todo el derecho a pedirlo. Yo voy a apoyarte en todo.

Aia empezó a temblar. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pero ¿cómo puede ser, Martín? ¿Y qué significa? —gimoteó, encogiéndose de hombros—. ¿Y tú? ¿Sabías algo? ¿Y si la ama tampoco es tu madre?

Él la atrajo más hacia sí y Aia se dejó arropar, vencida.

—Tenemos que hablar con ella. ¿Te parece?

—No sé si quiero ni si voy a… poder.

—Lo haremos juntos.

*

Santander
Jueves, 29 de enero de 1981

El jodido universo conspiró para que el taller de costura funcionara desde el primer mes, para que aceptara de una vez por todas que estar entre hilos, agujas y prendas usadas era mi verdadero destino.

Además de trabajar muchísimas horas para entregar los encargos a tiempo, me saqué el carnet de conducir y me compré un flamante Ford Fiesta de color blanco que decidí estrenar conduciendo hasta San Sebastián.

Sabía que no era sano hacerlo, ni seguro, pero era incapaz de frenar el impulso de verla crecer. Era mi niña, aunque no supiera ni cómo se llamaba. Durante el embarazo, Juantxo y yo, al no saber su sexo, decidimos que elegiríamos su nombre cuando naciera. Supongo que lo tuvo que hacer solo o con ayuda de su familia.

Ese día cumplía medio año. Seis mesecitos en el mundo. Y no quería perdérmelo. Como lo tenía programado desde hacía una

semana, me aseguré de entregar todos los arreglos pendientes antes del jueves. Y la víspera, a última hora de la tarde, dejé una nota en el escaparate en la que explicaba que el negocio permanecería cerrado durante todo el día.

Salí bien temprano, aparqué en el barrio de Gros y merodeé cerca del portal de Juantxo. El invierno era mi aliado y me permitía ir camuflada bajo un gorro de punto y una trenca azul oscuro. Temía que esa alianza acabara jugándomela. ¿Y si hacía demasiado frío para salir a pasear con la niña?

Me tiré horas vigilando, arriesgándome a que la policía considerara sospechosa mi presencia. Pero mi cuerpo no me dejaba marcharme. Los pies clavados al suelo y mi corazón en esa vivienda que no paraba de mirar desde la acera de enfrente.

Cuando empezó a oscurecer y las luces de los hogares a encenderse, me di cuenta de que allí no había nadie. Tenía las manos, la nariz y los pies congelados. Y una tristeza que no cabía debajo de mi trenca.

Quizá se había mudado a la avenida de la Libertad, a la vivienda de sus padres, para que lo ayudaran con la crianza. Comprobé la hora en el reloj de muñeca. Mientras decidía si acercarme allí o no, los vi aparecer. Juantxo empujaba el cochecito y su hermana Mirentxu caminaba junto a él. Estaba más delgado y el pobre tampoco sabía dónde esconder su pena.

Sentí mariposas en el estómago; después, una garra retorciéndomelo y matándolas a todas.

Los amaba y añoraba más de lo que creía. Más de lo que un ser humano podía soportar. Esa era mi vida. Ese era mi lugar. No podía ser real lo que estaba pasándome.

Se metieron en el portal y me quedé un rato ahí, pasmada, con los ojos puestos en la ventana, por fin iluminada por una luz cálida.

Recordé los olores que habitaban tras la puerta. Madera, ropa limpia y pan tostado en la sartén. Seguro que ahora se sumaban los del puré de verduras y los que emanaba la piel de la bebé.

Me monté en el coche y conduje como una autómata. Vacía. Gestionando las emociones que acababan de sacudirme. Aún incrédula.

Jamás imaginé que algo superaría la tristeza que viví el día del abandono, o la primera semana en Santander, o pasar las Navidades sola en el piso de alquiler…

El sufrimiento no tenía fin y yo no lo soportaba más.

*

15:15

De casa de Aia a la de su madre había diez minutos andando. Los dos hermanos fueron hasta allí caminando e intercambiando alguna que otra frase. Estaban conmocionados y no tenían ni idea de cómo iba a reaccionar Inés. ¿Y si no lo sabía? ¿Y si fue un error en el hospital el día que dio a luz? Martín ya no sabía qué pensar. Tal vez él tampoco era su hijo. Ambos podían ser adoptados, pero entonces ¿por qué aquellas fotos de su madre embarazada?

La mujer les abrió el portal desde el interfono y los esperó en el rellano. Su semblante reflejaba extrañeza; intuyeron que por aquella visita improvisada. Entraron al salón sin dar explicaciones y ella los siguió.

—¿Qué os pasa? ¿A qué vienen esas caras? ¿Le ha sucedido algo a vuestro padre?

Las dos habían reaccionado de la misma manera. Temiendo por los que más querían.

Aia se echó a llorar. Le temblaba todo el cuerpo.

—Hija, ¿qué ocurre?

—El aita está bien —se adelantó Martín. Estaba inmóvil junto a su hermana, como si fuera un soldado custodiando a la reina.

Inés tampoco se movió ni un milímetro. Estaba anclada al parqué. Segundos después, tras oír a su hija hipar con desconsuelo, se aproximó y la abrazó.

—¿Es por tu bebé? —Le acarició el cabello.

Ella negó entre sus brazos.

—Cariño, dime algo. —Dio un paso atrás y le tomó la cara con las manos. Tenía la nariz y los labios congestionados, como cuando de niña se agarraba alguna rabieta.

—¿No eres mi… madre? —preguntó entre lágrimas.

Inés abrió mucho los ojos y sintió la opresión en todo el cuerpo.

—Claro que sí —dijo, aturdida. Le secó las mejillas—. Eres mi hija y siempre lo serás. Al igual que tu hermano. —Inés empezó a respirar con dificultad. Siempre había temido este momento, pero tenía la esperanza de que jamás llegara. Mentalmente se había enfrentado a él de mil maneras posibles y, ahora que estaba sucediendo, las había olvidado todas.

—Siéntate, ama. —Martín la condujo hasta el sofá.

Ella apoyó las manos sobre las piernas y comenzó a estrujárselas.

—Lo he hecho lo mejor que he podido todos estos años. —Martín se acomodó a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

Aia prefirió quedarse donde estaba. Aquel secreto la rompía. Sus padres eran sus pilares. Había confiado en ellos. ¿Dónde empezaba y acababa aquella farsa?

—Tienes que contarnos la verdad, ama, sin ocultar nada —le pidió Martín—. La madre biológica de Aia es la mujer a la que hirieron de gravedad en el encendido de luces.

Inés se quedó lívida y comenzó a agitarse.

—Tenéis que llamar a vuestro padre. Llamadlo. Que venga, por favor.

—¿Por qué? —preguntó Aia—. ¿Corre peligro? ¿Tiene que ver con el apuñalamiento?

—¡Llamadlo! ¡Llamadlo ya! —gritó al borde de la histeria.

*

Santander
Domingo, 26 de julio de 1981

Aquella mañana de domingo la noticia en *El Caso* de la detención de Angie y de Quin por los crímenes de El Bacarot me quitó toneladas de peso de encima. Según decía Olivia del Páramo, la periodista que siempre firmaba los artículos de los hermanos, la policía había dado con ellos en Madrid y esa pista me hizo preguntarme si estarían en la capital buscándome. Mi instinto conspiranoico y desconfiado me decía que sí. Mi raciocinio no lo tenía tan claro y me pedía que dejara de darle vueltas, que lo importante era que volvían a estar entre rejas.

Por primera vez en mucho tiempo, lloré de alegría y me prometí bajar la guardia y respirar.

Mi niña sin nombre estaba a punto de cumplir un año y para celebrar las buenas nuevas me animé a viajar a San Sebastián.

De camino me imaginé acercándome a Juantxo y contándole la verdad. Podríamos hallar el modo de volver a estar juntos, yo no como Carmen, sino como Cecilia, y recuperar el tiempo perdido y vivir el día a día. Estaba tan animada e ilusionada que solo veía los pros.

Esperé frente al portal escondida tras un atuendo veraniego. Gafas de sol enormes y gorra con visera.

Juantxo y la niña salieron a las cinco de la tarde. Ella iba sentada en una silla. Llevaba un pantalón bombacho blanco, una camiseta rosa chicle y un gorro que no me dejaba ver su color de pelo. Desde la otra acera apreció que tenía las manos y las piernas regordetas. También una sonrisa en los labios que me colmó de dicha.

Fui tras ellos a una distancia prudencial. Juantxo había recuperado algo de peso y caminaba erguido y a buen paso. Vestía unos vaqueros de campana que yo misma le regalé y un polo marrón. Seguía enamorada de él, hasta el tuétano de los huesos, y necesitaba sus abrazos más que nunca.

Llegamos a un parque donde su hermana y una chica rubia los esperaban. Mi niña agitó los brazos al verlas. Mi excuñada la sacó de la sillita y la aupó. Oí a la pequeña reír a carcajadas mientras la subía a un columpio y comenzaba a balancearla. Juantxo y la otra chica se sentaron en un banco, de espaldas a mí. Yo estaba apoyada entre dos coches observando la escena como si estuviera viendo el estreno de la película más esperada de la historia del cine. Me quité

las gafas de sol. No pensaba perderme ningún detalle y me agacharía al mínimo movimiento. Al menos, esa era la intención inicial, que no logré cumplir.

Juantxo se giró de repente en mi dirección y yo me quedé petrificada. No entendí las dimensiones del asunto, las consecuencias, como si él fuera el protagonista de un film grabado tiempo atrás. Un personaje que te mira, pero no puede verte.

Se levantó de un salto y avanzó hacia mí. Yo no pude moverme ni un milímetro.

—Carmen, Carmen —dijo frente a mí con el rostro demudado.

A los dos se nos humedecieron los ojos. Yo creí, o soñé, que iba a estrecharme entre sus brazos, pero no lo hizo.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde has estado?

Sus iris azules me colapsaron como una tormenta de granizo. Tragué saliva.

—¿No vas a contestarme? ¿Eh? —preguntó, nervioso.

Bajé la cabeza. Me comían la vergüenza y la incertidumbre de no saber cómo actuar.

—Vamos a casa y hablamos. Me debes una explicación, joder. Tenemos que sentarnos y hablar.

Quería que nos fuéramos juntos. Regresar al que fue nuestro hogar. Sonaba tan tentador…

—El miércoles cumple un año —susurré—. Todos los días pienso en vosotros.

Nos separaba un metro de distancia.

—¿Y qué quieres decirme con eso, eh? —Su pregunta sonó desesperada.

—A todas horas.

—¿Vas a volver?

Yo pensé en Quin y en Angie. En las tres luciérnagas asesinadas. Algunas de ellas habían muerto mientras ellos estaban en la cárcel.

—Carmen, joder. ¡Di algo!

—No, no puedo volver. Solo es que… que me gusta verla.

Él frunció el ceño.

—¿Que te gusta verla? —dijo, enfadado—. ¡No puedes presentarte así, sin más! La vas a confundir.

Me tapé la cara con las manos.

—Te largaste nada más volver del hospital. Nos abandonaste. Solo una nota. Una puta nota. ¿Qué clase de persona hace algo así?

Ni podía ni quería defenderme. Si le daba más información corría el peligro de comprometerlo.

—Soy una maldita egoísta. Perdóname.

—¿Me pides que te perdone?

—Sí.

—Pues dime cómo hacerlo —murmuró sin energía—. Me rompiste el corazón. Ni ella ni yo nos merecíamos algo así.

Nos miramos y el tiempo se detuvo. Se cortó el aire. Se callaron las voces. Quise acariciarle la mejilla y rozarle los labios con los míos.

—Vámonos a casa. Podemos arreglar las cosas —insistió—. No me dejes así otra vez.

—¡Juantxo! —gritó su hermana desde el parque—. ¿Va todo bien?

La niña empezó a llorar, pero desde donde yo estaba no las veía porque él me las tapaba. Solo reparé en la chica rubia, que se había alejado del banco y caminaba hacia los columpios.

—Que si va todo bien…, pregunta Mirentxu. ¿Qué opinas tú, Carmen?

—No era mi intención que me vieras.

Él respiró hondo y se tomó su tiempo antes de seguir.

—Pues si no vas a quedarte, vete. Bastante daño has hecho ya.

Empezó a moverse y yo lo agarré del brazo. Por unos instantes su piel volvió a ser mía. Su calor me electrificó la punta de los dedos.

—Quiérela mucho, por favor. —Me tembló la barbilla al rogárselo.

Él se desembarazó de mi mano y negó en silencio.

—No puedes estar hablando en serio.

—Lo siento, lo siento, lo sien…

—Piérdete —me cortó— y sé la puta estrella que siempre quisiste ser.

Se dio la vuelta y echó a andar. Yo me puse las gafas y me marché a toda prisa para evitar cruzarme con la mirada de su hermana y, sobre todo, para dejar de oír el llanto de mi hija.

Aquel día, de camino a Santander, tomé la decisión de relatar mi historia. La posibilidad de que tarde o temprano se supiera la verdad me ayudó a soportar el maremágnum emocional que me sacudía el alma.

*

15:30

María jamás recuperaría el dinero que llevaba décadas persiguiendo y Brianna tampoco cobraría ni un euro por haber estado buscando durante años a la supuesta ladrona. Tenía que asumirlo y largarse de

allí cuanto antes, pero ¿adónde, si no tenía nada? Se buscaría la vida, qué remedio. Con ella no tenía futuro. Además, estaba la fotografía de prensa que había descubierto por la noche, en la que aparecían el río, el cadáver del chico cubierto por una lona y varios ertzainas. Entre ellos reconoció una cara familiar, la de la hija de Carmen. El lío era más gordo de lo que parecía.

María se había pasado toda la mañana fuera y llevaba un rato trasteando en la cocina. A Brianna le extrañó que no hubiese entrado en su dormitorio a tocarle las narices. Salió con más curiosidad que miedo y localizó sobre la mesa una caja de pizza y una botella de dos litros de Kas naranja.

—No he querido molestarte —le dijo con amabilidad—. Las dos necesitábamos descansar. Come algo, anda.

Brianna, de pie, abrió la caja y se llevó a la boca una porción de pizza. Estaba fría, pero le dio igual. El hambre mandaba. Le dio otro generoso mordisco y masticó con ganas. El engrudo se le pegó al paladar.

—Gracias —dijo con los carrillos llenos.

—Pronto nos iremos, pero antes nos encargaremos de una última cosa.

Brianna tomó asiento para seguir disfrutando de la comida y se sirvió un vaso de refresco.

—¿Una última cosa? Deberíamos trasladarnos a Santander —sugirió después de dar un trago—. Puede que esconda el dinero allí.

María se sentó enfrente y se encendió un cigarrillo. Le dio una calada.

—A mí eso ya me da igual. —Exhaló el humo hacia el techo y, mientras, chasqueó las uñas de los dedos meñique y pulgar—. Yo

solo quiero que se haga justicia.

—¿A qué te refieres? —Dejó la porción de pizza sobre la mesa.

—No me mires así. ¡Está claro que Carmen mató a tu tío! ¿No quieres vengarlo?

—Si fue ella, la policía ya hará su trabajo. —Se pasó la lengua por los dientes para retirar los restos de comida. Saboreó el orégano.

—No busco esa justicia, Bri.

—¿Y qué quieres? —preguntó en un susurro. Le aterraba la respuesta.

—Qué va a ser, cariño. Acabar lo que empecé el viernes.

A Brianna se le puso el vello de punta y no supo si por la impresión o por el simple hecho de oír la palabra «cariño» en su boca.

—¿Lo hiciste tú? ¿Por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—Porque fue un impulso. Y una puta torpeza. Al verla no pude resistirme. Me hirvió la sangre. Erré por la condenada ansia. Más de cuarenta y cuatro años esperando ese momento y… —Apretó los labios—. Esa zorra nos robó y nos denunció. Nos jodió la vida.

—Tenemos que irnos…

—¡No! ¡Es una asesina! ¡Ha matado a tu tío! —Apagó el cigarrillo en un cenicero lleno de colillas—. No puede salirse con la suya. Esta vez lo haremos con cabeza para que nada salga mal.

Brianna empujó la caja de pizza para alejarla de ella.

—No cuentes conmigo —dijo a media voz.

—Subiremos al hospital. Será fácil, ya está medio muerta.

—Lo siento. Yo… —Quiso decirle que estaba muy limpita, como Nacho le había recordado, pero no se atrevió.

María apoyó los codos sobre la mesa y se echó a llorar.

—No sabes cuánto lo echo de menos —dijo entre lágrimas—. Nadie podrá reemplazarlo nunca. Era mi hermano. Mi adorado hermano.

—Lo siento…

A Brianna no le dolía la muerte de su tío, pero entendía que María estuviera triste y destrozada. Aunque nunca quiso ahondar en la relación que tenían Joaquín y María, no tardó en percatarse de que, por mucho que le repugnara, eran algo más que hermanos. Su tío salió de prisión un año más tarde que su madre y se fue a vivir con ellas. Joaquín nunca le gustó ni un pelo. Sentía por su madre una adoración que rozaba lo enfermizo y María, aunque lo quería, aprovechaba esa debilidad para manejarlo a su antojo.

Brianna para él siempre fue un estorbo. La ignoraba con descaro porque no era hija suya y porque traía de vuelta la traición que tanto le costó perdonar. María se acostó a sus espaldas con un supuesto empresario al que quería pegarse como una lapa o desplumar a costa de un embarazo. Pero probó su propia medicina… El tipo era un don nadie, un timador del amor.

—Conozco a Carmen —prosiguió María, lastimera—. Cuando se recupere vendrá a por mí. Esa aún no ha acabado. ¿Es lo que quieres?

—No, claro que no. —Se levantó y se aproximó a ella—. No va a hacerte nada. Estoy segura. Debemos alejarnos de aquí.

El cuerpo de María se movía a causa de la congoja.

—Carmen es la maldad personificada. Créeme, cariño.

Brianna tragó saliva.

—Yo cuidaré de ti, mamá —dijo, acariciándole la espalda.

María detuvo sus espasmos.

—i¿Qué te he dicho mil veces?! —exclamó con los ojos como platos. En su rostro no había huella de lágrimas. Se levantó.

—Lo siento. Eh…, no quería…

Un sonoro bofetón le cruzó la cara y acalló de golpe todas sus disculpas.

—No vuelvas a llamarme mamá. ¡Lo detesto!

Brianna se llevó las manos a la mejilla. Le escocía y quemaba como si se la hubieran abrasado con ácido.

—No volverá a pasar —murmuró, conteniendo el llanto.

—¿Y sabes a quién le debes toda esta mierda? —La señaló con el dedo índice—. A Carmen. ¡Solo a ella! Si yo no hubiera entrado en prisión, habría cuidado de ti y nuestro vínculo sería bien diferente.

Brianna reflexionó sobre ello. Su madre podía haber optado por quedarse con ella en una de las cárceles que por aquel entonces había preparadas para la crianza, pero prefirió que ingresara en un servicio de acogida. Fue allí donde vivió toda su infancia y donde conoció a Nacho. Él era lo mejor que le había pasado en toda su puñetera vida. Se lo agradeció al destino, a Carmen.

Se retiró las manos del rostro.

—Acabaremos con ella, María —dijo para ganar tiempo. Se dirigió a su dormitorio—. Ve pensando cómo quieres que lo hagamos —remató antes de encerrarse.

Al borde de un ataque de ansiedad, Brianna escribió un mensaje a toda prisa.

María está loca
Quiere que matemos a la mujer
Ya no puedo más
Fue ella!
La acuchilló y la muy cabrona no me lo ha dicho hasta hoy

Nacho contestó segundos después.

Qué??? Te llamo?

No, que puede oírnos
Estoy encerrada en la habitación, pero con lo desconfiada que es
seguro que tiene la oreja puesta

Dime cómo puedo ayudarte, Bri

En cuanto se despiste me iré
No sé adónde, pero lejos de ella

Joder

Si me largo, no podré volver a vivir en su casa
No va a perdonármelo

Claro, lo entiendo

Tras salir de la cárcel, tardó unos meses en ir a buscarla al hogar de acogida. Brianna llevaba un tiempo sin la compañía de Nacho, ya que su madre consiguió dejar atrás su adicción al alcohol y hacerse cargo de él. Recordaba el vacío y la soledad que sintió sin su mejor amigo, sin su alma gemela. Se fue con María a Valencia creyendo que empezaba una bonita etapa, que por fin volvía a salir el sol, pero a su lado solo halló tormentas y lo único que había hecho todos estos años había sido obedecer y callar a cambio de un «hogar». Siempre solícita, a merced de su madre. Una criada. Una esclava. Una maltratada. Gorda, vaga, infantil, fea, inútil. Una carga de adjetivos que llevaba años arrastrando y que la paralizaba.

Voy a hablar con mi madre, Bri
Algo se nos ocurrirá

Luego te escribo

Gracias, Nacho

Prométeme que no harás ninguna tontería

Claro, amor

Te quiero

*

Santander
Martes, 29 de julio de 1986

El tiempo fue pasando y, aunque seguí yendo a San Sebastián, Juantxo no volvió a descubrirme. Compré muy cerca de mi antiguo hogar, a unos ciento cincuenta metros, un local minúsculo que llevaba siglos vacío. Estaba a pie de calle y formaba parte de la ruta que había que tomar para ir de casa al centro. Esa condición me permitía ver a la pequeña crecer. Incluso conseguí hacerle alguna fotografía decente que yo misma revelaba en casa. No iba más de dos veces al año para no obsesionarme y, por lo general, llegaba allí un viernes y me iba al día siguiente. Veinticuatro horas. Las entradas y las salidas eran discretas y siempre de noche.

Un sofá donde me echaba a dormir en cuanto llegaba, cojines, varias mantas, una silla, un retrete en una habitación contigua y dos rollos de rafia abandonados en una de las esquinas. Nada más. Mi puesto de vigilancia había sido anteriormente una tienda de cestería y todavía olía a mimbre. No tenía escaparate, solo una puerta

acristalada que había cubierto con papel de estraza, a excepción de un cuadrado de diez por diez centímetros. Me despertaba temprano por la mañana, arrimaba la silla a la puerta y, sentada, observaba a través del ventanuco improvisado.

Un par de bocadillos, bebida y fruta. Ese era mi menú de acampada.

Cuando mi hija cumplió seis años, la vi. Mi niña preciosa crecía rápido. Era delgada y espigada y tenía el cabello castaño y liso, como yo. Aún seguía sin saber cómo se llamaba, de qué color eran sus ojos, cómo sonaba su voz, qué cuento le gustaba que Juantxo le leyera por las noches… La información que recibía a través del agujero era mínima, pero me conformaba. ¡Qué remedio! Había logrado verla sonreír y para mí eso valía oro.

Seguía suspirando por Juantxo. Estaba convencida de que nunca dejaría de quererlo. El amor que sentía por mi hija y por él era indivisible.

Él vivía con una chica que tenía un niño más pequeño. No sabía muy bien si era solo de ella o de los dos. En cualquier caso, parecían una familia feliz y eso me provocaba celos y alivio a partes iguales.

A mí me había echado los tejos un vecino. Solíamos coincidir en la escalera y un día me invitó a ir al cine. Era un chico muy guapo y amable, pero no podía encariñarme con nadie, y mucho menos dejarlo entrar en mi vida. Además, me gustaba ver las películas sola. Desconocía si se había tomado bien o mal la negativa y me daba igual, porque pronto dejaríamos de tropezarnos en el bloque. Me había encaprichado de un piso más amplio al que tenía pensado mudarme. Merecía vivir de manera más cómoda y podía

permitírmelo. Me iba tan bien en el taller que incluso los meses de verano cerraba el negocio por las tardes.

De Angie y de Quin no sabía nada nuevo. Los diarios y semanarios no volvieron a mencionarlos. ¿Se celebró el juicio? ¿Seguían en prisión? Con las luciérnagas muertas, los testimonios se habían ido al garete. Cabía la posibilidad de que los hubieran condenado por planear los asesinatos. La incertidumbre me atormentaba, pero ¿a quién podía preguntar?

Recorrí el pasillo de casa. De arriba abajo y de abajo arriba. Hasta que se me ocurrió una idea. Los artículos de *El Caso* sobre los hermanos siempre los firmaba la misma persona. Una mujer. Una tal Olivia del Páramo. Mis años como lectora de prensa me habían enseñado a distinguir cuándo un noticiario se limitaba a hablar de los sucesos o cuándo iba más allá. Ese semanario hacía periodismo de investigación. Me atrevería a decir que era una revista policial.

Me acerqué al teléfono fijo. Tenía la opción de llamar a la redacción y pedirles que me pasaran con ella, pero no podía arriesgarme a que rastrearan la llamada ni dejar un indicio del prefijo que delataría la provincia en la que me ocultaba. Debía ponerme en contacto con *El Caso* desde una cabina, lejos de Cantabria.

Consulté el reloj. Eran las tres de la tarde. Cogí un mapa que desplegué sobre la mesa de la cocina. ¿Adónde iba? Enseguida descarté los pueblos, las ciudades pequeñas y el País Vasco. Señalé Burgos y Gijón. Si me espabilaba, podía estar en cualquiera de ellas a las seis de la tarde. Me decidí por la segunda porque tenía más población y, por supuesto, costa.

Conduje hasta allí ajustándome a la velocidad máxima permitida, aparqué y me metí en la primera cabina que encontré.

Marqué el número del semanario y una voz masculina contestó al segundo tono.

Pregunté si podía pasarme con Olivia del Páramo para hablar de un suceso. Él pidió mi nombre y yo recurrí al mismo que utilicé con los belgas.

—De acuerdo. ¿Lola… qué más?

Me mordí el labio. Había visto un cartel que indicaba cómo llegar a El Musel. No lo pensé más.

—Puerto.

—No cuelgue, por favor.

Me mantuve con el auricular pegado a la oreja durante un eterno minuto.

—Soy Olivia, dígame.

Su voz era clara y juvenil. Alegre. Yo me la había imaginado oscura, de ultratumba, supongo que influenciada por todas las noticias escabrosas que había leído escritas por ella misma.

Le expliqué que había seguido el caso de los hermanos Escala Zapata y que desde 1981 no se había vuelto a publicar nada sobre ellos.

—¿Me está hablando usted en serio? Esto no es una editorial en la que imprimimos cada semana un nuevo capítulo de una novela.

—Perdóneme, no quería ofenderla.

—No me ofende, pero el tiempo es oro. ¿Tiene alguna información que dar?

—¿Yo? No. ¿Por qué lo piensa?

—Porque eso es lo que le ha dicho a mi compañero y porque para eso ofrecemos el teléfono.

—Solo dígame si siguen en la cárcel y ya no la molesto más.

—Lola Puerto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué relación tiene con los crímenes de El Bacarot?

—Yo ninguna. Es pura curiosidad.

—¡Esto ya es el colmo! —Olivia bufó al otro lado—. Haga el favor de no volver a llamar. ¿De acuerdo?

—Espere, ¡espere! No me cuelgue. Creo que la historia no se investigó a fondo.

—¿A qué se refiere?

—¿Le suena el ginecólogo Sandemetrio y la embrióloga Lefèvre?

Olivia se quedó callada.

—¿Quién es usted? —quiso saber.

—¿Y el Hospital General de Dios?

La periodista volvió a aguardar en silencio.

—Solo quiero saber si siguen en la cárcel —insistí yo—. Nada más.

—¿De dónde ha sacado esos datos?

Estaba claro que no era la primera vez que Olivia los oía.

—Hice mis investigaciones.

—Hizo sus investigaciones, pero no sabe si aún permanecen en prisión… —dudó ella.

—Sabe que la información es cierta, lo noto en su voz, y que esos nombres jamás aparecieron en ningún noticiario.

—Lola, le aconsejo que no siga por ahí. —Bajó el tono al decirlo —. ¿Lo entiende? María de los Ángeles y José Joaquín fueron a la

cárcel y permanecen ahí. Los juzgaron y están pagando por lo que hicieron.

—Solo una última cosa. ¿Podría decirme cuántos años les cayeron?

—No lo recuerdo. Tendría que consultarlo. —Olivia carraspeó—. Vamos a hacer una cosa. ¿Por qué no me da su teléfono y la llamo en unos días?

La última pregunta me hizo captar sus intenciones. Aquella mujer tenía alma de detective.

—Si no le importa, la semana que viene me vuelvo a poner en contacto con usted. ¿Le parece bien?

La oí suspirar.

—Como prefiera.

—Muchísimas gracias, Olivia. —Colgué y tanto ella como yo supimos que no llamaría la semana siguiente, ni la siguiente.

No podía arriesgarme a seguir indagando sobre Quin y Angie. Debía detenerme y seguir como hasta el momento.

Viviendo bajo la identidad de Cecilia Martínez de Gomar no corría peligro. Era la chica de veintitantos que hacía arreglos de costura. Callada y trabajadora. Ya no tenía la característica separación de las paletas, porque me había cambiado la sonrisa a golpe de ortodoncia, y llevaba unas gafas sin aumento y el cabello muy rizado, a lo Sigourney Weaver en *Cazafantasmas*. Me gustaba cambiar de imagen cada equis tiempo. Era mi manera camaleónica de alejarme de Carmen. De mi mayor peligro.

Caminé por el centro de la ciudad. El día estaba despejado y aún le quedaba alguna hora al sol. Soplaba una brisa intensa de esas que se cuelan por cada poro de la piel. Me apoyé en la barandilla del

paseo del Muro, frente a la playa de San Lorenzo. Hacía pocos meses que un barco carbonero se había encallado y partido en dos en la bahía, contaminándola con miles de toneladas de carbón. Distinguí una mancha negra en el arenal, pero no supe si se debía al naufragio.

Perdí la mirada en el horizonte antes de regresar a Cantabria.

*

17:00

La subcomisaria, que acababa de tomar declaración a Aia y a sus padres y estaba a punto de compartir con los Verano el motivo de la ausencia de los hermanos Oiasso durante las últimas horas, recibió los resultados de la necrorreseña tomada al cadáver hallado en el local de la calle Nueva.

Según el informe, pertenecía a José Joaquín Escala Zapata. El hombre, nacido en Alicante en 1956, había estado en prisión por varios delitos cometidos junto con su hermana entre 1979 y 1980: secuestro, violación, fuga, inducción a tres asesinatos… Ella, dos años mayor que él, había cumplido condena hasta el 93, y él, hasta el 94.

Decidió no demorarlo más y reunirse con la mitad del equipo.

Julio Etxeburu y Maitane Agosto se quedaron consternados tras enterarse de los vínculos que unían a Aia con la primera víctima.

—¿Esclavas procreativas? —se indignó Maitane Agosto—. Es que es muy *heavy*. Estamos hablando de 1979. ¿Qué puto tinglado

tenían montado en El Bacarot? ¿Y Cecilia tenía relación con esa red criminal?

Los tres cavilaron sobre ello.

—¿Cómo de probable es que el encuentro entre Cecilia y Aia durante el encendido de luces fuera casual? —preguntó él.

—Poco —opinó la agente—. Todo parece indicar que Aia ignoraba su situación familiar, pero eso no implica que Cecilia también. ¿Y si era la mujer quien seguía los pasos de nuestra compañera? La pregunta es para qué perseguirla con una táser.

—Dudo que para atacarla. —La subcomisaria se metió un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Y si era justo lo contrario y pretendía protegerla? ¿De quién?

Releyeron toda la información recabada de José Joaquín.

—Las marcas de la pistola táser en la nuca nos ponen en la pista de que quizá Cecilia fue quien le dio la descarga, lo ató y lo dejó ahí. Aunque no paro de darle vueltas a cómo se las arregló con sesenta y dos años para hacerlo ella sola. ¿La ayudarían? ¿O lo atacó otra persona y lo de la táser es una mera coincidencia? —Maitane se rascó la barbilla y a continuación buscó la autopsia preliminar—. El hombre murió pocas horas después.

—¿Recordáis lo que nos contó Lander? —dijo Julio—. Que en el bolso había dos móviles y dos carteras: una de mujer y otra de hombre. Apuesto a que Cecilia se llevó las pertenencias de él y por eso no las hallamos en el local.

—Un testigo del encendido contó a los Oiasso que la mujer apuñalada parecía estar buscando a alguien entre el gentío. ¿Cómo dijo exactamente? —Volvió a rebuscar entre los papeles—. Aquí está: «Apareció sola y miraba en todas las direcciones. Tenía el

gesto serio. Me dio la sensación de que, además de seria, estaba preocupada».

—Nos urge buscar a María de los Ángeles Escala Zapata, la hermana de José Joaquín. Voy a pedir a la jueza que nos conceda todas las órdenes que necesitemos hasta dar con ella.

*

Santander
Miércoles, 4 de noviembre de 1992

—Hoy arrancamos el programa con la desaparición de una joven llamada María del Carmen Rodríguez García. Se marchó en junio de 1979 y la última vez que su familia habló con ella fue en noviembre de ese mismo año.

Yo estaba tumbada en el sofá ojeando la prensa cuando la voz calmada del periodista me sacó de la lectura. Miré espantada hacia la televisión y vi a Paco Lobatón, con su característico bigote y su traje sobrio, hablando de mí en el programa *¿Quién sabe dónde?*

Tras la breve entradilla, apareció Villajoyosa en pantalla y mi madre en un primer plano de espaldas a la playa. El corazón me golpeó las costillas.

—Recuerdo perfectamente el día que se marchó. Fue el 26 de junio, un día después de cumplir dieciocho años. —Mi madre tenía la mirada triste, pero estaba guapa. Llevaba un vestido gris de manga corta con doble botonadura y solapas. El corte era impecable y le quedaba perfecto. No me cupo la menor duda de que lo había confeccionado ella misma—. Carmencita soñaba con ser actriz y su

padre y yo, el día de su cumpleaños, discutimos con ella por ese motivo, también porque había dejado a su novio de forma impulsiva, sin consultarnos. La mañana del 26 se fue temprano, sin decirnos nada. Un rato más tarde nos llamó por teléfono para disculparse por ello y para que no nos preocupáramos.

Un fundido a negro remplazó en milésimas de segundos a mi madre por Estrella y a mí se me estrechó la garganta por culpa de tanta emoción.

—Carmen y yo éramos como hermanas. Yo la ayudé a marcharse. —La que fuera íntima amiga mía se secó las lágrimas con un pañuelo. Mantenía casi idéntico el corte de pelo de hacía trece años. La melena larga y pelirroja con la raya al medio. La única diferencia era que se había sacado un flequillo con volumen. El exceso de maquillaje ocultaba las pecas de su rostro y la hacía parecer mayor. Las dos teníamos treinta y dos años—. Estuvo trabajando en una discoteca de Alicante como camarera durante el verano. En noviembre me llamó para decirme que se iba a Madrid. Que estaba muy bien.

La pantalla se llenó de fotografías protagonizadas por mí. Riendo a la cámara, de perfil mientras contemplaba el atardecer, sentada a la mesa de un restaurante el día de la boda de una tía materna.

—A nosotros también nos telefoneó. Era un 3 de noviembre y nos pilló comiendo. Dijo que estaba a punto de conseguir sus sueños, que no la buscáramos. —Mi madre se enjugó los ojos—. Fue la última vez que oímos su voz.

—María del Carmen Rodríguez García tenía dieciocho años cuando se marchó —dijo una voz detrás de cámaras—. Ya ha pasado más de

una década y Prudencia sigue viviendo con el vacío que dejó la desaparición de su hija.

Me levanté y me coloqué frente al televisor temblando de pies a cabeza. Ver sufrir a esas personas que tanto quería estuvo a punto de hacerme añicos. Todo este tiempo buscándome, temiendo lo peor. Me odié por haber desencadenado toda esa tristeza y angustia. No se lo merecían. Nadie merecía algo así.

—Hoy nos acompañan en el plató Prudencia y Estrella. Llevan trece años sin saber nada de ella y creen que le sucedió algo malo.

Las dos miraban a la cámara con timidez. Estrella vestía un vaquero y una americana negra con hombreras y mi madre, un traje marrón de chaqueta y falda. Me arrodillé frente a ellas y toqué la pantalla. Lo que habría dado por abrazarlas. Aquella necesidad me dolió a rabiar.

—¿Por qué cree que a su hija le ocurrió algo?

Mi madre hizo un resumen de mi marcha, de mi paso por Alicante y de las últimas llamadas.

—Más o menos al año de desaparecer, un hombre se puso en contacto con su padre y conmigo. Nos contó que llevaba un tiempo buscando a Carmencita, que si sabíamos dónde podía estar. Le dijimos que no y debió de creernos, porque no insistió mucho más y colgó. A los meses se presentó en casa y volvió con la misma cantinela.

—¿También habló con usted, Estrella?

Mi amiga negó en silencio.

—El hombre no nos dio ninguna confianza —continuó mi madre—. Estaba muy serio y llevaba prisa. Quería encontrarla a toda costa. Mi marido le pidió varias veces que nos dijera el motivo.

—¿Llegó a contarlo?

—Sí. Por lo visto, mi hija le debía mucho dinero. Pero no sabemos más porque este señor no volvió a aparecer.

Mis fotos no dejaban de circular en la pantalla que había en el plató mientras mi madre y Estrella hablaban con nostalgia de mí. ¿Me parecía a aquella chica de diecisiete años? Lo que estaba ocurriendo me ponía en una posición que no me convenía. Corrí al baño para contemplarme en el espejo. Llevaba la melena larga, voluminosa y cobriza, como la de Geena Davis en *Thelma y Louise*.

—¿Alguno de ustedes ha visto a María del Carmen? —Paco Lobatón miró a la cámara para dirigirse a los telespectadores—. Desaparecida en la provincia de Alicante en noviembre de 1979. Les recuerdo el teléfono de la redacción. Antes de continuar con el programa, quiero contarles una buena noticia. Varias de las historias que tratamos el miércoles pasado han tenido un desenlace feliz. Recibimos muchísimas llamadas y cartas, y creemos que también es justo compartir con ustedes esos resultados. El primero es el de…

Paco Lobatón informaba sobre los avances y yo no dejaba de darle vueltas a cómo frenar el mío. ¿Cuál era la mejor manera?

Tiempo después supe que el programa tenía una lista interna con nombres de personas que se habían marchado por voluntad propia. *¿Quién sabe dónde?* se hizo tan conocido que algunas de ellas llamaban a la redacción para dejar constancia de que no querían ser encontradas, por si algún familiar intentaba buscarlas en el plató. Si el nombre aparecía en esa lista, el caso no se grababa ni se emitía. De haber figurado yo en ella, mi madre y Estrella no habrían estado allí, ni ningún periodista me habría mencionado.

—Parece que tenemos una llamada relacionada con este caso. Buenas noches.

—Hola, buenas noches —dijo un hombre.

¿Quién podía ser? ¿Quién me habría reconocido? Apreté los puños.

—¿Con quién hablo?

—Me llamo Ignacio.

Su nombre no me sonó de nada.

—Me dicen desde redacción que tiene información sobre el caso de María del Carmen, ¿es eso cierto, Ignacio?

—Sí, conocí a esa chica hace años. Tengo un kiosco en San Sebastián y venía a diario a por la prensa.

Mi madre se llevó la mano a la frente y yo también.

—¿Está usted seguro de que se trata de ella?

—Sí, sí. Aunque llevaba el cabello teñido de rubio.

—¿Podría decirnos cuándo fue eso?

—Creo recordar que a finales de los setenta o principios de los ochenta. Estuvo acudiendo durante meses.

—¿Podría describirla?

—Era calladita y amable. Al sonreír mostraba una simpática separación entre las paletas. Medía más o menos metro sesenta y cinco y era delgada. —Mi amiga asintió con la cabeza para dar por válida la información—. Aunque enseguida empezó a echar tripa, porque estaba embarazada.

Estrella y mi madre se cogieron de las manos y las apretaron.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Estaba el embarazo muy avanzado. A veces iba un chico a recoger la prensa para ella, pero pocas. No volví a saber nada de

ninguno de los dos.

—Ignacio, le agradecemos mucho su llamada. Permanezca al teléfono; mis compañeros tomarán nota de algunos datos. Buenas noches.

—Igualmente. *Agur.*

—Estrella, Prudencia. ¿Cómo están?

—Bien. Emocionadas —reconoció mi madre. Miró a la cámara—. Por favor, Carmen, si nos estás viendo, di algo. Al menos que estás bien. Es un sinvivir para tu padre y para mí no saber nada.

Comencé a dar vueltas por el salón. Tenía que parar todo aquello antes de que llamara alguien más. Alguien de Santander. Si se hacía público mi paradero, ¿adónde iría? ¿Qué haría? ¿Otra vez a empezar de cero?

Descolgué el teléfono, marqué el número y saqué un pañuelo del bolsillo con el que tapé el altavoz. Los de redacción enseguida me pasaron con Paco Lobatón.

—Vamos a atender otra llamada. Buenas noches.

—Buenas noches. —Imposté la voz para dificultar que mis clientas y vecinos me reconocieran.

—¿Con quién hablo?

—Soy María del Carmen. La mujer que buscáis.

—Vaya —dijo, sorprendido—. ¿Sabe que están aquí su madre y su amiga?

—Sí.

—¿Quiere hablar con ellas?

—Sí, pero me gustaría hacerlo en privado.

El periodista se quedó callado durante unos instantes.

—Claro, respetamos su petición. Enseguida pondremos una línea para que puedan hablar en privado. Antes, permítame preguntarle si se encuentra bien.

—Por supuesto. Me fui por mi propio pie y todo está en orden.

—Me alegra oír eso. Ojalá este distanciamiento no sea definitivo.

Yo no dije nada.

—¿Lo es o no, María del Carmen?

—No lo sé.

Paco Lobatón miró a Estrella y a mi madre, y después a la cámara.

—Bueno, desde aquí solo quiero decirle que ojalá puedan arreglarlo. Les deseo mucha suerte.

Apagué la televisión y de inmediato me pasaron a otra línea.

—¡Hija, hija mía! —gritó, histérica.

—Mamá, tranquila, mamá. Todo está bien. —A mí me costaba contener el llanto que amenazaba con arrancar.

—¿Dónde estás? ¿Es verdad lo que ha contado ese hombre de San Sebastián?

—No, para nada. Me habrá confundido. Nunca he estado embarazada.

—¿Dónde vives? ¿Por qué no vuelves?

—¿Qué tal está papá?

—Con ganas de saber de ti.

—¿Y Estrella?

—Aquí, a mi lado. Tiene dos niños. Uno de siete y otro de diez.

—Carmen, te echo mucho de menos —confesó mi amiga con la voz tomada—. Llevamos años buscándote. Incluso puse un anuncio en una revista madrileña por si alguien sabía de ti.

—Lamento el daño que os he hecho.

—¿Estás en la capital? —quiso saber Estrella.

—No quiero revelarlo. Por favor, tenéis que respetarlo.

—Claro, pero ¿estás bien? No acabamos de entenderlo.

—Hija, hija. ¿Qué te pasa? —preguntó mi madre—. A nosotras puedes contárnoslo. Si tienes problemas, te ayudaremos a solucionarlos. El programa se vuelca en todos los casos, seguro que nos echan una mano. ¿Es por la deuda?

—No existe. No debo nada a nadie, pero no quiero regresar, mamá, es solo eso. Lo dejé bien claro el día que me fui.

—¿Aún sigues guardándonos rencor por aquella discusión?

—No, todo está olvidado.

—¿Te hizo algo tu padre o algún familiar? ¿Es eso?

—¡No, eso no! Jamás.

—¿Y entonces? ¿Estás en el extranjero? Tu padre y yo tenemos ahorros. Iremos adonde nos digas. Nos da igual a qué te dediques. Te apoyaremos en todo. En todo.

—Mamá, por favor, no me lo pongas más difícil.

—Llevamos más de una década sufriendo por ti. No es justo, hija. Cometimos errores, pero ¿fueron tan graves?

—La única culpable soy yo. Nadie más.

—¿De qué? ¿De qué, eh?

—De mi arrogancia —dije con lágrimas en los ojos—. De mi ambición. Y de mi ingenuidad.

—No digas tonterías. Tú no eres así.

—Tengo que dejaros. Cuidaos mucho.

Y, aunque creía que ya no podía estar peor, colgué un poco más rota de lo que ya estaba.

*

17:50

Juantxo le contó a su hija cómo conoció a Carmen y cómo la perdió. No tenía más explicaciones. Llevaba cuatro décadas teorizando sobre ello, casi una vida entera marcada por la obsesión, la tristeza y la frustración. También hubo alegría: criar a Aia, conocer a Inés y completar una nueva familia con Martín fueron regalos que Juantxo siempre agradeció al destino.

Aia escuchó atenta y se compadeció de él, pero necesitaba más respuestas. Estaba confusa, aturdida.

Después de prestar declaración en comisaría, subieron al hospital y se dedicaron a esperar en el ala de la UCI.

—Inés, tu madre, era íntima amiga de tu tía Mirentxu. El primer año tras el abandono las dos me ayudaron mucho. Yo estaba destrozado —confesó, tomándola de la mano.

Aia vio en los ojos de su padre una honda pena, pero también cierta esperanza. Llevaba años tras la pista de Carmen y por fin estaba a pocos metros de él.

—En un principio me creí lo de que nos dejaba porque quería ser actriz, pero enseguida supe que aquello no podía ser el motivo. Ella me quería. Lo sentía muy dentro, tanto como… mi propio amor. ¿Lo entiendes?

—No lo sé, aita. Yo…

—Barajé todo tipo de posibilidades… Que hubiera ingresado en una secta, que fuera una policía infiltrada e incluso que perteneciera a ETA…, o qué sé yo. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas. No te

puedes imaginar el calvario por el que pasé. —Tomó aire—. Tu tía Mirentxu quería a toda costa que empezara una relación con Inés, que me olvidara de Carmen. Pero yo no podía. Estaba cegado por el dolor y no lograba verla. Tu madre es una bellísima persona, ya la conoces, pero yo no podía. No podía.

—¿Y la ama qué opinaba?

—La ama llevaba años enamorada de mí. Se instaló en casa cuando cumpliste un año. En un principio, para ayudarme. Tu tía Mirentxu también pasó largos periodos con nosotros.

—¿Y los abuelos?

—Tardaron en reaccionar. Carmen nunca les gustó y se tiraron una buena temporada en *shock*.

—¿Y qué pasó?

—Poco a poco fui saliendo del pozo. No me dejé ayudar por ningún médico, ya sabes…, por cabezonería y cosas del estilo, pero me habría venido muy bien, porque atravesé una depresión de aúpa. Tu madre fue mi velero y ella supo cómo guiarme. Nos casamos y tuvimos a tu hermano dos años después de que se viniera a vivir conmigo.

—Y me adoptó.

—Y yo también, cariño.

—No lo entiendo, ¿por qué?

—En el hospital donde naciste expidieron un certificado del parto: día, hora, sexo… Podría haber llevado ese certificado al registro, pero Carmen lo hizo añicos y me dejó una nota en la que me decía que renunciaba a ti. En el registro manifesté que habías sido abandonada y que desconocía quién era la madre para poder inscribirte solo a mi nombre.

—¿Y te lo permitieron?

—Era 1980. Por aquella época se hicieron muchas chapuzas. Recuerda todos los robos de recién nacidos. Estuvimos tentados de decirte la verdad muchas veces, pero ¿cuál es el momento idóneo de confesarle algo así a una hija? ¿Y para qué? ¿Acaso teníamos algo que contarte, más allá de teorías y humo? Carmen era una incógnita en nuestra vida, y preferimos que tu hermano y tú desconocierais el sufrimiento que ocasiona el no entender, el no saber… Los años fueron pasando y nos alejaron de la difícil confesión.

Aia apoyó la cabeza en su hombro, aunque lo que realmente necesitaba era estar sola.

—Cuando Carmen vino de Alicante, yo llevaba poco tiempo viviendo en Gros y los vecinos apenas me conocían. Con ella tampoco intimaron mucho. Solo estuvo nueve meses instalada en el piso y, excepto conmigo y con tu tía, era bastante huidiza. Tras el abandono, Inés entraba y salía de casa a todas horas con Mirentxu. Al año, dejó el trabajo y su piso en Hernani para mudarse conmigo. No es que se pareciera a Carmen, pero las dos eran delgadas y llevaban el pelo teñido de rubio. Me sorprendió que para el resto solo había pasado una chica por mi vida. Nos lo pusieron tan fácil que nos… acomodamos y dejamos de considerar decírtelo, hasta que, en 1992, doce años después de su marcha, su familia apareció en *¿Quién sabe dónde?* ¿Recuerdas el programa?

—Sí, claro —dijo, apartándose para mirarlo—. El de Paco Lobatón.

—Llevaban buscándola desde que se vino a vivir conmigo a Donosti. Su amiga y su madre estaban desesperadas.

Juantxo le contó que Carmen llamó y pidió hablar en privado y que no se volvió a saber nada. Que él se puso en contacto con el

programa para que le dieran detalles, pero que no los obtuvo.

—Aquello nos desequilibró mucho a tu madre y a mí. Fue un punto de inflexión. ¿Debíamos decírtelo o no? Estabas en la preadolescencia, era una mala época. Discutimos mucho al respecto y tu madre se enfadó conmigo por haber llamado a la redacción. Me acusó de seguir enamorado de ella… Aquello fue el inicio del fin. Como bien sabes, nos separamos al año siguiente, en 1993.

—¿Y la ama estaba en lo cierto? ¿Seguías queriéndola?

Él no contestó.

—Llevas todos estos años esperándola —susurró, desbordada por los últimos acontecimientos.

La puerta de la UCI se abrió. Aia había estado hablando con el jefe de la unidad médica y los había apuntado en la lista para que tuvieran acceso a las visitas.

Juantxo se levantó como un resorte.

Aia pensó en su madre, en la que la había criado. No podía hacerle eso. Su padre ya le había hecho suficiente daño. Después sus pensamientos fueron a dar con su madre biológica, la que la había dado a luz para luego hacer pedazos la partida de nacimiento. ¿Con qué propósito? ¿Por qué huyó? ¿Qué le dijo a su familia de sangre cuando lograron dar con ella en los noventa? ¿Habría dejado ya de escapar cuando alguien la atacó en la calle? ¿Cuál era la pieza que faltaba?

La mujer que llevaba días luchando por vivir en esa habitación de hospital era una desconocida y estaba completamente sola. Aia la había atendido mientras agonizaba en un charco de sangre.

Supo que, tomara la decisión que tomase, sentiría que estaba cometiendo algún tipo de traición.

Con una madre o con otra.

—Entra tú, aita —dijo tragando saliva y clavando la vista en el suelo—, yo no… puedo.

Le dio la espalda y salió de allí tambaleándose.

*

Santander
Miércoles, 11 de noviembre de 1992

Después de aparecer en el programa *¿Quién sabe dónde?* destruí las fotografías que yo misma había hecho y revelado de mi hija, aunque fui incapaz de deshacerme de todas. Me tiré la semana en alerta por si tenía que salir huyendo. Dos maletas preparadas y el dinero que guardaba tras el zócalo del mueble del fregadero bien empaquetado.

Durante los días posteriores, ninguna clienta ni vecino me mencionó nada. Si alguno me asoció a María del Carmen Rodríguez García, se lo calló. Si hubo un «Me recuerda a Cecilia, la de los arreglos», jamás me enteré.

Tuve la gran suerte de que mi madre no contara nada sobre el Taller de Costura Carmencita, como si le avergonzara hablar de la imposición que me hizo abandonarlos. Solo relató que quería ser actriz y que ellos, en su momento, no lo entendieron. Aquel dato omitido tenía un valor incalculable para mí y mi seguridad. Gracias, mamá.

Esa noche emitieron una nueva edición del programa y me lo tragué hasta el final. Paco Lobatón hizo un resumen de los casos del miércoles anterior y mencionó el mío de manera breve: «Tras trece

años desaparecida, y con su madre y su amiga en el plató, la propia María del Carmen llamó para decir que estaba bien. Si hubo reconciliación entre ellas, quedó en lo privado, como ella solicitó».

Por mi culpa, y por la de los malnacidos de Quin y Angie, los telespectadores no verían un deseado y emotivo reencuentro.

Las siete noches siguientes fueron un infierno. No dormía, no podía concentrarme más que en una desconfianza latente que me disparaba el pulso. El miedo. Y, por supuesto, la pena. Ver a mi madre sufrir dolía, pero más desgarrador era saber que haber dado conmigo no respondería sus preguntas. Mi Estrella, mi amiga, mi hermana, seguía a mi lado. Qué tristeza más grande no poder disfrutar del milagro que son las relaciones con personas con las que no compartes lazos sanguíneos.

Según había contado mi madre, un hombre me había estado buscando por una deuda. Eran los hermanos; quiénes si no.

La presión me espoleó para que dejara bien atado un testamento. Asigné todo a Juantxo. Si yo moría, él sabría qué hacer con mis bienes. Recuerdo que comencé a fumar al salir del notario, pero lo dejé a los tres días, en cuanto me sorprendí chasqueando las uñas de los dedos meñique y pulgar mientras sostenía el cigarro. La evocación de Angie me alejó del vicio. Era la primera cosa que podía agradecerle a aquella cabrona.

Las aguas estaban tan revueltas que tomé la decisión de no viajar a San Sebastián durante un tiempo. Hasta aquel momento, y aunque me parecía una miseria, porque no siempre conseguía ver a mi hija, mantenía la costumbre de ir dos veces al año, pero ahora me convenía no moverme de Santander y vigilar cada pequeño cambio que surgiera a mi alrededor.

*

18:30

El oficial Martín Oiasso se sentía arropado por su equipo y eso le inyectó una pequeña dosis de energía que lo ayudó a seguir adelante con la investigación. Su vinculación personal había estado a punto de dejarlo fuera del caso, pero la subcomisaria había mediado para que permaneciera. Su presencia era valiosa tanto por su profesionalidad como por la cercanía con una de las partes implicadas.

—¿Qué tal está Aia? —se interesó Eloísa.

—Es difícil saberlo. Está superada por todo esto. La he dejado en el hospital. Ella y mi padre iban a entrar a ver a Carmen.

—Bueno —dijo la subcomisaria, tras suspirar—, necesita tiempo. Todos lo vais a necesitar.

—¿Qué se sabe del cadáver del local? —preguntó Oiasso para ocupar su mente cuanto antes.

El equipo resumió todos los delitos que recaían sobre las espaldas de José Joaquín Escala Zapata y su paso por prisión. Martín no daba crédito. El apuñalamiento había traído de vuelta un caso terrible que llevaba décadas olvidado. ¿La madre de Aia tendría algo que ver con todo aquello?

—José Joaquín salió de la cárcel un año más tarde que su hermana y hasta hace poco eran propietarios de una agencia inmobiliaria valenciana —siguió Julio.

—Estamos intentando dar con María de los Ángeles —intervino la Verano—. Tuvo una hija de soltera llamada Brianna. A ver si

conseguimos encontrar a alguna de las dos.

—Recuerdo vagamente los crímenes de El Bacarot. Vosotros ni siquiera habíais nacido. En aquella época este tipo de sucesos no salían en televisión. En las noticias hablaban del tiempo, de la política exterior e interior, de los accidentes de tráfico, que eran muchos… —Eloísa se quedó pensativa—. Había un semanario en el que sí informaban sobre la crónica negra…

—¿*El Caso*? —la interrumpió Martín, irguiendo la espalda.

—Exacto. ¿Por?

—En casa de Carmen había una pila de ellos, además de otros periódicos.

—Estamos a la espera de recibir los informes policiales de antaño que hagan referencia a la investigación que se llevó a cabo, pero no estaría de más revisar esos noticiarios. Voy a pedir a la Policía Nacional santanderina que les echen un ojo y, si hallan alguna noticia relacionada, que la escaneen y nos la envíen.

Martín pegó un brinco. Acababa de entrarle un mensaje al móvil.

—Vete a descansar —le ordenó la subcomisaria—. Hasta mañana a primera hora no tendremos material para seguir avanzando. Nosotros nos encargamos de todo.

Miró la pantalla. Era Teresa, la amiga de su hermana.

*

Santander
Miércoles, 18 de noviembre de 2002

Diez años habían pasado desde que Paco Lobatón dijera mi nombre en *¿Quién sabe dónde?*, y desde entonces solo había conseguido ver a mi hija en cinco ocasiones.

Me costó retomar la rutina tras la emisión del programa. No me atrevía a volver a San Sebastián por si ponía en peligro a mi niña y cuando lo hice ya habían pasado cuatro años. ¿Eran suficientes? ¿Debía aguardar más tiempo o había perdido toda objetividad a la hora de distinguir entre lo prudente y lo temerario? En mi situación resultaba difícil mantener un juicio claro, e, hiciera lo que hiciese, me sentía una mala madre. Las emociones me estrangulaban. Me volví más paranoica, si cabe, y visité Andorra para comprar una pistola táser y varios botes de espray de pimienta que siempre llevaba en el bolso.

Recuerdo la primera vez que me presenté en la capital guipuzcoana tras la aparición de mis fotografías en la televisión. Fui con miedo y encima no logré verla. Y así tantas y tantas veces. La niña ya era una adolescente y volaba libre como las gaviotas.

El tiempo también era un ave. A veces se dejaba mecer por el aire, sin prisa, pero otras agitaba las alas y se esfumaba sin mirar atrás.

Yo ya había cumplido los cuarenta y uno y mi hija los veintidós. Casi nada. Habían sido unos meses de mucho ajetreo tras el cambio de la peseta al euro. Me negaba a hacer el dichoso redondeo a los precios de los arreglos, y mis clientas y yo nos hacíamos un lío impresionante. Pero lo prefería así. No se merecían una subida. Gracias a ellas el negocio iba viento en popa y eso me había permitido blanquear el millón y pico de pesetas escondido durante años tras el zócalo del mueble del fregadero.

Ese día me levanté temprano, desayuné rápido y, antes de bajar al taller, abrí el baúl en el cual guardaba los viejos diarios y semanarios en los que aparecían noticias de los crímenes de El Bacarot. Los saqué y los puse sobre la cama, aún sin hacer.

En cuestión de pocas décadas la sociedad había cambiado mucho. El tipo de sucesos que alimentaban las páginas de *El Caso* ahora saltaban de canal en canal. En los programas y telediarios, cuanto más escabrosos fueran los hechos, más se hablaba de ellos. Yo compraba menos prensa que antaño: veía la televisión y consultaba varios diarios digitales. Ponía especial atención al apartado de las necrológicas, por si sonaba la flauta y volvía a toparme con alguno de los hermanos.

Echaba de menos leer *El Caso*. Aquella revista policial comenzó a publicarse en plena dictadura y tuvo que lidiar durante más de tres décadas con la censura del franquismo. A mí me acompañó desde finales de 1979 hasta septiembre de 1997, año en el que dejó de editarse. El 24 de ese mes bajé a un kiosco santanderino y pagué, no recuerdo cuántas pesetas, por el último número. ¿Qué habría sido de Olivia del Páramo? ¿Seguiría trabajando como periodista?

Acomodada sobre el colchón ojeé todas las noticias antiguas. Me metí un mechón de pelo negro detrás de la oreja. Llevaba la melena y el flequillo cortos, como Audrey Tautou en la película *Amélie*.

María de los Ángeles y José Joaquín Escala Zapata

Aún me impresionaba leer sus nombres y ver sus fotografías en las portadas. El Chrysler 180 rojo con el techo de vinilo negro volcado en una cuneta. Los primeros planos de la pareja de

hermanos. Cuando los conocí rezumaban glamur. En aquellas instantáneas tenían más pinta de quinquis que el Lute.

¿Cómo pude estar tan ciega?

Carmen la Vila había sido la protagonista de una macabra película sin saberlo, pero, lejos de ser actriz, había acabado ganándome la vida como mi madre siempre quiso. Qué irónico sonaba todo.

La primera detención tuvo lugar en noviembre de 1979 y la segunda en julio del 81. ¿Había posibilidades de que siguieran en prisión? Aunque no tenía ni idea de leyes, lo veía improbable porque ya habían transcurrido treinta y un años desde los secuestros, violaciones y asesinatos. Además, dudaba si por esto último los habrían condenado.

Dejé todo desparramado sobre la cama y encendí el ordenador. Puse en el buscador de internet «abogado penalista» y obtuve muchos resultados. Estudié los perfiles hasta que me decidí por uno. Un tal Juan Infante, de Bilbao.

Cogí el teléfono y llamé al número que aparecía en su página web.

El hombre contestó al quinto tono y yo le metí una bola sobre que estaba escribiendo una novela policiaca. Como no podía contarle el motivo por el cual Quin y Angie nos mantenían secuestradas para que no lo asociara a los crímenes de El Bacarot, le dije que la trama iba de un matrimonio que explotaba sexualmente a varias chicas. El resto del relato coincidía más o menos con lo ocurrido en la realidad.

—¿Cuánta pena les caería? ¿Podría explicarme el procedimiento tras un caso de estas características?

El abogado no me puso ninguna pega y contestó a todas mis preguntas con amabilidad mientras yo tomaba notas en una libreta.

1. La violación y el secuestro (o la detención ilegal) son delitos muy graves, sin contar los de proxenetismo, «trata de blancas». También se los podría juzgar por banda criminal. Las penas superarían los nueve años de prisión.
2. Entrarían en prisión los dos.
3. El juicio tardaría más de un año.
4. A los seis meses, antes de salir el juicio, el abogado pediría la libertad provisional y el juez se la daría con una fianza de entre 60.000 y 70.000 pesetas a cada uno.
5. Luego, una vez que los juzgaran, volverían a entrar a cumplir la pena impuesta o podrían recurrir su sentencia al Tribunal Supremo, y así retrasarían un año su entrada en prisión (hasta que el Supremo confirmara la sentencia).

—Perdone, ¿cuántos años se sumarían por los asesinatos de las tres esclavas sexuales? Por la primera parte les caerían más de nueve, ¿y luego?

—El asesinato puede suponer hasta veinte años de prisión por cada víctima. —Se quedó callado—. Es difícil calcular la pena total, porque habría que sumar los secuestros y los delitos de proxenetismo, que ya elevarían la condena inicial de nueve años y podría acercarla a veinte. A eso habría que añadir los asesinatos: unos veinte años por cada uno. Es decir, alrededor de sesenta años para cada implicado.

Abrí los ojos de par en par. Si les había caído eso, ¡solo habían cumplido la mitad! El abogado no tardó en romper mis ilusiones al aportar nueva información.

—Pero en prisión no se superan los veinte años de cumplimiento, salvo en los casos de terrorismo. Y si los personajes de tu novela trabajan o estudian en la cárcel, por dos días les quitan uno. Con la

mitad de la pena efectiva a cumplir y con buen comportamiento, les podrían dar la semilibertad, el tercer grado, y salir a trabajar y volver a dormir a la cárcel. Y luego están los permisos que podrían disfrutar, treinta y seis días al año. Resumiendo: cumplirían diez años y a partir de ahí dependería de su actitud, de una oferta de trabajo, etcétera, para poder aminorar la pena y no cumplir los veinte.

Ahí me quedó muy claro que, si no los habían vuelto a encarcelar por cometer nuevos delitos, Quin y Angie llevaban años en la calle. Punto.

*

19:00

Martín y Teresa se dieron dos besos cerca del portal de Aia. La amiga de su hermana había volado desde Londres para ayudar en lo que hiciera falta. Siempre habían estado ahí la una para la otra, sin importar los kilómetros que las separasen.

—Me llamó para contármelo y desahogarse —dijo—. Dios mío, no sabía ni qué decirle. Desde entonces no he dejado de darle vueltas y de mirar los vuelos que había disponibles. He pedido unos días en el trabajo para estar con ella.

Llevaba una trenza larga, un paraguas plegable, una maleta con ruedas y una gabardina caqui idéntica a la que vestía su hermana el día del apuñalamiento. Martín recordó las gotas de sangre sobre el tejido.

—Te lo agradezco. ¿Sabe que estás aquí?

—No. La llamé hace un rato y no me lo cogió. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

—En teoría, en el hospital, con mi padre. Pero he hablado con él y me ha dicho que se marchó porque no pudo entrar en la UCI, que fue superior a ella. —Negó en silencio—. Subamos. Llevo un par de días alojado en su casa. —Estiró el brazo para coger la maleta de Teresa. Se imaginó que ella se estaría preguntando si las cosas no marchaban bien con Nuria.

—Gracias.

En el ascensor evitaron mirarse a los ojos. Hacía años que no se veían. Siempre le había parecido una tía inteligente, guapa y divertida, también buena persona. Entre ellos había química, eso era indiscutible, y se remontaba a cuando a los dos se les alborotaron las hormonas en la adolescencia, pero no se liaron hasta la víspera de su marcha a Londres. Un rollo de una noche que la distancia enfrió y al que la aparición de Nuria puso punto final.

—¿Qué tal te va en Inmaculate Black?

—No me quejo, pero echo mucho de menos Donosti —reconoció Teresa, ajustándose el cinturón de la gabardina—. ¿Tú qué?

—Ahora mismo no sabría qué decirte. Pero algo parecido a muy jodido.

—Claro, entiendo —repuso cuando el ascensor se detuvo en la planta.

El oficial Oiasso metió la llave en la cerradura y entraron sin hacer ruido. La casa estaba en penumbra y la puerta del dormitorio de Aia, entornada. Se asomó y distinguió un bulto bajo las sábanas. Avanzó con sigilo hasta él.

—Necesito descansar, Martín —murmuró ella—. Déjame, por favor.

Él se arrodilló. Apenas distinguía sus rasgos. Su hermana estaba de lado, tapada hasta la nariz, con la cabeza hincada en la almohada. Le acarició el pelo.

—Han venido a verte —susurró con afecto.

—No, no. No tengo ganas. —Aia se inquietó bajo las mantas—. Dile que se vaya.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Es la ama? ¿El aita?

—Es Teresa.

—¿Está aquí Tessa? —dijo al borde del llanto. Se incorporó—. ¿Tessa?

A Martín le emocionó su reacción. Le reconfortó comprobar que la amiga de su hermana seguía siendo un apoyo firme para ella. En aquellos momentos, Aia necesitaba a alguien cercano, aunque ajeno a la familia, en quien apoyarse. Él también habría querido contar con una persona así, pero estaba solo. Su novia lo había ido aislando de todos. Desde que estaba con ella se había convertido en otro, en alguien que ya no reconocía. Entonces lo entendió: había llegado el momento de dar el paso. Existía un futuro para él. Sin Nuria.

—Eh, cariño, ¿cómo estás? —La voz de su amiga también sonaba quebrada. Entró en la habitación.

—Tessa, Tessa.

—Tranquila —musitó, sentándose en la cama.

Las dos se miraron. En los ojos de ambas había un sentimiento íntimo y precioso. Martín envidió el vínculo que tenían, esa amistad

sana y bonita, imperecedera. Las vio fundirse en un abrazo y llorar en silencio.

Encendió la lamparita de noche antes de dejarlas a solas.

Las dos se tumbaron y hablaron largo y tendido sobre el tema. A Aia, tenerla a su lado le supo a refugio. Cuánta falta le hacía. Cuánto la había echado de menos.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué ha pasado? No entiendo nada.

—No puedes hacer nada. Solo aceptar que toda la gente que te quería lo sigue haciendo. No pierdas de vista eso. Nunca. Tu madre, tu padre, tu hermano…

—Me siento como una intrusa. Como una niña pequeña. Mi ama, Tessa… Joder.

—Tu ama es tu ama y siempre lo será. ¿Qué más da la sangre? ¿Acaso tú y yo compartimos parentesco? No, pero me da igual, eres como mi hermana.

Aia le agarró la mano. Que hubiese volado desde Londres para estar a su lado significaba mucho para ella. Tessa valía su peso en oro y la adoraba. Deseó haber estado a la altura cuando sus padres murieron en aquel trágico accidente. ¿Lo estuvo? Recordaba que lo intentó con todas sus fuerzas. La apoyó todo lo que pudo y más, y no se separó de ella ni siquiera en los momentos más duros del duelo. Aquellos en los que no quería ver a nadie y rechazaba cualquier ayuda.

—Eres mi media langosta, Tessa —dijo, parafraseando a Phoebe Buffay de *Friends*—, pero sin atracción sexual.

—Tú y yo agarraditas de las pinzas. —Su amiga jugueteó con sus dedos—. Para siempre.

Las dos hicieron un esfuerzo por reír.

—¿Por qué me abandonaría la tal Carmen? ¿Quién es en realidad?

—Tendrás que ser paciente.

—¿Sabes que he llegado a desear que no se despierte nunca? Pero yo no quiero tal cosa, son pensamientos involuntarios.

—Las emociones te van a estar jodiendo hasta que gestiones todo este papelón. No te culpes por nada. Ya irá todo poniéndose en su sitio. —Le acarició el rostro con ternura y ella apoyó la mejilla en su mano.

—Estoy agotada. —Aia cerró los ojos y suspiró.

—¿Ya has decidido qué hacer con lo del embarazo?

—Ni siquiera he cogido cita en la clínica. Estaba esperando a que avanzáramos en la investigación para ir, y ahora… todo me parece un mundo.

—Creo que deberías descansar. Por hoy ya has tenido suficiente. Necesitas unas horas de sueño para resetear la mente. Por cierto, ¿quieres comer algo?

—No tengo ganas. Merendé al bajar del hospital. ¿Y tú? Yo aquí aburriéndote con mis penas, sin preocuparme ni un ápice de ti. Seguro que estás muerta de hambre. Vamos, que te preparo algo. —Hizo el amago de levantarse, pero Teresa se lo impidió.

—Ni se te ocurra. Pido comida china o cualquier cosa.

—No te gastes ni un euro. El frigorífico está hasta arriba.

—Tú no te preocupes por nada. Yo me las arreglo.

—Vas a tener que dormir conmigo. Mi hermano está alojado en la habitación que sueles ocupar cuando vienes.

—¿Problemas en el paraíso?

—Y gordos… La innombrable es una cabrona de mierda.

Le resumió todo por lo que estaba pasando Martín y a Tessa le subió tal cabreo que a punto estuvo de pegar cuatro voces. Las dos cavilaron en silencio durante un buen rato.

—Anda, ve a cenar algo —dijo Aia con los ojos medio cerrados.

Teresa se levantó de la cama y la arropó.

—Me he marchado de Londres tan precipitadamente que no me ha dado tiempo de pillarte el *trench*, pero te regalo el mío.

—No —dijo medio dormida.

—Intenta descansar —susurró mientras apagaba la luz—. Y deja un huequecito en la cama para tu media langosta. No tardaré en volver.

*

Donostia-San Sebastián
Sábado, 25 de junio de 2011

No es que celebrara mis cumpleaños por todo lo alto, al contrario, pero aquel día alcanzaba el medio siglo y decidí brindar con una copa de vino en el local que en el pasado fue una cestería. Ver a mi hija a través del cuadrado recortado en el papel de estraza de la puerta acristalada, sin duda, sería el mejor regalo. Desde 1980 no recibía ninguno: daños colaterales de vivir alejada de todos los que me querían. Me conformaba con los detalles que me hacía a mí misma: una tarde en un spa, perderme durante horas en una librería y comprarme los libros que se me antojaran, una buena película en un cine de barrio, lejos de aglomeraciones, un viaje, una cámara de fotos nueva… Tenía dinero para darme caprichos y tiempo para

gastarlo con absoluta libertad solo en mí. Intentaba no privarme: bastante me había robado ya la vida.

Llegué la madrugada del sábado y me acosté en el sofá. San Sebastián en verano no dormía y el barrio de Gros se había convertido en uno de los más codiciados de la ciudad. Qué lejos quedaba esa playa contaminada que bañaba la costa oriental de la capital guipuzcoana.

Me desperté temprano y desayuné una bebida de cacao y unas galletas frente al ventanuco. Vigilar desde ahí no era tan fácil como antaño. El día había amanecido soleado y la gente iba y venía con sombrillas, sillas y tablas de surf. La calle tenía más vida de la que recordaba. Mis visitas a San Sebastián eran ahora muy espaciadas y de la última vez a esta noté que el turismo había crecido. Se respiraba un aire distinto: la prensa lo atribuía, entre otras cosas, al inminente cese definitivo de ETA.

Esperé y esperé, como ya me tenía acostumbrada la rutina del local, y no vi ni rastro de mi niña sin nombre. O, mejor dicho: de la mujercita de treinta años a la que temía no reconocer. Llevaba tiempo sin saber de ella. Imaginaba que ni siquiera viviría allí. ¿Adónde habría ido? ¿Qué habría estudiado? ¿Dónde trabajaría? ¿Juantxo también se habría marchado?

Comí un bocadillo, descorché una botella de vino y bebí dos vasos sin apenas cambiar de posición. Sentada en la silla bostecé de aburrimiento, me di varios masajes en el cuello, fotografié los rollos de rafia que seguían abandonados en un rincón y me entretuve como pude hasta que cayó la noche.

Cené un sándwich y me tragué el resto del vino junto con las enormes ganas de ver a mi hija. Como traía las expectativas muy

bajas, apenas me llevé un chasco. Mi día a día me había dotado de un sistema inmunológico que combatía la tristeza como si fuera el peor de los virus.

A las once de la noche me levanté y estiré todo el cuerpo. No iba a pasar la última hora de mi cumpleaños sentada allí dentro. Tampoco entraba en mis planes volver a dormir en el viejo sofá. ¿Cómo pudo parecerme cómodo en algún momento de mi vida? Estaba claro que ninguno de los dos éramos los mismos.

Salí de allí decidida a darme un paseo por la ciudad. Como bien dice el refrán, «de noche, todos los gatos son pardos» y yo iba a aprovechar esa ventaja. Llevaba la discreta melena de Scarlett Johansson en *Match Point*, rubia y capeada, un pantalón de lino y una camiseta blanca de manga corta.

Contemplé el Kursaal, inaugurado doce años atrás. Era auditorio y palacio de congresos. Una obra contemporánea compuesta por dos cubos de vidrio translúcido, «dos rocas varadas junto al Cantábrico», como Rafael Moneo, el propio arquitecto, la describió. Estaba en Gros, junto a la desembocadura del río Urumea, frente a la playa de la Zurriola. Era allí donde se celebraba el festival de cine, ese que yo no había catado ni en una sola edición.

Bajé a la playa. Cuánto había cambiado tras la reforma y ampliación iniciada en el 93. Sus aguas ya no estaban contaminadas y ahora contaba con un gran dique que calmaba el mar. Recorrí la orilla descalza. Oía el oleaje y, por el rabillo del ojo, distinguía algún pico de espuma blanca. Las playas donostiarras de la Concha y de Ondarreta eran más tranquilas en cuanto a corrientes marinas. Por ese motivo esta era la favorita de los surfistas. El agua estaba fría, entre diecinueve y veinte grados, parecida a la de Santander y unos

cinco grados menos que la de Villajoyosa. Cómo añoraba esa calidez. Mi piel seguía necesitando el Mediterráneo por mucho tiempo que llevara en el Cantábrico.

Salí por el otro extremo de la playa y me senté en el pretil, de espaldas al monte Ulía, que, aunque solo se intuía a causa de la noche, se alzaba poderoso para vigilar la ciudad. Estaba cansada y se me habían quedado los brazos helados. Mi paseo acababa ahí, para qué estirarlo más. Cogería el coche y conduciría hasta Santander. Me tomaría un cacao calentito al llegar a casa y dormiría en mi confortable cama.

Había sustituido mi antiguo Ford Fiesta blanco por uno más moderno color verde botella. Lo tenía en el aparcamiento Okendo. Mientras me limpiaba los pies con las manos, oí una voz que me resultó familiar.

—¡Hombre! *Aspaldiko!*

Me di la vuelta y lo vi. Era Juantxo. Se había detenido a hablar con un señor. La mata de cabello oscuro se le había encanecido en las sienes. Conservaba la figura; parecía en forma y, en vez de bigote, llevaba una barba recortada. Sus ojos azules y su sonrisa relajada me desarmaron, como si no hubieran pasado los años. Llevé la mirada de vuelta a la arena antes de que me descubriera.

—*Aiba, Juantxo!* ¡Cuánto tiempo, sí!

—Desde que te jubilaste no se te ve el pelo, Antonio —le recriminó él—. ¿Qué tal te trata la vida?

La conversación en la que se enfrascaron me dejó claro que ya no trabajaba en el hospital, sino en Correos. Se tiraron más de diez minutos recordando anécdotas y hablando de los compañeros, pero ni mu de mi hija.

Se despidieron con un «Cuídate» y tomaron caminos opuestos. Yo me bajé del pretil para seguir a Juantxo, que iba rumbo al Kursaal. Me figuré que habíamos paseado en paralelo, yo por la playa y él por la acera. El destino así lo había querido.

Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa remangada. Andaba sin prisa, con las manos en los bolsillos, concentrado en el mar. Los hombros rectos, la cintura estrecha. Recordaba su olor, la temperatura de su piel. Sus abrazos. El último me lo dio hacía más de tres décadas. Fue en el hospital, tras dar a luz. Desde entonces no había permitido que ningún otro hombre se me acercara. Durante estos años, el único abrazo que había recibido fue de una clienta a la que le arreglé una prenda que tenía un enorme valor sentimental para ella. Le hizo tanta ilusión recuperarla que, en agradecimiento, se abalanzó sobre mí y me rodeó con un cariño sincero.

Juantxo se detuvo de golpe y sacó algo del bolsillo. Era el móvil. Se lo llevó a la oreja para contestar. Yo me apoyé en la barandilla sin perderlo de vista. Desde mi posición no lo oía. La conversación fue breve. Retomó la marcha. Yo también. ¿Y si había quedado con nuestra hija? Recé a todos los dioses de la literatura para que así fuera. A la altura de la gasolinera cogió la calle Gran Vía y tras caminar unos minutos giró a la derecha.

Me quedé a cierta distancia y lo vi entrar en nuestro antiguo hogar.

Me acerqué y miré desde la acera de enfrente hasta que la luz de la sala se encendió.

Suspiré.

El viaje no había sido en balde. Al menos había averiguado que él seguía allí.

*

22:00

Cuando dejó a su hermana y a Teresa a solas, Martín se encerró en el dormitorio de invitados y llamó a Nuria. Le dijo que él y su familia estaban atravesando un problema serio y, por el momento, privado. «Me conoces de sobra para saber que no es ningún tipo de excusa —aclaró él—. Quiero que tú y yo nos sentemos a hablar, cara a cara, aunque hoy no va a poder ser, lo siento. Te volveré a llamar mañana, ¿de acuerdo? Y, por favor, no te presentes en comisaría».

Tendrían ese encuentro y rompería. Habría sido más fácil hacerlo por teléfono —su sola presencia lo envolvía, lo anulaba—, pero él no era así.

Después, dejó los móviles metidos en el cajón de la mesilla y salió a la cocina a preparar algo de cena.

Se estaba lavando las manos en la fregadera cuando vio a Teresa salir de la habitación de Aia.

—A mi hermana le ha dado por los platos de cuchara. Estoy preparando unas lentejas, por si mañana no le apetece cocinar. —Se secó los dedos con un trapo—. ¿Qué tal está?

—En estado de shock —dijo ella, apoyándose en la encimera—. Rota. No sabe cómo comportarse ni sentirse.

—Agradezco que hayas venido.

—No me quedaba tranquila. —Se frotó los ojos. Estaba amodorrada tras haberse tumbado en la cama.

—Tengo unos canelones de espinacas en el horno. ¿Te apetece compartirlos conmigo?

—Claro.

—Son congelados, no te creas que me he vuelto un cocinillas. —Sonrió.

—Pues no me sorprendería. Tú siempre has sido muy mañoso, Martín; casi todo se te daba bien si te lo proponías.

Él prefirió no contestar. No estaba seguro de qué quería decir Teresa con eso. Le dio la espalda y abrió el horno para meter media barra de pan.

—Mi aita me ha dado el gusto de comerlo caliente y tostado. De niños nos lo preparaba así. Sobre todo acostumbraba a hacerlo en la sartén.

—Tus padres lo estarán pasando mal —dijo ella, sacando la vajilla de un armario. Al estirar el brazo el jersey se le subió, dejando a la vista la cintura desnuda.

El oficial Oiasso apartó la mirada de su piel y se preguntó qué habría sido de ellos dos si Teresa no se hubiera mudado a Londres.

—Se arrepienten por no habérselo dicho a tiempo —contestó—, y ahora ya es tarde. Les he dicho que hay cosas peores, que no se fustiguen más, pero tienen un disgusto del quince. —Sirvió la cena y se sentaron a la mesa.

—Aia socorrió a su madre biológica tras la agresión —dijo ella, al rato—. Es delirante. La tuvo entre sus brazos. Le salvó la vida.

—La cuestión es si es casualidad o causalidad. Vaya locura… Ojalá lo resolvamos pronto. El caso es más complejo de lo que en un principio imaginamos.

Ella le clavó los ojos, invitándolo a que prosiguiera.

—No puedo contarte nada —se disculpó Martín—; yo mismo sigo de chiripa en la investigación. —Jugueteó con un pedazo de pan en

la salsa de tomate—. Ojalá lo resolvamos pronto y mi hermana pueda enfrentarse a todo y pasar página.

Después de cenar, recogieron la cocina sin prisa. Estaban agotados, pero tenían ganas de permanecer allí, en compañía, juntos. Martín no quería plantar cara a los devaneos que le esperaban en cuanto se acostase ni a las notificaciones de los teléfonos, y Teresa postergaba el momento de regresar a aquella habitación sombría y llena de tristeza donde su amiga dormía con el alma desgarrada.

Mientras ella barría el suelo, él pasaba una bayeta por las superficies de la cocina con las mangas de la sudadera subidas.

A Teresa no le costó localizar las marcas en las muñecas que Aia le había descrito. Su enfado volvió a crecer. Vació el recogedor en la basura y se asomó al dormitorio. La respiración de su amiga era profunda y calmada. Cerró despacio.

—¿Está dormida? —preguntó él, escurriendo la bayeta y colgándola del grifo.

—Sí. —Se sentó en el sofá. Era pequeño, de dos plazas, y cogió el mando—. Voy a ver un rato la tele hasta que me baje la cena.

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó Martín, señalando el espacio que quedaba libre.

—No. Claro. —Se levantó, nerviosa—. He dado por hecho que ya te ibas. Ponte cómodo, seguro que tienes tu sitio.

—Qué va. Tú has estado en esta casa más que yo. Ni siquiera sé cuál es el de mi hermana.

—Yo tampoco. Cuando vengo siempre me trata como a una reina. Deja que lo elija todo. Absolutamente todo.

Se miraron. Los dos se habían quedado uno frente al otro, junto al sofá.

—Te creo. Así es ella. Generosa y desinteresada —la describió él —. La echaba de menos, ¿sabes? Con toda la movida de Nuria…

—Tranquilo —lo cortó Teresa—. No tienes que explicarme nada.

Se sentaron en el sofá y charlaron en susurros sobre trabajo y viajes. Martín se había recorrido buena parte de Europa; Teresa también, aunque por motivos laborales. Luego la nostalgia los alcanzó y recordaron las noches donostiarras de hacía más de una década, aquellas que pasaban en lo Viejo. Los mojitos del bar Iguana, las patatas Sarriegui del pequeño local de la calle San Jerónimo, la música que bailaban en el Zikuta: *Midnight City*, de M83; *Sweet Disposition*, de The Temper Trap… Contuvieron las carcajadas para no despertar a Aia.

—Y a ti también —soltó él, de pronto.

—¿A mí? —preguntó Teresa, sin saber a qué se refería.

—Sí, os he echado de menos a las dos.

Por un momento el tiempo pareció no haber transcurrido. Eran Tintxo y Tessa, los mismos de hacía diez años. Se estudiaron como si les hubieran imantado los ojos.

Él se inclinó hacia ella y se acercó a sus labios.

Teresa vaciló. Finalmente lo esquivó con dulzura y le dio un abrazo.

Martín rio por lo bajito.

—Lo tengo bien merecido; lo siento.

Ella le acarició la espalda con ambas manos. La tenía ancha y fuerte. Apoyó la mejilla sobre su hombro.

—Será mejor que me vaya a mi habitación, que me aleje de ti —susurró Martín—. Hueles demasiado bien para tenerte tan cerca.

—¿Mejor que el pan tostado? —bromeó ella, retirándose de él.

—Que descanses, Tessa —susurró, levantándose del sofá.

—Tú también, Tintxo.

Martín se encerró en su habitación. Miró a través de la ventana. Qué bonita estaba la ciudad con aquel exceso de luces. Las putas luces. Por su cabeza desfilaron los acontecimientos de manera cronológica: apuñalamiento, chico ahogado, Nuria, hombre muerto en el local de la calle Nueva, los crímenes de El Bacarot, su hermana, sus padres y… Teresa. Oyó un golpeteo casi imperceptible al otro lado. ¿Habían sido imaginaciones suyas? Volvió a oírlo. Avanzó hasta la puerta y la abrió. Ella estaba allí.

—No quiero que te lleves una impresión equivocada de lo que ha pasado en el sofá —soltó Tessa.

—¿Sobre qué?

—Pues sobre… lo de… Te has acercado a mí y yo…

—¿Hablas de lo bien que haces la cobra? —dijo él riéndose—. No pasa nada, de verdad.

—Ya lo sé, pero me gustaría aclararlo.

Oiasso la invitó a entrar. Se sentaron en la cama, la cual conocía a ambos. Pertenecía a ambos. Un lugar seguro y familiar.

—Ha sido un impulso, perdóname, y agradezco que hayas actuado con más sensatez que yo —comenzó él—. Es que me he sentido muy cómodo a tu lado.

—Yo también, Tintxo, y si no me he dejado llevar ha sido por Nuria. Sé que no estáis pasando por un buen momento. No soy de las que se entrometen en relaciones ajenas.

—Voy a dejarla, Tessa; llevo tiempo queriendo hacerlo. Es una historia complicada y si me he mudado aquí es para tomar distancia y dar el paso de una vez. Ya no soy feliz a su lado.

Se estudiaron unos instantes en silencio y, a continuación, se sinceraron. Él le reveló lo mucho que extrañaba su vida, esa que tenía antes de empezar con Nuria y que se había propuesto recuperar. Volver a ser quien era. Que llevaba unos años muy perdido, pero que no había sido consciente de ello hasta hacía no tanto.

Teresa le contó que había tenido una relación seria con un alemán con el que convivió durante cinco años, pero que lo dejaron tras el asfixiante confinamiento por el covid-19. También le dijo que tenía decidido pasar un tiempo en Donostia para estar cerca de Aia, ahora que tanto la necesitaba. Que podía teletrabajar la mayor parte del tiempo. Su jefe se conformaba con que viajara a Londres un par de veces al mes.

Los dos descubrieron que los problemas y los kilómetros que los separaban no habían alterado el cariño y la cercanía que sentían el uno por el otro.

—¿Sabes? Me costó mucho olvidarme de ti después de nuestro encuentro —le confesó ella.

—Yo muchas veces me he preguntado qué habría sido de nosotros si no te hubieras ido. Y me castigué por no haber dado el paso mucho antes.

Ella se mordió el labio y preguntó:

—¿Nos atraíamos desde hacía años o solo era cosa mía?

Él le sonrió, cómplice.

—Oh —se lamentó Tessa—. No tuvimos la oportunidad de intentarlo.

—Nunca es tarde, ¿no crees? —susurró Martín.

Se miraron a los ojos y después a los labios antes de que las bocas se encontraran a medio camino. Se besaron con dulzura, saboreándose.

Después, se abrazaron y se quedaron en silencio unos minutos.

—Deja que ponga mi vida en orden, ¿te parece? —le dijo él.

—Eso sería perfecto, Martín. —Teresa le dio un beso en la mejilla y se levantó—. Que descanses. Mañana nos vemos.

—Buenas noches, Tessa.

*

Donostia-San Sebastián
Sábado, 9 de febrero de 2013

Desde que en 2011 me topé con Juantxo en el paseo de la playa y descubrí que seguía viviendo en Secundino Esnaola, me prometí que averiguaría dónde se había metido mi hija. Y eso hice. Merodeé por el portal de mi antiguo hogar, como en los viejos tiempos, y le hice varios seguimientos —no más de dos al año, para evitar riesgos— hasta que, en febrero de 2013, por fin llegué hasta ella.

Mi hija vivía a quince minutos de Gros, en el paseo Federico García Lorca. Llevaba mucho tiempo sin verla, y darme de nuevo de bruces con su rostro fue emocionante, único. Tenía un caminar ágil, el pelo castaño y largo con las puntas más claras, y unos rasgos no

tan diferentes a los de la niña de mis cuatro fotografías, que me negaba a destruir.

Tenía treinta y tres años y parecía alegre y desenvuelta. Todo era perfecto en ella, pero lo que más me gustó fue que era cariñosa con Juantxo.

Padre e hija se fueron al centro y entraron en varias tiendas de ropa masculina. Después, y cargados con varias bolsas, se tomaron un par de cervezas en un bar de la calle Bergara. Me enamoraron sus risas y la complicidad que compartían.

Regresé a Santander con el corazón henchido, con un sinfín de fotografías de ellos y con un dato con el que llevaba años soñando: el nombre de mi hija.

Se llamaba Aia, Aia Oiasso.

Aquel día, ya en casa, tomé la decisión de no volver jamás a San Sebastián. Había corrido el riesgo de que Juantxo me viera, poniendo en peligro la estabilidad de él y de mi hija.

Haberlos visto envueltos en ese halo de felicidad era el mejor final que podía elegir para mi historia.

*

Donostia-San Sebastián
Miércoles, 6 de diciembre de 2023
08:30

Sobre la mesa volvía a haber pan tostado. Los hermanos Oiasso y Teresa esta vez lo acompañaron con aceite de oliva y aguacate.

Ninguno de los tres había logrado dormir del tirón, pero algo habían descansado.

—¿A qué hora te acostaste? —preguntó Aia a su amiga—. No te oí regresar al dormitorio.

Teresa se llevó una rebanada a la boca y le dio un buen mordisco.

—Creo que, más o menos, una hora después de cenar.

Martín carraspeó y bebió un sorbo de café.

—¿Vas a subir a ver a Carmen?

—Lo intentaré —dijo Aia, masticando con desgana—. Llamaré al aita para ir con él.

Su amiga soltó el pan para darle un apretón en el hombro.

—Te acompaño. ¿De acuerdo? Y si no te sientes con ganas de verla, nos vamos a dar una vuelta y volvemos por la tarde.

Aia hizo un gesto de asentimiento. Tenía la mirada cansada, triste.

—Yo voy a dejaros —dijo Martín—. Me esperan en comisaría. Llamadme si necesitáis cualquier cosa.

Se levantó y entró en el cuarto de baño para lavarse los dientes. Al salir, se encontró a Teresa recogiendo el desayuno.

—Tu hermana está en su dormitorio hablando con tu madre —explicó en un susurro—. Tenía varios mensajes de ella.

—Todavía me parece mentira todo lo que está pasando —reconoció él al tiempo que se ponía la cazadora.

—No me extraña.

Caminaron juntos hasta la puerta. Martín agarró la manilla y antes de abrir volvió la cabeza para mirarla.

—Gracias por el rato de ayer —dijo él—. Estar contigo me ha ayudado a tener las cosas más claras.

—Me alegro. Yo también estuve muy a gusto. —Le sonrió con afecto.

Martín le acarició la mejilla con el dorso de la mano y, cuando estaba a punto de besarla, un portazo lo cortó de golpe. Venía de afuera, de la casa de algún vecino.

—Anda, vete, que vas a llegar tarde —susurró ella. Le rozó la nuca con los dedos y le dio un beso en la comisura de los labios.

Martín condujo hasta comisaría con un extraño cóctel de emociones en su interior. Tan pronto tocaba el fango como las nubes del cielo. Una montaña rusa en la que no recordaba haberse montado.

Eloísa Garo y los Verano lo esperaban en el despacho compartido. Lo estudiaron en cuanto entró. Sus semblantes decían a gritos que se compadecían por él y su familia.

—Estoy bien. Estamos bien, gracias —se adelantó. Tomó asiento y Julio le dio unas palmadas en la espalda.

—Ya hemos recibido todas las noticias escaneadas que hacen referencia a los crímenes de El Bacarot. Llegaron hace un rato —explicó la subcomisaria—. No han aportado mucho más que lo que contienen los informes policiales. Secuestro, violaciones, esclavitud procreativa y los asesinatos de las tres chicas. Dos de ellos los cometió un sicario contratado por la pareja de hermanos. Un alicantino con antecedentes que la policía detuvo en julio del 80. Gracias a la confesión del tipo, los agentes lograron esclarecer buena parte de los hechos.

—¿Qué fue de él? —quiso saber Martín.

—Murió al poco de entrar en prisión, en una reyerta.

—¿Quién cometió el tercer asesinato?

—Un matón que murió de sobredosis antes siquiera de que lo capturasen. Como veis, todo muy oportuno.

—Y Carmen, ¿qué tiene que ver con esta historia criminal?

—Estamos tratando de averiguarlo —dijo Eloísa—. Todos los artículos que recogió el semanario *El Caso* están firmados por Olivia del Páramo. He movido algunos hilos para dar con ella. Vive en Madrid. La periodista lleva un año jubilada y ha accedido a hablar con nosotros mediante videollamada. Me ha dicho que recuerda el caso con nitidez. Que fue un verdadero quebradero de cabeza. Le he mandado los informes policiales para que les eche un ojo. —Consultó la hora—. Os he enviado un email con el enlace del Zoom. Olivia se conectará en cinco minutos. Yo tengo reunión con el comisario. Encargaos vosotros de la periodista.

Olivia los recibió con una sonrisa. Tenía sesenta y seis años, aunque aparentaba menos edad, la cara ovalada y una melena castaña que le caía por encima de los hombros. A su espalda había un mueble blanco repleto de libros.

—Yo acababa de entrar en la redacción —dijo ella, tras las presentaciones—. Tres chicas secuestradas, violadas… Fue un suceso terrible. Un compañero y yo viajamos hasta la provincia de Alicante para cubrir el caso. Uf, se me pone la piel de gallina al recordarlo. Y sobre todo sabiendo cómo acabó todo.

—¿Has podido leer los informes policiales que te ha mandado la subcomisaria Garo? —preguntó el oficial Oiasso.

—Sí, y me sorprende la falta de datos. Desde el principio supimos que no nos iban a poner fácil hablar sobre la noticia porque mi jefe recibió presiones, pero jamás pensé que también los investigadores.

—¿A qué datos te refieres? —se interesó Martín.

—Para empezar, la policía dio con el chalet porque recibió una llamada anónima de una chica. Denunció a los hermanos y no se personó en comisaría, como le pidieron. En las inspecciones oculares descubrieron cuatro dormitorios de características similares: austeros y cerrados con llave desde fuera. Tres de ellos estaban ocupados por las chicas secuestradas y el cuarto, vacío, pero con un buen agujero en medio de la puerta. Siempre intuimos que perteneció a otra esclava que consiguió huir y que, posiblemente, fue la que denunció los hechos.

—¿Y por qué crees que el semanario recibió presiones? —preguntó Maitane Agosto.

—No teníamos ni idea. Angie y Quin, *a priori*, no estaban relacionados con nadie de las altas esferas. ¿Y entonces? ¿A qué venía tanto celo? Llegamos a sospechar que había alguien más implicado en las violaciones, pero, por lo visto, en aquel chalet del infierno solo se dejaron caer los dos acusados y las víctimas.

—¿Qué más no figura en los informes? —preguntó Oiasso.

—A nosotros no nos dejaban hablar con las chicas y sus abogados no soltaban prenda, pero mi jefe tenía sus contactos dentro de la comisaría y uno de ellos le dijo que había oído nombrar entre susurros a una embrióloga apellidada Lefèvre. La maquinaria de la redacción se puso en marcha y, tras días de indagaciones, descubrimos que aquella mujer había estado viviendo en Alicante y trabajando en un hospital y que, a los pocos días del suceso, regresó a Francia, su país natal.

—¿Conseguisteis hablar con ella? —Martín iba anotando en una libreta algunos de los datos.

—No nos permitieron seguir tirando de ese hilo. Las presiones crecieron y tuvimos que dar un paso atrás.

—¿En qué hospital trabajaba la embrióloga? —dijo la ertzaina.

—De esto me enteré años después, en el verano del 86. Una chica llamó a la redacción y pidió hablar conmigo. Se presentó como Lola Puerto y lo único que quería saber era si Angie y Quin seguían en prisión. Al principio no me la tomé en serio y quise colgar, pero cuando nombró a Lefèvre entendí que aquello no era ningún juego. Temí que la parte que frenaba la investigación estuviera poniéndonos a prueba y no supe muy bien cómo actuar. Además de hablar de la embrióloga francesa, mencionó también al doctor Sandemetrio y el prestigioso Hospital General de Dios, ubicado en Alicante.

—¿Por qué tenía toda esa información? —Maitane arrugó la frente al cuestionarlo.

—No lo sé… Quizá fui demasiado arisca o cautelosa, porque acabé espantándola, pero debía tomar precauciones por si las moscas. Se comprometió a llamarme a los días, pero no lo hizo.

—Era la cuarta chica —murmuró Martín, tras unos segundos—. La que denunció de manera anónima.

—Mis compañeros de redacción y yo llegamos a esa misma conclusión. Una pena que no volviéramos a saber de ella.

—¿Investigasteis al doctor Sandemetrio y el hospital?

—En la medida que pudimos, pero mi jefe nos pidió que paráramos. Angie y Quin ya estaban en prisión pagando por lo que hicieron y, si había más implicados, no podíamos descubrirlos: nos jugábamos la profesión o incluso la vida. La muerte de aquellas tres chicas y la de los sicarios eran un filo de cuchillo en la garganta.

Sabíamos que a esos dos matones los habían liquidado para silenciarlos.

—Una embrióloga, un médico, un hospital…

—Permíteme que aporte un par de datos más, Martín —lo interrumpió la mujer—. Sandemetrio era un reputado ginecólogo y el Hospital General de Dios, uno de los pioneros de la fertilización *in vitro* en España.

Oiasso intercambió una mirada con el grupo.

—¿Crees que, dentro de aquella esclavitud procreativa, además de las violaciones también estaba por medio la FIV?

Olivia se quedó callada y tardó en contestar. Al hacerlo, el gesto se le afiló, como si el oficio aún le corriera por las venas.

—Sí. No hallamos otra explicación. Ahora bien, ¿cuántos miembros del equipo del hospital estaban al tanto? Ni idea. No avanzamos mucho más…, en parte por las presiones que habíamos recibido años atrás y que nos frenaron, pero también por algo que descubrimos después de la llamada. —Exhaló un suspiro—. ¿No os suena el apellido Sandemetrio? El susodicho ginecólogo era hijo del conocido promotor inmobiliario que impulsó la edificación masiva de hoteles y complejos turísticos en Benidorm. Un hombre muy influyente en la Comunidad Valenciana.

—Ahí tenemos el origen de las coacciones —opinó Julio—. El buen médico tenía un entorno más que poderoso que se encargó de que no le salpicara la mierda.

Olivia asintió con la cabeza.

—Por desgracia, volvimos a detener la investigación, pero yo sí que estuve pendiente de los hermanos. Era un caso que me obsesionaba mucho. Supe que Angie entró embarazada en prisión y

dio a luz a una niña que pasó toda su infancia en un centro de acogida. La recuperó en el 93 al abandonar la cárcel y, curiosamente, montó una agencia inmobiliaria en Valencia, ciudad donde al final se instalaron las dos. Quin cumplió un año más de condena y al salir se fue a vivir con ellas. Para que no los asociaran a los crímenes de El Bacarot, sustituyeron los motes por sus nombres. Borrón y cuenta nueva. De Angie y Quin a María y Joaquín.

—Vaya par de indeseables —murmuró Julio.

Olivia cabeceó con pesar.

—No quiero pareceros impaciente, pero ahora sí que os pediría que me revelarais a qué viene tanto interés por un caso que tuvo lugar hace cuarenta y cuatro años.

Olivia del Páramo escuchó atenta mientras el oficial le resumía la historia.

—Prometedme que me mantendréis informada. No me esperaba para nada un giro de esta magnitud. No sabéis las ganas que tengo de hablar con mis excompañeros del semanario. Esto es muy gordo.

—Te pedimos discreción, Olivia.

—Por descontado, Martín. Lo haré cuando me lo permitáis. Soy consciente de que ahora mismo la cautela es vital para descubrir lo que se esconde detrás de todo esto. Es que no os podéis imaginar lo impactada que estoy.

—Te agradecemos que hayas colaborado con nosotros. Estamos en contacto.

—Ha sido un placer. Gracias a vosotros y suerte.

Cuando estaban a punto de desconectar la videollamada, Olivia levantó las manos.

—Se me olvidaba un último detalle. El contacto de mi jefe que nos pasó el apellido Lefèvre también oyó entre susurros algo relacionado con las luciérnagas. No tenía muy claro si «problema luciérnagas», «proyecto luciérnagas», «insecto luciérnaga»; algo por el estilo.

Martín recordó de inmediato a su hermana indagando e insistiendo sobre el asunto. Fue la sanitaria que atendió a Carmen en la ambulancia quien los puso sobre la pista. Ella la oyó pronunciar aquellas palabras, «la última luciérnaga», pese a que la víctima se encontraba entre la vida y la muerte. Después, ambos hablaron con el médico de la UCI, por si había dicho algo más, e incluso buscaron información al respecto en internet. Pero no hallaron nada.

La experiodista acababa de traer aquella frase de vuelta y esta vez no se rendiría hasta averiguar qué significaba.

*

Santander
Lunes, 20 de noviembre de 2023

No esperaba hallar nuevas noticias sobre Angie y Quin, pero desde hacía años sí anhelaba encontrar la esquela de alguno de los dos. A diario tecleaba sus nombres completos en el ordenador, por si acaso. Al parecer, habían sobrevivido incluso a la pandemia. A ninguno de los dos se lo había llevado por delante el dichoso covid-19.

A mis padres, a Juantxo y a mi hija tampoco. También lo comprobaba, pero con la esperanza de descubrir todo lo contrario,

que seguían existiendo, que el sueño de tener un futuro junto a ellos todavía era posible.

Me senté delante de la pantalla y comencé con la rutina que repetía todos los días antes de comer.

«María de los Ángeles Escala Zapata». Sin nuevas noticias.

«José Joaquín Escala Zapata». Ídem.

«Juantxo y Aia Oiasso». Lo mismo.

«Prudencia García de Hórtola». Cero resultados.

«Pedro Rodríguez Adobes».

Di al Enter y se me congelaron los dedos sobre las teclas al ver su nombre vinculado a un tanatorio. Entré en la web. Mi padre había muerto. La última vez que lo vi yo tenía dieciocho años y aún recordaba su aspecto de antaño. En la fotografía de la página parecía un anciano. Era un anciano. Había fallecido con noventa y dos años en Villajoyosa.

Busqué en profundidad. Había dos esquelas. Una debía de ser de esas que cubren los seguros de decesos. Mi nombre aparecía junto al de mi madre. También el de mis abuelos, acompañados por una pequeña cruz negra. Todos habían muerto hacía tiempo.

La otra esquela mencionaba al equipo de una residencia de ancianos del municipio, el Mirador de la Costa Blanca. «Te recordaremos con cariño, Pedro», finalizaba un breve texto.

El entierro y el funeral iban a tener lugar al día siguiente.

Apagué el ordenador y me eché a llorar frente a la pantalla en negro. Había logrado salir viva del chalet, pero cuánto había perdido por el camino. Pensé en los destinos posibles que me habrían esperado ahí fuera de haber actuado de manera diferente y en todos, en absolutamente todos, salía malparada. Era la única

luciérnaga que no había muerto. Quizá no elegí tan mal, me dije para consolarme.

Abrí el cajón del escritorio y cogí un clínex para secarme las lágrimas. Allí dentro también había un paquete de mascarillas. Podía acudir al entierro oculta tras una de ellas y quedarme a buena distancia. Habían pasado décadas desde que me escapé. Más de cuatro. Era una burrada. Yo ya tenía sesenta y dos y Angie y Quin, varios años más. No tenían edad para seguir con el juego de la venganza y yo necesitaba estar presente en la despedida de mi padre. Si no, me atormentaría por dentro el resto de mi vida.

Comí sin ganas una menestra de verduras mientras me debatía entre ir o no ir.

A las dos y veinte de la tarde metí cuatro cosas en una bolsa, reservé dos noches en un complejo inmobiliario con alojamientos turísticos —de esos sin recepción, para no toparme con nadie— y, antes de poner rumbo a Villajoyosa, bajé al taller y escribí una nota en un folio que pegué en la puerta:

«El local permanecerá cerrado hasta el jueves. Disculpen las molestias».

Llegué muy tarde a mi pueblo natal. El reloj del coche marcaba casi las doce. Me registré automáticamente en la máquina habilitada para ello en el pasillo del edificio y entré desfallecida a la estancia. Había conducido durante más de ocho horas —seis de ellas de noche —, y solo había parado una vez para repostar y comprar algo de comida en una gasolinera. Saqué un sándwich de esos preparados y envasados y lo mordisqueé sentada en la esquina del sofá. Mi equipo de acampada me recordó al que solía llevar al local de San Sebastián.

Miré a mi alrededor con la boca llena. El ventanal era amplio, como el apartamento. Un salón comedor longitudinal y decoración minimalista en tonos crema. Me acerqué a la encimera, me limpié las manos con una servilleta de papel y bebí de un trago el botellín de cortesía que los propietarios me habían dejado. La cama de la habitación medía dos metros por dos y el cabecero estaba decorado con papel de estampado tropical.

Salí a la terraza y respiré el aire que tanto había echado de menos. Se me había olvidado lo amables que podían llegar a ser los otoños del Levante. Oteé el horizonte. El complejo estaba ubicado en una zona residencial tranquila, a pocos pasos de la playa de piedras Puntas del Moro. Desde mi atalaya se veía el mar, negro y lleno de reflejos bajo la noche. A mi derecha se hallaba la loma que albergaba la torre del siglo XIX de la Malladeta y, según se cree, hace unos dos mil cuatrocientos años los íberos eligieron ese enclave para levantar un templo en honor a su diosa madre.

Estrella y yo también lo elegimos. Era nuestro sitio favorito para intercambiar penas y alegrías. Dentro de la torre urdimos mi plan de huida.

La brisa de la costa me refrescó las lágrimas que en ese momento trazaban dos líneas perfectas desde los ojos hasta la barbilla. La muerte de mi padre y el regreso me habían ablandado el corazón encallecido como si llevara horas sumergido en agua tibia. Qué asco de emociones.

A la una me metí bajo las sábanas. Me acurruqué en la esquina izquierda, de espaldas al ventanal. Tenía que descansar. Me esperaba la difícil tarea de despedirme de mi padre para siempre.

*

10:30

Al entrar en el despacho de la subcomisaria para resumirle la conversación que habían tenido con Olivia, Martín se encontró a su superior hablando por teléfono. Tenía el rostro demudado y desencajado. ¿Y ahora qué pasaba?

—Te dejo. Está aquí el oficial Oiasso. Luego hablamos.

—¿Ocurre algo?

—Sí, Martín. —Se apretó la parte alta de la nariz—. Siéntate.

Otra vez la maldita sensación de irrealidad. Un *déjà vu*.

—Estoy bien de pie —dijo, negándose a repetir la escena de la víspera.

—Por favor. —Eloísa Garo señaló la silla.

Oiasso tomó asiento, aunque el cuerpo le pedía a gritos que saliera corriendo de allí.

—Me estás asustando otra vez, joder.

—Tu hermana está bien, pero tengo que volver a hablar de ella contigo.

Martín se pasó la mano por el rostro, tensando la mandíbula.

—Aún estamos asimilando lo de ayer, Eloísa —dijo sin energía, casi implorando.

—Lo sé y lo siento. No sabes cuánto, pero me acaban de llamar del laboratorio de la científica. Están trabajando con los restos biológicos hallados en el local y en el cuerpo de José Joaquín, y al cotejarlos con el ADN obtenido del abrigo de la primera víctima…

—Ha aparecido el de Carmen en él y viceversa —se adelantó Martín, con la necesidad de zanjar aquella conversación.

—Sí, existe esa coincidencia, pero no ha sido la única.

El oficial esta vez no pronunció palabra. No quería saber nada más. Se contempló las uñas. No las tenía tan cortas como acostumbraba a llevarlas. Le gustaban rapadas, como si se las mordiera.

—¿Recuerdas que tu hermana se hizo una herida al caer y manchó de sangre la ropa de Carmen? —Garo aguardó medio minuto. Oiasso permanecía cabizbajo—. Martín, ¿me estás oyendo?

—Sí, perdona.

—Pues ese cotejo de los diferentes ADN ha revelado que ese hombre es… el padre biológico de Aia.

La subcomisaria clavó la mirada en Martín con intensidad, como si quisiera ver más allá, y él temió que el terremoto que acababa de iniciarse detrás de sus iris la sacudiera también a ella. ¿Aquel desalmado era el padre de su hermana? No podía ser cierto…

La misma casa donde los tres habían desayunado por la mañana. La misma donde se había refugiado para alejarse de Nuria. Y la misma donde le había dicho a su hermana que Inés no era su madre, sino Carmen… Martín había elegido el mismo lugar para soltar la nueva bomba.

—Lamento en el alma todo esto, Aia —reconoció, preguntándose si lo que estaba ocurriendo era real o un mal sueño.

La irrati se echó a llorar en cuanto Martín le dijo que tenía que hablar con ella de algo serio. Su amiga y ella estaban sentadas en el sofá biplaza y él arrodillado, enfrente. Teresa la mantenía sujeta de los hombros y él de las manos.

—Ayer fue la ama y hoy es el… aita —dijo el oficial con voz ronca, incapaz de ir al grano.

Su hermana parpadeó varias veces seguidas, como las bombillas antes de fundirse. Él no quería pronunciar las palabras. Las había visto salir de la boca de la subcomisaria y eran grotescas. Dolían. A Aia la herirían mucho más que a él. La diferencia era incalculable.

—Dime que no va en serio —rogó, hundiéndose en el asiento, haciéndose pequeña—. De serlo me lo habría dicho el aita, ¿no?

—No lo sé, Aia. Deberías volver a hablar con él.

—¿Seguro que te estoy entendiendo bien?

Los ojos de Aia y de Tessa exigían que lo soltara de una vez, sin almíbares.

—Tu padre biológico es José Joaquín, el hombre que apareció en el local de la calle Nueva.

Aia no contestó. No se movió. Sus párpados tampoco.

—Tranquila, cariño —susurró su amiga, dándole un beso en la mejilla—. ¿Recuerdas lo que te dije ayer? Esto no cambia el amor que sienten los tuyos por ti.

—Ni siquiera somos hermanos de padre. —Se llevó la mano a la boca para ahogar un grito.

—Aia, Aia, escúchame —dijo Martín, agarrándola de los brazos—. Lo eres y lo serás siempre. ¿Me oyes?

—¿Sigue en el anatómico forense? —preguntó ella de repente. Se levantó de un brinco—. Quiero verlo. Necesito verlo.

Él intentó disuadirla. Su hermana debía digerirlo antes de enfrentarse a algo así. Temía que se derrumbara, que colapsara, pero la noticia la había sacado del letargo y la empujaba ahora con una determinación que no pudo detener.

Dejaron a Teresa en casa y fueron los dos al depósito.

Lo habían visto en el local, atado e indefenso, la cara abotargada… y el aire cargado del olor a descomposición. Pero a ninguno le impresionó tanto como ahora. José Joaquín Escala Zapata estaba tumbado y tapado hasta el cuello. El entorno era más aséptico. Su rostro no había mejorado, tampoco empeorado, pero sí la percepción de ambos.

Aia comenzó a tiritar de manera incontrolable.

—¿Este criminal era mi padre? —Fue lo único que atinó a decir. Vomitó en el cuarto de baño del anatómico forense antes de largarse.

*

Villajoyosa
Martes, 21 de noviembre de 2023

No me gustaban los cementerios. Tenía sesenta y dos años y era la primera vez que pisaba uno. Hasta los dieciocho tuve la buena suerte de no perder a ningún ser querido y, a partir de ahí, la mala de estar sola.

Tampoco fui de esas adolescentes que irrumpían en ellos al caer la noche para practicar espiritismo con una tabla ouija, algo que se puso de moda entre los jóvenes de mi pueblo tras la llegada de *El exorcista* a las salas de cine. Cuando un plan de esos surgía en el grupo de amigos, yo decía que no contaran conmigo.

Prefería mantenerme al margen, en el lado de los vivos.

Lo primero que hice al llegar fue fijarme en el movimiento de los operarios para averiguar dónde descansaría el cuerpo de mi padre. Enseguida localicé la tumba. Un agujero excavado en la tierra lo esperaba. Como era temprano, estuve a punto de darme una vuelta y buscar entre las lápidas a toda la gente que conocí y ya no estaba, pero opté por no enfrentarme a ese trance. Mejor localizar un lugar discreto para estar presente en la despedida y aguardar.

El día había amanecido despejado, aunque el azul del cielo estaba de un pálido que transmitía desidia y tristeza. Noté el débil calor del sol en las manos. El termómetro del coche me había informado de que hacía unos dieciséis grados.

La ceremonia empezó puntual. Mi madre entró rota de dolor. Qué mayor estaba. Entre las personas que la rodeaban creí distinguir a Estrella y a su madre. Yo disimulaba detrás de un panteón, camuflada con unas gafas oscuras, una gorra con visera y una mascarilla quirúrgica de esas que desde la pandemia no llamaban la atención. Nos habíamos habituado a su presencia a la fuerza.

Me costó mantener el tipo y no salir corriendo, pero, sobre todo, no abalanzarme a los brazos de mi madre. ¿Y si había llegado la hora de dejar de esconderme? ¿Y si mi cuerpo me había guiado hasta allí por un único motivo? Reencontrarme, relajarme por fin y dar todo el amor que llevaba décadas guardando.

Llegó un momento en el que no veía nada. Entre la llantina y la mascarilla, las gafas se me nublaron como los días del norte a los que tanto me había acostumbrado. En medio de aquel maremágnum de dolor y de dudas, acabé por no ceder. Había sacrificado demasiado, toda una vida, como para arriesgarme ahora. A duras penas vi a todos marcharse hasta que no quedó nadie.

—Lo siento en el alma, papá —susurré desde la distancia. Ni siquiera me atreví a acercarme a la tumba—. Siento el daño que os he ocasionado desde que me fui. Siento no haber estado ahí en tu final. Siento no haber cuidado de mamá; ni tan siquiera poder hacerlo ahora…, que ya no estás.

Salí cabizbaja del cementerio. Al montarme en el coche me arranqué todos los artilugios de la cara y tomé aire con ansia, como si llevara minutos sumergida en el mar.

Recogí el apartamento y salí a la terraza. El cielo había recuperado el tono vibrante. Memoricé el horizonte y me despedí de él. Había pagado dos noches, pero, sin la libertad de poder acercarme a mi madre, allí ya no pintaba nada.

Me di una ducha y me sequé delante del espejo del cuarto de baño. Llevaba la melena cobriza como Emma Stone en la película *La La Land*.

Mientras me peinaba, pensé en Estrella. Durante todos estos años lo había hecho a menudo. Cuánto me dolía que creyera que al final me olvidé de ella. Ojalá algún día se enterara de toda la verdad. De qué impidió que volviera a ponerme en contacto con mi amiga del alma. Con la hermana que nunca tuve. Qué diferente habría sido mi vida de haberla tenido cerca.

*

11:00

Subir al hospital y rematarla. Esas habían sido sus palabras. María la necesitaba para entretener a los sanitarios mientras ella se colaba en

el box de la UCI en el que Carmen estaba ingresada desde el viernes. Brianna no estaba dispuesta a tal cosa. Llevaba años intentando localizar a la supuesta ladrona y cuando por fin dio con ella en el cementerio de Villajoyosa la siguió para averiguar todo sobre ella, pero nada más lejos de ahí. No pensaba mancharse las manos con sangre de nadie. Ella no era así. No entraba en sus planes ser cómplice de un asesinato.

María había perdido la cabeza. La inquina y la venganza como único pensamiento.

—¿Y qué haremos después? —preguntó Brianna, que había escuchado con atención su delirante plan y fingido interés.

Estaban sentadas a la mesa del apartamento turístico, frente a dos tazas de café vacías y una caja de galletas sin abrir.

—Iremos directas a Morella y nos quedaremos hasta que se calmen las aguas. Cerca de allí hay un chalecito medio abandonado. Perteneció a un hombre que murió en la década del 2000 y lo heredó una sobrina que vive en Canadá. Ella contactó con tu tío y conmigo para ponerlo a la venta en la agencia, pero nunca se han interesado por él, a causa del dineral que pedía. Decía que no iba a rebajarlo, que no tenía ninguna prisa.

—¿A cuál te refieres? ¿A ese que está en medio de la nada, al que iba varias veces al año para comprobar que todo estuviera en su sitio?

Brianna nunca había tenido un contrato laboral ni había sido autónoma, pero llevaba décadas bajo las órdenes de María. Además de haber invertido mucho tiempo en buscar a Carmen, había trabajado en la inmobiliaria más de media vida. Limpiaba y adecentaba las casas, los garajes y locales en venta, los

fotografiaba, subía las imágenes a la web del negocio. Era recadera, cocinera, administrativa, una chica para todo, una autómata, una esclava…

—El mismo. El de la fachada amarilla.

—Pero… cerrasteis la agencia hace más de un año —le recordó Brianna—. Igual está a la venta en otras inmobiliarias.

—Qué va. Si ni siquiera sabe que cerramos. La llamé varias veces para notificárselo, pero nunca me cogió el teléfono. Es un buen lugar para que nos escondamos durante un tiempo; además, aún conservo la llave.

—¿Y cuál es el plan?

—Lo mejor será no tocar el coche de tu tío. Recogemos nuestras cosas, nos vamos al hospital en la furgoneta y, de ahí, a la casa de Morella. Después, sobre la marcha. Si Carmen consiguió vivir con una identidad falsa, ¿por qué nosotras no?

Brianna pensó que los tiempos habían cambiado. Todo estaba digitalizado y ya no era tan sencillo.

—Hay que darse prisa —la apremió María—; las visitas son a partir de la una y media.

—De acuerdo —dijo ella, solícita, con el más neutral de los gestos —. Ve preparando tu maleta que yo me encargo de la mía.

*

Santander
Sábado, 25 de noviembre de 2023

¿Cómo podía doler tanto la muerte de una persona que ya no llenaba ningún hueco? Eso me preguntaba yo a diario. Mi padre ya no estaba, pero en mi caso llevaba más de cuatro décadas sin estar. ¿Entonces? ¿Por qué ese vacío que me arañaba el pecho, que me culpaba y me hacía sentir despreciable? Creo que ese sufrimiento se debía más al hecho de que mi madre no tuviera en quién apoyarse. La imaginaba sola y a la deriva en el Mediterráneo, aferrada a un miserable resto de madera. Y a mí soplando en su dirección, alejándola de la orilla.

Había indagado sobre el Mirador de la Costa Blanca, donde mi padre había pasado sus últimos días. Era una residencia que contaba con todas las comodidades, incluidas una piscina interior y otra exterior. Me satisfizo averiguar que había estado atendido y que no le había faltado de nada. ¿Mi madre también viviría allí?

Llevaba cinco días sumida en aquel extraño duelo y quizá por eso decidí romper la promesa que me había hecho diez años atrás e ir a San Sebastián. Obré mal, pero necesitaba ver a Aia. Me hacía falta algo que equilibrara la balanza.

Tras llegar a la capital guipuzcoana dejé el coche en el aparcamiento Okendo y mis cosas en el local; después, me acerqué al paseo Federico García Lorca con la esperanza de que siguiera viviendo allí y aguardé en uno de los bancos de la zona.

Aia salió del portal a la hora de comer y caminó hasta un restaurante ubicado en Egia. Para mi sorpresa, Juantxo estaba en la puerta.

Volver a verlos juntos fue como una bocanada de oxígeno que alimentó mi alma. Un alma herida, incapaz de percibir lo mucho que

me había arriesgado yendo al entierro de mi padre y, días después, a San Sebastián.

Mi torpeza había puesto en peligro a los que más quería, y de qué manera, sin yo saberlo.

*

12:00

Eloísa Garo había vuelto a pedirles a Aia y a sus padres que se pasaran por comisaría para tomarles declaración. La investigación seguía adelante y los resultados de ADN no dejaban de añadir capas y giros al caso. Aunque habían hablado con ellos por separado y Aia los había rehuido, coincidió con Juantxo en el pasillo y Martín los condujo a un despacho para que estuvieran a solas.

Ella detestaba la situación, la sobrepasaba. Ese sitio era su lugar de trabajo y, hasta hacía unas horas, él era su padre. Nada estaba en su sitio. Las piezas no encajaban y se iba a volver loca.

Martín les cerró la puerta y se quedaron los dos solos.

—Se lo he dicho a la subcomisaria, hija. Yo no sabía nada. —Se aproximó a ella. Estaban de pie, en mitad del espacio. Ella tenía los brazos cruzados y era incapaz de mirarlo—. Conocí a Carmen en Alicante, en el 79, y me enamoré, no voy a engañarte. Me enamoré como nunca en mi vida. Fue un romance de esos intensos, de verano, y creí que no volvería a verla, pero pasados unos meses se presentó en casa. —Le puso las manos sobre los hombros—. Tú naciste al año siguiente. Y esa es toda la historia.

Aia dio varios pasos por el despacho para alejarse. Se dejó caer en una silla. Le dolía el estómago, la cabeza. El alma.

—¿Nunca sospechaste que no era tuya?

—No, jamás. —Movió una silla y se sentó a su lado. Evitó ponerse enfrente para no invadir demasiado su espacio—. Tu madre lo mencionó en una ocasión. Carmen apareció en noviembre y dio a luz en julio. Ni siquiera llevaba nueve meses en Donostia, conmigo. Dijo que le escamaba que no quisiera casarse, buscar trabajo. Y después el inesperado abandono, descubrirla medio oculta en el parque… Había tantas incógnitas que no dejaba de teorizar con cientos de cosas. Yo no quería ni planteármelo. ¿Qué más daba? Ella fue la única que dudó, pero, como bien sabes, te quiere como la que más. Se enamoró de ti el primer día que te vio y tú de ella. Estábamos en casa. Vino con mi hermana. Recuerdo cómo le agarraste el dedo índice y sonreíste. No querías soltárselo. La elegiste. Era tu favorita. Ni la tía ni la abuela ni el abuelo ni… yo. Elegiste a Inés y ella a ti.

—No digas tonterías. —Aia contuvo las lágrimas.

—Puedes preguntárselo. Te va a contar lo mismo. Y tu tía Mirentxu también.

—Estoy hecha un lío.

—¿Alguna vez has sentido que te quisiéramos menos que a tu hermano?

Ella meditó y llegó a la conclusión de que no, que todo lo contrario. La relación posesiva con Nuria había alejado a Martín de la familia y Aia estaba más unida a sus padres que él.

—La subcomisaria me ha preguntado si pagamos por ti —confesó Juantxo—. Están barajando todo tipo de hipótesis. Esto es horrible. La historia es tal cual os la he contado. Y es la misma que te conté

el otro día. La versión no ha variado ni un ápice. Soy consciente de que por esa época aún había casos de esos de bebés robados y comprados, pero esto no tiene nada que ver. Lo que tu madre… —Juantxo se detuvo y carraspeó, negando en silencio—. Lo que Carmen supiera de tus verdaderos orígenes se lo guardó para sí misma.

Aia echó la espalda hacia delante, hincó los codos en las rodillas y se sostuvo la frente con las manos. La cabeza le iba a reventar.

—Entonces ¿Martín sí es vuestro? ¿De los dos?

—Por Dios, hija, sí.

—Permíteme que dude, joder, ponte en mi lugar.

—Las fotos en las que tu madre está embarazada, las del álbum. Todas ellas pertenecen al embarazo de tu hermano. He hablado con él largo y tendido. Yo estoy dispuesto a hacerme una prueba de paternidad si así lo quiere.

Aia se enderezó y cogió aire despacio. Últimamente le había tocado hablar con su padre de temas íntimos en lugares de lo más asépticos. La sala de espera de un hospital, un despacho de la comisaría… Era como una pesadilla. Un delirio. Inverosímil.

—Tessa me está esperando. Si no te importa, necesito salir de aquí. Me duele muchísimo la cabeza. —Aia avanzó hasta la puerta.

—Dime que me crees, por favor —pidió su padre antes de que se marchara.

Ella se detuvo un instante, con la mano ya alrededor del picaporte. Por un momento dudó si girarse hacia él y complacerlo, decirle que no importaba la verdad escrita en la sangre, en los genes, que nada cambiaría en la relación que todos tenían.

Pero no fue capaz; devolvió la vista al pasillo y cruzó sin contestar.

*

Santander
Viernes, 1 de diciembre de 2023

Regresé de San Sebastián con las pilas cargadas y durante esa semana, cuando la pena tiraba de mí como un ancla, ojeaba las nuevas fotografías que tenía de Aia y de Juantxo.

Fueron unos días extraños en los que el presente y el pasado confluían en pensamientos y sueños. Despierta y dormida. Mis padres, mi hija… Mi familia estaba presente en mi universo, aunque solo como planetas lejanos que observaba desde la Tierra.

Bajé tanto la guardia que no fue hasta el miércoles cuando descubrí que una mujer me seguía y que llevaba haciéndolo desde mi escapada a San Sebastián. Sí, recordaba haberla visto en Gros y en Egia. En el momento creí que se trataba de una coincidencia, nada más, pero encontrarla en Santander puso en alerta todos los temores que llevaban décadas conviviendo conmigo.

¿Qué podía hacer? Lo primero, calmarme y no precipitarme. Mente fría. Era ahora cuando debía demostrar mi valía. Cuarenta y cuatro años oculta tras una identidad falsa, consciente de que cualquier paso en falso podía poner en riesgo a los que más quería. Por eso fingí normalidad y me dediqué a observar las rutinas de esa desconocida. La mujer, de unos cuarenta años, llevaba el cabello negro recogido en una coleta. Tenía la melena corta y se le escapaban varios pelos a la altura de la nuca. Era corpulenta y vestía ropa deportiva básica.

Durante esos dos días de vigilancia confirmé que me seguía y descubrí que dormía en una furgoneta aparcada cerca de mi garaje.

Con gran dolor destruí las fotografías de Aia y de Juantxo, y preparé una maleta de huida exprés que dejé dentro de un armario de casa.

La mujer no sospechaba que la había descubierto, ventaja que exprimiría al máximo. Por eso, la madrugada del viernes guardé mi táser en el bolsillo del abrigo y con gran sigilo me acerqué al vehículo. Había buscado en internet cómo sabotear una furgoneta y lo más aconsejado en las diferentes páginas era pinchar las ruedas. Lo ideal habría sido rajarlas con un cuchillo o una navaja, pero ella estaba dentro y no podía arriesgarme a que me descubriera.

Opté por algo menos invasivo para los neumáticos y más seguro para mí. Desenrosqué el tapón de las cuatro válvulas y metí un palillo en cada una de ellas para que se fueran desinflando poco a poco.

Por la mañana acudí al taller, como todos los días, dispuesta a iniciar mi rutina. De camino pasé junto a la furgoneta y vi que las ruedas aún no se habían deshinchado. Mi intención era marcharme de madrugada. Crucé los dedos. Ojalá para entonces los palillos ya hubieran hecho su trabajo.

El tema de los neumáticos era el único problema que me preocupaba; sabía que vendrían más, pero ya me enfrentaría a todos poco a poco. Era la única manera de avanzar.

Pero, a primera hora de la tarde, una llamada al teléfono fijo del local de costura me obligó a cambiar mis planes de manera drástica.

Ingenua de mí, cogí al tercer tono esperando hallar al otro lado a alguna clienta.

—Carmen, querida, ¿qué tal?

Se me erizó la piel al oírla. Su voz había cambiado. Era más grave y áspera.

—¿O prefieres que utilicemos el nombre de Cecilia? Te llamo para decirte que Quin y yo estamos en San Sebastián para recuperar a la hija que nos robaste.

—¿Quién eres? —atiné a preguntar.

—No te hagas la tonta. Anota mi número y llámame cuando estés aquí. ¿Necesitas que te lo dicte o te sale reflejado en la pantalla del fijo?

El estremecimiento no me dejaba pensar.

—¿Me has oído? ¿Te lo dicto?

—No.

—Muy bien. Seguro que logramos llegar a un acuerdo —concluyó antes de colgar.

Sin tiempo para coger la maleta, apunté su móvil, salí del local y corrí en dirección al garaje. En mi carrera me percaté de que las ruedas de la furgoneta habían perdido todo el aire y de que la mujer que me había estado siguiendo corría con torpeza detrás de mí.

Me monté en el coche, salí del garaje, me incorporé a la carretera y aceleré para llegar lo antes posible.

> He aparcado el Ford Puma en el parking del Kursaal. Ahora dejo estas palabras manuscritas en el último folio del relato en el que llevo años trabajando. Tengo miedo. Presiento que no voy a volver, que algo malo va a pasarme. Mi intención es esconderlo bajo una de las alfombrillas antes de poner rumbo al local.

*

12:30

Quería llegar hasta el final de la investigación, pero no soportaba estar en comisaría ni un segundo más. El oficial Martín Oiasso se debatía entre salir y no separarse de su hermana, seguir trabajando, y buscar a sus padres para apoyarlos en un momento tan delicado y atroz para todos.

Y él… ¿Cómo estaba él? ¿Tenía derecho a sentirse desorientado y deprimido? Su relación sentimental se había ido al traste y su familia también, pero tenía que estar sereno y lúcido para ser de ayuda.

Cogió el teléfono y mandó un mensaje.

Qué tal está mi hermana, Tessa?

Ella era un bote salvavidas en medio de un naufragio. Pero ¿querría embarcarse en una relación con él en semejantes circunstancias? ¿Y él? Temía haberse agarrado a ella para alejarse de Nuria. Un acto egoísta de supervivencia. La mera idea de retomar lo que empezaron antes de que se fuera a Londres lo llenaba de ilusión, de esperanza, pero aun así…

En shock. Pobre mujer…

Qué mierda. Te agradezco que cuides de ella

Voy a llevarla a la playa de la Concha para que le dé el aire
Pasear por la orilla igual la anima a hablar y a desahogarse

Buena idea

Tú qué tal estás?

Bueno, ahí voy…

Tengo ganas de darte un abrazo, Tintxo

Y yo de que me lo des
Ahora mismo no hay nada en este mundo que me apetezca más

Después, añadió un beso y ella reaccionó con otro.

Su compañero Julio abrió la puerta del despacho y lo sacó de aquel paréntesis en el que Martín se había refugiado.

—La Guardia Municipal acaba de encontrar el vehículo de Cecilia en el aparcamiento del Kursaal y Eloísa quiere que hagamos el registro allí mismo, antes de que se lo lleven los de la científica a la comisaría de Erandio —anunció, estresado—. Vámonos ya; Maitane nos está esperando en la puerta con el motor en marcha.

El oficial Martín Oiasso guardó sus dos teléfonos y fue tras él.

No tardaron ni quince minutos en llegar. Según los responsables del aparcamiento, el Ford Puma gris antracita llevaba estacionado allí desde el viernes por la tarde.

Abrirlo les costó más de lo previsto, pero lo consiguieron sin apenas dañarlo. El oficial coló medio cuerpo e inspeccionó la guantera. Un paquete de pañuelos de papel, la documentación del coche, una bayeta y un chaleco reflectante. No había nada más. Del espejo retrovisor colgaba un ambientador de vidrio con un líquido amarillo flúor que desprendía un aroma cítrico.

—A excepción de dos bolsas reutilizables vacías —dijo Maitane—, el maletero no contiene nada que no venga de serie con el vehículo.

Oiasso levantó los felpudos de los asientos delanteros y después los traseros. Al alzar el derecho se topó con una carpeta llena de

folios mecanografiados y numerados, a excepción del último, que estaba manuscrito. El primero solo incluía un título y una frase:

El porqué de mi ausencia

Entregar a Juantxo Oiasso. Él sabrá qué hacer con esta historia

Al oficial se le aceleró el corazón dentro de las costillas. Pasó a la siguiente hoja con las manos enguantadas y comenzó a leer para sí:

Mediados de los setenta

Podía sentarme delante de la Singer y pespuntear una línea recta sin necesidad de abrir los ojos. En 1975, con catorce años, empecé a trabajar en el taller de costura de mi madre…

*

12:40

Se cargó la mochila al hombro y le dijo a María que iba a por la furgoneta, que la esperara en el portal. Entró en el vehículo y se desplomó en el asiento. Iba a largarse. Sí, pero sin ella. ¿Adónde?

Lejos.

La Ertzaintza ataría cabos. Con su tío muerto buscarían a su madre y ella no quería estar envuelta en todo ese lío. La tal Carmen no le había hecho nada. Desde niña había oído la misma historia: que aquella mujer les había tendido una trampa para robarles. Que los enredó en la turbia trama del chalet de El Bacarot, por la que

tuvieron que entrar en prisión siendo inocentes. Ella quiso creerla, necesitaba creerla. ¿Qué otra alternativa tenía? Era eso o cargar con la miseria de que tu madre, además de estar liada con su propio hermano, era una criminal. María fue su único sostén y, sin Nacho en el centro de acogida, no había mucho más. Una hija con su madre. ¿Con quién si no? No se cuestionaba lo mal que la trataba y pensaba que ninguna familia era perfecta. Conocer a tantos niños que arrastraban pasados terribles le había hecho entender que su historia era una más. Ni mejor ni peor ni más especial. La suya propia y punto.

Comprobó que tuviera todo en la mochila. Estaban la ropa, el neceser con productos de higiene y la cartera. La abrió. De repente, su mundo se detuvo. Estaba vacía. El dinero, la documentación y la tarjeta de crédito habían volado. María se había anticipado para asegurarse. Para atarla. Se llevó las manos al bolsillo del abrigo. Al menos el móvil seguía en su sitio.

Rebuscó en la guantera. Tenía monedas, pero no sumaban lo suficiente para costear la gasolina y los peajes. Tampoco la comida. ¿Qué iba a hacer? Cualquier cosa menos volver. Las ganas de llorar treparon por su garganta. Pensó en Nacho, pero descartó pedirle ayuda porque temía que la mandara a paseo.

«Soy un saco de problemas», se dijo.

¿Cómo conseguir dinero rápido? Se imaginó entrando en un club de alterne para pedir trabajo. Solo una noche. «¿Quién va a pagar por follarse a una gorda de más de cuarenta años?»; fue la voz de María la que tronó en su cabeza. Su madre la había despojado de toda autoestima. Quiso gritar. Nacho la quería. Era su chica curvi. Su

dulce y tierna niña. Ella aún se sentía como una cría. La soga no le había permitido crecer y valorarse.

Cuando estaba al borde del colapso, recibió un mensaje.

Bri, qué tal estás?
He hablado con mi madre y me ha dicho que te vengas a Cartagena
a vivir con nosotros
Que eres como una hija para ella

Las lágrimas le cayeron a plomo por el rostro.

Dile que muchas gracias
Que no sabe lo que su cariño y su generosidad significan para mí
Que la recompensaré

Brianna marcó el número de Nacho y lloró mientras le contaba los últimos acontecimientos. La ratonera en la que estaba metida.

—¿Tu móvil tiene instalado un chip NFC?

Nacho la ayudó a añadir la tarjeta a la app y, tras unos pasos, dejaron el teléfono listo para poder pagar con él.

—¡Ya está! —gritó, emocionada.

—Pues sal de ahí cuanto antes.

*

13:30

Tantos años sin saber de ella, tantas preguntas sin respuesta…

—Hola, Carmen —dijo Juantxo, acercándose a la cama—. Soy yo otra vez.

Ella permanecía dormida. Tenía las facciones relajadas y los labios hidratados. De haberla visto en la calle, ¿la habría reconocido? Sí, sin duda. Entre miles de mujeres. Estaba seguro. Era lo que quería creer.

La madre de su hija estaba delgada, tal y como la recordaba. La piel había perdido elasticidad y mostraba arrugas en diferentes zonas del rostro y del cuello. Conservaba las cejas arqueadas, aunque menos espesas, y los pómulos igual de marcados.

—Tu regreso está siendo intenso —susurró.

Carmen tenía los brazos paralelos al cuerpo, sobre las sábanas. Él conocía el tacto de sus manos porque se las había cogido en las anteriores visitas. Eran suaves, pero había cierta aspereza en la punta de los dedos. Le acarició el dorso. Estaba caliente. Recorrió las venas con la yema del índice.

Debería estar enfadado con ella, pero no era capaz. Ojalá pudiera demostrarles a su exmujer y a su hija que nunca podría perdonarla. Ojalá. Pero Carmen estaba allí mismo, muy sola y vulnerable.

Una enfermera entró en el box e hizo unas comprobaciones en la medicación que se filtraba gota a gota por la vía del brazo.

—Cecilia está evolucionando muy bien —dijo ella.

El equipo de sanitarios desconocía que para él era y siempre sería Carmen.

—Hoy no he hablado con el médico —reconoció él, mirándola con interés—. Había muchísima gente en la sala de espera.

—Sí, la UCI está hasta arriba. —Se metió las manos en los bolsillos del uniforme azul—. No damos abasto.

—Entonces ¿hay novedades?

—Hemos empezado a bajarle la sedación —contestó la enfermera. Después, sonrió complacida. No todos los días podía dar una buena noticia—. Antes de marcharte, pásate por los controles para que el médico te haga un resumen.

—De acuerdo. Gracias.

Juantxo y Carmen volvieron a quedarse a solas. El sonido de las máquinas midiendo sus constantes vitales sonó algo más amortiguado. Más calmo.

Le acarició el pelo mientras una ola colosal cargada de alegría y de miedo rompía y caía con todo su peso sobre él.

*

15:00

Desde el balcón vio a Estrella acercándose a la entrada. Las dos mujeres habían quedado a las tres y, aunque faltaba un minuto para que el reloj alcanzara esa hora, Prudencia llevaba ya un rato esperándola.

La anciana tenía ochenta y tres años y ocupaba uno de los apartamentos que ofrecía el Mirador de la Costa Blanca, un complejo residencial sénior ubicado en Villajoyosa en el que había vivido con su marido, Pedro, hasta hacía unas semanas. La muerte de su esposo no fue inesperada. El hombre tenía noventa y dos años, nueve más que ella, y multitud de patologías. Lo echaba de menos, no podía negarlo, pero los últimos meses habían sufrido mucho. Le aliviaba saber que ya descansaba y que tal vez no tardaría en reunirse con él.

Desde que se quedó viuda, Estrella la visitaba todos los lunes y los miércoles. Iba después de comer para aprovechar el calor de los rayos de sol y, de paso, evitar que la digestión amodorrara a la madre de su amiga desaparecida.

Las dos salían agarraditas del brazo y daban una vuelta por el paseo marítimo. Estrella le hablaba de sus hijos y de sus nietos, y Prudencia, de sus vecinos «los noruegos» —mote que la anciana utilizaba para llamar a todos los viejos que residían allí, pese a que más de la mitad no provenía del país nórdico—. Lo cierto era que, charlasen de lo que charlasen en su caminata lenta y distendida, siempre había espacio para Carmen, a la que ninguna había logrado olvidar. Juntas recordaban con cariño anécdotas de su infancia y juventud, evitando caer en la melancolía.

La playa, de arena fina y dorada, se extendía a la derecha de las mujeres y las casitas apiñadas de variados colores, a la izquierda. A mitad de camino se detuvieron para sentarse en uno de los bancos de piedra y contemplar el horizonte. El cielo y el mar estaban completamente azules, en paz, y las olas llegaban ordenadas y sin prisa a la orilla. Estrella respiró hondo. Corría una suave brisa que mecía las frondas de las palmeras.

—No veas cómo se ha puesto hoy una noruega con la cocinera —contó Prudencia—. Lleva tiempo extendiendo el rumor de que nos está envenenando con aceite industrial de colza.

—¿Por qué dice eso?

—Se queja de que cada día está más cansada y le ha dado por ahí, ya sabes. Prefiere acusar a Gloria en vez de asumir que la vejez no perdona. ¡Tiene más de un siglo!

Estrella se carcajeó con ganas.

—¿Más de un siglo?

—Sí, es la veterana de la residencia. En unos meses cumple ciento tres años.

Una melodía estridente se escapó del bolso de Prudencia y alteró a ambas.

—Tengo que cambiarte el tono del teléfono —dijo Estrella—. Es terrible.

—Deja, hija, que si no me cuesta oírlo. —Rebuscó con sus dedos enjoyados hasta encontrarlo—. No sé quién llamará a estas horas. Algún comercial.

—¿Diga? ¿Diga?

—(…).

—Sí, soy yo.

—(…).

—¿Cómo dice?

—(…).

—¿Carmen? —preguntó, llevándose la mano al pecho—. ¿Está usted seguro?

—(…).

—¡Ay! ¡Ay!

—(…).

—No. Estoy con una amiga de mi hija.

—(…).

—Es un policía del País Vasco. —Prudencia miró a Estrella y le pasó el teléfono—. Se llama Martín y dice que Carmen está allí.

La mujer se llevó el móvil a la oreja y escuchó con atención mientras le apretaba la mano a la anciana.

—Sí, muchas gracias. Salimos ya mismo para allá —se despidió antes de colgar.

Las dos, titubeantes, aún sin poder entender del todo lo que acababa de pasar, se abrazaron y rompieron a llorar con el suave rumor de las olas de fondo.

*

18:00

Eran las seis de la tarde y la sala de espera estaba igual de concurrida que a la una y media. A Juantxo los nervios lo recorrían de pies a cabeza y lo mantenían en un continuo desatino. Se secó las manos sudorosas en el vaquero.

Le habían bajado la sedación a Carmen y el equipo médico esperaba que pronto despertase. Juantxo detestaba temer que, al verlo a su lado, reaccionara mal y le pidiera que se marchara. Volver a quedarse sin respuestas.

Aunque quizá las cosas estaban a punto de cambiar.

Martín lo había llamado para comunicarle que habían encontrado en el coche de ella una especie de libro, o de memorias. Que de momento no podía adelantarle más, porque tenían que verificar si lo que contaba era cierto.

Se secó otra vez las palmas en el pantalón y clavó la mirada en el suelo aséptico y brillante.

—¿Me permite?

Juantxo alzó la cabeza. Una señora alta, algo mayor que él, y de cabello largo y rubio señalaba la silla de al lado.

—Claro, perdone —se disculpó al tiempo que retiraba su parka de encima. Se la colocó sobre las piernas.

—Gracias. Necesitaba sentarme para aplacarme. Me tiembla todo el cuerpo.

—La entiendo —dijo él. Los ojos de la mujer eran azules y su piel, pálida, delicada.

—Es mi primer día. Anoche ingresaron a mi hermano a causa de una grave infección.

—Vaya, lo siento.

—¿Usted lleva mucho aquí?

—Unos días —contestó. Pensó que había algo en su rostro que le resultaba familiar.

—¿También un hermano?

Juantxo no contestó.

—Lamento ser una entrometida, pero es que necesito hablar. No me haga mucho caso.

—Una amiga —dijo él.

—¿Está muy mal?

Ella se metió la mano en el bolsillo y Juantxo creyó ver algo de metal asomando por el hueco del abrigo. ¿Una llave? ¿Un mechero? ¿Una navaja? Estaba demasiado cansado por los últimos acontecimientos y temió que fuera fruto de su imaginación. Cuando volvió a mirar, no había ni rastro.

—Su evolución es buena —explicó él—, pero los médicos son prudentes, ya sabe.

—Por supuesto.

El movimiento del músculo mandibular le indicó a Juantxo que la mujer acababa de apretar los dientes con fuerza. La comprendía.

Esas salas de espera eran un infierno.

—Su hermano está en buenas manos. Confíe y no pierda la esperanza.

—Tú qué sabrás —murmuró en un tono casi inaudible.

—¿Perdone?

—Digo que en eso lleva razón. Nunca hay que perder la esperanza.

La puerta de la UCI se abrió y una auxiliar comenzó a llamar a los familiares de cada uno de los pacientes. Juantxo se levantó y aguardó su turno. Cuando nombraron a Cecilia, miró el asiento para despedirse de la extraña mujer, pero ya no estaba. Echó un rápido vistazo y no la localizó en la sala.

Decidió no perder más tiempo y entrar. Pasó directamente al box y contempló a Carmen desde fuera. Su contorno, su perfil…

—Soy yo. ¿Qué tal estás? —susurró, avanzando hacia ella.

Su piel dorada, mediterránea, estaba mustia. Pedía a gritos un poco de sol. Le retiró un mechón de pelo cobrizo que le cruzaba el rostro y aprovechó para atusarle la melena. Cuando recondujo la mirada a su cara, vio que movía los párpados de una manera diferente. Las pestañas comenzaron a subir y bajar con parsimonia.

—Carmen —murmuró, titubeante.

Ella, algo confusa, lo observó con sus ojos marrones. Juantxo tragó saliva. Cuánto los había añorado.

—Carmen. —Nervioso, pulsó el timbre para que acudieran los sanitarios—. Carmen, ¿me oyes?

*

18:20

Desde la aparición de las fotos de Carmen en el programa de Lobatón en 1992, nadie había vuelto a llamarla por su nombre. Quiso decírselo a Juantxo, también que se alegraba de verlo, pero no le salieron las palabras.

De pronto recordó la llamada de Angie y el viaje hasta San Sebastián. También que fue hasta el local porque debía trazar un plan antes de contactar con ella. Sí, fue así y, cuando estaba llegando, le pareció reconocer el rostro de Quin entre la gente. Pese a que solo tenía cinco años más que ella, se le antojó que era un nonagenario. ¿Se trataba de él o eran tan solo imaginaciones suyas? Al pasar por su lado, él la miró y no pudo contener su impacto. Carmen fingió no haberlo reconocido y, mientras con una mano abría la puerta, con la otra agarraba la táser.

Entró, dejó la puerta entornada y se ocultó tras ella. A través del rectángulo, que durante tantos años hizo las veces de mirilla, lo vio acercarse. Ella sacó la pistola eléctrica del bolsillo y él se coló por el hueco que había dejado. Aprovechó que estaba de espaldas para meterle una descarga en la nuca antes de cerrar la puerta. Desconocía si Angie estaba también merodeando cerca de allí.

Le ató las manos e intentó sentarlo en la silla, pero pesaba como un saco de cemento.

—Vaya, ¿se encuentra usted bien? —le preguntó cuando recuperó la consciencia. Estaba muy atontado, tanto que ni siquiera notó la cuerda alrededor de las muñecas—. Espere, que lo ayudo. Siéntese aquí.

Lo agarró de las axilas y aprovechó su confusión y voluntad para tenerlo a su merced. Aquel maldito criminal, que en el pasado la había secuestrado y violado sin ningún tipo de piedad, ahora era un despojo. Él clavó sus ojos azules en los de ella. Pensó que los años no le habían robado ni un ápice de maldad. Tampoco a ella el miedo que le tenía. Aquella emoción la paralizó.

—Puta —balbuceó—. ¿Qué… haces, puta? ¡¿Cómo te atreves?!

Le metió otra descarga antes de que se espabilara del todo y aprovechó para atarle los pies, amordazarlo e inmovilizarlo contra la columna del local.

Rebuscó en los bolsillos de su abrigo y encontró una cartera y un teléfono móvil. Utilizó su huella dactilar para desbloquearlo.

Gracias a una conversación de wasap que había mantenido con Angie, Carmen se enteró de que Quin había estado esperándola cerca del local mientras ella iba tras los pasos de su hija. También de que una tal Brianna no había podido seguirla porque ella le había pinchado las ruedas de la furgoneta. El último mensaje de Angie decía que estaba en el paseo de Ramón María Lili, a la altura de la calle de Aguirre Miramón, cerca de Aia, y que pasaría desapercibida entre la multitud reunida allí, sin saber muy bien con qué propósito.

Se guardó las pertenencias de Quin en el bolso y salió de allí dispuesta a impedir que Angie le pusiera las manos encima a su hija.

«¿Y qué pasó después?», se preguntó Carmen de repente, aterrorizada. Miró a su alrededor y entendió que se hallaba en un hospital. «¡Dios mío! ¿Me asestó dos puñaladas? ¿Es cierto o lo estoy soñando? ¿Y Aia? ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?».

Necesitaba saberlo y advertirla del gran peligro que corría.

Clavó los ojos en los de Juantxo, abrió la boca y solo logró emitir un gemido frágil e insulso.

*

19:00

Su propia hija la había traicionado, dejado tirada en aquella ciudad extraña y obligado a tener que echar mano del Audi de su hermano. Golpeó el volante con el puño en el aparcamiento del hospital y maldijo a Brianna. A partir de ahora tendría que ingeniárselas sola. Toda la puta vida sacándose las castañas del fuego a sí misma, pero también al resto. ¿Así le agradecía todos estos años de cuidados? Cuando diera con ella, la arrastraría de los pelos por toda Valencia. Era una muerta de hambre, como su padre.

Para remate, en la UCI las visitas estaban muy restringidas y era bien difícil colarse. Además, le había parecido ver a un policía en la sala de espera. Protegían a Carmen, a una ladrona y una asesina. Había estado a punto de sacar el cuchillo del bolsillo. Debería haberlo hecho. Sí, desatar el caos y haber entrado en el box donde la tenían. Se había acobardado y se arrepentía.

Golpeó el volante con fuerza y la maldijo.

Carmen tenía que pagar por haberla enchironado y robado, por la muerte de su hermano. Aquello no podía quedarse así. Llevaba cuarenta y cuatro años buscándola y esta vez no iba a escaparse. Recibiría su merecido, desde luego, aunque fuera lo último que hiciese.

Se le ocurrió una idea.

—Claro que sí —dijo en voz alta—. La venganza tiene múltiples formas y colores.

Sacó el cuchillo del bolsillo y lo contempló antes de guardarlo y poner el motor en marcha.

*

20:00

Aunque la supuesta biografía de Carmen estuviera llena de sombras, había arrojado algo de luz. La suficiente para que Aia, al menos, viera el escenario que pisaba. Agradecía que le hubiesen dejado leerla. Algo más de ciento cincuenta páginas que había devorado con una sed insospechada.

Según Martín, la historia era coherente. La habían contrastado con los informes policiales de los hermanos Escala Zapata y el testimonio de Olivia del Páramo. Y después estaba lo de Lefèvre, Sandemetrio, el Hospital General de Dios… Todo encajaba.

La vida de aquella mujer martilleando en su mente la había llevado hasta la Parte Vieja, a casa de su madre. Aia se compadecía de Carmen y, en cierta forma, la entendía, pero seguía muy confusa. Necesitaba que Inés le diera su opinión y la ayudara a no sentirse tan culpable por barajar la posibilidad del perdón.

—Cuando me has dicho que venías hacia aquí, me he preocupado —dijo la mujer tras abrir la puerta—. Últimamente no ganamos para sustos.

Le franqueó el paso, evitando darle un abrazo. Aia ahora pedía un espacio que ella respetaba.

—Tranquila. No ha sucedido nada.

Inés la hizo pasar a la cocina. Puso dos vasos y una jarra de agua sobre el mantel floreado antes de sentarse a la mesa.

—¿Qué tal, cariño?

Aia la observó. Sus marcadas ojeras le recordaron que todos estaban sufriendo. El trance no estaba siendo fácil para ningún miembro de la familia. Decidió resumirle el relato de Carmen. Inés se quedó en silencio, paciente, digiriéndolo.

—El aita dice que se ha despertado —susurró Aia, al no hallar ningún tipo de reacción.

—Así es.

—¿Crees…? ¿Crees que debería hablar con… ella?

—No soy quién para decirte qué hacer.

—Claro que sí. Eres mi ama y no soportaría herirte.

—No vas a herirme, mi vida —susurró, con lágrimas en los ojos—. Es comprensible que quieras saber. Que quieras conocerla. Yo no voy a poner ningún pero decidas lo que decidas. ¿Entiendes eso? —Su hija arrastró las manos por el mantel para coger las suyas—. Todo este tiempo te he ocultado que yo no era tu madre biológica y me siento muy mal. No dejo de preguntarme si me has… perdonado. Si volverás a confiar en mí. Si recuperaremos la relación que teníamos.

—Ama, pues claro. —La barbilla le tembló al decirlo—. ¿Por qué ha tenido que pasarnos esto?

—A veces la vida se enreda y nos atrapa. Y en esta historia tu madre se llevó la peor parte. Es… terrorífico todo lo que tuvo que pasar de adolescente, y lo que debió de sufrir para que tu padre y tú estuvierais a salvo. Jamás se me ocurriría cuestionar eso. Nunca la entendí, pero ahora…

Lloraron en silencio sin soltarse las manos.

—¿Y el aita…? —logró decir Aia, débil.

—Él también tendrá que aceptar de alguna forma todo esto. Carmen quizá ni siquiera sabía que tú eras hija de… de…

—De un malnacido. De un criminal —concluyó ella, soltándole las manos. La jaqueca se intensificó y le atenazó las sienes y la nuca.

Inés cerró los ojos con fuerza.

—No sabes cuánto me pesa, hija.

Las dos sintieron el mismo vértigo al verse a las puertas de ese nuevo comienzo que se abría para todos.

—Ama, tengo que contarte algo y quiero que seas la primera en saberlo.

Inés se humedeció los labios y la miró.

—Voy a seguir adelante con el embarazo.

—¿Cómo? ¿Estás segura? ¿Voy a ser abuela? —preguntó, emocionada. Después, apoyó los brazos sobre la mesa y sollozó sobre ellos.

Aia se aproximó y le acarició la espalda.

—Sí, ama. La amona Inesita —susurró, fingiendo serenidad.

Aia abrazó a su madre, a la que la había criado, mimado, reñido y acompañado durante cuarenta y tres años. Tenerla a su lado le ensanchaba el pecho y le hacía más llevadero el dolor.

Se despidió de ella con las ideas más claras y el corazón un poco más ordenado.

De camino a casa, envió un wasap a Adrián para compartir con él su decisión respecto al embarazo. Junto al mensaje apareció un solo tic gris.

El tipo estaba empeñado en que abortara e incluso había pedido un traslado a Bilbao. Lo veía capaz de haberla bloqueado.

Guardó el móvil y apuró el paso. Quería contárselo a Martín antes de que su madre se fuera de la lengua.

*

20:30

Llevaba un buen rato oculta en el rellano de la escalera, esperándola, y por fin la vio aparecer. Aguardó a que entrara en casa y después golpeó la puerta con los nudillos. María iba protegida, llevaba unos guantes negros con un volante a la altura de las muñecas.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo ella, tras abrir. Tenía la nariz enrojecida a causa del frío y aún no se había quitado ni la bufanda.

—Verá…, mi marido. Es aquí, ¿no?

—No la entiendo. ¿A quién busca?

—Estoy un poco desorientada. Creía que era mi casa —aseguró, fingiendo turbación—. Llevo un rato dando vueltas por la escalera. No sé dónde me he metido.

—Este es el bloque número 3 del paseo de Federico García Lorca. ¿Le suena?

—La calle sí, pero yo no vivo aquí. —Meneó la cabeza.

—¿Y podría decirme dónde, para que la ayude?

—Ay. No lo sé. —María sabía que tener casi setenta años hacía mucho más creíble la puesta en escena—. Estoy en blanco.

—Tranquila, no pasa nada. No voy a moverme de aquí.

—Creo que me estoy mareando. —Se escoró ligeramente.

Ella la rodeó de los hombros para evitar que se cayera.

—Pase y siéntese —dijo, conduciéndola al interior. Movió una silla para que se acomodara y cerró la puerta—. ¿Lleva la documentación encima? Seguro que ahí damos con su dirección.

—Claro, qué tonta. —Cerró los ojos y tomó aire—. ¿Podría darme un vaso de agua? Tengo la boca muy seca.

—Sí, mujer —dijo, acercándose al fregadero.

María metió la mano en el bolsillo y agarró el cuchillo. Esperó a que la hija de Carmen estuviera de espaldas para ponerse tras ella. Se acercó en dos pasos, alzó el brazo y la articulación del hombro crujió de manera dolorosa. Los años no habían pasado en balde. Se maldijo. No estaba dispuesta a que la edad la frenara, a errar de nuevo.

Rodeó la empuñadura con rabia y le clavó el filo en el cuello, certera. Ni siquiera se planteó hacerlo en otra parte del cuerpo para no tener que atravesar todas las capas de ropa invernal. Repitió la operación dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho veces, con tal de no fallar esta vez. Mismo cuchillo, misma estirpe, pero diferente resultado. Fue rápida para no darle tiempo a reaccionar. Lo hincó una vez más y lo retorció para alcanzar la yugular y sesgarla. La sangre salía a borbotones y manchaba todo lo que pillaba a su paso: ropa, piel, encimera, armarios. A María no le desagradó el impacto de las gotas densas y calientes sobre su cara. Sentirlas culminaba el éxtasis que llevaba décadas persiguiendo. Carmen ya no podría abrazar a su hija. Años y años escondida bajo una identidad falsa, como una rata, y ahora esto. Una muerte en vida. Era la venganza perfecta.

Extrajo el cuchillo sin apenas aliento y se apartó para contemplar a la otra hincando las rodillas en el suelo. Las manos rodeando el cuello, los ojos desorbitados, un hilillo carmesí bajando desde la comisura de los labios hasta la barbilla.

Una imagen espeluznante. Su obra de arte.

La víctima se derrumbó sobre el suelo, a plomo.

María se mantuvo a su lado. Estudió la lucha sin cuartel. El instinto de supervivencia. La expresión confundida. Los gorgojeos espesos. Y, por fin, su último aliento.

Lavó el cuchillo bajo el agua del grifo y lo guardó en el bolso. Le temblaba todo el cuerpo a causa del esfuerzo. Al alcanzar la puerta, se volvió para asegurarse. No podía permitirse un nuevo error.

Satisfecha, apagó la luz, dejando el interruptor teñido de escarlata.

*

20:45

Subió al piso por las escaleras para entrar en calor. La temperatura se había desplomado hasta los cuatro grados y la caminata le había dejado los pies fríos. Llevaba empapadas unas cómodas deportivas de suela fina muy poco apropiadas para un día lluvioso como aquel.

Abrió la puerta y se encontró la casa helada y vacía. En penumbra. ¿Dónde estaba el resto? ¿Aún no habían llegado? Encendió la luz de la cocina comedor para poner la calefacción. ¿A qué olía allí dentro? Elevó la mano para darle al temporizador y

vio que tenía las puntas de los dedos manchadas de rojo. Se frotó las yemas y sintió la humedad.

Estaba a punto de comprobar si tenía alguna herida en la mano cuando el olor volvió a trepar por sus fosas nasales. Se movió por la estancia y entonces lo vio. Un charco oscuro de buen tamaño se extendía por el suelo. Avanzó corriendo hasta allí y se detuvo al lado, petrificada.

Estaba tirada entre el mueble del fregadero y la mesa. Tenía el rostro blanco y brillante como la piel de una serpiente albina.

Su amiga estaba de medio lado. Las manos cerca del pecho. El cuello destrozado. La gabardina ensangrentada, aún puesta. El cinturón ajustado.

Quiso gritar, pero no pudo. La escena la había enmudecido.

Se arrodilló a su lado mientras respiraba con agitación y, pese a que la mirada perdida lo decía todo, le tomó el pulso de la muñeca.

No latía.

Su corazón, en cambio, estuvo a punto de salírsele por la boca. La arcada apenas le permitió apartarse. Vomitó sobre el charco de sangre, al lado de una de las patas de la mesa.

Sacó el teléfono y envió un mensaje a Martín. Manchó la pantalla con los dedos temblorosos.

VEN A CASA YA
ESTÁ MUERTA

Fue lo que atinó a escribir.

*

21:00

Las últimas horas en la carretera habían caído sobre ella como losas. A Brianna el viaje se le estaba haciendo interminable. Llevaba desde la una de la tarde al volante y ya eran las nueve de la noche. Pese a que tan solo le quedaban treinta minutos para llegar a Cartagena, paró en una gasolinera para estirar las piernas.

Bajó del vehículo y entró en el baño. El retrete estaba manchado y apestaba a orines. Se bajó los pantalones y las bragas, y vació la vejiga a pulso. La postura le recordó lo mucho que le dolían las rodillas y la zona lumbar. Necesitaba tumbarse. Dormir un rato. Estuvo a punto de dejarse caer sobre la taza sucia, pero aguantó hasta terminar.

Se compró una bolsa de patatas fritas y una botella de Fanta de naranja que bebió apoyada en la furgoneta.

Sacó el teléfono para enviarle un mensaje a Nacho.

Amor, ya estoy cerca
Llegaré en media hora

Tenía más de una decena de llamadas perdidas de María y múltiples audios. No había dejado de bombardearle el móvil desde que se marchó de Donostia.

Brianna la había ignorado. Iba a empezar de cero, que se le metiera en la cabeza.

Entró en la conversación. ¿Cuántos mensajes había? Le picó la curiosidad y escuchó el último:

No me has hecho ninguna falta, ¿sabes? Lo he hecho. Yo sola. No he podido con Carmen, pero sí con su hija. La he visto desangrarse, a

mis pies. A esa ya no hay quien la salve. Que se joda. ¡Que se jodan las dos!

María hablaba rápido. Estaba exaltada. Fuera de sí. A Brianna empezó a dolerle la cabeza, como si le hubieran dado un golpe.

No he sentido ningún remordimiento. Era mi sobrina, sangre de mi sangre, y me ha dado absolutamente igual. No creas que contigo me temblará el pulso por ser mi hija. Pienso ir a por ti. Pienso encontrarte. A mí nadie me traiciona. ¿Me has oído? ¡Nadie!

Brianna deslizó la espalda por la carrocería hasta quedarse sentada en el suelo. Por el hueco que dejaban sus piernas se le cayeron el teléfono, las patatas y la botella. Tenía calor, mucho calor.

¿Sería cierto que la había asesinado? ¿La mataría a ella también?

Inspiró varias veces seguidas y el exceso de oxígeno a punto estuvo de marearla.

La pantalla se iluminó desde el suelo. Era un mensaje de Nacho.

Qué bien
Mi madre y yo te estamos esperando con los brazos abiertos
Conduce con cuidado este último tramo

Se le escapó un grito al imaginar a María haciéndole daño a su chico. No, a él no. Eso jamás. No iba a permitir que siguiera arruinando la vida de nadie. Tomó el móvil y buscó el teléfono de la comisaría de la Ertzaintza de Donostia.

La pasaron con una mujer llamada Eloísa Garo que se presentó como la subcomisaria. Brianna le facilitó sus datos, le contó todo lo relacionado con Carmen Rodríguez García y le resumió los últimos días en la capital guipuzcoana. Le habló de Aia Oiasso y del último

audio de su madre, y le pidió que le diera un número para poder reenviárselo.

—Yo siempre creí que Carmen les había tendido una trampa y robado, que mi madre y mi tío eran inocentes, que la buscaban para recuperar el dinero… —explicó gimoteando—. Nunca pensé que sería capaz de hacer algo así. ¿Esa chica está bien? ¿La ha matado, como dice?

La mujer, en vez de contestarle, le preguntó si sabía dónde podía estar su madre en aquel momento y Brianna le dio la dirección del apartamento de Donostia y del chalet de Morella, y la matrícula del Audi A4 rojo de su tío.

*

21:05

VEN A CASA YA
ESTÁ MUERTA

Eso rezaba su mensaje. Martín la llamó de inmediato, pero solo halló como respuesta un llanto desesperado. Salió del despacho y se dio de bruces con Nuria en el pasillo.

—¿Qué haces aquí? —Miró en todas las direcciones, desorientado. ¿De dónde había salido?

—Tenemos que hablar y no podemos postergarlo más. —La lamia se acercó a él y se cruzó de brazos.

—Ahora no, Nuria —exclamó, esquivándola.

Después, reanudó la carrera chocándose con todos los compañeros que se encontró a su paso por el pasillo. Bajó al

aparcamiento subterráneo y se montó en uno de los coches patrulla para llegar cuanto antes. Encendió la sirena y voló hacia allí. De camino, le entró una llamada. Era su padre.

—Martín, Martín.

Al oficial le dolía el pecho, le iba a explotar.

—Aita, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado? —preguntó, nervioso.

—Me han llamado de la UCI.

—¿Ha muerto Carmen?

—No. ¡No! ¿Por qué dices eso? Acabo de hablar con ella.

Martín se llevó el dedo pulgar a la boca y se mordisqueó la uña.

—¿Cómo? Antes me has dicho que no lograba articular palabra.

—Sí, tras despertar. Estaba aturdida y angustiada. Me fui muy preocupado del hospital.

—Joder, ve al grano, aita.

—¿Dónde estás? Oigo sirenas. ¿Ha ocurrido algo?

—Aita, por favor. ¿Qué te ha dicho Carmen?

—Quería saber si Aia estaba bien. Dice que viajó hasta Donostia para protegerla porque Angie y Quin, los que aparecen en su relato, iban a hacerle algo. Que saben dónde vive. Lo saben todo de ella. La he estado llamando, pero no coge el teléfono. ¿Sabes algo de tu hermana?

Martín se quedó callado. No, no sabía nada.

—Estoy llegando a su casa. Te mando un mensaje en cuanto la vea. —Y colgó.

Dejó el coche en doble fila y subió como un rayo. Metió la llave en la cerradura como si clavase un picahielos y abrió la puerta.

Había un charco de sangre en el suelo y un cadáver.

—No puede ser, no puede ser —dijo, conteniendo un grito.

Corrió hacia Teresa. Se arrodilló a una distancia prudencial. Había presenciado las suficientes escenas de muerte para saber que no había ni un hilo de vida en el cuerpo de Tessa. Oyó un sollozo apagado. Buscó con la mirada en todas partes y entonces la vio. Su hermana estaba sentada bajo la mesa. Tenía las piernas recogidas con los brazos y la cara entre las rodillas.

—Aia. ¡Aia! —Gateó hasta ella—. ¿Qué ha pasado?

Ella lo miró con gran esfuerzo. Tenía la cara tan hinchada del llanto que parecía una máscara.

—No lo sé —dijo medio ahogada—. Está muerta. —Volvió a hundir la cabeza entre las piernas.

Martín se sentó a su lado y la atrajo hacia sí mientras se maldecía por el alivio que había sentido al saber que la víctima no era su hermana.

Sacó el teléfono para hablar con la subcomisaria y vio en la pantalla que ella lo estaba llamando.

*

21:20

Salió a gatas de debajo de la mesa después de oír la conversación que su hermano acababa de mantener con la subcomisaria. Eloísa había pedido a los de intervención que entrasen en el apartamento de la calle Prim donde Angie y su hija habían estado alojadas.

Se puso de pie y cogió su bolso.

—¿Adónde vas? —preguntó Martín, yendo tras ella.

—A por esa asesina. No pienso permitir que se nos escape —dijo entre dientes. Evitó mirar a Tessa.

—No, Aia, de ninguna manera. —La agarró de los hombros—. Vamos a dejar que se encarguen nuestros compañeros, ¿de acuerdo?

—Tú puedes hacer lo que quieras, y yo también. —Se contempló la sangre reseca de los dedos y apretó los puños—. Era a mí a quien buscaba. La ha confundido conmigo, joder.

—Vamos a superar esto… juntos. Yo voy a estar aquí, contigo.

Ella dio un paso atrás para soltarse de las manos de su hermano, se dio la vuelta y corrió escaleras abajo.

—¡Aia! ¡Aia!

Marcó el número de Eloísa.

—¿Dónde estáis?

—Acabamos de parar frente al portal de Aia.

—Mi hermana acaba de salir pitando del piso. Que suba alguien.

—Ya voy yo —dijo Maitane de fondo. Después, un portazo.

Martín Oiasso la esperó en el rellano. Observó a Tessa desde la distancia y la pena alojada en el diafragma le trepó hasta las sienes. Hasta los ojos. Temió que ese dolor y esa angustia le reventaran la cabeza.

Maitane llegó jadeante.

Se miraron. No había palabras.

—Vigila la escena mientras suben los demás. Tengo que encontrar a Aia —pidió Martín. A continuación, bajó al trote por las escaleras y una vez en la calle corrió hasta la salida del garaje. Cuando estaba llegando, vio el coche de Aia. Esprintó para alcanzarlo antes de que se incorporara a la carretera. El vehículo se detuvo en el ceda el

paso y él apretó los dientes. Frenó en seco y golpeó la carrocería con todas sus fuerzas.

—¡Déjame en paz! —gritó su hermana sin bajar la ventanilla.

—Aia, por favor.

Ella dio un pequeño acelerón y él volvió a arremeter contra el techo con el puño.

—¡Ábreme, joder! Voy contigo.

Su hermana miró al frente. Dubitativa. Desbloqueó las puertas y le hizo un gesto con la cabeza para que entrara.

Martín tomó asiento y se pasó la palma de la mano por el cabello corto para sacudirse las gotas de lluvia. En el navegador figuraba la dirección del chalet de Morella.

—Estás temblando —observó él—. No puedes conducir así.

—Ya se me pasará.

—Deja que lleve yo el coche.

Ella lo estudió.

—Solo si no me traicionas a la primera de cambio. Si es un truco para evitar que vaya, no te lo…

—Confía en mí, hostias, y no perdamos más tiempo. Tengo un coche patrulla en doble fila. Mete este en el garaje y espérame aquí.

Martín pasó a buscarla en menos de cinco minutos y volaron por la N-1, activando todos los radares.

—¿Y si todavía está en el apartamento de la calle Prim? —dijo él.

—Lo dudo.

—Tal vez haya decidido pasar la noche allí antes de desplazarse hasta el chalet. —Su hermano agarraba con fuerza el volante—. No podemos olvidar que la mujer tiene casi setenta años.

—Da igual la edad que tenga esa cabrona. Ya ves que no le ha impedido matar a Tessa —dijo sin quitar los ojos de la carretera. El movimiento constante de los limpiaparabrisas la mareaba, pero debía dar con el Audi A4 rojo—. No podemos permitir que se nos escape y se salga con la suya.

A la altura de Andoáin, Martín Oiasso tomó la autovía A-15 en dirección Pamplona. Si Angie había decidido huir hacia el chalet, como presentía Aia, esa era la ruta más directa. El oficial aceleró.

La carretera, ascendente y llena de curvas, impedía que fueran todo lo rápido que les gustaría. La lluvia se había intensificado, complicándolo aún más.

Entró en el túnel de Belabieta y los dos clavaron la mirada en el vehículo rojo que circulaba delante de ellos. Martín Oiasso se acercó. Era un Audi. El modelo y la matrícula coincidían.

Estaban a veintitrés kilómetros de Donostia y a diez de alcanzar tierras navarras. Al otro lado de la muga todo se complicaría. Tenían que detenerla antes de que cruzara.

—Acabamos de interceptar el A4 donde viaja la sospechosa —informó a través de la radio—. El mirador Alto de Gorosmendi está cerca. Voy a pedirle que pare el coche en el aparcamiento.

Accionó las sirenas y Aia buscó el bastón luminoso para darle indicaciones desde la ventanilla.

La conductora, al percatarse de la situación, aceleró para poner distancia entre ellos.

—No se va a doblegar —dijo Aia con los dientes apretados.

Martín pisó a fondo y la siguió a buena velocidad. Él también creía que ni las sirenas ni el bastón luminoso la detendrían.

Atravesaron otros dos túneles y Angie hizo caso omiso cuando Aia le señalizó que se parara en el mirador.

—Ponte a su altura —pidió ella.

—Es peligroso. Estamos a punto de tomar la curva y el asfalto está empapado.

—¡Hazme caso, joder! Písale.

Martín obedeció a regañadientes y se puso a la par. Las gotas impactaban con violencia contra la luna ante la impotencia de unos limpiaparabrisas que ya no daban más de sí. A través de la ventanilla vieron a la mujer, que los miraba con rabia.

La conductora detuvo con horror los ojos en el rostro de Aia, como si acabara de ver un fantasma. Su expresión reflejaba incredulidad y aversión.

—¡Para el coche, Angie! —gritó la irrati.

Los dos vehículos circulaban a más de ciento cincuenta kilómetros por hora.

Martín dejó de acelerar. No estaba dispuesto a poner en riesgo la vida de él ni la de su hermana. Si esa criminal quería matarse, que lo hiciera sola. Ya la detendría la Policía Foral, la Nacional o quien correspondiese.

—¡¿Qué haces?! —Aia vio que, a su derecha, el Audi rojo avanzaba. Sin dudarlo un segundo, agarró el volante y lo giró con brusquedad, acercando la carrocería del patrulla a un centímetro del otro.

—¡Para! —exclamó Martín, perplejo. Apretó los dedos para sostenerlo con fuerza.

—¡Ha matado a Tessa! ¡Nos la ha quitado para siempre! ¡No podemos dejar que se marche! —gritó, histérica, mientras aferraba

el volante.

Los hermanos se rozaron la mano. A Martín le bastaron unas milésimas de segundo para tomar la decisión. Dejó de hacer fuerza y el volante cedió sin resistencia hacia la derecha.

El parachoques delantero del coche patrulla golpeó el piloto del Audi y lo desestabilizó. Martín redujo la velocidad y, en la distancia, vieron el vehículo perdiendo el control. El coche zigzagueó de un lado a otro hasta chocar con el quitamiedos. Del impacto, saltó por los aires como si fuera de juguete. Dio una vuelta de campana y voló hacia el otro lado antes de caer al vacío por el acantilado.

*

23:55

El oficial Martín Oiasso condujo sin rumbo durante un buen rato. La noche se había metido en su organismo, en su alma, y pretendía quedarse allí alojada para siempre.

Aia y él habían permanecido en la AP-15 hasta que los bomberos consiguieron sacar el cuerpo de Angie de entre los amasijos del Audi.

Un cadáver, el cuchillo con el que había matado a Tessa —el mismo con el que presuntamente había apuñalado a Carmen en el encendido—, y una carpeta con fotografías e información de su padre, de su hermana y de la última luciérnaga. En todas las imágenes, Aia vestía la dichosa gabardina caqui que le había salvado la vida.

Según le dijo Eloísa Garo, pertenecían al seguimiento que Brianna había realizado por orden de Angie. En concreto, al del día 25 de noviembre.

Teresa ya descansaba en el anatómico forense, a la espera de la autopsia. Martín le había rogado a Javi que la tratara con el mismo respeto con el que trataría a alguien a quien quisiera con todo su corazón. Una petición inútil y extraña que le salió así, tal cual. Quería hacer algo por ella, pero ya no podía.

Había estado al mando de la investigación. Debería haber evitado su asesinato. No dejaba de recriminárselo.

Era Tessa, joder, la Tessa de los hermanos Oiasso.

Después de tomarles declaración en comisaría, Martín había llevado a Aia al piso de su madre para que pasara allí la noche. Ojalá consiguiera descansar. Perdonarse.

Aparcó el coche en el barrio Bera Bera y caminó con los hombros caídos.

¿Qué habían hecho? La imprudencia podría haberles costado la vida.

Aia y él eran hermanos y lo serían siempre y, aunque no los unía la sangre, sí un secreto que jamás podrían compartir con nadie.

Subió hasta casa. Aún tenía las llaves, pero prefirió llamar.

Nuria abrió la puerta y le franqueó el paso. Su lamia llevaba el cabello suelto y una bata de raso verde botella.

Se merecía un castigo. Uno que lo derrotara. Que lo anestesiara.

Ella cerró y lo adelantó para que la siguiera hasta el dormitorio.

Epílogo

Un año después
13:00

Se sentó en el sofá mientras esperaba a que Nacho saliera de la ducha y Panterita, la gata negra, se le subió a las piernas para ovillarse sobre ellas. Brianna la acarició con cariño y el ronroneo manso la colmó de dicha. La vida le había cambiado mucho. Para la gran mayoría, la pérdida de los familiares cercanos era devastadora, pero no era su caso. Ni siquiera se arrepentía por haber denunciado a María un año atrás. Fue liberador.

La muerte de su tío y de su madre le habían permitido respirar y emprender un nuevo camino. Esperanza. Alivio. Ya no se sentía observada por una lupa colosal y estaba recuperando la confianza en sí misma. Por fin.

Nacho y su madre habían cuidado de ella durante el último año. Eran sus pilares y ojalá lo fueran siempre. Les estaría eternamente agradecida.

Habían sido meses llenos de burocracia, de reuniones con abogados, de entrevistas con el equipo de investigación de la Ertzaintza. Meses agotadores en los que la sensación de irrealidad la había acompañado día sí y día también.

Pero ahora ya podía dejar todo eso atrás. Estaba limpia y, al ser la única familia de José Joaquín Escala Zapata, había aceptado la

indemnización. La defensa de Carmen había alcanzado un acuerdo de conformidad con la Fiscalía y aquella mujer no iría a prisión por el homicidio de su tío. Le parecía lo más justo.

Además de dicha compensación, era la única heredera. O sea que todos los bienes de María y de Joaquín ahora le pertenecían. Ay, si levantaran la cabeza.

Brianna no tenía intención de regresar a Valencia. Vendería el piso y compraría uno en Cartagena, al que se mudaría con Nacho.

Panterita se estiró, maulló y de un salto bajó al suelo. Brianna la siguió hasta la cocina y llenó los tres comederos de pienso. Las otras dos gatas aparecieron a la carrera e hincaron el hocico en la comida.

—Ya estoy listo, Bri —dijo Nacho, asomándose por la puerta. Tenía el cabello húmedo y alborotado. El perfume del jabón de ducha se coló en la estancia—. Cuando quieras nos damos una vuelta por las agencias inmobiliarias. Hay una cerca del restaurante que tanto te gusta. Podemos comer ahí.

De haber estado María a su lado, se habría metido con su peso, con lo que comía o dejaba de comer, con su carácter infantil… En alguna ocasión se le aparecía en sueños y la insultaba, pero se esfumaba en cuanto abría los ojos.

Ya no estaba, ya no existía. Ya no podía hacerle daño.

Brianna le acarició el lomo a las tres gatas y le sonrió a Nacho. Felinos y amor. ¿Qué más podía pedir?

*

16:55

Tessa le agarró el dedo índice y apretó fuerte, muy fuerte. Aia se preguntó si fue así como ella, de bebé, se lo tomó a su madre Inés la primera vez que la vio.

—Mi niña guapa —le dijo a la pequeña. La cogió de las axilas y la aupó para hacerla reír. Tessa abrió la boca y enseñó con satisfacción las encías.

—Déjamela —pidió Martín, adelantando las manos.

Estaban en una cafetería, a resguardo. Fuera hacía frío y llovía a cántaros. La luz de la tarde llevaba horas apagada y el cielo mostraba un gris oscuro y enfurruñado. A Aia la reconfortaron el calor del local y el olor a café y bollos, pero, sobre todo, la decoración navideña que alegraba cada rincón del establecimiento. Ella aún no había adornado su casa con el abeto, los espumillones, las bolas y su querido soldado cascanueces de medio metro, pero lo haría en cuanto llegara el fin de semana. Estaba deseando ver cómo se le iluminaban los ojos a su hija ante semejante explosión de brillo y color.

Le pasó la niña a su hermano. Él la estaba ayudando con la crianza. Se habían mudado a un piso de Loiola, porque ninguno de los dos soportaba vivir en el que Teresa había sido cruelmente asesinada. Desde su muerte, Martín no había vuelto a ver a Nuria, o eso le decía. Ella quería creerlo, aunque en un par de ocasiones había distinguido marcas en sus muñecas. ¿Eran de su ex o de otra amante? Fuera como fuese, Aia estaba tranquila: su hermano había trazado límites muy claros. Ahora era libre. Volvía a surfear, vestía y se perfumaba como le daba la gana, tomaba sus propias decisiones y no rendía cuentas a nadie. Agradecía que en su lista de prioridades estuvieran sus padres, la niña y ella.

Observó a Tessa en silencio. A su niña bonita.

Sería capaz de abandonarla para protegerla, no le cabía duda. Lo supo durante los últimos meses de gestación, y tenerla en brazos por primera vez en el paritorio no hizo más que confirmarlo. Se le cerró la garganta por el simple hecho de volver a planteárselo.

Ella no necesitaba huir, dejarla, vivir toda una vida bajo una identidad falsa…

¿Algún día le diría que era nieta de un criminal? La decisión estaba en su mano.

Demasiadas emociones e ideas yendo y viniendo. Qué duro estaba siendo todo. Ser hija, ser madre. Cargar. Perdonar. Aceptar.

No había vuelto a saber nada de Adrián y le daba igual, porque era el menor de sus males. Había sido un año difícil, pero la muerte de su amiga fue lo que la hundió en lo más profundo. Martín no se había separado de ella, aunque nada es suficiente cuando una siente que todo se ha venido abajo, que no hay solución y que Teresa seguiría viva si Carmen no hubiera aparecido.

La culpaba por ello y por mil cosas más. Incluso había sentido odio germinando dentro de ella. A su padre también lo había castigado distanciándose de él. ¿Por qué había esperado a Carmen durante cuarenta y cuatro años? ¿Por qué le daba otra oportunidad? En un principio, no lo entendió.

Ahora, en el fondo, envidiaba el amor que se profesaban y sentía en el alma lo que habían pasado, sobre todo Carmen. Por fortuna, todo el proceso judicial había terminado. Habían considerado la muerte de José Joaquín como un homicidio por imprudencia. Carmen lo ató y lo dejó allí encerrado y, minutos después, murió a causa de un infarto. La mezcla de una buena defensa, la

predisposición de Brianna y mucha suerte la habían librado de entrar en prisión. Aia se alegraba. Se alegraba de verdad. Carmen podría viajar a Villajoyosa las veces que quisiera y disfrutar por fin, y sin cortapisas, de la compañía de su madre y de su amiga Estrella, a las que tanto había añorado.

Ese esperado reencuentro no tuvo lugar en 1992 en el programa de Paco Lobatón, pero sí hacía un año, en el hospital. Según le habían contado, había sido bonito y emotivo.

A Carmen el miedo ya no la ataba; nada lo hacía, ni siquiera el taller de costura, porque lo había cerrado. Y, por primera vez en su vida, había podido disfrutar del Festival de Cine de Donostia.

Aia suspiró. Hasta hoy no se había sentido preparada para verla y no dejaba de preguntarse por qué ahora sí.

¿Porque el tiempo todo lo cura? ¿Porque la gestó y parió? ¿Porque la experiencia de ser madre le había hecho verlo de otra manera?

¿O porque las dos eran unas homicidas?

Aia no se arrepentía por lo de Angie y eso le hacía preguntarse si habría heredado ese gen criminal de la rama paterna. ¿Se arrepentiría su madre de lo de Quin?

—Acaban de entrar —dijo Martín, devolviéndole a Tessa.

Aia la cogió y alzó el rostro. Carmen y Juantxo ya estaban allí.

*

17:00

El Proyecto Luciérnagas salió a la luz y llegó a todos los hogares a través de los medios de comunicación. La periodista Olivia del

Páramo se tiró meses de plató en plató hablando de Angie y de Quin, y de sus terribles actos pasados y presentes. Pero no fueron los únicos implicados. Quedó demostrado que, tras el fracaso de las diferentes fecundaciones *in vitro*, la embrióloga Lefèvre y el doctor Sandemetrio estuvieron al tanto —y de acuerdo— en los secuestros y en las violaciones que tuvieron lugar en el chalet.

Si eso no trascendió fue porque los hermanos Escala Zapata se encargaron de mantenerlo en secreto callando y liquidando a las tres luciérnagas. También porque el padre de Sandemetrio les pagó una importante suma de dinero y presionó a los investigadores para que su hijo y el Hospital General de Dios nunca aparecieran como partes implicadas.

Los crímenes de El Bacarot habían prescrito y Lefèvre llevaba años muerta, pero no Sandemetrio. El célebre ginecólogo, en la actualidad un octogenario respetado, fue testigo de cómo se ensuciaba su buen nombre sin poder hacer nada al respecto.

Ver a Olivia del Páramo en varios programas de televisión contando la historia y al médico acosado por los periodistas fue necesario para que Carmen bajara la guardia y entendiera que, por fin, todo había terminado.

Cuando echaba la vista atrás, le parecía increíble haber logrado sobrevivir durante tantos años, pero, sobre todo, haberlo hecho sin sus padres, sin Estrella, sin Juantxo, sin su hija… Demasiadas ausencias, miedo, dolor y soledad para seguir adelante. ¿Cómo resistió sin el apoyo de los que más quería?

Miró a Juantxo y entraron juntos a la cafetería donde habían quedado con Aia.

Carmen caminó hacia ella y la vio con la niña en brazos. Estaba bien, las dos estaban bien. Respiró hondo y se dijo:

«Solo por esto, ha merecido la pena».

Agradecimientos

Mi novena novela. ¡Qué barbaridad!

Agradezco muchísimo que sigáis ahí, lectores, esperando cada nueva historia. A quienes estáis desde el principio, a quienes me conocisteis hace menos tiempo y a los recién llegados. GRACIAS. Qué afortunada soy.

A mi marido. Sin él nada de esto habría llegado tan lejos. Él me apoyó y me animó a apostar por esta aventura de las letras allá por 2012. Gracias por la confianza e ilusión y por ser el primero en leer cada nuevo manuscrito.

Gracias también a mi hermana Sonia, que se zambulle en cada historia con emoción y cariño, y las lee atentamente para que nada se nos escape.

A mi amiga Olatz Somoza, que devora con entusiasmo cada página sin perder detalle.

A mi amiga Rakel Canales, que con su ojo crítico me señala cuestiones que yo paso por alto sin querer.

A mi amiga Laura Balagué, por engrosar mi lista de lectoras cero una vez más y ayudarme, junto con sus amigos, con la ambientación de mi novela más donostiarra.

A Isabel Wagemann por la fotografía de la solapa.

Para la documentación de esta historia he contado con la ayuda de grandes profesionales: Fernando García, Ander Rodríguez, Javier Fernández Pérez, Juan Infante, Charo Martínez Sánchez y Aitor

Otxoa. Gracias por compartir conmigo vuestro conocimiento, experiencia y tiempo. Qué suerte haberme cruzado con personas tan generosas.

Gracias también a mi madre y a toda mi familia, que es mucha y me apoya desde el principio. Cómo moláis.

A mis compañeros de letras, mis cómplices, que logran que esta profesión no sea tan solitaria. ¡Maravillosa la red que hemos conseguido armar!

Al equipo de Plaza & Janés que ha trabajado duro para que estas luciérnagas brillen, rebrillen y requetebrillen.

Y, por último, a mi agente Justyna Rzewuska, que vela por mí y mis criaturas en este oficio tan hermoso como incierto.

Podéis encontrarme en:

Noelia Lorenzo Pino
noelialorenzopino

El pasado tiene memoria.
Y no está dispuesto a callar ni a perdonar.



Aia Oiasso, una ertzaina de San Sebastián, descubre que está embarazada después de una relación esporádica. Mientras decide qué hacer, es testigo del brutal apuñalamiento de una mujer en plena calle durante el encendido navideño de la ciudad. Este crimen desencadena una espiral de violencia que parece no tener fin, y Aia queda atrapada en una investigación cada vez más oscura. Además, la ertzaina se ve obligada a trabajar con su hermano Martín, también policía, con quien tiene una relación distante. Ambos descubren que tras el ataque se esconde un proyecto clandestino en el que se cometieron atrocidades años atrás, pero que alguien ha hecho resurgir clamando venganza.

Tras el éxito de *Blanco inmaculado* y de *Purasangre*, Noelia Lorenzo Pino regresa con un thriller absorbente que

combina emoción, suspense, dos épocas diferentes y varias vidas marcadas por una crueldad imposible de enterrar.

Noelia Lorenzo Pino (Irún, 1978). En 2013 publicó *Chamusquina*, su primera novela. Dos años más tarde vio la luz *La sirena roja*, donde nos presenta a la pareja de ertzainas Chassereau y Macua, protagonistas de cuatro novelas más: *La chica olvidada*, *Corazones negros*, *La estrella de quince puntas* y *Animales heridos*.

Corazones negros ganó el Premio Cubelles Noir, y *Animales heridos*, el Premio Alicante Noir. La autora también ha sido finalista con sus obras en el festival Tenerife Noir y en Salamanca Negra, así como de los Premios Novelpol, los Premios Tormo Negro, los Premios Euskadi de Literatura y el prestigioso Dashiell Hammett, que se entrega en la Semana Negra de Gijón.

Ese mismo año publicó una ficción sonora para Audible titulada *Los lobos de Urrun*, que se mantuvo durante meses entre las más escuchadas.

Además de novela negra, ha publicado cuatro cuentos infantiles en la colección Ane eta Moon.

La última luciérnaga es su obra más reciente.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Noelia Lorenzo Pino
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literara & Film Agency, Barcelona, España.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Julia von Fraunberg
Imagen de portada: © Agustín Escudero

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03934-8

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La última luciérnaga

Primera parte

- Villajoyosa Noviembre de 2023
- Villajoyosa Mediados de los setenta
- Donostia-San Sebastián Viernes, 1 de diciembre de 2023 16:00
- Villajoyosa Verano de 1978
- Villajoyosa Marzo de 1979
- Villajoyosa Lunes, 25 de junio de 1979
- Villajoyosa Martes, 26 de junio de 1979
- Alicante Verano de 1979
- Alicante Verano de 1979
- Donostia-San Sebastián Sábado, 2 de diciembre de 2023 01:00
- Alicante Verano de 1979
- Alicante Verano de 1979
- Alicante Finales del verano de 1979
- Alicante Finales del verano de 1979
- El Bacarot Finales del verano de 1979
- El Bacarot Finales del verano de 1979
- El Bacarot Finales del verano de 1979
- Alicante Finales del verano de 1979
- El Bacarot Finales del verano de 1979
- El Bacarot Finales del verano de 1979

El Bacarot Finales del verano de 1979

Segunda parte

Donostia-San Sebastián Domingo, 3 de diciembre de 2023 05:10

El Bacarot Finales de septiembre de 1979

El Bacarot Primera semana de octubre de 1979

El Bacarot Segunda semana de octubre de 1979

El Bacarot Tercera semana de octubre de 1979

El Bacarot Cuarta semana de octubre de 1979

El Bacarot Sábado, 3 de noviembre de 1979

Alicante Sábado, 3 de noviembre de 1979

Donostia-San Sebastián Lunes, 4 de diciembre de 2023 02:30

En la carretera Sábado, 3 de noviembre de 1979

Donostia-San Sebastián Domingo, 4 de noviembre de 1979

Donostia-San Sebastián Domingo, 11 de noviembre de 1979

Donostia-San Sebastián Domingo, 18 de noviembre de 1979

Donostia-San Sebastián Jueves, 22 de noviembre de 1979

Donostia-San Sebastián Domingo, 25 de noviembre de 1979

Donostia-San Sebastián Domingo, 23 de diciembre de 1979

Donostia-San Sebastián Domingo, 10 de febrero de 1980

Donostia-San Sebastián Domingo, 4 de mayo de 1980

Donostia-San Sebastián Domingo, 1 de junio de 1980

Donostia-San Sebastián Martes, 5 de diciembre de 2023 07:30

Donostia-San Sebastián Miércoles, 23 de julio de 1980

Donostia-San Sebastián Miércoles, 23 de julio de 1980

Donostia-San Sebastián Jueves, 24 de julio de 1980

Donostia-San Sebastián Lunes, 28 de julio de 1980

Donostia-San Sebastián Martes, 29 de julio de 1980

Tercera parte

Santander Agosto de 1980

Santander Septiembre de 1980

Santander Jueves, 29 de enero de 1981

Santander Domingo, 26 de julio de 1981

Santander Martes, 29 de julio de 1986

Santander Miércoles, 4 de noviembre de 1992

Santander Miércoles, 11 de noviembre de 1992

Santander Miércoles, 18 de noviembre de 2002

Donostia-San Sebastián Sábado, 25 de junio de 2011

Donostia-San Sebastián Sábado, 9 de febrero de 2013

Donostia-San Sebastián Miércoles, 6 de diciembre de 2023 08:30

Santander Lunes, 20 de noviembre de 2023

Villajoyosa Martes, 21 de noviembre de 2023

Santander Sábado, 25 de noviembre de 2023

Santander Viernes, 1 de diciembre de 2023

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Noelia Lorenzo Pino

Créditos